GILLIAN
BRADSHAW
autora de *EL FARO DE ALEJANDRÍA*

NORTE OSCURO



Annotation

La paz en el norte de Britania hace tiempo que no es más que una ilusión. Las tribus bárbaras del otro lado del muro de Adriano son cada vez más agresivas y amenazan con invadir el territorio romano, de manera que al emperador, Septimio Severo, no le queda más opción que atacarlas con su poderoso ejército.Memnón sirve en una unidad de caballería auxiliar, y está especializado en rastrear el terreno. El soldado se toma esta invasión como todo en la vida: de forma ligera y sin pensar demasiado en las consecuencias.

Pero, nada más llegar a la isla, se ve obligado a salvar la vida al secretario personal del emperador y a una de las sirvientas de la emperatriz, que han sido capturados por los bárbaros.Será entonces cuando comience a vislumbrar las batallas internas de la corte, las intrigas y traiciones que pueden dar al traste no sólo con la campaña del emperador, sino también con la misma vida de Memnón. Dependerá entonces de la ayuda de sus amigos, de su propia astucia y su capacidad de supervivencia si quiere evitar una masacre que amenaza con llevar una guerra civil a las mismas calles de Roma.

- NORTE OSCURO

NORTE OSCURO

Traductor: González Rosales, Eva
Autor: Bradshaw, Gillian

ISBN: 9788496952898
Generado con: QualityEPUB v0.32
Generado por: E.P.A., 15/12/2011

ÍNDICE

RESUMEN

La paz en el norte de Britania hace tiempo que no es más que una ilusión. Las tribus bárbaras del otro lado del muro de Adriano son cada vez más agresivas y amenazan con invadir el territorio romano, de manera que al emperador, Septimio Severo, no le queda más opción que atacarlas con su poderoso ejército.

Memnón sirve en una unidad de caballería auxiliar, y está especializado en rastrear el terreno. El soldado se toma esta invasión como todo en la vida: de forma ligera y sin pensar demasiado

en las consecuencias. Pero, nada más llegar a la isla, se ve obligado a salvar la vida al secretario personal del emperador y a una de las sirvientas de la emperatriz, que han sido capturados por los bárbaros.

Será entonces cuando comience a vislumbrar las batallas internas de la corte, las intrigas y traiciones que pueden dar al traste no sólo con la campaña del emperador, sino también con la misma vida de Memnón. Dependerá entonces de la ayuda de sus amigos, de su propia astucia y su capacidad de supervivencia si quiere evitar una masacre que amenaza con llevar una guerra civil a las mismas calles de Roma.

Capítulo 1

La legión Albana había apostado centinelas frente a su cuartel general.

Memnón estaba agazapado en la sombra de una de las tiendas de los oficiales a lo largo de la Via Principalis, y examinaba al par de legionarios que hacían guardia. Sus pulidas armaduras brillaban, sus lanzas eran perfectas líneas verticales, sus cuerpos estaban relajados en la protocolaria posición de descanso. La luz de las antorchas que ardían a cada lado dejaba sus rostros, medio ocultos por los cascos, en sombras.

Personalmente, Memnón pensaba que era una estupidez mantener antorchas encendidas durante las vigilancias nocturnas. Disponer de una luz cercana arruina la visión durante la noche y hace que no veas nada más allá de tu puesto. Sin embargo, suponía que, si mantenías el rostro en sombra, podías echar una cabezadita de pie sin que nadie se diera cuenta. Sonrió al pensarlo, y después se puso serio rápidamente. Incluso si aquellos dos estaban dormidos, seguramente se despertarían si lo escuchaban, y dudaba mucho que pudiera esquivarlos sin problemas a aquella hora de la noche. Sin duda sospecharían algo, y si lo registraban, y encontraban lo que

llevaba encima, se pondrían furiosos. Sería arrestado y azotado, y seguramente también le darían una paliza a escondidas. Quizá incluso lo mataran.

Por otra parte, la noche estaba nublada, sin luna y oscura, y ninguno de los centinelas del perímetro del campamento lo había visto: aquel par de estatuas ceremoniales tampoco lo harían. Dirigió su atención a la estructura que estaban protegiendo.

Era una tienda, por supuesto. La legión Albana, cuya denominación correcta era la II Pártica, había marchado desde su base en los montes albanos, en el corazón de Italia, durmiendo en tiendas durante todo el viaje. Ahora que habían llegado a

Britania, aquellas tiendas mostraban algunas señales de desgaste. La tienda del cuartel general era grande y solemne, por supuesto: cuero aceitado, pintado de rojo, con pan de oro alrededor de la entrada, pero ninguna tienda de ese tamaño y extravagancia resistía sin resentirse dos meses de idas y venidas bajo todo tipo de climas. Además, la legión había llegado al campamento apenas tres días antes. No habían tenido tiempo de hacer demasiados remiendos, y reparar una tienda en la que nadie dormía no había sido una prioridad. El ojo experimentado de Memnón descubrió dos puntos en los que se había asegurado una costura abierta con una

estaca adicional... y eso solo en la iluminada parte delantera de la tienda.

Se escabulló hasta la parte posterior de la tienda del oficial, se deslizó tras ésta y su vecina, y después se movió sigilosamente de nuevo hacia delante. Los centinelas se mantenían inmóviles, en sus puestos. Memnón sabía exactamente en qué medida bloqueaban aquellos elegantes cascos la vista lateral de quien los portaba, incluso a plena luz del día, y sonrió de nuevo mientras atravesaba silenciosamente el lodoso pasillo que era la *Via Principalis* del campamento. Los centinelas no lo vieron.

Cualquiera que estuviera familiarizado con las costumbres del

ejército romano conocía la disposición del campamento legionario. El *principia*, el cuartel general, estaba en el centro, con el *praetorium*, la tienda del oficial al mando, a su lado. Memnón se deslizó entre los talleres apostados al sur del *principia*. A aquella hora de la noche todo estaba desierto, pero de todos modos se movió silenciosamente, manteniéndose en las sombras: nunca sabías cuándo podías toparte con algún soldado que se hubiera levantado para orinar. Se acercó de nuevo a la tienda del cuartel general desde el lado sur, que no tenía vigilancia, y se detuvo, forzando los ojos para examinar el oscuro cuero en la negra noche. Allí, contra la oscuridad, una grieta gris.

Reptó hacia delante y la tocó, asegurándose de que el agujero era lo suficientemente grande para permitir el paso de un hombre pequeño. Tomó el enorme bulto que portaba y lo tiró a través de la abertura, y después se puso de rodillas y se adentró tras él.

El aire de la enorme tienda estaba viciado, y no había ningún sonido más allá de la propia y suave respiración de Memnón. Recogió su envoltorio y reptó silenciosamente hacia delante, con una mano extendida y los dedos de los pies flexionados en el interior de las botas mientras buscaba algún obstáculo en cada paso. No había ninguno. De los centinelas, apenas a unos pasos de distancia al otro lado de las paredes de

cuero, no llegaba ningún sonido: era como si tuviera todo el campamento para él solo. Después de tres pasos, sus dedos rozaron una abertura en la lona y pasó a través. Allí había una única lámpara de aceite colocada sobre un atril. Frente a ella, había un bosque de oro. Memnón se apresuró hacia delante, conteniendo el aliento.

La lámpara ardía sola ante la improvisada capilla de los estandartes de la legión. Las orgullosas banderas se alzaban ante ella; una amontonada hilera de oro y carmesí. El águila de la II Pártica estaba posada en el poste más alto, un magnífico pájaro trabajado en oro puro y coronado con laurel esmaltado. A su lado estaba el *signum*,

con los retratos del Emperador y su familia. Una maraña de estandartes se hacinaba allí, como niños alrededor de los cabezas de familia, uno por cada cohorte de la legión. Y, al fondo, estaba lo que Memnón había estado buscando: el emblema de la II Pártica, un centauro de bronce dorado que se alzaba orgulloso en la cima de su alto poste. Una bandera de seda carmesí pendía debajo, con el nombre de la legión y el mismo centauro encabritado pintado en ella.

Memnón se acercó rápidamente al estandarte del centauro. Conteniendo el aliento, sacó el pesado e incómodo mástil de detrás de los demás y lo bajó cuidadosamente hasta el suelo. El retrato

del Emperador, en el *signum*, parecía mirarlo con desaprobación, y Memnón sonrió y saludó marcialmente. Desató el estandarte de seda de la pieza cruzada de bronce que lo sostenía y lo enrolló, y después abrió la oscura tela que envolvía el bulto que había llevado con él. En el interior había otro rollo carmesí; de lino, por desgracia, ya que la seda era cara y difícil de conseguir, pero el color era razonablemente parecido. Colocó el estandarte de lino en el lugar que había ocupado el de seda, y se detuvo un momento para admirarlo.

La nueva bandera también tenía un centauro encabritado en ella, pero éste sostenía una jarra de vino y tenía a una

mujer desnuda montada sobre su lomo. Estaba, pensó de nuevo Memnón, mucho mejor pintado que el original. Le gustaba especialmente la alegre mirada lasciva del rostro del centauro, y el modo en el que la cabeza de la mujer caía hacia atrás mientras se reía. Miró el *signum* de nuevo. El perfil del Emperador lo miraba con el ceño fruncido y los adustos ojos oscuros brillantes sobre su rizada barba negra; su hijo, que, como coemperador, tenía un retrato justo debajo, tenía una mueca de disgusto. La Emperatriz, por su parte, parecía ligeramente divertida: sus enormes ojos sonreían y sus labios se curvaban hacia arriba. Memnón sonrió y le lanzó un beso con la mano.

Cuidadosamente, inclinó la barra cruzada de bronce para que se formaran algunos pliegues en la tela: los suficientes para ocultar el dibujo, pero no tantos como para que el abanderado intentara tensarla. Con un poco de suerte, nadie se daría cuenta del cambio hasta que sacaran la bandera a cielo abierto; con mucha suerte, si alguien se daba cuenta no se sorprendería o desconcertaría tanto como para decir algo hasta que la legión formara a la mañana siguiente para la inspección de las tropas. ¡Oh, por favor!, rezó en silencio, imaginando a la arrogante legión Albana desfilando orgullosamente frente a los nobles reunidos con aquel centauro borracho

retozando sobre sus cabezas.

Sería una buena broma, sin duda, incluso si los albanos notaban el cambio inmediatamente. Se imaginó el alboroto, los coléricos oficiales, los balbuceantes centinelas, la frenética búsqueda del estandarte original. Seguramente, terminarían saliendo a desfilar tarde, y sin su bandera... y entonces todo el mundo querría saber por qué. ¡Sí! ¡Así pagaría la legión por el modo en el que habían tratado a la unidad de Memnón, a esas espléndidas tropas auxiliares, los Mauritanos Aurelianos!

Levantó el estandarte del centauro y lo colocó de nuevo en su lugar, y después envolvió el estandarte de seda de la legión en la vieja tela oscura, y

salió sigilosamente de la tienda. Lo escondería en algún lugar seguro antes de salir del campamento.

Todas las tropas tenían que pasar revista a la mañana siguiente, no sólo la legión. El Emperador había reunido a un poderoso ejército para someter a los problemáticos bárbaros del norte de Britania, y durante los meses anteriores habían llegado al campamento provisional, en las afueras de la capital de la provincia, Londinium, soldados de todo el Imperio. La legión Albana había acompañado al Emperador, y por eso había sido la última en llegar. En aquel momento, a finales de septiembre, todos estaban ya allí, así que el Emperador inspeccionaría a las tropas que había

convocado desde el otro lado del océano. La II Pártica sería la primera en desfilar, por supuesto: era, como todo el mundo sabía, la favorita del Emperador. Los destacamentos enviados de otras legiones la seguirían en orden de importancia, y las fuerzas auxiliares los seguirían a ellos de acuerdo a un arcano orden de prioridad.

El *numerus* de Mauritanos Aurelianos formaba parte de la caballería irregular, y por eso marcharía casi al final del desfile. Memnón no vio ninguna razón para levantarse temprano: dudaba que desfilaran antes de la última hora de la tarde. Al alba, sin embargo, Valerio Rogato, el prefecto, pasó por las tiendas golpeando la lona de las

entradas con su fusta.

—¡Arriba, chicos! —gritó—. ¡Arriba, arriba, arriba! ¡Fiiiirmes!

Los hombres gruñeron, pero salieron obedientemente de sus tiendas a la nublada luz del amanecer de septiembre. Se reunieron en somnolientos escuadrones de treinta hombres, desaliñados y sucios, poniéndose las botas mientras ocupaban sus lugares. Memnón se puso firme a trompicones junto a sus compañeros de tienda, bostezando y dolorido.

Rogato se detuvo en el centro del campamento y miró a su alrededor con desagrado. Era un hombre delgado, de cabello cano y unos sesenta años; criado en la ciudad, como la mayoría de los

oficiales, y con la piel bronceada de la costa mauritana en lugar del color más oscuro de las zonas más sureñas. Había servido con los Mauritanos Aurelianos desde su fundación, aunque había sido ascendido a un puesto de mando apenas tres años antes. En unidades más prestigiosas, tal promoción habría sido inusitada: generalmente, el gobernador de la provincia elegía a los prefectos de entre el montón de ambiciosos hombres de rango que habitualmente lo acosaban. Sin embargo, nadie se había molestado en asediarlo por el puesto de prefecto de los mauritanos, así que Rogato consiguió el trabajo. En general, sus hombres estaban encantados con él. Era cierto que era un viejo bastardo, estricto y sin

sentido del humor, pero era astuto, y no había duda de su devoción por el *numerus*.

Flanqueándolo estaban sus oficiales, los diez decuriones de la unidad, la mayor parte de los mismos con aspecto de tener tanto sueño como el propio Memnón. Algunos ni siquiera llevaban el fajín rojo que señalaba su rango. Saturnino, sin embargo, el decurión del primer escuadrón, y superior inmediato de Memnón, estaba totalmente vestido e inmaculado, como el prefecto. Seguramente habían acordado despertarlos los dos juntos. Eran uña y carne, aquellos dos.

—¡Hoy veremos al Emperador en persona —gritó Rogato, alzando la voz

para que todo el mundo pudiera oírlo—, así que quiero que parezcáis soldados!

Memnón pensó que ya parecían soldados: flacos, bravucones y sucios. La unidad había sido fundada hacía treinta y siete años; caballería de avanzada y hostigadores especialmente elegidos para el servicio en la frontera del Danubio. Poco a poco, se habían unido a ellos nuevos reclutas de Mauritania, reemplazando a los hombres retirados o muertos, pero la unidad había permanecido constantemente en la frontera del Imperio. Era posible que, durante un par de años, no hubiera entrado en batalla, pero estos habrían sido la excepción. Los mauritanos eran una unidad pequeña, poco más de

trescientos hombres, solo tres quintos de la fuerza de una escuadrilla de caballería normal, pero eran los mejores, pensó Memnón orgullosamente.

Sin embargo, Valerio Rogato no parecía impresionado con ellos. Miró a su alrededor y tornó los ojos hacia el cielo.

—¡Por Juno Caelestis! —exclamó—. ¿Es que acabáis de salir arrastrándoos de un burdel germano? ¡No me extraña que la legión se queje de los «sucios mauritanos»!

Aquello provocó una muda punzada de indignación. La legión Albana, efectivamente, se había quejado sobre los «sucios mauritanos»... concretamente porque el campamento de los mauritanos

estaba río arriba del que alojaba a los albanos. «¡Esos sucios mauritanos y sus horribles caballitos emponzoñarán nuestra agua!», se contaba que había dicho el prefecto del campamento de la legión. Para apaciguar a los legionarios, los mauritanos fueron trasladados a un lugar lejos del agua fresca, más expuesto, y en general menos conveniente. Estaban furiosos por ello. Así que, ¿qué pasaba si no estaban tan limpios y fragantes como las elegantes tropas de la capital? Ellos también eran soldados de Roma; ¡habían luchado para proteger la frontera!

—¡Vosotros —continuó Rogato, girándose lentamente sobre sus talones para examinarlos a todos— hacéis que

parezca que aquel bastardo tuviera razón!

Eso produjo otra punzada silenciosa, esta vez de desconcierto. Estaba claro que no eran demasiado asiduos a lavarse, pero llevaban días preparándose para la inspección de tropas. La suciedad de aquella mañana desaparecería rápidamente, y todo lo necesario para el desfile estaba preparado. Memnón decidió, en un repentino brote de empatía, que Rogato solo estaba preocupado. La calumnia vertida sobre sus hombres le había dolido, y quería asegurarse de que no había un solo detalle que pudiera dar a cualquier otra unidad una excusa para mofarse de ellos.

El prefecto hizo una pausa en su inspección, y su mirada cayó sobre Memnón.

—¡Tú! —ladró.

Memnón se enderezó, golpeando el lodoso suelo con el talón derecho.

—¡Señor!

—¡Estás hecho un puerco, explorador! —dijo Rogato con enojo. Memnón se miró y vio que era cierto; efectivamente, se había manchado de barro al entrar y salir del campamento albano. No se había molestado en lavarse cuando volvió; se derrumbó en su saco de dormir, confiado, porque sabía que su ropa para el desfile estaba limpia.

En ese momento, Rogato se dio

cuenta de que quizá había cometido un error. Un hombre no se llena de barro la frente, las rodillas y los codos haciendo tareas por el campamento.

—¡Ve a limpiarte! —ordenó prudentemente, decidiendo no seguir con el asunto—. ¡Y los demás, lavaos también! ¡Vamos a demostrar a este ejército que los mauritanos de Aureliano somos más pulcros que esos legionarios fanfarrones!

El campamento se disolvió en un ir y venir de preparativos. Saturnino, sin embargo, detuvo a Memnón antes de que éste hubiera dado tres pasos.

—¿Qué has estado haciendo hasta ahora? —le preguntó.

Memnón lo miró con inocentes ojos

sorprendidos.

—¿Señor?

Saturnino resopló. Habían preparado el estandarte del borracho en la tienda de Memnón, en secreto, pero ni Memnón ni ninguno de sus compañeros se habían sentido capaces de hacer la pintura. Para eso habían traído a Céler, del escuadrón de Donato. Céler era un buen pintor, pero era incapaz de mantener la boca cerrada, y la mayor parte del *numerus* había pasado por la tienda para admirar su trabajo. Saturnino habría tenido que ser ciego y estúpido para no saber que estaba pasando algo. Y no era ni lo uno ni lo otro: era un hombre sagaz con treinta años de experiencia en el mundo militar.

—La legión Albana —dijo Saturnino, en voz baja— es la legión del Emperador. Su comandante es el prefecto pretoriano. Si ocurre algo que lo avergüence querrá que el hombre responsable sea azotado, y si nos piden que les entreguemos a cierto explorador extranjero de rostro negro, no tendremos más remedio que hacerlo.

Memnón mantuvo una expresión de desconcertada atención en su negro rostro extranjero. Había dejado la bandera de seda escondida en un montón de leña en el interior del campamento albano; los oficiales de la legión sospecharían primero de los propios legionarios.

Saturnino tocó su brazo.

—No me gustaría ver cómo azotan a nuestro mejor explorador.

—A mí tampoco, señor —dijo Memnón, sinceramente.

Los ojos de Saturnino escudriñaron los suyos un momento. Después, el decurión suspiró.

—Un día, Memnón, te pillarán. Puedes irte, entonces... Lávate.

El *numerus* pasó el resto de la mañana intentando estar tan limpio y brillante como los hombres de una legión normal. Memnón decidió que era una empresa condenada al fracaso desde el principio. Los mauritanos, sencillamente, no tenían tantas cosas que pudieran ser abrillantadas como los legionarios. Cualquier legionario

portaba una coraza, un casco, escudo, lanza, jabalina, espada y cinturones varios. Un soldado de caballería mauritano tiene dos jabalinas y un cuchillo: como toda la caballería ligera africana, no llevaban armadura. Tampoco podían compensar la falta de metal brillante llevando la atención a los arreos de sus caballos. Los pequeños caballos del desierto se montaban a pelo y sin bridas, refrenados por una cuerda alrededor del cuello y guiados por el roce de una sencilla vara. E incluso al soldado más creativo le resultaría difícil adornar una fusta.

Aun así, lo intentaron. El estandarte de la unidad, un banderín blanco y largo coronado por una estrella dorada, había

sido lavado el día anterior. La estrella, de ocho puntas y rodeada por un halo, era uno de los símbolos de la diosa Juno Caelestis, patrona divina de la provincia de Mauritania y protectora de la unidad. En aquel momento estaban ungiéndola con aceite y asegurando bajo la estrella el retrato del emperador Marco Aurelio, el fundador de quien recibieron su nombre los mauritanos.

Una vez terminado el trabajo con los estandartes, los hombres se dirigieron a sus caballos. La noche anterior habían trenzado cordones rojos y blancos en las crines y colas de los animales; entonces cepillaron a sus sorprendidas monturas hasta que sus pelajes brillaron, y barnizaron sus

cascos con aceite y hollín. Mientras tanto, calentaron agua en las grandes calderas del campamento y, después de terminar con los caballos, todos se lavaron y se pusieron las túnicas para el desfile. Hubo un debate sobre qué más ponerse: aquellas prendas, amplias camisas hasta las rodillas de un delicado lino blanqueado, con amplias cenefas decoradas en rojo, habían sido diseñadas para el norte de África, no para el otoño britano, y el día estaba nublado y amenazaba lluvia. En el Danubio todos se habían acostumbrado al uso de pantalones y capas. Sin embargo, se decidió que, para mayor gloria, soportarían el frío.

Todos teman agujeros en las orejas,

una costumbre que estaba ampliamente extendida entre los hombres de los desiertos del norte de África, así que se aseguraron de que tenían el pendiente de oro con forma de estrella para la oreja derecha que el *numerus* había adoptado hacía mucho como su insignia no oficial. La mayor parte de los hombres procedían de las montañas y llanuras del sureste de Mauritania, y se engalanaron a la manera tradicional de sus tribus, trenzando su largo cabello negro en elaborados bucles y embelleciéndose con ornamentos dorados. Otro tercio del *numerus* pertenecía a las tribus más allá de la frontera sur de la provincia romana. Ellos, también, se prepararon como si fueran a acudir a una boda,

aceitando su cabello y recogiéndolo, y pintándose los párpados de azul. Sacaron arrugadas pieles de leopardo y león y se las colocaron sobre las túnicas, o las sujetaron bajo el carcaj; aseguraron sus muñequeras de marfil con correas de cuero rojo.

Memnón venía de aun más al sur, uno de los pocos de la unidad que pertenecía a las tribus denominadas "etíopes occidentales": gente que no solo era negra, sino negra y con el cabello lanoso. Al ver a sus camaradas preparándose para el desfile, se sintió repentinamente excluido. Su propio pueblo, los tubu, solía pintarse con ocre y tiza para las ocasiones especiales, pero él sabía que en aquel momento no

lo haría.

Lo sobrecogió un súbito y vivido recuerdo de su padre, con la mitad del rostro rojo y la otra mitad blanca, riéndose al tiempo que bailaba en una fiesta mientras las mujeres cantaban y daban palmadas.

Como todos los recuerdos de su infancia, aquello le provocó una punzada de dolor. Todos ellos estaban muertos, toda aquella gente, y sus huesos habían sido enterrados bajo las arenas del desierto. Jugueteó con su único pendiente, intentando alejar el recuerdo. Ya no era el chico que había sido... Wajjaj, hijo de Lianja, del pueblo tubu. Él era Memnón, explorador del primer escuadrón de los Mauritanos

Aurelianos.

Piensa sobre la broma, sí; piensa en el estandarte del borracho. Eso es mucho mejor que recordar el pasado.

Su compañero de tienda, un masesilo llamado Víctor, se acercó a él, sonriendo.

—¡Toma! —dijo, colocando un brazalete de oro en la mano de Memnón — Te lo presto.

Memnón miró el aro dorado, y después sus antebrazos desnudos. Normalmente, intentaba ser tan discreto como fuera posible, como correspondía al mejor explorador de la unidad. Vestía con sencillez, llevaba el cabello muy corto y evitaba las joyas, ya que éstas podían engancharse en la maleza o

traicionar su presencia ante un enemigo al reflejar la luz. Cuando estaba explorando incluso se quitaba el pendiente, y pintaba de negro la hoja de su cuchillo. Por otra parte, no podía decepcionar al *numerus* mostrándose andrajoso en el desfile.

—Gracias —contestó a Víctor, y deslizó la espiral dorada en su brazo.

—Te prestaré otro para el otro brazo —dijo Himilis, otro de sus compañeros de tienda, y sonrió—. Con un poco de ayuda podrías parecer casi humano.

—Gracias —dijo Memnón de nuevo, esta vez intentando sonreír—. Viniendo de ti, Himilis, eso es un verdadero cumplido. Todo el trabajo

que has llevado a cabo para parecer humano tú mismo te convierte en un experto en la materia.

Víctor se rió, y Himilis puso los ojos en blanco.

Aquella noche, Memnón se retiró a su tienda totalmente feliz.

No era que el día hubiera sido perfecto. A mediodía había comenzado a llover, y para cuando la unidad tomó por fin su turno en el desfile, a última hora de la tarde, sus adornos estaban mojados y echados a perder: sus mejores túnicas, las estrellas de oro, el cabello trenzado, las pieles de león, y todo lo demás. Cuando volvieron tiritando a su campamento no había ningún sitio a resguardo donde tender las cosas para

que se secaran. Tuvieron que tender la ropa del desfile bajo el techo de sus tiendas, disminuyendo aun más el ya abarrotado espacio, y añadiendo más humedad al interior, viciado ya por los hombres que se acurrucaban completamente mojados.

Sin embargo, aquello no importaba. La legión Albana había marchado todo el camino hasta el campo del desfile antes de descubrir que habían cambiado su estandarte; y lo que era peor, entonces se habían disuelto consternados y soltándose recriminaciones, demorando todo el desfile y atrayendo la atención de todo el mundo, incluyendo al Emperador. La mitad del ejército saludaba ya a la legión Albana

simulando beber de una jarra, y sus oficiales estaban a punto de sufrir un ataque. Los mauritanos, encantados, habían bañado a Memnón en vino y confites.

Mientras la oscuridad caía sobre ellos, el etíope se sentó en su saco de dormir, con la cabeza rozando las ropas húmedas que tenía encima, y compartió los regalos con sus compañeros de tienda. Estas, normalmente, albergaban a seis hombres, pero uno de ellos, Casto, estaba de guardia. Aún lloviznaba, y las gotas caían débilmente contra el techo de cuero. El concentrado calor corporal de los hombres del interior mantenía a raya el frío del otoño, y la paja del suelo conservaba secas las camas. La tienda

podía ser oscura, y quizá apestaba a cuero húmedo, a paja sucia, a ropa de lana sudada y a jinetes cubiertos de lodo, pero era cómoda y cálida.

—He oído que la Emperatriz se rió —dijo Víctor, tomando un trago de la botella de vino. Seguían hablando sobre el estandarte, aunque había sido el principal tema de conversación del ejército durante toda la tarde.

—Y una de sus damas lo guardó —dijo Honoratos, cogiendo la botella.

Todos habían visto a la familia imperial mientras desfilaban... y había sido una visión gloriosa. Las tropas habían construido un palco: una plataforma de madera cuadrangular forrada de púrpura y protegida del sol

por un toldo escarlata. La guardia pretoriana se había mantenido en apretadas filas a su alrededor, rodeándolo con vivo carmesí, oro y el brillo de las armaduras. Elevados sobre los demás como dioses, sentados en tronos de marfil y oro, habían estado los emperadores: Septimio Severo y su hijo, Aurelio Antonino. Sus armaduras eran doradas y brillaban bajo la luz, y sus pesadas capas eran un rico mar de púrpura. La famosa barba rizada del Emperador era blanca, no del negro azabache de su retrato en el *signum*, y el ceñudo y familiar rostro que aparecía en un millar de monedas y estatuas estaba hinchado y tenso, pero el hombre era reconocible. Septimio Severo Augusto,

conquistador de Partia, Arabia y Adiabena; ¡señor del mundo! Su hijo estaba a su lado, joven y vigoroso, con el cabello negro y rizado y el rostro orgulloso: la promesa de un futuro seguro para el Imperio.

La emperatriz Julia Domna se sentaba un poco más atrás, entre su esposo y su hijo, rodeada por una multitud de elegantes damas; y una de ellas sostenía, efectivamente, un rollo de tela teñida de un familiar tono carmesí.

—Sostenía algo rojo, es cierto —asintió Himilis.

—Era el estandarte enrollado, seguro —dijo Kahena, y extendió una pierna para empujar a Memnón con la punta del pie descalzo—. ¡Es posible

que, justo ahora, nuestra bandera esté colgada en la habitación de la Emperatriz! —se regodeó.

Memnón sonrió para sí mismo en la oscuridad. Tenía un vivido recuerdo de la chica que sostenía el estandarte: una alta y elegante criatura de ojos oscuros cubierta por una larga capa de seda gris. Cogió un higo seco, y dijo:

—Quizá esa hermosa dama quiera quedársela.

—Ésa era una esclava —objetó Honorato—. No podría quedársela a menos que la Emperatriz le permitiera que lo hiciera.

Los demás se quedaron en silencio un momento, digiriéndolo. Honorato sabía más de aquellas cosas que los

demás. Era un ciudadano romano, y había crecido en Cesarea, la capital de la Mauritania Cesariense. No había muchos como él en la unidad. Los ciudadanos romanos que se enrolaban en el ejército generalmente se unían a una legión, e incluso los provincianos normales preferían las tropas regulares a las auxiliares. Honorato, sin embargo, era soldado de caballería por vocación: había rechazado a la legión por tratarse de infantería, y eligió a los mauritanos debido a su habilidad con los caballos. Su elección había sido premiada con una designación inmediata como *optio*, o segundo al mando en el escuadrón, aunque en los pobres mauritanos esto sólo significaba que cobraba algo más, y

que estaba obligado a compartir una tienda como cualquier otro soldado. Sin embargo, sus compañeros le guardaban respeto, y se sentían agradecidos por su conocimiento superior.

—Iba vestida como una dama rica —objetó Memnón, al final.

—Las esclavas de la familia del César *son* ricas —dijo Honorato, con confianza—. ¿No os acordáis de Menófilo?

Una oleada de reconocimiento recorrió la tienda.

—¡Ese bastardo lameculos! —exclamó Víctor, con resentimiento.

—¡El no es un esclavo! —protestó Kahena.

—Lo es —contestó Honorato—.

¿No lo sabías?

—¡Pero si él mismo tiene esclavos a montones!

—Claro. Es de la casa del César. Le pagan unas veinte veces lo que cobramos nosotros.

—¿Le pagan? —preguntó Kahena—. ¿Por qué iban a pagar a un esclavo?

—Porque es el esclavo del Emperador —dijo Honorato—. Su señor es el dueño del Imperio, y él ayuda en la administración de las propiedades de su señor. No es como ser el cabrero de alguien, ¿no?

—Los libertos del Emperador se ocupan de todo —comentó Víctor, pensativamente—. Nuestro señor Severo los tiene atados en corto, pero aun así

son ellos quienes controlan todo el dinero. Eso es lo que se dice, en cualquier caso.

—Eso es verdad —asintió Honorato—. Y los libertos del Emperador no son más que esclavos que han sido ascendidos. Así es como funciona la casa del César: naces como esclavo, pero te haces rico y acabas dando órdenes a hombres libres... Y cuando cumples treinta o cuarenta años te conceden la libertad, y entonces te ocupas de los asuntos del Imperio.

—Entonces, ¿la hermosa chica que llevaba mi estandarte era una esclava? —preguntó Memnón, volviendo al tema que más le interesaba— ¿Una esclava, y una rica dama a la vez?

—Seguramente —contestó Honorato.

—¿Era hermosa? —preguntó Víctor—. No me fijé.

—Hermosa como una palmera joven —le informó Memnón—. ¿No eran un regalo para los ojos, la Emperatriz y sus damas? O sus esclavas, si es eso lo que eran.

Cerró los ojos y rememoró la escena de nuevo: la Emperatriz sentada en su trono entre los dos emperadores, con perlas cayendo de sus orejas y joyas brillando contra su pecho envuelto en púrpura; las elegantes mujeres vestidas de seda junto a ella, y la más joven y hermosa sosteniendo su estandarte bajo el brazo. Sonrió de nuevo para sí

mismo.

—¡Fue increíble! —exclamó calurosamente—. Fue increíble ver a la Emperatriz de los romanos, ¿eh?

En la tienda se produjo un murmullo de asentimiento.

—¡Creo que ni el viejo Rogato había visto a la Emperatriz antes! —dijo Víctor.

En el exterior de la tienda se escucharon pisadas.

—¿Casto? —llamó Himilis, esperando el regreso del centinela.

—No —dijo una voz conocida, y todos los hombres se tensaron, alarmados.

La lona de la tienda se abrió para revelar a Rogato, el prefecto,

sosteniendo una lámpara. Frunció el ceño y les hizo una señal para que lo dejaran pasar, de modo que los compañeros de tienda retrocedieron a regañadientes. Rogato entró agachado y se movió hacia un lateral, apartando con el pie algunas de las camas para no dejar un rastro de fango sobre ellas. Saturnino, el decurión, que había estado sosteniendo la lona para que pasara el prefecto, entró tras él y se acomodó frente a su superior. Rogato dejó la lámpara en el centro de la tienda tras apartar la paja del suelo cuidadosamente. Miró a los inquietos moradores de la tienda, y después permitió que su severa mirada se posara en Memnón.

—Explorador —dijo.

—¡Señor! —contestó Memnón, intentando ponerse firme mientras continuaba sentado en una abarrotada tienda con la cabeza empujando un montón de túnicas húmedas.

—No voy a hacerte ninguna pregunta —dijo Rogato. La luz de la lámpara brillaba en su cabello blanco; bajo aquel halo brillante, su rostro de bronce no tenía expresión, y sus ojos eran como pozos negros—. Sólo voy a decir que el Emperador en persona ha ordenado al prefecto pretoriano que encuentre a quien manipuló el estandarte de la II Pártica. El prefecto, a su vez, ha referido el asunto al Comisario del Grano.

Se produjo un momento de sorprendido silencio. "Comisario del Grano" quizá era un título que parecía inofensivo, pero solo una parte de su trabajo tenía que ver con el grano: hasta los extranjeros de las fronteras del Imperio lo sabían. Los agentes del Comisariado eran los espías del Emperador, responsables de detectar y suprimir a los traidores.

Rogato extendió su fusta, y tocó una de las botellas de vino sin abrir que estaban en el centro de la tienda.

—¿Qué es todo esto? —preguntó. La fusta se movió hasta el frasco abierto de higos secos a su lado. Kahena escondió el vino abierto a su espalda, y Rogato le lanzó una mirada de disgusto.

—Hoy es un día de fiesta para mí, señor —le informó Memnón, con seriedad—. Es la festividad de la cosecha para los tubu. Algunos de los chicos me han hecho regalos para ayudarme a celebrarlo.

—¡Oh, claro! —dijo Rogato—. Bueno, supongo que no hay nadie en el ejército que pueda contradecir eso: podría ser. —Hizo una pausa, y después continuó—: Por el momento, el comisario sospecha de los legionarios de la II Pártica, porque los centinelas que patrullaban el perímetro de su campamento juran que nadie pudo haber pasado ante ellos.

Memnón no pudo suprimir totalmente una sonrisa.

—Aparentemente, la tienda de su cuartel general también estaba vigilada —continuó Rogato—, así que la teoría es que sólo pudo cambiar el estandarte alguien que tuviera acceso a él. Sin embargo, ya que los estandartes han estado allí desde que la legión llegó, y que media legión ha estado entrando y saliendo de esa tienda por una razón u otra, eso no ayuda demasiado a la investigación. De hecho, no pensaría que esto pudiera causarnos problemas... de no ser porque existe el rumor de que fue uno de los nuestros el que manipuló la bandera de la legión. —La oscura mirada del prefecto parecía concentrada en una llama—. Uno de esos malditos agentes del Comisariado acaba de estar

aquí, y me ha ordenado que haga algunas preguntas al respecto.

Se produjo un silencio. Memnón sintió un súbito y mareante temor a que lo detuvieran inmediatamente, lo interrogaran y después lo arrojaran a una celda. Tragó saliva.

—Por supuesto, informaré de que he investigado el rumor —continuó por fin Rogato—, y de que he descubierto que no era nada. Añadiré que todos mis hombres han estado confinados en nuestro propio campamento durante la noche, y que ninguno de nosotros ha tenido acceso al campamento de la II Pártica ni siquiera durante el día. Obviamente, nadie de mi unidad tuvo la oportunidad de manipular sus

estandartes.

—No, señor —dijo Memnón, agradecido.

—No le diré al agente —continuó Rogato— que uno de los hombres que no pudo haber tocado esa bandera, una vez se deslizó a través de un ejército cuado sin ser detectado.

—No, señor —dijo Memnón, y tragó saliva de nuevo.

—Ésta ha sido una broma estúpida, explorador —le dijo Rogato, con enfado —. Los estandartes son cosas sagradas.

—Sí, señor.

—Y en cuanto a ti, *optio* —dijo Rogato, girándose para mirar a Honorato—, se supone que debes mantener a raya a los alborotadores...

¡no ayudarlos!

Honorato abrió la boca, y después la cerró de nuevo.

—Sí, señor.

—Os pondría a los dos a limpiar letrinas esta noche, pero parece ser que vuestro decurión tiene otros planes para el explorador. ¿Saturnino?

—¡Señor! —contestó Saturnino, sonriendo maliciosamente.

—Transmítele la orden. —Rogato comenzó a levantarse, se dio en la cabeza con las ropas mojadas, gruñó, se agachó, y salió de la tienda dejando la lámpara atrás.

Saturnino dirigió su malvada sonrisa a Memnón.

—Tenemos que enviar a un

mensajero a nuestro acuartelamiento de invierno —anunció—. Te ha tocado a ti.

—¿Señor?

—Ahora que el Emperador nos ha pasado revista, vamos a movernos hacia el norte. Pasaremos el invierno en un fortín llamado Aballava. Irás hasta allí, le dirás a las tropas que ya hay allí que vamos de camino, echarás un vistazo a las instalaciones, y cuando hayas terminado volverás para informar dondequiera que estemos.

Memnón se quedó mirándolo fijamente. Generalmente, ese tipo de tarea se encargaba a un romano letrado como Honorato. A los mensajeros se les entregaba un itinerario escrito para que lo siguieran en su viaje, y Memnón no

sabía leer. No conocía nada de Britania excepto aquel campamento lodoso. No tenía ni idea de cómo se suponía que iba a encontrar un fortín en concreto en una enorme provincia desconocida llena de fortificaciones. No temía perderse, estaba seguro de que siempre podría volver sobre sus pasos, pero encontrar un destino lejano era otra cosa.

Comprendía perfectamente bien que aquella misión era el modo de Rogato de mantenerlo lejos de la investigación del Comisariado, pero había una clara posibilidad de que también fuera un castigo por lo que había pasado. Vagabundear a lo largo y ancho de aquella húmeda y fangosa isla mientras el otoño avanzaba, preguntando

por todas partes por Aballava, parecía un castigo bastante severo.

—Algunas unidades más están enviando a sus propios hombres a los acuartelamientos de invierno —continuó Saturnino, después de dejarle tiempo para que se preocupara de verdad—. Cabalgarás con ellos durante la mayor parte del camino. Te daré las órdenes escritas por la mañana. —Se incorporó y sonrió maliciosamente una vez más—. Si fuera tú, yo terminaría esta celebración de la cosecha ya. Tendrás que levantarte temprano para prepararte para el viaje.

Capítulo 2

Al amanecer de la mañana siguiente, Memnón se despidió de sus compañeros de tienda y cruzó el campamento hasta la zona administrativa para ser asignado a un grupo de viaje. La lluvia había cesado durante la noche, y los primeros rayos rosados de sol mostraban que las nubes estaban comenzando a dispersarse. Memnón se animó. Su caballo, un pequeño y robusto corcel castrado llamado Lirón, estaba bien descansado y ansioso por comenzar a moverse, igual que él mismo. Tenía dinero en la bolsa, ropas cálidas en el

fardo de su espalda, y una tierra desconocida que explorar: ¿qué más podía pedir?

El campamento romano era amplio. Cruzarlo cabalgando, delineando el perímetro de un asentamiento tras otro, elevó su estado de ánimo incluso más. La variedad de hombres que vivían en el interior de los límites del Imperio siempre había sido una fuente de deleite para él, y allí estaban todos reunidos, una tribu codeándose con otra: africanos e italianos; sirios y galos; árabes y germanos; panonios, tracios e íberos. Honorato decía que, si incluías a las legiones británicas, había cien mil hombres congregados para aquella campaña. ¡Cien mil! Aquello era un

número muy grande, uno del que un hombre no podía hacerse a la idea realmente. Y, aun así, todos aquellos individuos tenían sus propios campamentos, sus propios suministros de comida, tiendas y leña. Nadie tenía hambre, nadie atacaba a los demás. ¡Qué maravilloso era el Imperio! Qué prodigioso era el ejército romano, la fuerza más poderosa del mundo, ¡y él era parte de ella! Casi lo sentía por los pobres bastardos del norte que habían provocado aquello.

Por supuesto, aquella era la parte admirable del ejército romano: otra cosa era esperar que funcionara eficientemente y sin problemas. Cuando presentó sus órdenes en la zona

administrativa, en el campamento pretoriano, no le sorprendió que lo consideraran una molestia. Nadie lo esperaba tan pronto; nadie le había asignado compañeros de viaje. Tampoco se alegraron de verle, ya que el negro era un color de mala suerte, y encontrarse con un hombre negro tan temprano por la mañana era un mal presagio para el resto del día. Vuelve esta tarde, le dijeron. O mañana por la tarde; mañana será mejor.

Sin embargo, Memnón sabía cómo lidiar con aquellas cosas: identificó qué funcionario podía ser el responsable de asignarle un grupo con el que viajar, amenazó al hombre con dar su nombre a Rogato, y después se acomodó en el

exterior de la tienda a esperar. Se entretuvo cotilleando con los que entraban a la tienda y sugiriéndoles que el funcionario podía proporcionarles dinero para el viaje o monturas, así como compañeros de viaje. El funcionario salió después de un par de horas, agobiado y de mal humor, y le dijo que podía viajar con el grupo de Panthera, y que allí estaban sus órdenes.

Le dijeron que podría encontrar al grupo de Panthera en el exterior del límite este del campamento, junto al puente. Este resultó ser el puente que cruzaba el río Támesis hasta la capital provincial de Londinium. Memnón miró al otro lado del río con curiosidad; la soldadesca reunida había sido confinada

en el campamento por ser demasiado numerosa y extranjera para la ciudad, y aun no había tenido oportunidad de probar sus delicias. Descubrió que tampoco tendría la oportunidad entonces, porque un grupo que solo podía ser el de sus compañeros de viaje ya se había reunido en su lado del puente.

Era un grupo variado y desunido. Había ocho hombres con las pulidas armaduras y las túnicas azules de los jinetes de expedición legionarios, y uno con la capa roja y la túnica bordeada en púrpura de los tribunos, todos en un lado de la carretera; en el otro lado estaban los auxiliares. Había dos germanos sobre peludos y robustos caballos, con

el cabello rubio recogido detrás y sombra de barba; un tracio con media armadura sobre un poderoso corcel negro; un delgado arquero sirio sobre una elegante yegua parta, y un bigotudo galo sobre un nervioso semental bayo. Sobre una pequeña carreta estaban los esclavos y el equipaje, que debían pertenecer al tribuno: los oficiales legionarios eran aristócratas, y no era de esperar que se conformaran con lo que podía caber en un fardo.

Memnón hizo trotar a su caballo hasta el tribuno y lo saludó marcialmente. Era un joven alto, montado sobre un magnífico corcel blanco, llevaba una elaborada coraza en lugar de la habitual armadura de tiras;

una coraza que Memnón descubrió, consternado, que llevaba la insignia del centauro de la II Pártica en el centro.

El tribuno bajó la mirada hasta aquel bajito hombre negro sobre un pequeño caballo castaño.

—¿Sí?

—¡Memnón, señor, primer escuadrón, *numerus* de mauritanos de Aureliano, señor! ¡Voy a viajar con su grupo, señor! —Le extendió las órdenes que el funcionario le había proporcionado.

—Oh, ¡otro más no! —gruñó el tribuno. Tomó las órdenes como si fueran un trapo sucio, les echó un vistazo, hizo una mueca, y se las devolvió—. Muy bien, auxiliar. Soy

Flavio Panthera, tribuno de la II Pártica. Obedecerás mis órdenes, o las órdenes de cualquiera de mis hombres, o haré que te azoten. Podrás cabalgar y comer con tus compañeros auxiliares, y mantendrás tu desafortunado rostro lejos del resto de nosotros. Se nos ha asignado la tarea de escoltar a un enviado de palacio hasta la nueva base del Emperador en Eboracum: te mantendrás también fuera de su camino, y te comportarás con respeto, si sabes cómo. ¡Espero que tu prefecto te haya dado dinero para el viaje, porque no conseguirás nada de mí!

—¡Sí, señor! ¡No, señor! —Memnón saludo de nuevo, e hizo que Lirón trotara hasta los auxiliares.

Los germanos, el tracio, el sirio y el galo lo miraron con cautelosa curiosidad. El les sonrió: quizá podría intentar hacer amigos. El galo lo miró de arriba abajo y comentó con incredulidad:

—¿Un etíope?

Memnón sonrió de nuevo.

—He estado destinado durante diez años en el Danubio, y recientemente en Carnuntum. Me llamo Memnón, soy explorador, del *numerus* de mauritanos de Aureliano, y se me ha ordenado que examine nuestro acuartelamiento de invierno en un lugar llamado Aballava. ¿Y tú?

El galo, ligeramente tomado por sorpresa, lo pensó un momento. .. y

después le devolvió la sonrisa y extendió la mano.

—Meliso, *optio*. I Caballería Gala, procedente de Brigetio, en el Danubio, y mi destino es un lugar llamado Uxelodunum.

Todos se dieron las manos, se presentaron, y nombraron las unidades a las que pertenecían. Memnón agitó la cabeza en dirección al tribuno.

—No parecía contento de verme.

Meliso, el galo, frunció el ceño.

—No se ha alegrado de vernos a ninguno. Tener una indisciplinada plebe de auxiliares en su estela estropea su formación.

—Ah. Pensaba que quizá tenía miedo de que le robáramos el vino.

Ante esto, todos los hombres se rieron. Conversaron sobre el estandarte del borracho, y después hablaron sobre el desfile y el tiempo britano. Estaban empezando a animarse cuando uno de los legionarios de Panthera se acercó y les ordenó que formaran una fila y se mantuvieran en silencio.

Obedientemente, condujeron sus monturas hasta formar algo parecido a una hilera, y se callaron. Sus caballos se agitaron irritados bajo ellos, y mordisquearon la hierba del borde del camino. Ya que no partían, era evidente que aun estaban esperando a alguien, presumiblemente al enviado de palacio.

Después de una tediosa hora, más o menos, un espléndido carruaje cerrado,

arrastrado por cuatro hermosas mulas, rodó sobre el puente y se detuvo frente al tribuno. Un hombre se asomó por la ventana.

—¡Saludos! —exclamó alegremente—. ¿Sois vosotros nuestra escolta?

El tribuno legionario acercó su corcel.

—¿Tú eres el enviado del palacio sagrado? —le preguntó— Soy Flavio Panthera, tribuno de la II Pártica. Llegas tarde.

El enviado pareció sorprenderse ante aquella bienvenida, pero contestó tranquilamente.

—Me complace que vosotros, de todos modos, hayáis llegado a tiempo.

Soy Septimio Cástor, liberto de la Casa Imperial, *memoria* y chambelán de nuestro señor Severo Augusto.

Ante esto fue el tribuno quien se sorprendió. Los chambelanes imperiales eran hombres importantes: libertos o no, eran parte de los empleados personales del Emperador. Memnón miró al chambelán con interés: era un tipo fornido de unos cuarenta años, con el rostro redondo y bonachón, una nariz respingona y prominentes dientes delanteros. Iba bien vestido, aunque discretamente. Se preguntó cuál era el papel de un *memoria*. ¿Quizá era el que recordaba las cosas al emperador?

—Espero que tengamos un viaje tranquilo —continuó el chambelán. Miró

a los auxiliares, y añadió—: Parece que tienes un grupo muy variopinto de hombres, tribuno.

Panthera resopló.

—¡Tengo una manada de perros callejeros! Excepto estos, que son míos —señaló a cuatro de los jinetes de expedición—, el resto son mensajeros de sus propias unidades que saldrán esta mañana en la misma dirección que nosotros. Se han pegado a mí porque soy el oficial de mayor rango.

—Estoy seguro de que es más seguro y económico para los soldados viajar juntos cuando pueden —contestó Cástor, pacíficamente—. Y todos somos leales al Emperador, espero.

Panthera resopló de nuevo, y

después miró el carruaje. Frunció el ceño.

—Oye, ¿qué es eso? ¡No puedes llevar a una mujer!

Un estremecimiento de interés recorrió a los soldados presentes. Cástor frunció el ceño.

—Es la secretaria de nuestra señora, la emperatriz Julia Domna —informó al tribuno—. Ha sido enviada por su señora con el mismo recado que yo.

Memnón no tenía ni idea de que existieran mujeres secretarias, aunque, ahora que lo pensaba, una emperatriz debía tenerlas. Adelantó un poco a su caballo para ver si podía echar un vistazo a aquella exótica criatura. Allí

estaba, con la cabeza girada hacia Panthera, y la espalda tensa de rabia por haber sido tomada como una simple concubina. Su abundante cabello castaño y su capa de seda gris le resultaban familiares.

—¡No puedes llevar a una mujer! —repitió el tribuno— No es bueno para la disciplina. Estos perros auxiliares se pelearán por ella.

—La ha enviado la Emperatriz, tribuno —contestó el chambelán con voz fría—. ¿Te niegas a escoltarla? ¿Deseas que vuelva al palacio y diga eso?

El tribuno, seguramente, sabía que si intentaba hacer algo por el estilo sería el final de su carrera. Le lanzó una mirada de ira.

Memnón llevó a su caballo hacia delante. La chica se giró ante el sonido de los cascos, y él vio los ojos oscuros y el pálido rostro ovalado de la dama imperial que había sostenido lo que podría haber sido su estandarte. Sonrió, complacido.

—¡Señor! —llamó al tribuno, dedicándole el mejor de sus saludos—. Ninguno de nosotros insultaría a esta hermosa dama disputándosela como si fuera una tabernera. ¡Eso sería una ofensa a la Emperatriz, señor!

El tribuno lo miró con enojo, ofendido. Parecía estar a punto de decir algo sobre la Emperatriz, pero se lo pensó mejor. Frunció el ceño.

Memnón sonrió de nuevo. El

tribuno no se atrevería a castigarlo por mostrarse leal a la Emperatriz. ¡No frente a la secretaria de la dama imperial!

—Lo juraré ahora mismo, señor, si así lo deseas —se ofreció alegremente —. ¡Si insulto a la secretaria o a su augusta señora, el resto de hombres pueden cogerme y ponerme cabeza abajo en la letrina más cercana! —Elevó la mano derecha—. ¡Lo juro por mis ancestros! —Bajó la mano, y añadió con seriedad—: Pero si no hay ninguna letrina cerca, no habrá necesidad de buscar una. Un montón de estiércol servirá en su lugar.

Sonriendo, los demás auxiliares repitieron el juramento ante un amplio

surtido de dioses.

El tribuno no parecía satisfecho, pero no pudo objetar nada.

—¡Muy bien! —exclamó—. Movámonos. Vamos retrasados, y tenemos que llegar a Verulamium al anochecer.

Cabalgaron por una campiña de suaves colinas, de campos moteados con retazos de bosque, de fértil terreno de pastoreo en prados bien regados. Las nubes habían dado paso al cálido sol de septiembre, y la tierra brillaba bajo la suave luz, mientras el rocío resplandecía sobre la verde hierba y las telarañas de los setos centelleaban como si de collares de gemas se tratase. El aire olía a fresca humedad. La cosecha había

terminado y los campos se habían visto reducidos a un pálido rastrojo, pero en los huertos a lo largo de la carretera la gente estaba recogiendo las últimas manzanas. Observaron pasar al grupo imperial con la habitual cautela que mostraban los granjeros hacia los soldados por todo el imperio. Memnón los saludó con la mano.

El edicto de silencio de Panthera fue imposible de aplicar en el camino. Y, de hecho, desde su posición a la cabeza del grupo, el tribuno ni siquiera podía oír a los auxiliares de la cola. Antes de terminar la primera hora de viaje, ya estaban charlando y riendo despreocupadamente. Comenzaron comparando sus itinerarios para el

viaje. La mayoría estaban destinados a campamentos en la frontera norte de Britania, aunque el soldado de caballería tracio, Sita, se detendría en la base de su propia unidad al sur de la misma. Su ruta llevaría al resto de los hombres hacia los cuarteles generales del ejército en el norte, un lugar llamado Eboracum, que era a donde se dirigían los secretarios imperiales: ésta sería la base del Emperador durante la campaña venidera, y los empleados imperiales sin duda se dirigían allí para realizar los preparativos. Estaba a unas doscientas setenta millas de distancia, pero se suponía que debían viajar con rapidez, y cubrirían la distancia en siete u ocho días. El chambelán imperial terna

permiso para usar las postas, lo que le garantizaba mulas frescas para su carruaje, así como alojamiento en todas las posadas del camino; y, como parte de su escolta, ellos también podrían pernoctar en las posadas. Memnón estaba muy animado: en todos sus viajes hasta entonces había tenido que acampar al raso al final del día.

Comenzaron a intercambiar historias de campamentos y oficiales, y, sobre todo, hablaron sobre los oficiales legionarios, como su comandante temporal. Memnón informó a sus compañeros de que la Emperatriz compartía sus opiniones; debía hacerlo: había dado a aquella misma secretaria el estandarte del borracho para que lo

guardara; él la había visto sosteniéndolo durante el desfile. Los otros tenían dudas. En la primera parada, una posada a doce millas de Londinium, donde se detuvieron para tomar un almuerzo ligero y para descansar y dar agua a los caballos, lo desafiaron a preguntarle directamente a la muchacha si era ella o no.

Memnón siempre se alegraba de tener una excusa para hablar con una chica guapa. Esperó hasta que ella y el chambelán imperial estuvieron a punto de volver a subir a su carruaje después de la parada, y entonces se aproximó, llevando consigo al sirio y al galo como testigos.

El chambelán fue el primero en

notar su acercamiento, y frunció el ceño. Memnón miró al hombre a los ojos, saludó con elegancia, y fue recompensado con una relajación perceptible.

—Disculpad que os moleste, señor, señora —dijo, tan educado y amistoso como sabía ser—, pero nos preguntábamos si la dama secretaria era la que vimos junto a la Augusta ayer, en la revista de las tropas.

El rostro de la joven se encendió ligeramente, y sonrió con deleite. Memnón adivinó al instante que la chica era nueva en su puesto, y que se sentía orgullosa de ello, y complacida de que otra gente lo notara. Vista de cerca, era incluso más joven de lo que había

pensado; seguramente no mayor de veinte años. ¡Debía ser una chica lista para haber conseguido tal puesto junto a la Emperatriz siendo tan joven!

—Sí —asintió la dama—. Yo estuve allí. —Tenía una voz clara y agradable, con un aristocrático acento italiano.

—Te vimos en un momento en el que sostenías algo rojo, señora, y nos preguntábamos si... ¿Sabes que alguien cambió el estandarte de la II Pártica? Nos preguntábamos si era eso lo que tenías en las manos.

—Sí —dijo la chica de nuevo, sorprendida—. Trajeron la bandera de broma para mostrársela al Emperador, y mi señora, la Emperatriz, se hizo cargo

de ella. Le pareció divertida.

Memnón sonrió triunfalmente a sus testigos. Meliso suspiró.

—Yo no la vi —dijo, con pesar.

—Oh, fue sólo una broma —dijo la chica, incómoda—. Era como el estandarte real, pero el centauro sostenía una jarra y tenía una, uhm, una mujer desnuda a la espalda. Julia Augusta dijo que mostraba al centauro de la legión "ocupado en las actividades favoritas de la legión".

Cástor profirió un bufido divertido.

—He oído que Papiniano sugirió que era un buen presagio, porque mostraba al centauro "disfrutando de la celebración de la victoria y la paz". Mi patrono, el Augusto, finalmente decidió

tomarlo así. Esos letrados saben cómo expresar las cosas.

Emilio Papiniano era uno de los pocos oficiales imperiales de los que Memnón había oído hablar. Como prefecto pretoriano, era el capitán tanto de la Guardia Pretoriana como de la legión Albana.

—¿Papiniano? ¿El prefecto dijo eso, señor? —preguntó, sorprendido. Era duro reconciliar aquel comentario tolerante con la cólera de los legionarios albanos.

—Sí —asintió Cástor. Se detuvo, miró a los auxiliares con penetrantes ojos brillantes, y después continuó en voz baja—: Debéis saber que, antes de que Papiniano fuera señalado para la

prefectura, los albanos estaban capitaneados por un hombre cuyo nombre y honores han sido ahora relegados al olvido. Aquel hombre odiaba intensamente a la Emperatriz, y habitualmente la insultaba frente a sus oficiales. No estoy acusando a ningún hombre que esté actualmente en la legión de deslealtad, por supuesto, sólo creo que deberíais saber que, cuando juráis castigar a cualquiera que insulte a la Emperatriz, estáis frente a un tema peliagudo. No me gustaría que os metierais en problemas con el tribuno debido a algo que digáis sin pensar.

Memnón sonrió. Se había sentido un poco consternado por estar a las órdenes de un arrogante tribuno albano,

pero ahora sospechaba que podría divertirse bastante. Las expresiones de admiración por la Emperatriz no eran algo de lo que Panthera pudiera atreverse a quejarse, pero lo mortificarían tremendamente. Memnón sintió, de pronto, una profunda lealtad por la Emperatriz.

—Gracias, señor, por advertirnos —dijo a Cástor sinceramente, y sonrió de nuevo.

Flavio Panthera se acercó a ellos en aquel momento, frunciendo el ceño.

—¡Auxiliares! —gritó—. ¿Qué estáis haciendo?

Memnón se puso firme, y saludó.

—¡Señor! —dijo, radiante— Por favor, discúlpenos, señor. Pensé que

había reconocido a la secretaria que escoltamos; creí haberla visto ayer, cuando estuvo junto a la Emperatriz, y hemos venido a preguntarle si estaba en lo cierto. Así es. Solo queríamos asegurarnos de que realmente temamos el honor de proteger a una mujer que está tan cerca de nuestra señora, la sabia y hermosa emperatriz Julia Domna, madre de los campamentos. Será algo de lo que podremos vanagloriarnos, señor, cuando nos reunamos de nuevo con nuestras unidades.

Panthera frunció el ceño aun más.

—Bueno, no molestéis a la esclava, ni al liberto del Emperador. Es una orden. Volved a vuestros puestos.

Memnón saludó de nuevo.

—¡Sí, señor! Tan solo permíteme decir, señor, lo alegre que me siento al formar parte de esta escolta, señor. La secretaria de la Emperatriz y el chambelán del Emperador, señor! Debes sentirte muy orgulloso.

El tribuno se puso rojo de rabia.

—¡Marchaos! —gritó.

—¡Sí, señor!

De nuevo en su caballo, Memnón preguntó, complacido, a sus compañeros:

—¿Habéis visto su rostro?

Proto, el sirio, negó con la cabeza, indignado.

—¡Es un enemigo de nuestra Emperatriz!

—Tampoco le caen bien los

esclavos ascendidos —decidió Memnón—, pero no se atreverá a decirlo, no delante de ellos. Ah, ¡éste va a ser un viaje horrible para él!

El galo frunció el ceño.

—¿Pretendes provocarlo?

—¿Por qué no?

—¡Podría hacer que te azoten!

—¿Por mostrar mi lealtad a la Emperatriz? ¿Por alabar a los empleados del Emperador? ¡No lo creo!

Meliso lo miró, dubitativo.

—Espero que sepas cuándo parar.

Memnón sonrió de nuevo.

—No te preocupes. Todavía no me han azotado nunca.

De Londinium a Verulamium: veintidós millas romanas. Alcanzaron la

ciudad al atardecer, aunque ya estaba oscuro cuando llegaron. Memnón nunca había estado en una posada antes, y disfrutó de la experiencia. Era cierto que él y el resto de auxiliares tuvieron que dormir abajo, en los establos, pero un establo limpio y seco era mejor que una tienda húmeda, y la comida caliente de la cocina sabía mejor que una ración cocinada en una débil fogata.

Proto, el sirio, puso algunas pegas a los establos, pero fue más debido a que a los legionarios se les permitió quedarse en la posada que al hecho de que los encontrara incómodos. Incluso él disfrutó de la comida. Todos los auxiliares habían recibido dinero para el viaje de sus propios capitanes, y cuando

unieron sus recursos descubrieron que podían comer bien.

Memnón proporcionó cierto entretenimiento a la cena: contó al posadero que podía complacer a Flavio Panthera ofreciéndole una jarra de vino y una chica. En su debido momento, lo llamaron para que acudiera al comedor privado de la posada, donde un tribuno de rostro enrojecido había estado gritando a un pálido y tembloroso posadero mientras los dos secretarios imperiales observaban la escena con mal disimulada diversión. Memnón interpretó su papel de extranjero estupefacto:

—¡No, señor! ¡Claro que no he intentado reírme de ti, señor! Bueno, sí,

señor, he oído hablar del estandarte de broma: es lo que me hizo pensar que eso te complacería, señor. Pensé que significaba que la II Pártica sabe cómo pasar un buen rato. ¿No te gustan las mujeres, señor? Quizá el tabernero conozca a algún chico que... ¡No, señor! Lo siento mucho, señor. No ha sido mi intención ser ofensivo, señor. ¡Sólo estaba intentando complacerte, señor!

Fue un placer usar el papel de extranjero sorprendido de nuevo: nadie que conociera a los mauritanos había caído en esa trampa durante años. En aquel momento funcionó: el tribuno lo despidió sin nada más que una orden gruñida de que ayudara al tabernero con cualquier cosa que necesitara.

Memnón se disculpó ante el tabernero, era lo justo, y simuló que había creído que al tribuno le complacería el ofrecimiento. El tabernero se mostró amable con el pobre auxiliar que había sufrido tal reprimenda de un tribuno, y no hizo nada peor que pedirle que limpiara el estiércol del establo, algo que sus compañeros y él habían hecho ya, de todos modos. De vuelta en los establos, relató la escena del comedor a sus nuevos amigos, y todos rieron. No les habló de su participación en el asunto del estandarte del borracho, por supuesto. Eran casi unos desconocidos, y hubiera sido estúpido. Los otros relataron travesuras similares en las que habían tenido parte

o de las que habían oído hablar, y todo el mundo se fue contento a dormir.

De Verulamium a Magiovinium: veinticinco millas romanas. Llovía de nuevo, y el tribuno se detuvo antes de lo que debería haberlo hecho. Memnón alabó en voz alta lo bien que estaba ocupándose de los enviados imperiales, y esto hizo que apretara los dientes. Magiovinium era un pueblo pequeño, pero la posada, de nuevo, era grande y agradable. Tenía una terma, y permitieron a los auxiliares que la usaran después de que los caballeros y los legionarios hubieron terminado. Fue un placer poder eliminar con vapor el cansancio de aquel día de viaje, colgar sus capas húmedas para que se secaran

en un cálido vestuario, dormir confortablemente sobre paja limpia mientras escuchaban la lluvia en el techo. Fue un placer escuchar a una cocinera cantando mientras trabajaba en la cocina a la mañana siguiente, mientras sus niños jugaban ruidosamente en el patio. Memnón decidió que aquellas posadas eran, de lejos, el mejor modo de viajar.

Envidiaba el salvoconducto del liberto imperial, Cástor, para viajar de posta a posta. Eso significaba tener siempre la mejor habitación, y que todos los demás tuvieran que dejar espacio para él.

Por otra parte, el chambelán era simpático. Perspicaz, pero simpático.

Sabía bien que Memnón estaba provocando al tribuno, pero no decía nada al respecto. A veces, incluso, preparaba al tribuno para un dardo, o hacía algún comentario suave para asegurarse de que alguna broma no recibía castigo. Memnón le devolvía el favor restregando el estatus de Cástor por la cara del tribuno cada vez que podía. Estaba seguro de que el chambelán disfrutaba de ello, aunque era demasiado diplomático para decirlo. La dama secretaria también se divertía: sonreía tras su mano, y sus ojos negros danzaban.

La dama, según notaron Memnón y el resto de auxiliares, estaba bajo la protección de Cástor. Fraomario, uno de

los germanos, creía que el chambelán debía ser su padre, o al menos su tío, pero los demás creían que tenían algún tipo de relación más lejana, tal vez de mecenazgo. En cualquier caso, no eran amantes: la secretaria nunca compartía habitación con su colega, sino que tenía una habitación privada. Memnón no podía evitar sentirse complacido por ello, aunque sabía que era estúpido.

Atenais era su nombre; él había oído cómo el chambelán lo decía. No se hacía ilusiones sobre que un miembro del servicio personal de la Emperatriz fuera a relacionarse con un auxiliar bárbaro, pero era un placer viajar con una mujer hermosa y joven, y era divertido hacerla sonreír. Le gustaba

verla asomarse por la ventana del carruaje, con los ojos brillantes y el cabello, desordenado por el traqueteo de las ruedas, soltándose de su recogido; le gustaba verla salir en las paradas para descansar y estirar las piernas. Memnón llevaba viviendo en un campamento militar diez años, y a menudo le parecía demasiado tiempo. Bueno, había tenido novias, no todas habían sido prostitutas... pero siempre había sido cosa de un día aquí, o un par de horas allí. Extrañaba el sencillo placer de tener mujeres a su alrededor constantemente, mujeres que estuvieran trabajando y hablando, sin prestar atención a sus hombres. Le recordaba a un mundo que había perdido, donde la

guerra era algo que ocurría solo de vez en cuando, y muy lejos. Aquel viaje se había convertido en unas vacaciones de un mundo más duro, y sospechaba que terminaría demasiado pronto.

De Magiovinium a Tripontium: treinta y nueva millas romanas, el tribuno apretaba el paso con fuerza, ya que el sol brillaba de nuevo. De Tripontium a Vernemetum, treinta y cuatro millas; de Vernemetum a Lindum, cuarenta millas, una espléndida y larga jornada bajo el claro sol otoñal.

El primer auxiliar los dejó en su siguiente parada, Danum. El fortín era el destino que habían asignado a Sita, el soldado de caballería tracio. No emuló al jinete de expedición legionario que

los había dejado antes, y que se despidió de ellos en las puertas: por el contrario, pasó una noche más con el resto del grupo en la posada. Los auxiliares lo invitaron a un trago y juraron buscarlo si estaba aun en Danum cuando pasaran por allí de nuevo, y él les dijo que eran «Buenos compañeros, *nai*, ¡muy buenos!»

Por la mañana continuaron cabalgando, con cierta sensación de melancolía, porque ya casi habían llegado al final de su viaje común. Si mantenían el paso rápido de los últimos días, llegarían a Eboracum aquella misma tarde. Los enviados imperiales y el tribuno se detendrían allí, y el resto del grupo se disolvería, cabalgando

hacia sus propios destinos por caminos distintos.

El paisaje cambió mientras se dirigían al norte desde Danum. Había menos campos y más bosques; los asentamientos eran más pequeños, y estaban más dispersos. Al oeste, sobre el boscoso valle, las montañas se alzaban escarpadas, abiertas y salvajes, desiertas excepto por inmensos rebaños de ovejas. Aparentemente habían pasado del territorio de las tribus del sur de Britania, más romanizadas, a las de los brigantes, una gente menos civilizada.

Ver todos aquellos rebaños hizo que Memnón pensara en los asaltantes bárbaros, y comenzó a preguntarse si tendría que preocuparse por ellos. El

enemigo que tenían que combatir estaba en el norte, y ya se habían adentrado bastante en tierras norteñas. Sabía que había una muralla que cruzaba la isla, y que supuestamente mantenía a raya a los bárbaros del norte. Era vagamente consciente de que debía estar a otros tres días de viaje al norte de Eboracum, pero eso no significaba que estuvieran totalmente a salvo. Los bárbaros habían estado cruzando regularmente la muralla para asaltar las tierras romanas; por eso, después de todo, era por lo que se iba a producir una guerra. Los mauritanos, seguramente, podrían haber introducido un grupo de exploración a través de aquel espacio abierto y vacío. De hecho, una vez habían llevado a cabo un

reconocimiento durante cinco días en territorio enemigo, y cruzando también un río, no sólo una muralla.

Mientras pensaba en ello, le pareció que aquel era justo el momento en el que hubiera esperado que los bárbaros enviaran un grupo de exploradores. Debían haber oído rumores sobre la llegada del Emperador a Britania y, si tenían algo de cerebro, deberían estar intentando descubrir más. Además, si querían combinar la exploración con el saqueo, aquel sería el mejor momento del año. La cosecha había terminado, pero el invierno todavía estaba por llegar. El buen tiempo de los últimos días habría hecho fácil el viaje. Estaba seguro de que, en

aquellas circunstancias, el viejo Rogato habría puesto a su grupo en alerta, y habría mandado por delante a un grupo de exploradores.

Flavio Panthera, sin embargo, no parecía pensar que hubiera algún peligro: no envió a ningún explorador por delante, y los hombres cabalgaban relajados, con las armas atadas a los caballos o incluso, en algunos casos, guardadas en el carromato del equipaje. Memnón supuso que el tribuno tenía alguna buena razón para creer que los bárbaros no llegarían tan al sur, pero se sentía inquieto. Sin embargo, no se atrevió a decir nada; había aguijoneado tanto a Panthera que, si no mantenía la boca cerrada un tiempo, iba a ganarse

una paliza.

Se consoló pensando en que llegarían a Eboracum aquella tarde. Seguramente no había demasiado riesgo, y el que hubiera terminaría pronto.

La mañana de aquel último día en la calzada hizo buen tiempo, y se detuvieron para almorzar en la posada de Lagentium, a dieciséis millas de Danum. Desde allí, el carruaje atravesó un fortín y subió una colina en las últimas veinte millas de viaje.

A ocho millas de Lagentium, sin embargo, una de las ruedas del carruaje se rompió. El conductor sintió que el vehículo se tambaleaba y se detuvo a un lado de la calzada. Los dos carromatos del equipaje se detuvieron junto a éste, y

todos desmontaron y se acercaron a mirar. Uno de los radios de la rueda derecha trasera se había roto y se había caído, y el eje de madera en el que había estado se había rajado.

—No son buenas noticias —anunció el conductor del carruaje, lóbregamente—. Vamos a tener que sacarla.

—¿Podremos arreglarla aquí? —preguntó Cástor— ¿O tendremos que buscar a un ruedero?

El conductor podía reparar la rueda en el sitio; aparentemente, el carruaje llevaba repuestos. Colocaron el vehículo de los enviados sobre unas piedras y quitaron la rueda rota. Sin embargo, en ese momento descubrieron

que la rueda de recambio no encajaba en el eje. Los legionarios se agruparon alrededor intentando ayudar, mientras el tribuno echaba humo por el retraso. La mayoría de los auxiliares desmontaron y dejaron que sus caballos pastaran.

Memnón, preocupado por los asaltantes bárbaros, llevó a Lirón hasta la colina más cercana para echar un vistazo alrededor. Panthera le gritó bruscamente que volviera.

—¡Sólo voy a echar un vistazo desde la cima, señor! —objetó Memnón.

—Bueno, ¡vas a perderte las vistas y a quedarte con nosotros! —gritó Panthera, añadiendo coléricamente—: ¡Que los dioses te destruyan, bobo desgraciado!

Memnón se encogió de hombros, liberó a su caballo, y se sentó con sus camaradas.

Uno de los legionarios, ingenioso como eran, generalmente, éstos, sabía cómo adaptar la rueda al eje. Se puso a trabajar sobre la cuenca no coincidente con un trozo de correa, una tira de repuesto de su armadura, el martillo y las tenazas del conductor. Los demás se quedaron a su alrededor, charlando y ofreciendo consejos... y así fue cómo los encontraron los asaltantes.

Capítulo 3

Memnón, que seguía inquieto, fue el primero en ver al grupo de asalto. Levantó la vista y descubrió a los jinetes descendiendo la colina hacia ellos; pequeños y peludos ponis galopando por el prado abierto, con una horda de hombres cubiertos por parduscas capas montándolos. Llevaban lanzas en las manos. Memnón dio un largo y ululante grito de alarma.

Los soldados de caballería corrieron hacia sus caballos. Panthera se quedó mirando la escena fijamente, incrédulo, y después gritó:

—¡Legionarios! ¡A las armas!

Cástor agarró a su joven colega, Atenais, por el brazo, y miró a su alrededor sin poder hacer nada, buscando algún lugar al que huir.

Memnón comenzó a subir la colina al galope sobre Lirón, formando una línea diagonal con los intrusos, con una jabalina en la mano.

—¡Vuelve aquí! —gritó Panthera, y Memnón miró a su alrededor y se dio cuenta de que había salido totalmente solo. Había seguido la táctica habitual de los hostigadores de caballería, golpear rápidamente el flanco del enemigo, olvidando que ninguno de los demás eran hostigadores.

—¡Atrás! ¡Atrás! —volvió a gritar

Panthera—. ¡Alineaos!

Memnón, obedientemente, retrocedió y se colocó en línea con los demás, entre los bárbaros que se acercaban y el carruaje. Meliso le sonrió y lo saludó irónicamente con la lanza.

Cástor, que aparentemente había desistido de encontrar algo mejor, metió a Atenais en el carruaje. Los esclavos también habían llegado a la conclusión de que no tenía sentido huir de hombres a caballo en campo abierto: estaban reptando bajo los carromatos del equipaje. Todos excepto uno, un chico que agitaba la fusta del cochero con ojos feroces.

El enemigo espoleó a sus caballos.

Superaban en número a los romanos, al menos en una proporción de dos a uno.

Memnón apretó los dientes, esperando la orden de cargar. Odiaba las batallas, y aquella parecía especialmente mala. Sin armadura, y armado solo con jabalinas ligeras, era el punto más débil de la línea, y el enemigo se había dado cuenta: tres de ellos se dirigían directamente hacia él. Si no se movía lo ensartarían, sin duda.

Ni siquiera así dio Panthera la orden de cargar. Memnón se dio cuenta de que el tribuno pretendía recibir el ataque en el sitio: la práctica habitual para la legión, pero una mala táctica para la caballería, y una desastrosa para un hostigador.

No tenía intención de morir porque su capitán fuera un idiota. Golpeó a Lirón con la fusta en el flanco derecho para que el pequeño caballo saltara a la izquierda, y puso al caballo al galope con un grito, intentando de nuevo el movimiento del flanco. Uno de los jinetes de la avanzadilla se giró para cortarlo; los otros dos continuaron adelante.

Galopó diagonalmente por la ladera, agachado sobre el cuello de Lirón, escuchando el golpear de los cascos del caballo a su derecha. Aminoró el paso, planeando exactamente lo que iba a hacer: se detendría de repente, usaría su primera jabalina sobre el atacante, y después

daría la vuelta para atacar al enemigo desde la retaguardia. A su espalda llegaron gritos; un chillido, y después la voz de Panthera, alta y estridente, gritando, «¡Retirada! ¡Retirada!» Memnón tiró con fuerza de la cuerda del cuello de Lirón, haciendo que se detuviera y desmontando mientras lo hacía: era mejor con la jabalina cuando iba a pie.

El bárbaro que lo perseguía, sin embargo, se dio la vuelta y galopó colina abajo para unirse a sus compañeros. Memnón le lanzó la jabalina, pero estaban muy distanciados y falló. Siguiendo el curso de su oponente con los ojos, vio que los asaltantes habían conseguido pasar hasta

los carromatos del equipaje y que estaban rodeándolos: su perseguidor no había querido perderse su parte en el saqueo. Memnón buscó a sus camaradas, los vio galopando por la calzada, y recordó que Panthera había dado la orden de retirarse. Temblando un poco, por la rabia y por su usual reacción a la batalla, llevó a Lirón por la ladera hacia sus compañeros, deteniéndose sólo para sacar su jabalina del lodoso suelo.

Llegó hasta los demás cuando aminoraron la velocidad hasta ponerse al trote, a una media milla por la carretera. Flavio Panthera se detuvo para mirar sobre su hombro, y después dejó escapar un suspiro inseguro.

—Se han detenido para saquear los

carros —dijo, aliviado. Miró a sus hombres, y después espoleó de nuevo a su caballo.

Memnón también miró a su alrededor, y descubrió los rostros que faltaban. Fraomario, el germano, no estaba, y tampoco un legionario llamado Crescens. No conocía bien a ninguno de los dos hombres, pero aun así su ausencia le provocó una punzada de pérdida.

Cástor y la hermosa Atenais... ellos también se habían quedado atrás, pero seguramente estarían vivos. La chica, probablemente, lo estaría, durante algún tiempo. Miró atrás, pero el carruaje y los carros estaban ya fuera de su vista, en un recodo.

En realidad no habían tenido más opción que abandonar a la gente a la que se suponía que estaban escoltando: si se hubieran quedado y luchado, sobrepasados en número y desprevenidos como estaban, habrían muerto, y habrían dejado a los dos enviados imperiales sin posibilidad de ayuda. Sin embargo, ahora tendrían que hacer algo.

Panthera puso a su caballo a la altura de Memnón, furioso.

—¡Tú! —gritó—. ¡Haré que te azoten, cobarde!

Memnón negó con la cabeza vigorosamente.

—¡No, señor! ¡He intentado atacar el flanco, señor! —Extendió la jabalina

para que el tribuno pudiera ver el barro que tenía, y para que supiera que, al menos, la había lanzado—. ¡Así es como combatimos en mi unidad, señor! No estamos equipados, señor, para recibir un ataque frontal.

Panthera vaciló: sabía, en realidad, que un jinete hostigador no podía recibir una carga frontal. Hizo una mueca, reacio a admitirlo.

—Señor —dijo Memnón impacientemente, antes de que el tribuno pudiera alejarse—, ¿los rodearemos, señor, y los seguiremos cuando vuelvan a moverse? Yo puedo seguir su rastro, señor. Yo...

El oficial volvió a dedicarle su atención.

—¿De qué estás hablando, por todos los dioses del averno? ¡Debían ser unos treinta! No, cabalgaremos tan rápido como podamos, y buscaremos ayuda.

Memnón frunció el ceño. Podían conseguir ayuda en Eboracum. La ciudad, sin embargo, estaba a doce millas de distancia, y ya había pasado el mediodía. De ninguna manera podrían volver antes de la caída de la noche, y sería imposible rastrear a los asaltantes en la oscuridad. Por la mañana, el enemigo ya habría llevado a sus rehenes muy lejos.

—Señor —dijo, tan respetuosamente como pudo—, seguramente tienes razón al pensar que

deberíamos buscar ayuda, pero si vamos a rescatar a los enviados imperiales, deberíamos...

—¡Idiota! —explotó Panthera—. ¡Estúpido extranjero! ¿Es que no me has oído? Seguramente no podremos rescatar a los esclavos. ¡Somos once, y los enemigos son treinta! ¡Necesitamos buscar refuerzos!

Memnón se quedó en silencio un momento. Era cierto que su número, que desde el inicio había sido menor, se había reducido incluso más en aquel vergonzoso combate. Entendía la lógica de una retirada, pero estaba seguro de que el viejo Rogato habría establecido una misión de rescate, durante la noche, cuando los bárbaros pensaran que

habían conseguido escapar. Sí: enviaría a los exploradores para matar a los centinelas, y después atacaría al enemigo mientras éste dormía.

Sin embargo, probablemente no era así como se hacían las cosas en la legión.

—Señor —dijo por fin—, alguien debería al menos seguir a los bárbaros y marcar su rastro.

—¡Cállate! —gritó Panthera, poniéndose rojo.

—Pero, señor, si no mantenemos el contacto con ellos...

—¡Que te calles! —exclamó el tribuno de nuevo—. ¡Ya estoy harto de ti, negro! ¡Cállate! ¡Una palabra más y te azotaré yo mismo, justo aquí, en la

calzada! Vamos a Eboracum, ¡ahora! —Y espoleó su caballo para ponerlo de nuevo al galope.

Era imposible hablar a pleno galope. Memnón cabalgó con la cabeza gacha, moviéndose con el ritmo de su caballo. Notaba la jabalina cubierta de lodo, suave y sólida, en la húmeda palma de su mano; la otra rebotaba contra su espalda. Tenía un misterioso nudo de dolor en la garganta.

Recordó el momento en el que encontró el cuerpo de su hermana en el desierto: sus pequeños y delgados miembros, su rostro contorsionado en su expresión final de terror; la sangre en sus muslos, la densa sangre coagulada de su garganta rasgada, y los rastros

secos de lágrimas en su rostro.

Contuvo a Lirón y se colocó tras los demás. Miró sobre su hombro. Los bárbaros no los seguían. Hizo que su caballo aminorara aun más el paso. Ninguno de sus camaradas echó la vista atrás. La calzada cruzaba un pequeño riachuelo, y allí dirigió al caballo a una zona boscosa y lo detuvo.

Silencio. Los pájaros que se habían sorprendido por el paso de los jinetes comenzaron a cantar de nuevo, y el río borboteaba en aquella quietud. Memnón respiró profundamente, temblando, con la imagen del cuerpo de su hermana aun ardiendo en sus ojos. Intentó bloquearla, y se descubrió imaginando el cuerpo de la bella Atenais en su lugar, muerta en

una ladera británica, con la garganta cortada.

Lirón se cansó de estar quieto. Agitó la cabeza decididamente, y bajó hasta el riachuelo.

Memnón desmontó y dejó que su caballo bebiera, aunque no demasiado; después lo condujo por la quebrada y se sentó. Reunió un puñado de musgo y comenzó a limpiar el lodo de su jabalina. Bueno, así que iba a seguir a los bárbaros y a intentar rescatar a los secretarios imperiales él solo. Seguramente era una estupidez, y si fracasaba tendría problemas con Panthera incluso si conseguía sobrevivir de algún modo, pero iba a hacerlo, así que no tenía sentido discutir consigo

mismo sobre el tema. Quizá aquello aliviaría el espíritu de su hermana, o quizá aliviaría su propia alma. Lo que tenía que hacer era mantenerse quieto hasta que los bárbaros se movieran, y después seguir su rastro. Si no conseguía nada más, al menos marcaría ese rastro, para que, cuando los grupos de búsqueda de Eboracum llegaran finalmente, no lo perdieran.

Los bárbaros no habían perseguido a los soldados romanos por la calzada. Aquello no le sorprendía: él tampoco los habría perseguido. Tan lejos en territorio enemigo y tan cerca de un fortín, ¿para qué molestarse? Lo que querían estaba en el carruaje, y además podían saquear los carromatos. Sin

embargo, querrían alejarse rápidamente. Seguramente matarían a los esclavos que iban en los carros, y después llevarían a los dos enviados imperiales a las colinas, viajando rápido para intentar cubrir su rastro. Quedaban tres o cuatro horas de luz solar: al caer la noche podrían estar a veinte millas de distancia.

¿Qué harían con los prisioneros? ¿Qué harían con Atenais? ¿Cuestionarían su valía, o simplemente asumirían que una mujer no podía saber nada de valor? Se dio cuenta de que no sabía casi nada sobre aquellos bárbaros britanos. Maeatae, así es como los 11amaban. Maeatae y caledonios: un grupo vivía al norte del otro, pero no podía recordar

cuál era cual.

Aquellas preguntas, de todos modos, no tenían sentido: lo que había que hacer era seguirlos. Puso la jabalina limpia de nuevo en el arnés a su espalda, y después se deslizó hasta el límite del bosque y echó un vistazo. Ningún bárbaro a la vista. Sacó su cuchillo, comprobó que se deslizara de su vaina con facilidad, engrasado por la mezcla de hollín y grasa que utilizaba para protegerlo y atenuar su brillo. La hoja, cuando la probó sobre su pulgar, era lo suficientemente afilada para afeitarse con ella. La envainó de nuevo y, cuidadosamente, se quitó el pendiente de la oreja derecha y lo guardó en su bolsa: el preludio antes de una misión

de exploración que se había convertido casi en un ritual.

Silbó a Lirón. El pequeño caballo, domado como solían estar los corceles de la caballería africana, trotó hacia él. Memnón lo acarició, rascó su mandíbula, y después lo condujo de nuevo hacia el lugar donde habían dejado el carruaje, caminando entre los árboles tanto como pudo, y evitando la calzada.

El carruaje continuaba allí, todavía apoyado sobre su montón de piedras. Las mulas habían desaparecido, no sólo las del carruaje, sino también las de los carromatos del equipaje. Los esclavos que se habían escondido bajo ellos estaban todos muertos. El chico que

había intentado defenderse con la fusta estaba vivo, pero sólo apenas: su vientre derramaba sus intestinos rasgados en la calzada. Los médicos decían que, si las entrañas de un hombre están intactas, se puede coser y esperar que éste sobreviva, pero cuando no lo están no tiene sentido. Memnón se arrodillo junto a él, y sus atormentados ojos se clavaron en el hombre.

—Duele —sollozó el muchacho. Tenía unos catorce años.

Memnón apartó suavemente el lacio cabello de su rostro.

—Haré que paré —prometió, y sacó su cuchillo.

Después cerró los ojos del chico y susurró una oración a sus ancestros,

pidiéndoles que lo recibieran con orgullo porque había luchado valientemente. Después continuó su inspección.

El equipaje había sido esparcido y abierto. Se habían llevado las cosas de valor, pero habían dejado atrás los objetos pesados. Memnón se acercó y examinó el carruaje. Estaba vacío y no había manchas de sangre, aunque el caos de mantas, cojines y papeles oficiales evidenciaban que se había producido un forcejeo.

Memnón comenzó a buscar huellas.

Encontró los cuerpos de Fraomario y del legionario al subir la colina, ambos despojados de sus armaduras y armas. No los tocó: el grupo de rescate

les daría un enterramiento digno cuando llegara. Por el aspecto de las cosas, había habido un bárbaro muerto haciéndoles compañía por un tiempo, pero sus camaradas se habían llevado su cuerpo, dejando solo una mancha de sangre en la hierba y algunas pisadas.

Amplió el círculo y encontró el rastro que habían dejado los asaltantes: se dirigía al lado oeste de la ladera por un prado de pastoreo de ovejas. Colocó una marca que hizo con un trozo de tela de la carreta atado a un palo, montó sobre Lirón, y continuó.

El rastro era claro al principio: un grupo grande de jinetes conduciendo animales de carga y viajando rápido. Después de un par de millas, sin

embargo, el rastro de dividió, con marcas claras que iban colina abajo y un rastro más débil que conducía por la cresta de la colina sobre un terrero pedregoso. Memnón desmontó para examinarlo y concluyó rápidamente que las marcas claras eran sólo una pequeña separación enviada para confundir a los perseguidores. Marcó el camino principal y lo siguió por la montaña. Tenía que tener cuidado al cabalgar por la cima, para que el grupo que se había separado del principal, y que podía estar en algún lugar del valle, a la izquierda, no pudiera verlo dibujado contra el cielo y supiera que los estaba siguiendo. Era un asunto tedioso; tenía que montar y desmontar continuamente

mientras subía para comprobar que los asaltantes no hubieran descendido por el lado opuesto de la montaña. Los continuos retrasos lo corroían. La noche escondería el rastro. Tenía que haber encontrado al enemigo para entonces.

Siguió recordando el momento en el que había seguido a los getulos que se habían llevado a su hermana pequeña: el calor, la sed, el agotamiento; las sombras del desierto haciéndose mayores. Había sido demasiado lento, y llegó demasiado tarde.

En aquel momento no había tenido un caballo, se dijo a sí mismo, y los getulos tenían una ventaja mayor. Esta vez, *esta vez,* llegaría a tiempo.

Después de otra milla subió para

comprobar el rastro, y no pudo encontrarlo. Apretó los dientes y siguió la cima de vuelta hasta que lo encontró de nuevo, descendiendo por el lado opuesto de la montaña. Lo marcó una vez más, ahora con un grupo de piedras, ya que el suelo era demasiado duro para dejar una marca normal, y después continuó. El sol de la tarde estaba muriendo, e hizo que Lirón se apresurara. Al menos, los asaltantes parecían haber aminorado la velocidad: en aquel momento iban caminando junto a los caballos.

La oscuridad cayó, y aun así Memnón siguió adelante, forzando los ojos para no perder el rastro de las huellas de los cascos de los caballos

sobre el lodo. Al final, el camino se hizo invisible; la media luna que se elevó no proporcionaba luz suficiente ni siquiera para él. Se giró y subió la colina más cercana para poder ver la tierra debajo, esperanzado. Los asaltantes tendrían que detenerse para que sus caballos descansaran, y debían sentirse confiados de que nadie los perseguiría hasta el amanecer.

Una distante zona boscosa a lo largo del riachuelo contenía un resplandor anaranjado: una fogata. Se sentó durante algunos minutos, mirando ese fuego, y después cabalgo hacia él por la ladera. Cuando llegó a un corral de piedra para ovejas detuvo a Lirón, mucho antes de alcanzar la zona de

bosque: allí habría centinelas. Si estaban bajo las copas de los árboles podrían vislumbrar a cualquier jinete que cruzara el prado abierto mucho antes de que él pudiera verlos a ellos. Clavó una jabalina en el suelo y ató a su cansado caballo. Lirón se recostó inmediatamente, contento de descansar por fin. Memnón lo acarició y lo elogió, y después se detuvo un momento, mirando la ladera en la oscuridad, preparándose para lo que se avecinaba.

Mientras cruzaba el desierto había nacido un demonio en su interior, una criatura sin compasión y sin miedo, y en noches como aquella abría la puerta que lo mantenía alejado de él. En algún lugar, estaban los asaltantes que habían

asesinado a Fraomario y a Crescens, y al chico de la fusta; en algún lugar la bella Atenais podía estar sufriendo el destino de su hermana Iyangura.

Clavó la otra jabalina en el suelo junto al corral de ovejas. Necesitaba silencio, y era imposible matar a un hombre silenciosamente con una jabalina.

Escuchó al centinela antes de verlo. Estaba acercándose al límite del bosque, agachado, siguiendo una línea de zarzas y brezo, cuando escuchó un movimiento delante, y se detuvo. Allí, junto a los árboles, vislumbró una silueta borrosa vertical. Memnón se aplastó contra el suelo y sacó el cuchillo.

El centinela debía haber visto algo.

No fue suficiente para hacer que se alarmara, pero si para llevarlo hasta él, con la lanza en la mano, para investigar. Memnón lo esperó. Su corazón latía con fuerza, pero no por el miedo: sabía que el hombre no lo vería. El demonio lo había poseído, y sabía que nadie podría verlo, a no ser que él decidiera dejarles hacerlo.

El centinela se acercó más, y aun más; estaba un poco colina arriba desde la posición de Memnón; dio otro paso...

Memnón saltó, cubriendo la boca del centinela antes de que el hombre pudiera levantar su lanza. Pasó el cuchillo sobre la tensa garganta, sofocando el último jadeo del britano con la palma de la mano. La sangre cayó

sobre la dedos que aferraban el cuchillo, caliente y pegajosa.

Dejó que el cuerpo cayera al suelo y se limpió la mano con la capa. Lo pensó un momento antes de decidir que no había necesidad de esconderlo: nadie podría verlo en la oscuridad. Se deslizó silenciosamente por la ladera y se introdujo en el oscuro bosque.

Estaba lo suficientemente cerca del fuego para escuchar las voces de los hombres a su alrededor, atenuadas y poco claras, cuando otro sonido más cerca, a su izquierda, captó su atención: un golpe y el grito de dolor medio ahogado de una chica.

Se detuvo. Entonces, ¿se la habían llevado aparte para disfrutar de ella?

¡Aquello iba a ser fácil!

Bajo aquel práctico y cruel pensamiento yacía un mareante abismo de alegría: había llegado a tiempo.

Había solo un hombre. La chica estaba tumbada en el suelo, y su piel se mostraba pálida en la oscuridad; todavía estaba medio vestida. El hombre estaba sobre ella, con las manos moviéndose a la altura de su cinturón. Cuando apareció más piel pálida, Memnón descubrió que el hombre había estado desabrochándose el cinturón, no abrochándolo. El hecho de que aun no la hubiera violado le salvó la vida. Un rehén le sería útil para evitar que los persiguieran, y aquel hombre seguramente era importante: parecía que

le habían permitido ser el primero. Si ya hubiera forzado a la chica, su utilidad no habría importado; como no era así, le permitiría vivir.

El britano no se dio cuenta de nada, no hasta que Memnón tuvo una mano sobre su boca y un cuchillo en su garganta. Entonces profirió un sonido estrangulado y se quedó inmóvil. Las voces alrededor del fuego continuaron con normalidad, ajenas a lo que estaba ocurriendo.

—No te muevas —susurró Memnón —. No hables. ¿Me comprendes?

El britano levantó las manos en silencio. Era joven: la barba bajo la mano de Memnón era suave. Memnón bajó la mirada; la chica estaba

incorporándose, y sus sorprendidos ojos apenas eran visibles en su pálido rostro. Tenía las manos atadas. Manteniendo el cuchillo en la garganta de su prisionero, Memnón buscó el del britano. Lo sacó de su vaina y lo tiró junto a las manos de la chica.

—Levántate —ordenó al hombre.

El bárbaro se levantó y Memnón tiró de él hacia atrás. Mientras se tambaleaba, separándose de la chica, se le bajaron los pantalones desabrochados, desnudando más piel. Bien: no podría esperar huir con los pantalones alrededor de las rodillas.

—Señora Atenais —susurró Memnón—, ¿puedes cortar tus ataduras?

La mujer no dijo nada, pero se puso

de rodillas. Había perdido la capa y su túnica estaba rasgada por ambos hombros, dejándola medio desnuda en la fría noche invernal. Buscó el cuchillo a tientas en la oscuridad, lo encontró, y serró con torpeza las cuerdas que unían sus manos. Era difícil: la chica podía aplicar poca presión a la cuerda. Memnón no le ofreció ayuda, sino que esperó pacientemente, sujetando al britano. Atenais se las arregló para girar una muñeca y cortar la cuerda con más fuerza. Esta comenzó a ceder, y pudo cortar más rápidamente. Sus manos quedaron libres. Dejó el cuchillo en el suelo e intentó anudar los bordes rasgados de su túnica.

El rehén inhaló profundamente.

Memnón lo agarró por la garganta y lo tiró al suelo. Presionó el rostro del britano contra la musgosa tierra; el joven profirió un gemido ahogado.

—¡Te he dicho que no hablaras! —le susurró Memnón—, Inténtalo de nuevo, y te aplastaré la laringe.

El britano se revolvió, arañando el húmedo suelo.

—Quiero un rehén —le susurró Memnón al oído—. Quiero un rehén hasta que estemos lejos. Si no fuera así ya estarías muerto, ¿lo entiendes? Así que mantente callado, y vivirás.

El britano dejó de forcejear. Atenais buscó a tientas, encontró su capa, y se envolvió en ella.

—Es el sobrino del jefe —susurró

a Memnón.

Era la primera vez que hablaba, y sus palabras provocaron en el hombre una puñalada de placer: nada de histeria, nada de lágrimas; se había hecho cargo rápidamente de la situación y le había proporcionado una útil información.

—Bien —contestó, con profunda satisfacción—. Tenemos que amordazarlo y atarle las manos. Corta algunas tiras de su ropa.

Titubeantemente, Atenais se acercó. Examinó las ropas de su prisionero, y después cogió el cuello de su túnica y lo rasgó con el cuchillo hasta abajo. El rehén se estremeció. La chica cortó otra tira de la áspera tela de lana, y después

otra. Memnón tomó la primera y la metió en la boca del hombre, y después usó la segunda para sujetarla. La tercera tira fue para atar los brazos del britano. Su túnica, cuando estuvo totalmente atado, se había convertido en un capote. Sus pantalones habían descendido ya bajo sus rodillas, y estaba tiritando.

—Venga —susurró Memnón triunfalmente—, nos marchamos.

—¡No! —susurró Atenais, en voz baja pero cargada de fuerza.

Memnón dudó, sorprendido, intentando discernir su rostro.

—Tienen a Cástor —le dijo, apresuradamente—. Están torturándolo. Él es mucho más importante que yo, ¡conoce todos los secretos del

Emperador! ¡Tenemos que salvarlo!

Memnón se quedó inmóvil un minuto más. Se daba cuenta de que la chica no podía saber que él había acudido solo: debía pensar que toda la escolta estaba allí. Dejó escapar su aliento lentamente.

—Estoy solo —susurró—. Los demás han ido a Eboracum a buscar ayuda.

La dama se quedó en silencio un momento, asimilándolo. Después susurró, suplicante:

—¿No podemos hacer nada? Ellos... estaban quemándolo con hierros candentes, y... No, por favor, ¿no hay nada que podamos hacer? Es chambelán y *memoria*, ¡es mucho más importante

salvarlo a él que a mí!

Memnón se quedó callado. Podía escuchar las voces de los hombres alrededor del fuego. ¿Cuántos? Demasiados para luchar. Tenía un rehén, pero un jefe guerrero seguramente intentaría al menos rescatar a su sobrino en lugar de rendirse, y el problema con un rehén es que, una vez que lo matas, ¿qué haces a continuación?

Si pudiera tomar al jefe como rehén... eso sería diferente. Ni siquiera se lo habría planteado si hubiera sido él mismo. El demonio, sin embargo, sabía que era invencible.

—El jefe —dijo—, ¿está junto al fuego? ¿Es un jefe fuerte, sus hombres lo obedecen?

—Sí. —La pregunta la había pillado desprevenida, pero su respuesta estaba llena de convicción— Sí, él... sus hombres le obedecen.

—¿Alguna vez has matado a alguien?

—No —contestó, temblando—. Pero... pero si eso nos ayuda a salvar a Cástor...

Soltó al rehén, asumiendo el pequeño riesgo de que el hombre intentara escapar, atado y amordazado como estaba, pero el prisionero tan sólo se tambaleó. Cogió a Atenais por la muñeca, la colocó tras su joven asaltante, y posicionó su mano sobre la suave barba de la barbilla.

—¿Podrías matar a este hombre?

El britano se agitó y Memnón lo agarró por el pelo y colocó su cuchillo bajo la garganta del joven.

—¡Quieto! —le ordenó en voz baja.

—Pensé que lo querías vivo —susurró la dama, horrorizada—. Como rehén.

—Sí —asintió él—. Pero si vamos a rescatar al chambelán, tú tendrás que hacerte cargo del rehén. Necesito las manos libres. Si dejas que se mueva y haga ruido, estaremos muertos, ¿lo comprendes? Tienes que estar dispuesta a matarlo, y él tiene que saberlo.

Atenais tragó saliva, y después, de repente, se recompuso y colocó el cuchillo robado contra la garganta del

britano. Su mano tocó la suya, y en ella no había temblor.

—Sí —declaró la chica con convicción—. Por Cástor, sí. Si se mueve, lo mataré.

—Bien. —Memnón retrocedió. La chica parecía decidida... pero dudaba que supiera algo sobre luchar—. Si tienes que golpear, recuerda usar toda tu fuerza —le aconsejó—. La garganta de un hombre es más dura de lo que tú crees. Quizá sería mejor que no atacaras la garganta, sino que lo apuñalaras con fuerza en los riñones o en el estómago. No lo matarías inmediatamente, pero moriría de todos modos. Si tienes que apuñalarlo, y hace algún ruido, corre. Yo intentaré encontrarte antes de que lo

haga el enemigo. Ahora, voy a quitarle algo al centinela.

—¿Hay un centinela? —preguntó Atenais, sorprendida.

—Lo había —contestó Memnón, y desapareció en la oscuridad.

Corrió por el camino por el que había venido y encontró el cuerpo sin dificultad. Se agachó junto a él y cortó el cuello, y después cogió la cabeza sesgada por el largo cabello. Si iba a tomar al jefe como rehén en mitad de sus hombres, debía mantener su atención lo suficiente para poder acercarse, y aquello debería ayudarle.

Atenais y el prisionero seguían donde los dejó. La valiente chica no había permitido que el joven patán se

escapara, ¡bien! Se preguntó, sin embargo, mirando sus pálidos y delgados brazos, si una cabeza cortada sería suficiente. Quizá era valiente y decidida pero, ¿los asaltantes lo sabían? Parecía probable que creyeran que carecía del valor suficiente para matar a un hombre, y entonces podrían intentar arrebatarle al rehén. Necesitaba algo más.

Dejó la cabeza en el suelo.

—Túmbate —ordenó al prisionero —. Atenais, va a tumbarse boca arriba.

Empujado por el cuchillo de la chica, el bárbaro se puso de rodillas a regañadientes, y después se tumbó. Como tenía las manos atadas no podía tumbarse sobre la espalda, pero se giró

como pudo sobre el costado. Memnón cogió una de sus botas y se la quitó.

—¿Dijiste que su tío es el líder de esos hombres? —preguntó.

—Sí —asintió Atenais, perpleja—. El jefe se llama Fortrenn. ¿Qué estás haciendo?

Memnón le quitó la otra bota.

—Si queremos rescatar a Cástor, tendremos que hacernos con él en mitad de sus hombres. Necesitamos sorprenderlos tanto que no puedan pensar en matarnos hasta que sea demasiado tarde.

El etíope le quitó al britano los pantalones, y se los tiró a Atenais.

—Pónselos en la cabeza y sostenlo para que no pueda gritar —le ordenó, y

se movió para sentarse sobre las piernas del joven. El prisionero comenzó a forcejear—. ¡Estate quieto! —le ordenó Memnón con desdén—. Si te mueves voy a hacerte daño.

Puso la mano entre las piernas del bárbaro, ignorando el ruido atenuado de sus miedosas protestas. Sacó el cuchillo. Atenais sofocó el grito de dolor y terror del britano.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó de nuevo, esta vez con horror.

—Circuncidarlo —contestó Memnón, despreocupadamente—. A partir de ahora, todas las mujeres con las que vaya querrán saber qué le ocurrió en el pene, y entonces tendrá que contarles que intentó violar a una

romana. ¡Estate quieto, idiota! ¡Quieto! ¡Tranquilo! —Tiró el prepucio sobre su hombro—. Verlo con esta zona ensangrentada los conmocionará más de lo que lo haría ninguna otra cosa.

Se levantó, El joven sollozaba contra su mordaza, y se esforzaba por respirar.

—¿Hay algún modo por el que pueda saber quién es Fortrenn? —le preguntó Memnón a Atenais.

—Fortrenn... Lleva un torque de oro —contestó, con voz temblorosa—, y tiene el cabello oscuro, y líneas rojas y azules en las mejillas.

—Bien —dijo Memnón, con vehemencia—. Lo que vamos a hacer es caminar hasta su fogata. El rehén irá

primero, y tú seguirás sosteniéndolo y lo apuñalarás si causa problemas. Confío en que seas valiente, porque si dejas que este idiota se suelte, estaremos muertos. Yo estaré cerca. Iré a por el jefe mientras ellos os miran, y lo tomaré como rehén. Si sus hombres no se preocupan por él, bueno, entonces estaremos muertos. Si lo hacen, acordaremos un intercambio con el chambelán y nos marcharemos. ¿Lo entiendes?

—Sí —susurró.

—Bien.

Cogió la cabeza del centinela y la ayudó a poner al rehén de pie. Caminaron entre los árboles hacia el confuso resplandor de la fogata.

Mientras se acercaban, alguien llamó, «¿Cirech?», añadiendo algo divertido en britano. Caminaron hacia ellos con mayor rapidez.

Varias voces se alzaron cuando se acercaron al círculo de hombres junto al fuego, pero, cuando salieron a la luz, se produjo un horrorizado silencio. Memnón vio que Cástor estaba tumbado junto a la hoguera, con las manos y los pies atados, pero al parecer los bárbaros habían detenido los interrogatorios para cenar: tenían las manos llenas de carne de cordero. Todos, miraban, horrorizados, la desnuda, sollozante y sanguinolenta silueta del rehén. En el lado opuesto del fuego se sentaba un hombre de cabello

oscuro y rostro delgado con un torque de oro y el rostro tatuado, mirando con espanto la escena.

Memnón tiró al fuego la cabeza del centinela. Ésta rodó hasta una brasa, y el cabello comenzó a arder. Alguien gritó. Memnón estaba ya corriendo a través de los maeatae reunidos, con el cuchillo en la mano. Llegó hasta el jefe, Fortrenn, y lo cogió por el pelo, tirando de su cabeza hacia atrás y sosteniendo la negra hoja de su cuchillo contra su garganta.

—Que nadie se mueva —ordenó.

Se oyó un gemido, y después un balbuceo aterrorizado. Los bárbaros lo miraban con los ojos llenos de miedo mientras agitaban las manos haciendo

ademanes para alejar al mal.

—Uno de vosotros, liberad al chambelán —ordenó Memnón.

Fortrenn jadeó una orden en britano. Uno de sus seguidores corrió hasta Cástor y comenzó a cortar sus ataduras.

—Levántate —ordenó Memnón a Fortrenn, tirándole del cabello.

El jefe maeatae se levantó. Era alto, una cabeza por encima de Memnón, pero no le sirvió de nada. Memnón bajó la mirada y vio que el bárbaro tenía una espada, no un cuchillo; la tenía sin envainar, en el suelo, a sus pies. La apartó de una patada.

Cástor, ya libre, reptó sobre sus manos y rodillas y después se levantó,

tambaleándose un poco y con aspecto realmente sorprendido. Tenía el rostro apaleado e hinchado, y quemaduras en los brazos. Memnón dudaba que pudiera caminar hasta muy lejos, pero al menos no tendría que cargar con él.

—Esto es lo que va a ocurrir —dijo Memnón—. Nos marcharemos de aquí. Yo, los secretarios imperiales, el jefe y su sobrino. Nadie nos seguirá. Si alguien lo hace, el jefe y su sobrino morirán, pero si hacéis lo que he dicho, liberaremos a nuestros prisioneros tan pronto como estemos lejos de vosotros.

—¿Lo juras? —preguntó Fortrenn, con voz ronca—. ¿Juras que nos liberarás, sin hacernos daño, si te dejamos llevarte a la bruja y a su padre?

—Lo juro —asintió Memnón.

Fortrenn habló rápidamente en britano. Sus hombres gruñeron y repitieron los gestos contra el mal, pero no se movieron.

—Bien —dijo Memnón, sonriendo —. Vámonos.

Retrocedieron hasta los árboles. Cástor tropezaba sin cesar, y el sobrino del jefe se tambaleaba y temblaba: la mano de Atenais servía entonces más de apoyo que de control. Memnón continuó sujetando a Fortrenn, pero el jefe no hizo ningún intento de escapar.

Los árboles desaparecieron. Subieron la colina, la bordearon, y ni allí les llegó ningún sonido que denotara que los estuvieran persiguiendo. Aun así

los prisioneros no se resistieron. Era como si supieran que la noche era de Memnón, que cualquier intento de escapar estaba condenado a fracasar.

Lirón continuaba recostado en el corral de piedra pero, cuando Memnón silbó, el pequeño caballo levantó la cabeza, y después relinchó y se puso de pie.

—Atenais —dijo Memnón—, ata las manos del jefe.

—¡Juraste que me liberarías! —exclamó Fortrenn, alarmado.

—Lo estoy haciendo. Pero no con las manos libres, ¿eh?

Atenais soltó al sobrino, que inmediatamente se derrumbó. Cortó una tira de tela de la túnica de Fortrenn, y

Memnón le desató la capa y se la tiró a Cástor: se había dado cuenta de que el chambelán estaba tiritando. Ató las manos del britano a su espalda. El torque de oro captó su atención de nuevo: era una cosa enorme, y sus extremos tenían forma de cabezas humanas. Debía pesar casi un kilo.

Lo cogió del cuello del jefe y se lo puso. Fortrenn contuvo el aliento con un siseo furioso, pero, cuando Memnón lo miró a los ojos, el jefe britano apartó la mirada, acobardado y manso. Era como si conociera la existencia del demonio.

Memnón sonrió.

—Ahora nos marcharemos —anunció—. Pero, si estáis pensando en perseguirnos, será mejor que os lo

penséis dos veces. Marqué el camino que tomasteis, y los romanos están buscándoos. Seguidnos, y os encontrareis con ellos. —Acercó la cara a Fortrenn—. Incluso si no os atrapan, e incluso si tenéis éxito y conseguís volver a capturar a los enviados imperiales, te prometo que te arrepentirás. No podrías atraparme a mí, y yo iría a por ti. Todas las noches acudiría a tu campamento, y mataría a alguno de los tuyos. Ninguno de vosotros conseguiría regresar a su hogar con su gente.

—¡Deja a mi gente en paz, demonio negro! —contestó Fortrenn en voz baja—. ¡Toma a los tuyos y vete! Nosotros no te seguiremos.

—Bien —dijo Memnón. Se giró, sacó sus jabalinas del suelo, y volvió a colocarlas en su arnés. Después se acercó a su caballo—. Tú cabalgas —dijo a Cástor.

Capítulo 4

Horas más tarde, cuando se hizo evidente que los dos a los que había rescatado no podían avanzar más, Memnón les encontró un lugar donde descansar. Era sólo un hueco bajo un grupo de aulagas, pero cortó algunas ramas para hacer más cómodo el duro suelo, y Cástor y Atenais se recostaron sobre él y cayeron en un exhausto sueño, acurrucados juntos bajo sus dos capas compartidas.

Memnón ató a Lirón y se sentó frente a los arbustos, rodeándose las rodillas con los brazos; aunque estaba

muy cansado, no quería dormir. Había llevado a cabo una tarea imposible y se sentía victorioso; había salvado a Atenais del destino de su hermana y estaba exaltado. Sin embargo, también había liberado a su demonio de su encierro. Era una cosa del desierto, feroz, cruel e inhumana, y Memnón le tenía miedo. Sabía que no dormiría bien durante algún tiempo, y que sus sueños serían una huida de un enemigo sin rostro, a través de desiertos abrasadores cubiertos con los cuerpos de sus seres queridos.

La luna se había ocultado tras las montañas, y las estrellas del cielo brillaban. Eran más tenues que en el desierto y su luz era menos constante.

Recordó las noches calurosas en las que se tumbaba junto a su hermana Iyangura, fuera de su cabaña de hojas de palmera, mirando aquellas estrellas y contando historias. Siempre intentaba hacerla reír.

—¿Estás contenta, hermanita? —susurró, en un lenguaje que nadie de aquella fría y oscura isla podía entender—. ¿Ha consolado esto tu alma?

No recibió respuesta, por supuesto, pero algo parecido a la paz reemplazó el antiguo dolor de su interior. Suspiró y apoyó la barbilla sobre sus rodillas.

—Ojalá hubiera podido salvarte —dijo a la noche—. Ojalá hubiera podido hacer por ti lo que he hecho por la chica romana.

Cuando los pájaros comenzaron a

cantar, justo antes del amanecer, Memnón escuchó que Cástor gruñía, se agitaba, y volvía a quedarse en silencio. Cuando la luz se hizo más brillante, el chambelán imperial salió de debajo de la aulaga y se incorporó, envuelto en la capa robada de Fortrenn. Memnón se giró para mirarlo, y vio lo que había esperado ver en los ojos del hombre: duda y desasosiego. Sus compañeros de batallón lo miraron del mismo modo la primera vez que vieron de lo que era capaz.

—Buenos días, señor —dijo Memnón.

—Buenos días —contestó Cástor. El rostro del chambelán era un desastre: estaba amoratado y tenía un ojo

hinchado y cerrado y la barbilla manchada de sangre. El otro ojo, sin embargo, estaba alerta. Después de otro momento de duda, se sentó junto a Memnón.

—Estoy en deuda contigo, soldado. Me has salvado la vida. Gracias —le dijo, con sobriedad.

Memnón sonrió, con poca sinceridad. Pasaría un tiempo antes de que pudiera sentirse de nuevo seguro de sí mismo como el bromista y jovial explorador de los mauritanos. En aquel momento sentía que su identidad era sólo una máscara.

—Me alegro de haberlo conseguido, señor. —Eso, al menos, fue sincero.

—Veo que anoche estuviste solo —dijo Cástor neutralmente, después de un silencio—. ¿Qué ha pasado con el resto de nuestra escolta?

—Dos hombres murieron —dijo Memnón, con total naturalidad—. El tribuno se llevó a los demás a Eboracum, para pedir ayuda. —Hizo una pausa, forzó otra sonrisa, y añadió—: Una de las razones por las que me alegro de haberos rescatado, señor, es que hubiera tenido problemas con él si no lo hubiera conseguido. No me ordenó exactamente que me quedara con los demás, pero definitivamente no me dio permiso para abandonarlos.

—Entiendo —dijo Cástor. Parecía amargamente enfadado.

Memnón se quedó en silencio un momento, reflexionando sobre aquel enfado. Cástor le caía bien, pero no quería verse atrapado en una contienda entre el secretariado imperial y la legión Albana.

—La II Pártica ha estado destinada en Italia algunos años, ¿no es así, señor? Y el tribuno, bueno, no es demasiado mayor.

Cástor resopló.

—Estás en lo cierto. El tribuno no se unió a la legión hasta después de sus grandes victorias en el este. Aquella debió ser su primera experiencia en combate.

—Debería haberme dado cuenta de eso antes —dijo Memnón,

pensativamente—. Me preocupaba el modo en el que estábamos cabalgando ayer, como si poseyéramos la calzada, sin enviar exploradores, con todo el mundo relajado. Pero pensé que quizá él sabía que era seguro. Y, debo admitirlo, señor, estoy bastante seguro de que no hubiera escuchado ninguna advertencia mía. En realidad, no lo hizo tan mal. No podríamos haberlos vencido, señor. Esos bastardos nos sobrepasaban en número tres a uno, y nos pillaron desprevenidos: no podríamos haberlos vencido de ningún modo. —Cortó una brizna de hierba y la retorció entre sus dedos—. Si no hubiéramos huido habríamos muerto todos, y entonces no habría quedado nadie que pudiera

buscar ayuda.

—Supongo que no —dijo Cástor. Aun parecía enfadado—. Pero podría haber enviado un mensajero a Eboracum, y haber seguido a los bárbaros con el resto de los hombres.

—Bueno —dijo Memnón—, eso es lo que mi prefecto habría hecho. Por otra parte, si el viejo Rogato hubiera estado al mando, habría esperado hasta que los bárbaros estuvieran dormidos, y entonces habría sido demasiado tarde, al menos para Atenais.

Cástor miró, a su espalda, el hueco bajo los arbustos donde Atenais dormía. Parecía profundamente triste, pero no dijo nada.

—Es una chica valiente —le dijo

Memnón, cariñosamente—. No se hubiera marchado sin ti.

Cástor miró a su espalda de nuevo, hizo un ruidito raro y enterró el rostro entre sus manos. Memnón ¿o miró, sorprendido.

—Ella... —Se detuvo, inhaló entrecortadamente, y después se secó el rostro—. Dije a los bárbaros que ella era mi hija. Esperaba que pensaran que no sabía ningún secreto, y que no la torturaran. Pero, cuando... cuando comenzaron a interrogarme, ella les gritó, y entonces la amenazaron. Me dijeron que la violarían, uno después de otro, a menos que les dijera lo que querían saber. Y yo iba a dejar que lo hicieran.

Memnón no supo qué decir ante aquello.

—¡Fue una estupidez! —continuó Cástor, ferozmente—. Debería haberlo contado todo.

—Pero... si hubieras revelado todos los secretos al enemigo...

Ella me dijo que tú conocías todos los secretos del Emperador. Señor, si eso incluye todo sobre nuestras tropas, y nuestros planes para la campaña, ¡me alegro de que no se lo dijeras!

—Eso es lo que me dije a mí mismo: que debía morir sin revelar los secretos de mi señor, como un buen esclavo. Sin embargo, la verdad es que nada de lo que yo sabía podría haber sido de utilidad para esos salvajes. El

Emperador pretende conquistarlos, y ellos no tienen más poder para evitarlo del que tiene, ¡del que tiene un *niño* con una espada de madera para vencer a un legionario armado!

—Teniendo en cuenta que tendré que luchar contra ellos el verano que viene, señor, me alegro de que no les dijeras nada. De todos modos, todo salió bien. Ambos estáis a salvo.

El chambelán lo miró fijamente, con el amoratado rostro muy serio.

—¿Conseguiste... es decir, llegaste a tiempo antes de que...?

—Si ese bastardo la hubiera violado, señor, ahora estaría muerto.

Notó su profundo alivio. Memnón comenzó a preguntarse de nuevo cuál era

la relación entre los dos miembros del servicio imperial.

—¿Conoces bien a la joven dama, señor? —le preguntó con cautela.

Cástor negó con la cabeza.

—Nunca la había visto antes de este viaje. Conozco a su padre, apenas un poco. El también pertenece al servicio del Emperador. Se ocupa de las finanzas, en Roma. —Notó la mirada de intranquilidad de Memnón y añadió, en voz baja—: Sí, creo que es la criatura más adorable y pura que he visto en mi vida, pero no te preocupes, ella no está interesada en mí. No creo que ni siquiera sospeche que yo... siento algo por ella, excepto buena voluntad. Durante todo el camino desde

Londinium sólo hemos hablado de cuestiones administrativas.

De nuevo, Memnón no supo qué responder. Cástor había detectado claramente su propio interés en la chica, pero, ¿estaba diciéndole que se mantenía a un lado, o estaba declarándose un rival?

—¿Estás casado, señor?

—Soy viudo desde hace cuatro años. —Los ojos del Chambelán examinaron los suyos—. Debes entender esto: Atenais es una esclava de la casa del César, y no es libre para tomar sus propias decisiones. A su señora, Julia Augusta, le desagradan enormemente las interferencias con su servicio personal. Es una dama muy importante, y tuvo que

sufrir a los espías de Fulvio Plautiano en silencio. Desde su caída, ha mantenido a su servicio estrictamente separado incluso del resto de miembros de la casa. Atenais es leal, y admira enormemente a su señora: no la desobedecerá. Lo que has podido oír es cierto: los que pertenecemos a la casa tenemos una considerable riqueza y poder... pero sólo sobre los demás. No tenemos poder sobre nosotros mismos.

No se quedaba a un lado, no se declaraba rival: le estaba diciendo que no habría contienda, porque la chica ya pertenecía a otra persona. Memnón no estaba seguro de creerlo: los esclavos, generalmente, eran capaces de encontrar un modo para dormir con quien querían

hacerlo. Sin embargo, eso no iba a decirlo, no a un poderoso hombre que era él mismo un esclavo liberado.

—Debió ser duro viajar en el carruaje con ella todo el camino —dijo —, sabiendo eso y sintiendo lo que sientes.

El chambelán resopló, asintiendo.

—Sí. Ella me admira. Tengo una reputación, ya sabes: no acepto sobornos, ni vendo favores, ni intrigo para favorecer los intereses de mis protegidos dañando a sus rivales, ni muestro indulgencia con el resto de juegos que llevan a cabo los miembros de la casa imperial. Ella admira eso, y quiere emularlo. Así que, por supuesto, tengo que mostrarme fiel a mi

reputación. —Sonrió amargamente—. A veces desearía no haber sido un hombre tan honesto.

A Memnón, de repente, le cayó bien aquel tipo. Le devolvió la sonrisa.

—Probablemente deberíamos despertarla y comenzar a movernos, señor —dijo, tras una pausa— No creo que esos bastardos vayan a venir tras nosotros ahora, pero no me gustaría confiar nuestras vidas en ello.

—Dijiste que habías marcado su rastro, ¿no? Seguramente ya hayan huido, o los hayan matado.

—Marqué su camino —admitió Memnón—. Pero, bueno, seguir un rastro marcado durante la noche, por una zona rocosa, a caballo.. . no es algo

sencillo. Si no ves alguna de las marcas puedes cabalgar durante horas en la dirección equivocada. Si los hombres de Eboracum lo han intentado, han tenido que hacerlo muy despacio, y yo no diría que se hubieran equivocado si hubieran decidido esperar hasta que se hiciera de día. Así que no, señor, no creo que hayan atrapado a los maeatae. Deben haber huido. Es lo que yo hubiera hecho en su lugar: levantar el campamento y cabalgar sin descanso hasta el alba. Por otra parte, podríamos haberlos enfadado tanto que hubieran salido a buscarnos, ahora que tienen luz para rastrearnos.

Cástor miró a Memnón con incredulidad.

—¿Tú seguirías a un fantasma

sediento de sangre que roba los genitales de los hombres?

—¿A un qué? —preguntó Memnón, sorprendido y sintiéndose culpable—. ¡Lo único que hice fue circuncidar a ese bastardo! Por todos los dioses, si hubiera hecho algo más, ¿habría podido caminar hasta aquella fogata?

—¿Lo circuncidaste? Parecía peor. No paraba de salirle sangre de... No creo que te dieras cuenta de lo aterrorizados que estaban aquellos hombres. No pensaban que fueras humano: creyeron que eras algo que Atenais había convocado del oscuro averno. Ni siquiera creo que hubieran visto a un etíope antes.

—¡Hay etíopes por todo el

Imperio! —protestó Memnón. No muchos, era cierto, pero algunos. En las ciudades, en cualquier caso: mozos de cuadra y gladiadores, cortesanos y limpiadores, marineros mercantes y vendedores de verdura, y esclavos domésticos. Sus rostros negros destacaban sobre las sombras del bronce mediterráneo: notables, pero no extraordinarios.

—Los maeatae viven fuera del Imperio —señaló Cástor—. Y creo que encontrarás a muy pocos de tu país en el sur de Britania, y ninguno en todo el norte.

—Nunca me he topado con nadie de mi país desde que dejé África —le dijo Memnón—. Pero... bueno.

Exhaló lentamente. Recordó lo sorprendido que había estado la primera vez que vio a un bárbaro del norte: la extraña piel, el cabello blanquecino como el de un animal muerto, los pálidos ojos que parecían ciegos. Si en su primer encuentro con tal aparición, ésta hubiera tirado al fuego la cabeza cortada de un camarada, él también habría creído que estaba cara a cara con un espectro malvado.

—Bueno —dijo de nuevo—, mi intención era asustarlos.

Cástor se quedó en silencio un momento. Después se rió débilmente.

—Lo conseguiste. Me asustaste hasta a mí, y eso que estabas de mi parte. Circuncisión. ¿Tu pueblo la

practica?

—Sí —admitió Memnón. Era un solemne rito de transición que se hacía cuando un chico se convertía en hombre. Recordó la fiesta después de su propia circuncisión, cuando se sentó entre los hombres por primera vez, dolorido pero orgulloso. Sintió un aguijón en la consciencia por el modo en el que había profanado algo que, una vez, había sido sagrado para él.

—En realidad, no creo que vayan a venir a por nosotros —repitió Cástor—. Es más probable que estén rezando a sus dioses para no volver a encontrarse contigo. —Suspiró, y añadió—: Y menos mal, porque no creo que pueda seguir cabalgando al estilo numidio, a

pesar de lo agradecido que me sentí anoche por poder hacer uso de tu caballo.

Memnón sonrió.

—Nosotros lo llamamos «estilo mauritano». Así es como se cabalga en nuestra tierra, señor.

Oyeron un ruido a su espalda y ambos se giraron para descubrir que Atenais se había despertado y había salido del hueco. Llevaba su largo cabello retorcido alrededor de una mano para que no se enganchara bajo su palma, o en la aulaga. Su mirada de alivio cuando vio a Cástor se convirtió en una de gélido horror cuando miró a Memnón.

Aquello le dolió. Se había

imaginado... Oh, bueno, gratitud, al menos. Sabía, en algún lugar en el fondo de su mente, que había estado combinando dos dulces fantasías: una en la que había encontrado y rescatado a su hermana antes de que los gemios la mataran; y otra en la que había salvado a una princesa y conseguía la tradicional recompensa del héroe. Ambas eran ensueños, lo reconocía... Pero cuando esa mirada de horror las destrozó, toda su alma pareció convulsionarse. No podía soportarlo; se puso de pie y la miró con incredulidad.

Su expresión no cambió. Él le había salvado la vida, y se había convertido en un monstruo para ella. Protestar no tenía sentido: si tienes que

pedir alabanzas y gratitud, ninguna de esas cosas valen nada. No tenía más opción que soportarlo, y simular que no le importaba.

—Vale, entonces —dijo, con tirantez—, si crees que estaréis seguros aquí, quedaos y descansad. Yo iré a ver si puedo encontrar a los hombres de Eboracum.

Se acercó a Lirón, que estaba recostado, y tiró de su hocico y de la cuerda de su cuello para que se incorporara. El corcel gimió y se puso de pie, arisco y acusador, y Memnón subió a su lomo y se alejó sin mirar atrás. Su corazón parecía estar quemándose en su interior. Se imaginó a su hermana Iyangura mirándole de aquel

modo. Wajjaj, susurró la chica, en su mente, ¿qué te ha pasado? Tú no eres mi hermano; no conozco al hombre que eres ahora.

La luz del día le permitió identificar la colina por la que había seguido a los asaltantes la tarde anterior. Cabalgó por ella, seguro de que nadie había pasado por allí antes, y se sentó a esperar. El grupo de rescate de Eboracum tendría que pasar por allí, y salir a buscarlos no haría que llegaran antes. Además, Lirón estaba cansado. El corcel era resistente, pero el trabajo de la noche anterior había tenido lugar después de un largo viaje, y el pequeño animal había tenido toda la razón al mostrarse reacio a levantarse aquella

mañana.

El grupo de rescate oficial apareció a media mañana: dos escuadrones de caballería pesada, hombres altos con armadura, montados sobre poderosos corceles, dirigidos por un hombre con la cota de malla y el casco crestado de los centuriones legionarios. Memnón se levantó cuando lo vio acercarse, y saludó marcialmente mientras el centurión tiraba de las riendas frente a él.

—¡Memnón, señor! —se presentó—. ¡Explorador del primer escuadrón, *numerus* de Mauritanos Aurelianos! Señor, rescaté a Cástor, el chambelán imperial, y a Atenais, la secretaria imperial, de los bárbaros, y están

esperando vuestra llegada y ayuda.

El centurión se quedó boquiabierto.

—¿Dices que ya has rescatado al chambelán del Emperador? ¿Dónde está?

—Ah, señor, he venido hasta aquí para poder guiaros hasta ellos. El chambelán fue torturado, y él y la joven secretaria están muy cansados. Los he dejado descansando. Estoy seguro de que se alegrarán mucho de veros, señor.

Se produjo un silencio. Todo el mundo lo miraba fijamente.

—¿Te llamas Memnón? —preguntó finalmente el centurión—. ¿Eres tú el hombre que el tribuno albano dijo que había desertado?

Estaba demasiado cansado para

evasivas y medias verdades que hicieran parecer que lo que había hecho encajaba con la cadena de mando.

—Sí, señor. El tribuno estaba equivocado, señor.

Todos siguieron mirándolo fijamente.

—¿Qué es lo que llevas alrededor del cuello? —preguntó el centurión abruptamente.

Memnón se llevó la mano al torque dorado; la pesada evidencia de lo que había hecho.

—Se lo quité al jefe de los bárbaros, señor. Conseguí hacerlo prisionero, señor, y conseguí que su gente me entregara a cambio al chambelán.

—¡Por Júpiter! —murmuró el centurión—. ¡Por Júpiter Óptimo Máximo!

Resultó que aquellos hombres eran dos escuadrones de la I Fuerza de Caballería Sármata, una unidad con base en Britania que, en esos momentos, estaba anexionada a la VI Legión, y realizaban labores de patrulla. El centurión, un veterano de la VI, había partido junto a ellos la noche anterior, en respuesta al informe de Panthera. Galoparon rápidamente por la calzada hasta el lugar donde el carruaje fue atacado... pero, como Memnón había esperado, habían esperado al amanecer para seguir el rastro.

El centurión, entonces, envió a uno

de los escuadrones tras los maeatae y llevó al otro para recoger a Cástor y Atenais. Los sármatas habían partido con urgencia, pero habían traído un par de monturas adicionales. Ayudaron a Cástor a subir a uno de los altos caballos mientras proporcionaban a Atenais, que nunca antes había cabalgado, correas para que no se cayera.

Hasta Eboracum había más de veinte millas. A Memnón, la compañía le resultaba cada vez más dura, debido a sus tensos nervios y a su preocupación por Lirón. El pequeño caballo caminaba con la cabeza gacha y un paso inconstante que denotaba que le dolían los cascos. Mientras se preparaban para

volver al fortín, se acercó al centurión.

—¡Señor! —dijo, saludando—. Mi caballo está exhausto. ¡Permiso para quedarme atrás, señor, y seguir a mi propio paso!

El centurión lo miró, desconcertado.

—Si tu caballo no puede llevarte, soldado, puedes tomar prestado uno de los de los sármatas.

Memnón miró al jinete que estaba más cerca. El hombre, un tipo alto y rubio, con armadura, no parecía entusiasmado con la perspectiva de prestar su preciado caballo a un mauritano ensangrentado y muy sucio. Memnón tampoco apreciaba a los sármatas. Se había encontrado con ellos

antes en el Danubio, pero siempre como enemigos: no se sentía cómodo con aquella unidad britana.

—Creo que mi pobre caballo necesita descansar, señor —dijo, piadosamente—. Si lo obligo a continuar, señor, me arriesgo a perderlo, y se necesita mucho tiempo para entrenar a un caballo al estilo mauritano. Si tus hombres pudieran dejarme algo de comida, lo dejaré para que paste justo aquí, y os seguiré por la mañana.

El centurión lo miró fijamente. Memnón sabía lo que estaba pensando: *Idiota, si llegas a Eboracum con nosotros, serás reconocido públicamente como un héroe. Si llegas mañana nadie va a prestarte atención.*

Memnón le devolvió la mirada, sonriendo como un extranjero estúpido. Ser un don nadie era mucho menos complicado, sobre todo en aquel momento, y tenía la urgente necesidad de estar solo. Si Cástor se acordaba de él y le proporcionaba alguna recompensa, bien; si no lo hacía, al diablo con él.

—Muy bien —dijo el centurión, al final—. Si eso es lo que quieres.

Memnón observó cómo el grupo se alejaba cabalgando con una profunda sensación de alivio. Sostuvo a Lirón firmemente hasta que el resto de monturas estuvieron fuera de su vista, y después lo soltó. El pequeño caballo agitó la cabeza y después se fue a pastar. Memnón se sentó en la hierba recortada

por las ovejas y lo observó. Una vez más, el día había sido soleado, y la tarde era confortablemente cálida. El aire olía a hierba y a brezo, y una alondra cantaba sobre su cabeza. Memnón se tumbó sobre su espalda y entrecerró los ojos para bloquear el sol. Cuando era niño, siempre buscaba la sombra; ahora, recibía con agrado las caricias del sol. En aquellas tierras del norte el sol parecía un ser totalmente diferente del feroz poder asesino que gobernaba el desierto: allí era un dios amistoso y amable, un dador de vida.

Allí tumbado, solo, en la ladera, recordó de nuevo la noche anterior. Comenzó a temblar, y presionó las palmas de sus manos contra la hierba.

¿Y si aquel aspirante a violador hubiera conseguido zafarse de la chica, y todo el grupo se hubiera alzado para atacar a los intrusos? ¿Y si alguien hubiera golpeado a Memnón cuando rodeó el fuego para tomar al jefe como rehén? ¿Y si el jefe, un hombre grande, alto y fuerte, hubiera intentado coger la espada que tenía a los pies? Por todos los dioses, había sido un plan estúpido; realmente no se merecía haber tenido éxito. Siendo justos, ahora debería estar muerto.

Incluso el recuerdo del centinela lo asustaba entonces. Recordó al hombre acercándose más y más. Recordó el caliente chorro de sangre sobre su mano. Cada vez que le asignaran una guardia

como centinela lo recordaría, una muerte más sumada a una lista cada vez más larga. Era raro pensar que los maeatae nunca hubieran visto a un hombre negro antes. Le parecía vergonzoso que, el primer etíope al que aquellos britanos habían visto, hubiera salido de la oscuridad para matarlos.

Sin embargo, si no lo hubiera hecho, seguramente estaría muerto. Su estratagema, indudablemente, había sido estúpida, pero, a pesar de no merecerlo, había funcionado. Todos estaban vivos, y el chambelán del Emperador pensaba que era un héroe.

La chica por la que lo había hecho, por contra, pensaba que era un monstruo.

¿Aquello era realmente tan

sorprendente? ¿Qué otra cosa podría pensar una buena chica sobre un hombre que le había dado un cuchillo y le había dicho que matara a un prisionero, sobre un hombre que le había pedido ayuda para mutilar a un rehén? Jamás debería haber esperado que pensara otra cosa. A pesar de eso, lo que realmente no podía hacer era llegar a la conclusión de que Iyangura hubiera reaccionado del mismo modo. Para ella, Memnón había sido su hermano mayor y protector. Si, de algún modo, hubiera conseguido llegar hasta ella a tiempo para rescatarla, se hubiera abrazado a él y hubiera llorado, igual que lo hizo aquella vez que consiguió sacarla del pozo. Para la chica romana, Memnón era casi un extraño: era normal

que no confiara en él, y que se sintiera horrorizada por lo que había hecho. Había sido una tontería confundir en su mente dos cosas tan distintas.

Inhaló profundamente, perdonando a Atenais y abandonando su ensoñación de gratitud. Se había salvado, y estaba viva, ilesa y tan hermosa como siempre gracias a él. Dejaría que su vida fuera una ofrenda al espíritu de Iyangura. Ya había matado hombres por su hermana antes, pero ella siempre había odiado las matanzas cuando estaba viva, así que seguramente no le gustarían más ahora que estaba muerta. Entregarle aquella vida, la de una chica joven, como ella, sería mejor. Se imaginó a Iyangura asintiendo y sonriéndole mientras él le

ofrecía la vida de la mujer romana, y le devolvió la sonrisa.

Además, Atenais lo miraría con mejores ojos cuando pasaran un par de días y hubiera tenido tiempo para pensar en lo que había ocurrido. No tenía por qué acostarse con él. Seguramente Cástor tenía razón, y las inteligentes secretarias del servicio de la Emperatriz no podían acostarse con soldados auxiliares, ni siquiera si querían hacerlo. Si Atenais lo miraba cariñosamente y se lo agradecía, sería suficiente.

Al menos, Cástor parecía agradecido. ¡Era el chambelán imperial, y debía su vida a Memnón! Era como la historia sobre el hombre que salvó al

rey de las serpientes, y al que se concedió un deseo. Memnón se preguntó, inquieto, qué desearía él. Tenía pocos anhelos: se había acostumbrado a vivir en el presente y encontraba tanto placer en él como podía. Cuando se unió al ejército romano, éste parecía contener todo lo que quería: pertenecía a la fuerza más poderosa del mundo y pasaba el tiempo evitando que lo que le había ocurrido a su familia le pasara a otros. Durante años, eso había sido suficiente para él. Sin embargo, recientemente, había notado en sí mismo una creciente insatisfacción, una sensación de que los amigos y las bromas no eran suficientes, y de que la violencia dolía, en algún

lugar en lo más profundo de su interior, incluso si él permanecía ileso. Suponía que debía ser la edad. Después de tantas batallas y matanzas, llega un momento en el que un hombre solo quiere vivir. No estaba seguro de su propia edad, al sur del desierto nadie contaba los años, pero creía que debía tener un poco menos de treinta.

Era el momento de casarse, y de traer al mundo unos hijos cuyos destinos pudiera seguir una vez que se hubiera marchado para unirse con sus ancestros. Sin embargo, era difícil hacerlo justo en aquel momento. Había jurado luchar por el Imperio durante veinticinco años, y solo habían pasado diez desde entonces. El Emperador Severo, generoso con el

ejército, había revocado la ley que decía que los soldados activos no podían casarse, pero, aun así, aquello no se parecería demasiado a un matrimonio: el marido en el cuartel o haciendo campaña de aquí para allá mientras la esposa se esfuerza por sacar adelante a sus hijos en una choza de algún asentamiento anárquico cerca de un fortín. No, sería mejor obtener una dispensa del ejército, con el regalo de la ciudadanía que se concedía a todos los veteranos. Un chambelán imperial debería ser capaz de conseguir que un auxiliar pudiera retirarse por anticipado, después de la campaña que había en marcha, por supuesto: nadie podría ser dispensado hasta que ésta terminara.

Después, sin embargo, aquel sería un favor que valdría la pena pedir.

A pesar de ello, pensar en abandonar a los mauritanos lo abrumó con una sensación de nerviosa desorientación. Él ya no era Wajjaj y, una vez que dejara de ser Memnón, ¿quién sería? Quizá una dispensa temprana para abandonar a los mauritanos no era una buena idea; quizá, si la conseguía, se arrepentiría. Tenía que pensarlo bien antes de pedirle a Cástor nada.

Se preguntó qué les contaría a sus compañeros sobre su aventura, o si les contaría algo. Si lo contaba, la circuncisión de aquel bárbaro se convertiría en un chiste, y él no quería

hacer bromas sobre eso. No, no hablaría sobre lo que había pasado. Deseó estar de vuelta en su tienda, con Honorato, Himilis, Víctor y los demás, contándoles historias triviales sobre el viaje, haciéndolos reír... pero aquel pensamiento era falaz, porque sabía muy bien que, si estuviera allí con ellos, se odiaría a sí mismo por reír, y querría estar solo como estaba ahora, en aquella ladera verde, observando a su caballo pastar.

No vio a nadie durante el resto de aquel día, y pasó la noche bajo el arbusto de aulaga. Por la mañana, cansado pero con la mente más tranquila, se dirigió a Eboracum.

Eboracum era una ciudad bastante

grande, y estaba llena a rebosar. Un lejano asentamiento provincial estaba a punto de convertirse en la sede del gobierno de todo el Imperio Romano y, sencillamente, no había espacio suficiente. Cuando Memnón entró cabalgando aquella tarde, le pareció que todos los edificios estaban cubiertos de andamios, y que la población al completo estaba gritando.

El fortín de la legión, la base de mando del ejército, estaba al otro lado del río, pasando el principal asentamiento civil. Cuando Memnón cruzó el puente y se dirigió a la puerta, casi no lo dejaron entrar.

—Aquí no hay espacio, negro: vete al campamento temporal, al norte.

Sin embargo, mientras se alejaba, otro de los legionarios lo llamó.

—¡Espera un momento, etíope! ¿Cuál es tu nombre y tu unidad?

Se lo dijo, y se quedaron mirándolo.

—¿Tú tomaste como rehén a Fortrenn de los votadini? —preguntó uno de ellos, con incredulidad.

—¿Votadini? —repitió Memnón, desconcertado—. Creí que era un maeatae.

—Los votadini son maeatae —le explicó el legionario, confusamente—. ¿Es verdad que castraste a su sobrino?

—Lo circuncidé, no lo castré. Tenía que conseguir que miraran algo que no fuera yo.

El legionario silbó.

—*¡Deae Matres!* ¡Bien hecho, soldado! No hace falta que vayas al campamento temporal. La VI Legión siempre dispone de espacio para alojar a un héroe.

Le dieron una nota que le autorizaba a obtener alojamiento para sí mismo y para su caballo, y después le informaron de que, una vez que se acomodara, tenía una invitación para ir a palacio. Parecía que Cástor no lo había olvidado.

El palacio estaba al otro lado del puente, en el asentamiento civil. Aparentemente, había sido la residencia del comandante de la VI Legión, pero estaba en proceso de ser convertida en

un palacio para el Emperador de Roma. También estaba cubierto de andamios, aunque los obreros estaban ya desmantelándolos.

Memnón nunca antes había puesto un pie en un palacio, y en el mismo momento en el que atravesó la puerta se sintió profundamente intimidado. Todo era espléndido y estaba inmaculadamente limpio, y, por todas partes, los altos y magníficos hombres de la Guardia Pretoriana parecían mirar con desaprobación al auxiliar negro con su túnica sucia por el viaje y sus botas cubiertas de barro.

Uno de los guardias de más alta graduación lo escoltó hasta las habitaciones de Cástor, y el chambelán

lo recibió calurosamente. Memnón se quedó impresionado al saber que el hombre realmente vivía en el palacio. Sus aposentos parecían apropiados para el propio Emperador: tenían suelos de mosaico y frescos de frutas y flores en los muros; incluso el techo estaba decorado con pájaros y árboles. En las habitaciones, sin embargo, aún no había ningún sitio donde sentarse. Cástor se disculpó por el desorden.

—Los esclavos que venían conmigo tenían que prepararlo todo, pero... —Se detuvo abruptamente, arrugando la nariz.

Los esclavos que venían con él estaban muertos. Memnón se dio cuenta de que el chambelán tenía los ojos

enrojecidos e hinchados, y su simpatía por el hombre se incrementó.

—¿Llevaban mucho tiempo contigo, señor?

—Años. Uno de ellos, toda la vida. No sé qué voy a decirle a la madre de ese pobre chico. Pero, vamos, no pretendía hablarte de eso, sino ver si hay algún modo en el que pueda expresarte apropiadamente mi gratitud. Podemos usar una de las salas de recepción más pequeñas; todas están libres, ya que el Emperador todavía no está aquí. Enviaré a alguien a por vino.

La «sala de recepción más pequeña» era del tamaño del salón principal de un *praetorium*, y mucho más majestuosa: las paredes estaban

cubiertas de mármol pulido, y la cúpula estaba pintada de azul, como el cielo, con dioses y diosas descansando en él. Los asientos eran de madera de cedro, y estaban tapizados con un azul tan vivido, que Memnón, adivinando el coste del tinte, casi se sintió abochornado al sentarse en ellos. Un esclavo mezcló vino y se lo sirvió en delicadas copas de cristal transparente. Memnón sostuvo la suya nerviosamente. ¿Y si rompía aquella cosa tan frágil y derramaba el vino sobre la tapicería del Emperador? ¿Eso sería traición?

—Esperaba que volvieras a Eboracum con nosotros —dijo Cástor, con un toque de reproche—. No me di cuenta de que no estabas en el grupo

hasta que estuvimos de camino.

—Mi caballo estaba muy cansado, señor.

—Eso me dijo el centurión. Pretendía presentarte ante el Legado como mi salvador, y pedirle que te condecorara por tu valor. Bueno, he narrado lo que hiciste, y he escrito un informe al respecto. Los soldados de aquí me han dicho que aquel hombre, Fortrenn, es bien conocido, y que se le supone un formidable jefe guerrero. Las tropas británicas, en cualquier caso, están profundamente impresionadas por tu logro.

—Gracias, señor. Me contaron lo mismo cuando llegué al fortín. Señor, dicen que Fortrenn era el jefe de los

gotadini, o algo así. Yo creía que llamábamos a los enemigos maeatae.

—Los maeatae son una confederación de varias tribus diferentes —le explicó Cástor—. La más grande y poderosa de éstas es la de los votadini. Aquí parecen ser bien conocidos por nuestra gente; comerciaron con nosotros extensamente antes de que las dificultades actuales comenzaran.

Memnón asintió: aquello tenía sentido. Siempre eran las tribus de bárbaros más grandes y más romanizadas las que causaban los mayores problemas.

—A pesar de ello, desafortunadamente —continuó el chambelán—, parece que podríamos

tener algunos problemas con la legión Albana. El tribuno Flavio Panthera hizo su propio informe sobre el asunto, intentando justificar su conducta, y en él te acusó de desertar. Este absurdo cargo ya ha sido desmentido, pero el hecho de que fuera formulado podría ser suficiente para que los albanos te negaran honores. No les gusta que uno de sus tribunos haya sido humillado por un auxiliar común.

A Memnón ni siquiera se le había pasado por la cabeza esa parte del asunto. Resopló. No, ¡a los albanos sin duda no iba a gustarles aquello! Esperaba que no descubrieran quién había sido el responsable del estandarte del borracho. Quizá sería buena idea

salir de Eboracum rápidamente.

—Yo apoyaré tu causa, por supuesto —continuó Cástor—, pero debo advertirte de que tengo poca influencia en el ejército. Lo siento.

Memnón se encogió de hombros.

—Cuando lo hice no estaba pensando en condecoraciones, señor.

Se produjo un momento de silencio, y después Cástor dijo, cautelosamente:

—Lo que hiciste conllevaba un gran riesgo para tu vida y suponía un desafío a tus órdenes. ¿Por qué lo hiciste, si puedo preguntar?

Memnón se encogió de hombros de nuevo. Al mirar los enrojecidos ojos del hombre decidió que le caía lo suficientemente bien para contarle la

verdad.

—Mi hermana fue hecha prisionera por algunos asaltantes getulos, señor. Intenté salvarla, pero llegué demasiado tarde. Lo que ha ocurrido... ha sido como una segunda oportunidad para mí. Lo intenté de nuevo, y esta vez llegué a tiempo.

La boca de Cástor formó un silencioso "Oh", y el hombre bajó los ojos.

—Entiendo. —Después de un momento, continuó—: Atenais también sintió que no nos escoltaras a casa. Me dijo que se arrepentía mucho de no haberte dado las gracias. —Levantó los ojos de nuevo—. Iba a enviarle una nota ahora mismo pidiéndole que viniera.

Memnón pensó en ello.

—¿Ella quiere verme? Ayer no parecía querer hacerlo.

—Estaba asustada...

—Ya me di cuenta de eso.

—Pero es consciente de lo mucho que te debe. Ambos habríamos muerto, lentamente y con gran dolor, si no hubieras venido a rescatarnos. Sí, ayer por la mañana estaba muy agitada: ¿qué mujer no lo habría estado? Pero realmente quiere darte las gracias, y creo que hacerlo aliviaría su angustia. Le enviaré un mensaje.

Envió a un esclavo a por un cuaderno, escribió la nota, y mandó el esclavo a buscar a "Atenais, la secretaria adjunta al servicio de Julia

Augusta". Después de que el chico se marchara para entregarla, Cástor sirvió a Memnón más vino.

—Bien —dijo, alegremente—, ¿cómo puedo ayudarte? Por supuesto, no creo que pudiera pagarte por salvarme la vida, pero sin duda sería correcto que te compensara por cualquier cosa que hayas perdido debido a la incursión de los bárbaros. Tenías alguna propiedad en los carromatos del equipaje, ¿verdad? ¿Algo de valor?

Memnón casi respondió con un sorprendido «no», y después se dio cuenta de que el chambelán estaba dándole una excusa para aceptar dinero, como si la necesitara para no negarse.

—Uhm... —dijo, desprevenido ante

aquella extraña idea.

—¿O hay algún tipo de asistencia legal que yo pueda proporcionarte?

Pensó de nuevo en la dispensa del ejército, y de nuevo decidió: *Aún no*.

—Yo... por el momento no, señor. Quizá cuando la guerra haya terminado. Señor, estaba preguntándome... ¿qué es lo que hace un *memoria*?

Cástor sonrió.

—Organizo el horario y mantengo la lista de citas de mi señor, Septimio Severo Augusto.

—Ah. —Quedó inmediatamente claro, incluso para alguien con tan poco conocimiento de administración como Memnón, que el hombre que organizaba las citas con el Emperador era alguien

muy poderoso, y que el Emperador debía confiar en él.

—¿Quieres una cita con mi patrono?

Memnón se imaginó reuniéndose con el hombre cuyos retratos habían adornado el estandarte de los mauritanos desde que se unió a la unidad; se imaginó a aquel hombre mirándolo y preguntando, exasperado, *¿Quién, por todos los dioses, es éste?*

—Eh... no, señor.

—¿Alguna compensación por tus objetos de valor, entonces?

¡Aquello sonaba como si pudiera pedir una fortuna! Pero Memnón no tenía ni idea de qué podría hacer con una fortuna y, si la aceptaba, Cástor podría

pensar que ya había sido suficientemente recompensado, y declinar por tanto cualquier otra ayuda.

—En el carromato no había nada realmente valioso, señor.

Cástor parecía decepcionado.

—Bueno... Haré que recibas alguna compensación por lo que ocurrió. ¿Te quedarás en el fortín?

La puerta se abrió y entró Atenais.

Memnón dudó inmediatamente que la afirmación de Cástor de que la chica quería verle fuera cierta. Atenais retrocedió, y se quedó con la mano en la puerta. Memnón se incorporó, incomodo.

—Como puedes ver, nuestro libertador ha llegado a Eboracum —le

explicó Cástor, tranquilamente—. Le dije que querías darle las gracias, que te arrepentías mucho de no haberlo hecho antes.

—Sí. —Ella se las arregló para sonreír— Sí, así es.

No lo miró a los ojos.

¿Qué podía decir para tranquilizarla? *¿En realidad no soy un asesino despiadado?* Ella no lo creería: era, evidentemente, incierto.

—Lo hice por mi hermana.

Eso la sorprendió e hizo que lo mirara directamente.

—La raptaron unos asaltantes getulos. Le hicieron lo que los maeatae pretendían hacerte a ti. Encontré su cuerpo en el desierto.

—Oh —dijo, y tragó saliva—. Oh, lo siento mucho.

—Ya habían asesinado al resto de mi familia. Acosaban a las tribus del sur todo el tiempo. Cuando ocurrió yo estaba fuera, pastoreando cabras; volví y todos estaban muertos... Todos excepto mi hermana, que había desaparecido. Así que fui tras ellos, esperando que tal vez podría salvarla, pero llegué demasiado tarde. Cuando te salvé, fue casi como si, en aquel momento, hubiera sido más rápido. ¿Lo comprendes?

—Sí —susurró. Su rostro se había puesto rojo—. Yo... lo siento. Siento no haber... no haberte dado las gracias antes. Es que fue tan... tan horrible, todo aquello; porque...

—Lo sé —respondió Memnón, con naturalidad—. Hice que me ayudaras a hacer daño a un hombre, y que estuvieras de acuerdo en matarlo, y por eso me odiaste.

—¡Lo siento! —exclamó de nuevo, derramando algunas lágrimas—. Sé que lo hiciste sólo porque yo te supliqué que salvaras a Cástor, fuera como fuera, y... y fue increíblemente inteligente, lo que hiciste, e increíblemente valiente. Eso lo sé... y me siento agradecida, de verdad que lo estoy. Y sé lo que me habría ocurrido si no hubieras aparecido. Me alegro mucho, muchísimo, de que vinieras a rescatarnos.

Memnón asintió y le sonrió.

—Yo también me alegro de haber

ido, ¿eh? Ah, ¡no llores!

La chica había estallado en lágrimas y le había dado la espalda, cubriéndose el rostro. Dio un paso hacia ella... y se detuvo. Quizá se sentía agradecida, pero estaba totalmente claro que seguía temiéndole.

—Silencio, niña —dijo Cástor amablemente. La tomó del brazo y la llevó hasta el sofá. Se sentó con un ruido sordo y se tapó la cabeza con la capa para evitar que la vieran. Cástor le dio unas palmaditas en la espalda—. Lo necesitaba —explicó a Memnón—. Estaba preocupado por ella. Esperaba que llorara después de que escapáramos, pero no lo hizo. Oh, niña, ¡no hay nada de lo que avergonzarse! Yo

he llorado. ¡He derramado suficientes lágrimas para llenar un barreño!

—Bueno —dijo Memnón. Se sentó y se sirvió más vino. Atenais sollozó y se limpió la nariz, y luego sollozó una vez más.

Cástor, finalmente, rellenó su copa y se la ofreció a Atenais. Tuvo que apartar su capa para tomar un trago, y el vino la ayudó a dejar de sollozar. Miró a Memnón, con la nariz goteando y el rostro húmedo.

—¡Lo siento! —jadeó de nuevo, y continuó, con los ojos repentinamente brillantes por la emoción—: ¡Estoy tan, tan agradecida! ¡Gracias, gracias por venir a sacarme de allí!

Aquello no era exactamente lo que

había querido, pero era suficiente. Sonrió, deleitándose en aquella calidez.

—Me llena de alegría verte, viva y tan hermosa, y al señor Cástor. .. —asintió en dirección al chambelán—vivo y...

—No tan hermoso —añadió Cástor rápidamente, sonriendo.

Memnón le respondió con otra sonrisa de oreja a oreja.

—Iba a decir «rico y distinguido», señor.

Cástor se rió.

—¡Una condición que haré todo lo posible por que se extienda a ti, soldado! Será sencillo, si permaneces aquí, en Eboracum, un poco más.

—Mi prefecto me envió a

Aballava, señor —contestó Memnón, obedientemente—. El y el resto de mi unidad deben estar ya de camino hacia Eboracum; si tengo que llevar un informe de vuelta tal como se me pidió, tendré que ponerme en camino muy pronto.

—Estoy seguro de que tu prefecto comprenderá por qué te has retrasado. Estaría encantado de explicárselo yo mismo.

Memnón dudó... y después sonrió.

—Quizá, señor, pero hay una investigación del Comisariado por lo que ocurrió con la bandera de la II Pártica, y no quiero que se topen conmigo.

Atenais tragó saliva, sorprendida, y

Cástor se quedó mirando a Memnón fijamente.

—¡Por Júpiter! —exclamó— ¿Fuiste tú?

—¡Por supuesto que no, señor! —contestó Memnón, con ojos inocentes—. Los centinelas de la II Pártica juraron que nadie podría haber entrado en su campamento sin ser visto, de modo que tuvo que ser uno de sus propios legionarios. Pero existe el rumor de que el responsable fue uno de los mauritanos, y mi prefecto pensó que sería mejor enviarme fuera con un encargo. —Se puso ligeramente serio, y continuó—: En realidad no quiero dar a Flavio Panthera una excusa para arrestarme.

—No se atrevería —dijo Cástor, frunciendo el ceño—. El tribuno debería estar preocupándose por su propia carrera, y no por la tuya. Mi informe le dará razones para hacerlo.

—Quizá sí, señor... Pero, aun así, creo que sería más sencillo que estuviera fuera de Eboracum cuando la investigación del Comisariado llegue aquí. —Se puso de pie, sonriendo— Será mejor que me vaya, señor. Gracias, señor, por el vino, y por el dinero, y por tu buena voluntad.

Cástor se incorporó.

—Gracias a ti, soldado, por salvarme la vida. Me avergüenza lo poco que has aceptado de mí a cambio; si se te ocurre algo más que pueda hacer

por ti, lo consideraré un favor. —Se quitó un anillo de un dedo y se lo ofreció—. Si alguna vez necesitas algo, ya sea dinero o un amigo en la corte, envíame esto, y haré todo lo que pueda por ti.

Memnón tomó el anillo y lo guardó en su bolsa, y después ofreció a Cástor su mano. Cástor se la estrechó con firmeza. Se acercó a Atenais y le ofreció la mano también a ella.

La chica la apretó entre las suyas, con el rostro húmedo por las lágrimas.

—Yo... Eso también va por mí. Si alguna vez puedo hacer algo para ayudarte, estaré encantada de hacerlo. Muchas gracias.

—Hay algo que me gustaría que

hicieras por mí —dijo Memnón, seriamente.

Atenais retrocedió un poco, de nuevo nerviosa, cuestionándolo con los ojos.

—Ve a un templo, al del dios que prefieras, y haz una ofrenda por el espíritu de mi hermana. Su nombre era Iyangura, hija de Lianja y Agonadi. Tenía trece años cuando murió.

—¡Oh! —dijo la dama, aliviada—. Sí. Lo haré encantada. Ian... Iangoura... hija de... de...

—Ah, ¡está bien! Nunca he conocido a un romano que fuera capaz de pronunciar «Lianja». Si los dioses no son lo suficientemente listos para saber a quién te refieres, entonces no serviría

de nada, de todos modos. —Sonrió e, inclinándose hacia delante, la besó muy suavemente en la mejilla. Su piel estaba húmeda, salada por las lágrimas y suave como el marfil pulido.

—Te acompañaré a la puerta —se ofreció Cástor.

Mientras caminaban por el pasillo, el chambelán dijo, en voz baja:

—Esos getulos que asesinaron a tu familia... los seguiste, ¿verdad? Los seguiste durante todo el camino hasta su propia tierra, y cada noche te acercaste y mataste a alguno de ellos. Nadie consiguió llegar a su hogar, con su gente.

Memnón lo miró, sorprendido e inquieto... Y después se dio cuenta de que aquellas palabras eran suyas, que se

las había dicho al jefe britano. Asintió, ya que no le gustaba hablar de ello.

—Eso fue lo que ganó Roma. —El chambelán se detuvo: estaban en el vestíbulo de entrada del palacio—. Aquello te condujo al norte, hasta nosotros. Gracias de nuevo. Si hay algún favor que pueda concederte, solo tienes que pedírmelo.

Capítulo 5

Cuando Memnón volvió al fortín encontró un mensaje de Meliso, el galo, invitándolo a tomar un trago.

La reunión no fue un éxito completo: a Memnón no le apetecía hablar de lo que había ocurrido, y eso era lo que Meliso y los demás de la taberna parecían querer saber. Sin embargo, resultó que Meliso también quería compañía en el camino: su ruta y la de Memnón eran casi la misma durante todo el camino hasta sus respectivos fortines. Memnón se sintió aliviado por tener un compañero de

viaje; seguía sin estar seguro de su itinerario. Ambos se pusieron en camino a la tarde siguiente.

Cabalgaron a paso moderado. Sus fondos para el viaje eran escasos, pero Cástor le había entregado una bolsa con la paga de un año, así que continuaron pernoctando en posadas y viviendo bien. La primera noche, Memnón pidió a su compañero que no mencionara lo que había ocurrido y, ya que Memnón era quien tenía la bolsa, Meliso obedeció. El resto del viaje fue agradablemente tranquilo.

Llegaron a la ciudad norteña de Luguvalium al atardecer, cuatro días después de dejar Eboracum. Meliso estaba destinado a un fortín llamado

Uxelodunum que resultó estar a menos de una milla de Luguvalium: cabalgaron juntos la poca distancia que quedaba por la mañana, y se separaron en la puerta del fortín. Aballava no estaba mucho más lejos: a unas cinco millas, aproximadamente, por la calzada militar que se extendía cerca de la famosa muralla.

Memnón tenía que admitir que aquella muralla era impresionante: de la altura de tres hombres, construida de piedras almenadas sobre una profunda zanja, con un fortín para los guardias en cada milla, y una torre vigía cada trescientos pasos. Al sur había otra zanja incluso más profunda, y un terraplén que marcaba el límite de la

zona militar, y que además cercaba una zona de buen pasto para los corceles de la caballería.

Lirón deambuló a paso tranquilo, con la muralla a la derecha, y los campos y los bosques a la izquierda. Era una tierra de cielos abiertos, y campos ricos y llenos de vida. La recogida de las manzanas ya había terminado, pero habían soltado a los cerdos para que forrajearan los huertos; en las zonas boscosas atisbó ciervos y jabalíes, y los pájaros cantaban desde cada rama.

De la tierra al norte, sin embargo, no podía ver nada: la enorme masa del muro bloqueaba la vista completamente. Las puertas de los dos primeros fortines junto a los que pasó estaban cerradas,

aunque había caballos renqueantes pastando alrededor. El tercer fortín, sin embargo, tenía la puerta abierta. Memnón acercó a Lirón y miró el interior con interés. Los muros cercaban dos pequeños cuarteles de piedra, uno a cada lado de un pasillo cubierto de hierba. Más allá había otra puerta, también abierta, que proporcionaba una vista del norte. Llevó a Lirón hacia delante, se detuvo de nuevo justo delante de la puerta exterior, y vio que al otro lado de la muralla la tierra caía abruptamente. Más allá del terraplén podía ver una extensión de tierra pantanosa de un intenso verde, con montañas elevándose en la distancia. No había nadie a la vista, aunque podía oír

voces más allá de la puerta. Desmontó y pasó silenciosamente a través de la puerta norte. Bajo la colina había un río, y un par de hombres estaban pescando en él. Eran rubios y peludos y estaban vestidos al estilo germano, con túnicas y pantalones, y las lanzas que tenían en las manos parecían ser las típicas *frameae* germanas, cortas y de hoja estrecha.

Memnón examinó sus espaldas con curiosidad. Su destino estaba protegido por una unidad llamada «Formación de Frisones de Aballava», y sospechaba que aquellos hombres pertenecían a ella. El hecho de que la unidad fuera una formación en lugar de un *ala*, sin duda significaba que consistía en una tropa irregular de caballería, y que

seguramente estaba formada por hombres de fuera del Imperio. Pensaba que los frisones eran germanos de algún tipo, aunque nunca había conocido a nadie de aquella tribu. Los pescadores, sin duda, parecían germanos. Se preguntó cómo se sentirían al tener que compartir su fortín con una compañía que había estado luchando contra los germanos el año anterior. Seguramente, si alzaban la mirada y lo descubrían dentro, se molestarían. Regresó al lugar donde estaba Lirón, volvió a montar, y continuó cabalgando.

La muralla serpenteaba a lo largo de la orilla del río, y después giraba hacia una elevación que estaba coronada por los muros de piedra de un fortín.

Mientras subía, la combinación de la elevación de la tierra y el giro de la muralla por fin le proporcionó otra vista del noroeste, y detuvo a Lirón para observarlo, sorprendido. Los pantanos que había atisbado a través de las puertas terminaban en arenas doradas, y a continuación estaba el mar, de un vivo color azul bajo el sol del mediodía. Las colinas al norte se elevaban más allá del agua durante un tramo, y después terminaban en un horizonte sin límites. El océano Oeste, el límite del mundo... no se había dado cuenta de que estaba tan cerca.

Recordó la primera vez que había visto el mar, cuando llegó a Cesarea con Saturnino, convertido en un nuevo

recluta. Nunca había imaginado que pudiera haber tanta agua en el mundo. Y aun así, aquella visión también le resultaba familiar. Un desierto azul, abierto, vacío, y tan cargado de luz como el Gran Mar de Arena, cuyas olas eran agitadas por los mismos vientos cálidos. Allí, sin embargo, los vientos eran fríos y húmedos, y olían a lluvia. Estaba muy lejos de África.

Hizo que Lirón continuara para inspeccionar el fortín donde los mauritanos pasarían el invierno. Era un edificio de piedra, como la muralla, y, por el aspecto de sus brillantes tejas, había sido renovado y reparado recientemente. Un próspero asentamiento civil del tipo del que

crecía alrededor de cada fortín recorría su flanco sur. Memnón sabía que en él habría multitud de tabernas y burdeles ansiosos por hacerse con el dinero de los soldados. La mayor parte de los establecimientos estarían regentados por antiguos soldados, y la mayoría de aquellas pequeñas casas de madera albergarían a las esposas y a las familias de los soldados. No parecía un mal lugar, en absoluto.

La puerta este de la fortaleza había sido, una vez, una imponente puerta doble, pero la hoja sur estaba tapiada. Un par de auxiliares vigilaban la entrada que quedaba, apoyados ociosamente sobre sus lanzas; eran rubios y llevaban barba, como sus camaradas del fortín.

Observaron despreocupadamente a Memnón mientras se aproximaba; después, cuando se dieron cuenta del color de su piel, se pusieron en tensión e hicieron el ya familiar ademán para alejar la mala suerte: los etíopes eran realmente poco conocidos en el norte. Memnón les saludó con la mano, alegremente.

—¡Alto ahí! —gritó uno de los auxiliares cuando aún estaba a bastante distancia. Su acento era totalmente distinto del familiar cuado germano, más plano y nasal.

Memnón detuvo a Lirón obedientemente. Bajó del corcel, puso su fusta sobre el fardo, y se mantuvo inmóvil, con ambas manos visibles.

—¡Saludos! —gritó, en respuesta —. ¿Esto es Aballava?

—¿Quién quiere saberlo? —contestó el auxiliar, mirándolo con asombro y sospecha.

—¡Es uno de los mauritanos! —exclamó su compañero, con entusiasmo — Sabíamos que íbamos a recibir algunos mauritanos. ¡Alaisiagae! ¡No sabía que eran *tan* negros!

—¿Tú eres uno de ellos? —preguntó el primer auxiliar.

—Mensajero del *numerus* de Mauritanos Aurelianos, sí —asintió—. Me llamo Memnón. Tengo una carta para vuestro capitán de Valerio Rogato, nuestro prefecto.

El auxiliar dudó, y después le hizo

una señal para que se acercara. Memnón condujo a Lirón hasta la puerta, se detuvo y sacó la carta de su fardo. Lamentablemente, se había dado cuenta de que ambos frisones eran enormes, como solían ser los germanos. Ambos se alzaban sobre él, y sus expresiones no eran amistosas.

El frisón tomó la carta, echó un vistazo al sello, la estrella de ocho puntas, y después hizo una mueca y se la devolvió; Memnón adivinó que tampoco sabía leer.

—¡Muy bien! —dijo—. En este momento, el jefe seguramente estará en su casa. Verritus, llévalo hasta allí.

El segundo guardia, que era más joven, abrió la puerta y escoltó a

Memnón. Los edificios del interior se parecían mucho a los de cualquier fortín del Danubio: cuarteles de piedra en hileras, con la fachada más alta e imponente del edificio del cuartel general visible al final de la calle, frente a ellos. Lo que era distinto de cualquier fortín del Danubio que Memnón hubiera visto nunca eran las mujeres. Había varias lavando la ropa en el tanque de agua junto a la garita, y un grupo de niños rubios y medio desnudos corrían por la calle, jugando con algunos peludos perros grises. Las gallinas picoteaban el suelo junto a la muralla del fortín. Los hombres estaban recostados junto a las paredes de los cuarteles, limpiando sus armas, o

simplemente charlando. El fortín olía a cerveza, a carne asada y a asaduras, a estiércol, a paja y a suciedad, un aroma complejo que, sin embargo, reconoció inmediatamente como germano. Memnón estaba sorprendido y preocupado. En el ejército romano era común contratar partidas de guerra extranjeras, pero éstas, generalmente, se anexionaban a una cohorte regular, lo que les impedía algo tan irregular como llevar a sus familias al interior de un fortín romano.

Uno de los niños vio a Memnón y gritó, y todo el mundo se giró y lo miró. Los hombres se levantaron. Las mujeres comenzaron a parlotear en su propio idioma. Un par de perros se acercaron moviendo las colas.

Verritus los ignoró a todos y condujo al visitante hasta el edificio más cercano, un establo. Varios hombres los siguieron y se quedaron en la entrada, a sus espaldas.

—Puedes dejar aquí a tu caballo —dijo el guardia, y después observó fascinado cómo Memnón metía a Lirón en la casilla vacía más cercana sin hacer nada más que tomar su fardo del lomo del corcel y colgárselo a la espalda. No tenía intención de dejar aquel fardo sin vigilancia. Dentro llevaba el torque de oro de Fortrenn, y la bolsa de dinero de Cástor.

—¿Cómo puedes cabalgar sin bridas? —le preguntó el joven frisón con incredulidad.

—Los caballos pueden domarse de muchas maneras distintas. Así es como lo hacemos los mauritanos. Se necesita más tiempo para la doma, pero después no tienes que limpiar tachuelas.

Verritus negó con la cabeza, en desaprobación. Miró sobre su hombro e informó a los espectadores reunidos:

—Es uno de los mauritanos. Dice que su nombre es Memnón.

—Suena a griego —contestó uno de ellos, un corpulento hombre mayor.

Memnón le sonrió; compartiría el fortín con aquellos hombres durante todo el invierno, así que intentaría hacerse amigo de ellos. Ya podía ver que no iba a ser fácil. Rogato nunca permitiría que las mujeres estuvieran en el fortín y,

cuando las hiciera salir, los frisones iban a enfadarse.

—Es griego. Los romanos nunca podrían pronunciar el nombre que me dio mi madre, así que comenzaron a llamarme Memnón, porque así se llama el héroe etíope de un poema griego.

Ninguna sonrisa, sólo una mirada de asombro bovino.

—¿Y tú eres un mauritano? —preguntó el espectador—. ¿Todos son tan negros como tú?

Memnón vaciló, tentado. Después suspiró, recordando el sermón que le había echado Saturnino antes de salir: «Y si cuando llegue a Aballava descubro que los soldados de allí, nuestros futuros compañeros de armas,

esperan que comamos perros, o que nos pintemos de púrpura en las fiestas, o que seamos cualquier cosa que no somos... tú te pasaras en las letrinas todo el invierno, ¿lo comprendes?». Estaba bastante seguro de que decirle a los frisones que todos eran negros, excepto los que eran rojos con dientes de perro, entraría en la categoría de «cosas que no somos».

—No —admitió, a regañadientes —. La mayoría sólo son morenos. ¡Ja! ¿Y vosotros? ¿Sois germanos?

—¡Frisones! —lo corrigió el espectador.

—¿Eso no es una tribu germana? Tenéis *frameae.*

—¿Nunca oíste hablar de los

frisones en Mauritania?

—No. Ni en el Danubio, donde hemos estado hasta este verano. Allí conocí a un montón de germanos, pero todos eran cuados y marcómanos.

Aquella afirmación fue recibida con un coro de gruñidos; los frisones sabían poco de África, pero habían oído hablar de las guerras en la frontera del Danubio. Memnón era consciente, sin necesidad de mirar a su alrededor, de que su audiencia había crecido.

—Somos germanos —explicó Verritus—, pero de las llanuras del oeste, junto al océano. —Echó un vistazo a la audiencia y añadió—: Tiene una carta para el señor Farabert. De su prefecto. Será mejor que lo lleve a

verlo.

Farabert, el jefe de la formación frisona, estaba, como los guardias habían pensado, en su casa. La casa del comandante había sido construida, obviamente, con el fortín: era un tradicional edificio de dos plantas con un patio de columnas y unas termas privadas. El interior contenía una extraña mezcla de mobiliario romano y germano: paneles pintados en los muros y cuernos para beber; suelos de mosaico y alfombras de piel de lobo. El propio Farabert era un rechoncho hombre con una horrible cicatriz que desfiguraba la mitad de su cara y de su nariz. Estaba en el comedor, jugando a un juego de mesa con un chico de cabello rubio,

seguramente su hijo. Cuando Verritus guió a Memnón al interior, el jefe levantó la mirada, lo examinó y se levantó. El chico exclamó algo en frisón, y corrió a colocarse detrás de su padre.

Memnón saludó marcialmente y le extendió la carta.

—¡Un mensaje, señor! ¡De Valerio Rogato, prefecto del *numerus* de Mauritanos Aurelianos!

—¡Oh! —dijo Farabert, mirando la carta sin tocarla. El chico, excitado, dijo algo en frisón, a lo que Farabert respondió. El niño se fue corriendo.

—Ha ido a buscar a mi secretario —explicó Farabert. Miró a Memnón y frunció el ceño: la cicatriz hacía que su expresión fuera intimidatoria—. Así que

tú eres un mauritano.

—Sí y no, señor —contestó Memnón. Mientras la expresión de Farabert se hacía más profunda, continuó—: Soy mauritano por ser miembro del *numerus*, señor, pero pertenezco a la tribu de los tubu. Nuestros oficiales recluían a cualquiera con las habilidades adecuadas.

La expresión de Farabert cambió a una de inquietud. *Numerus* era un término vago: podría referirse a un grupo de extranjeros bajo su propio comandante nativo, o a una compañía especializada con una estructura de mando más romanizada. Farabert debía haber esperado que los mauritanos pertenecieran a la primera categoría:

ahora sabía que pertenecían a la segunda, y que no era probable que toleraran el modo en el que había estado llevando su fortín.

—Y tu prefecto te ha enviado aquí para informarnos de que tu *numerus* vendrá... ¿Cuándo? —preguntó, irritado.

—Los dejé en Londinium hace dieciséis días, señor. Tenían planeado salir al día siguiente. Seguramente no han viajado rápido, pero yo tuve que demorarme en Eboracum, así que creo que ahora estarán a menos de tres días de viaje. Tengo que volver para informar a mi prefecto, señor, después de reunirme contigo aquí.

Farabert gruñó, y entornó los ojos, evaluándolo.

—¿Cuántos sois en tu unidad?

—En este momento trescientos dos, señor. Estamos ligeramente escasos de hombres.

Memnón estaba seguro de que Farabert debía haber recibido esa información junto con la noticia de que el *numerus* iba de camino; si estaba simulando que no lo sabía, eso seguramente significaba que iba a causar problemas sobre lo de compartir las instalaciones.

Aquel era un problema totalmente previsible. Los frisones estaban bien establecidos en el fortín, y era parte de la naturaleza humana que les molestase una intrusión, incluso si no hubieran llevado a algunas de sus mujeres al

fuerte, en contra de las normas. El ejército, generalmente, intentaba alojar juntas a las unidades similares: por ejemplo, Meliso, el galo, había sido enviado a un fuerte que estaba guarnecido por una unidad de caballería gala, pero en Britania no había ninguna otra unidad de caballería ligera africana. El alto mando, seguramente, había pensado que meterlos con otra unidad de caballería irregular extranjera estaba bien. Memnón esperaba que la disciplina de los frisones fuera mejor de lo que parecía, porque en los cuarteles abarrotados la tensión entre dos grupos de hombres tan diferentes era inevitable. Incluso Farabert iba a tenerlo difícil. Como comandante, tenía derecho a

mantener a su familia en el *praetorium* con él, pero Rogato tenía derecho a compartir la casa, y a Rogato no le gustaban los niños.

—¡Trescientos dos! —objetó Farabert—. No sabíamos que erais tantos. Hostigadores, me dijeron, y jinetes exploradores. Me dijeron que quizá erais un centenar. Dije a mis hombres que no había necesidad de hacer espacio para más.

—Estamos acostumbrados a la disposición habitual de la caballería, señor —ofreció Memnón, amablemente—. Seis en una habitación, dos escuadrones en cada barracón.

—En el fortín solo hay ocho barracones —dijo Farabert, con frialdad

—. Nosotros...

Memnón le sonrió.

—Bueno, ¡ahí lo tiene, señor! Nosotros nos quedamos con cuatro, y vosotros con cuatro. Estaremos un poco apretados, pero no estará tan mal.

—Nosotros usamos todos los barracones —le dijo Farabert, entornando los ojos—. Dije a mis hombres que debían limpiar dos.

Memnón se permitió parecer ansioso.

—¿Cuántos sois en vuestra formación, señor?

Farabert lo fulminó con la mirada.

—Trescientos veinte. —Obviamente, no mencionó a las mujeres: sabía tan bien como Memnón que no

deberían estar en el fuerte.

Se produjo un silencio, y después Memnón dijo, alegremente:

—Bueno, señor, estoy seguro de que, si explicas a tus hombres que no sabías que íbamos a ser tantos, ellos entenderán por qué tienen que moverse.

Farabert frunció el ceño amenazadoramente.

—Menos mal que me enviaron a mí por delante, ¿no es así, señor? —continuó Memnón, con alegría—. Puedes mover a tas hombres, y yo volveré y me encontraré con Rogato para que sepa que tiene que asignar a algunos de los nuestros habitaciones compartidas, y entonces podremos seguir adelante mientras todo se

desenvuelve tranquilamente.

Farabert frunció el ceño aun más.

—Esta es nuestra fortificación.

—Ah, no, señor, estoy seguro de que se equivoca. Pertenece a los Emperadores, señor. Ellos os enviaron aquí, y ahora nos han enviado a nosotros.

Farabert hizo una mueca.

—Estoy seguro de que la familia imperial se sentirá complacida al saber que nuestra mudanza ha ido bien —continuó Memnón, dándose importancia. Sacó el anillo de Cástor de su bolsa y lo sostuvo para que Farabert pudiera ver el sello—. Pertenece a Septimio Cástor, el secretario y chambelán del Emperador. Rogato dijo que podía usarlo si había

algún problema.

Farabert miró el anillo con sorpresa y recelo, y después miró con desconfianza el rostro de Memnón. Este mantuvo la mirada. Dudaba que Farabert reconociera el sello más de lo que lo había hecho él; sin duda era un sello privado, no uno oficial. Sin embargo, era del mismo tamaño y estilo que el de los sellos que generalmente se estampaban en los documentos militares oficiales, y el anillo de oro, con un óvalo de calcedonia, sin duda parecía oficial e importante.

No deseaba utilizar el favor de Cástor para un problema menor como aquel, pero, si había juzgado bien, no sería necesario. Farabert era, sin duda,

un jefe extranjero que se había unido a los romanos junto a su gente, seguramente porque había perdido alguna disputa de política tribal frisona. Era poco probable que tuviera amigos o patronos en la corte imperial. Si pensaba que Rogato los tenía, la vida de los mauritanos en el fortín sería mucho más fácil.

Farabert hizo una mueca de nuevo.

—Cuatro barracones para vosotros, y cuatro para nosotros —asintió.

—Ale parece justo, señor —dijo Memnón alegremente, y guardó el anillo.

Cuando Memnón dejó la fortaleza a la mañana siguiente, los cuatro barracones del ala norte estaban siendo vaciados, y las mujeres y los niños

estaban mudándose, no sin una enorme cantidad de gritos y chillidos. Todo el mundo lo miraba mal, y muchos le escupían y hacían los gestos para alejar al mal. Se alegraba de marcharse de allí.

Se reunió con su *numerus* dos días más tarde, de nuevo en la carretera hacia Eboracum. Se preparó para que le hicieran preguntas sobre lo que había ocurrido, pero Rogato solo le preguntó por la situación en Aballava. Memnón se lo contó; el prefecto asintió con satisfacción y lo envió a reunirse con sus compañeros de tienda. Se mostraron encantados de verlo, y le preguntaron si había tenido un buen viaje.

—Ah... —Dudó. Aun no quería hablar sobre lo que había ocurrido. Era

demasiado crudo, demasiado difícil de manejar—. ¿No... no os detuvisteis en Eboracum?

Negaron con la cabeza.

—Llegamos casi a mediodía y pasamos de largo —le explicó Honorato—. Acampamos a unas diez millas de distancia. ¿Qué hay allí interesante?

—Andamios —contestó Memnón, aliviado—. Si vendiera andamios, allí podría hacer una fortuna. ¡Están reconstruyendo toda la ciudad a la vez!

Suponía que tendría que darles un informe completo en algún momento... pero todavía no. Dejaría que el horror se desvaneciera, dejaría que el demonio volviera a dormirse. Quería tener la oportunidad de convertirse en sí mismo

de nuevo.

Los mauritanos se acomodaron en Aballava entre el huraño silencio de los frisones. La gente del asentamiento civil, sin embargo, se mostró más cordial: la mayoría de sus establecimientos eran anteriores a la llegada de los frisones, y estaban encantados de recibir a nuevos clientes. Los mauritanos, debido a que eran una unidad pequeña y flexible, estaban acostumbrados a mudarse de un sitio a otro, y se asentaron para el invierno con gusto.

Memnón no encontró un momento para hacer un informe completo de su viaje; cuando se sintió capaz de contarlo, era demasiado tarde para hacerlo sin vergüenza. Cuando el

prefecto lo llamó estaban a mediados de octubre.

Estaba en su habitación en los barracones, planeando una broma, cuando Saturnino abrió la puerta y lo miró ferozmente, a él y al resto de sus compañeros de tienda. El primer pensamiento de Memnón fue que el decurión había descubierto algo sobre la travesura que estaban preparando, que tenía que ver con uno de los perros frisones y un poco de tinte azul. Comenzó a pensar en posibles excusas: ¡No hicimos daño al perro, señor! ¡Pensamos que esto haría que ambas unidades se rieran, señor, y que mejoraría las relaciones entre todos, señor!

—Tú —dijo Saturnino, concentrando la mirada—. Ve a ver a Rogato. Ahora.

—¡Sí, señor! —Memnón bajó de su litera y saludó elegantemente. Sus compañeros de tienda lo miraron con ansiosa compasión mientras seguía al decurión fuera de la pequeña habitación.

El fortín había cambiado desde que lo vio por primera vez. Las mujeres y los niños se habían mudado a las cabañas de la aldea, y los hombres frisones estaban ahora confinados en la mitad sur de la fortaleza. La estrecha galería que flanqueaba cada barracón, al norte, estaba ahora llena de las pequeñas chimeneas de cerámica y sacos de carbón que los hombres usaban

para cocinar sus comidas, y la entrada olía a asafétida y a comino, el aroma de la cocina norteafricana. Sobre todas las puertas había amuletos contra el mal de ojo, así como algunas túnicas y pantalones mojados colgados para que se secaran en el húmedo aire del mar. Estaba lloviendo. La fina y constante llovizna del mar que parecía ser el clima normal en octubre en el noroeste de Britania. Memnón no había cogido su capa, y encorvó los hombros con tristeza mientras Saturnino lo conducía por el pasillo entarimado entre su barracón y el vecino.

—¿De qué va esto, señor? —preguntó mientras se acercaban al *praetorium*, que Farabert y su familia

estaban ya obligados a compartir con Rogato.

—Creo que eres tú quien deberías decírnoslo, explorador —contestó Saturnino, tenso—. Nosotros no tenemos ni idea.

Memnón recibió así el primer indicio de que quizá, después de todo, aquello no tenía nada que ver con el perro. Tragó saliva, incómodo, y deseó haberse obligado a explicar las cosas a Rogato antes.

El *praetorium* estaba más cálido que el frío barracón, y cuando Saturnino lo condujo al comedor, flexionó las puntas de sus pies lujuriosamente ante el calor que atravesaba el suelo desde el hipocausto. Después se fijó en el

número de visitantes que tenía delante, y decidió que preferiría estar de guardia bajo la lluvia.

—Éste es el hombre —dijo Rogato a los visitantes.

Eran tres individuos importantes, aunque uno de ellos había llevado a un secretario, que estaba junto a su señor con un cuaderno. Uno era fornido, de rostro colorado, y llevaba la plateada cota de mallas de los centuriones; otro se mostraba reservado y era delgado, con la túnica con rayas púrpura de la orden ecuestre y una capa militar corta; el último era un civil bien vestido de mediana edad. Estaban sentados en uno de los sofás del comedor, con copas de vino caliente y especiado en las manos;

sus ropas, húmedas por la lluvia, humeaban ligeramente en aquel ambiente cálido. Rogato estaba apoyado en la mesa junto a la ventana, con los brazos cruzados, y Farabert, que seguramente ni siquiera tenía derecho a estar allí, estaba sentado tranquilamente en una silla, junto a la puerta.

Memnón saludó y se puso firme.

—¡Señor! —dijo a Rogato, ignorando a los demás—. ¿Me has mandado llamar?

—Sí —asintió Rogato, con una oscura mirada—. Estos señores desean preguntarte algunos detalles de lo que ocurrió durante tu viaje a Eboracum. Este —señaló al centurión— es Vario Marcelino, *hastatus* de la I cohorte de la

Legión Albana. Este —el civil— es Julio Salutaris, liberto de Augusta, y éste, —el más delgado— es Oclatinio Advento, *princeps peregrinorum.*

Memnón contuvo el aliento. *Princeps peregrinorum* era el título que se concedía al líder de la Castra Peregrina, la base romana del Comisariado del Grano. Aquel hombre de aspecto ordinario era el jefe de los espías del Emperador, y uno de los individuos más temidos del Imperio.

—Descanse, soldado —dijo Advento, con amarga diversión—. Tu conducta no está siendo cuestionada: de hecho, todo el mundo está de acuerdo en que fue digna de admiración. Sin embargo, estoy realizando una

investigación ante la petición del prefecto pretoriano para determinar si cierto tribuno de la legión Albana debería ser despedido, de ahí la presencia del representante de la legión. —Asintió al centurión Marcelino, y después sonrió complacientemente y añadió—: Mi propia presencia aquí tampoco responde totalmente a tu relato. Generalmente, asignaría un asunto como éste a alguno de mis hombres. Pero —se encogió de hombros—, de todos modos, estaba haciendo un recorrido por la muralla.

—Sí, señor —susurró Memnón, intranquilo, deseando más que nunca haber explicado la situación a Rogato. Echó una mirada insegura al prefecto,

pero Rogato se mostró impasible. La actitud de Saturnino, que estaba a su espalda, no era mejor. Farabert tenía la boca abierta por la sorpresa, pero eso no le ayudaría. Memnón pensó, fugazmente, si al menos aquello terminaría con las dudas que los frisones pudieran haber tenido sobre las poderosas conexiones de los mauritanos con la corte.

—Sólo tienes que explicarnos lo que ocurrió cuando los bárbaros atacaron a vuestro grupo —le explicó el jefe de los espías—. Con tus propias palabras.

—Sí, señor —susurró Memnón de nuevo, y se aclaró la garganta. Con una mirada de disculpa a Rogato, comenzó a

relatar lo que había ocurrido.

Marcelino, el centurión, lo detuvo casi de inmediato.

—Nuestro tribuno dice que, cuando los bárbaros atacaron, tú huiste —declaró abruptamente.

Rogato se agitó, irritado.

—No, señor —dijo Memnón, con otra mirada ansiosa al prefecto—. Intenté atacar al enemigo por el flanco mientras avanzaban. No estoy entrenado ni equipado, señor, para soportar una carga frontal.

—¡Huiste, soldado, y en cuanto a lo que hiciste después, fue porque el tribuno te había amenazado con azotarte por cobardía!

—¡Cobardía! —explotó Rogato,

enfadado—. ¡No este hombre! ¡Ninguno de mis hombres, pero sin duda, éste menos!

Advento negó con la cabeza.

—El tribuno te ordenó que te quedaras en línea, ¿eso es correcto? —preguntó a Memnón.

—Sí, señor. Y lo hice, pero...

—Pero siendo un hostigador de caballería, sin equipo, como has dicho, para recibir una carga frontal, naturalmente asumiste que tenías que atacar al enemigo cuando vieras la oportunidad, del modo que sabes hacerlo.

Era precisamente la explicación que Memnón estaba a punto de dar.

—Sí, señor.

—¿Asumió? —repitió el centurión —. ¡El trabajo de un soldado es seguir órdenes!

—Por supuesto —sonrió Advento —. Pero, de acuerdo a su propio relato, el tribuno no dio ninguna orden, excepto la de alinearse... y la de retirarse. Un hostigador experimentado no espera que su capitán esté junto a su hombro, señalándole las oportunidades. ¿No es eso correcto, prefecto? Se espera de él que use su propio juicio sobre cuál podría ser el mejor momento para golpear. Está totalmente claro lo que hizo este explorador, pero el tribuno, que no estaba familiarizado con las tácticas de la caballería, lo malinterpretó como si dejara la línea de

batalla.

—Si esperaba que un hostigador resistiera un ataque frontal, es culpable de algo peor que de una mala interpretación —dijo Rogato, con resentimiento—. Podría haber...

Advento hizo que se callara con sólo levantar un dedo, y asintió a Memnón para que continuara. Memnón farfulló precipitadamente su decisión de seguir a los maeatae, su descubrimiento de su campamento, y el rescate. Echó otra mirada a Rogato, que entonces se mostraba mucho menos impasible. De hecho, el prefecto parecía casi impresionado. Animado, se animó a confesar.

—Yo, uh, no había hablado de ello

con nadie de mi unidad, señor. Debería haberlo hecho, pero... estaba un poco agitado, y, bueno, no quise hablar de ello. Creí que me preguntarían, pero ellos no se habían enterado, así que no lo hicieron. Lo siento, señor.

—¡Por Júpiter! —murmuró Advento. Echó una mirada de evaluación a Rogato y Saturnino, y les preguntó—: Entonces, ¿esto ha sido una sorpresa para vosotros?

Rogato descruzó los brazos.

—Los sucesos, sí —admitió—. Que este hombre fuera capaz de tal proeza, no. —Tenía los labios apretados y los ojos brillantes. Memnón se dio cuenta de que el prefecto se sentía inmensamente orgulloso—. Somos

buenos —dijo en voz baja—. Somos muy buenos, y Memnón es el mejor de los nuestros. —Miró al centurión de la legión Albana, y continuó—: ¿Debo asumir que esta «investigación» es debido a que la conducta del tribuno de la II Pártica ha sido cuestionada? ¿Porque resulta vergonzoso que un explorador auxiliar llevara a cabo algo que un oficial legionario se negó incluso a intentar?

Marcelino enrojeció.

—¡La actuación del tribuno de la II Pártica fue totalmente apropiada! —declaró, enfadado— ¡Nadie sabía que los bárbaros podían atacar tan al sur!

—Oh, estoy de acuerdo —dijo Rogato, entonces sonriendo abiertamente

—. Y, siendo un oficial legionario, confiaría forzosamente en lo que le habían contado, en lugar de hacer su propio juicio de que era necesaria más cautela. —El centurión abrió la boca, y Rogato continuó rápidamente—: Las legiones son la columna vertebral del ejército, como todos sabemos... Y la columna tiene derecho a confiar en la información que le proporcionan los ojos.

—¿Los exploradores de la caballería serían los ojos? —preguntó Advento, divertido.

—Así es, señor, como nos han usado siempre los generales competentes —respondió Rogato—. Si el tribuno de la II Pártica cometió algún

error, fue no usar los recursos que tenía a mano. Yo creo, por ejemplo, que si la escolta hubiera estado compuesta sólo por legionarios, volver a Eboracum a por ayuda en lugar de intentar seguir a los asaltantes hubiera sido totalmente correcta. Memnón, el rastro que dejaron los bárbaros... ¿era claro?

Memnón se encogió de hombros.

—No era demasiado malo, señor. Intentaron confundirlo un poco. Enviaron a algunos de sus hombres por una bifurcación, para confundirlo, y ellos siguieron por terreno pedregoso. Pero tenían prisa; no tuvieron tiempo de hacer demasiado.

—¿Cuántos legionarios —preguntó Rogato, dirigiéndose de nuevo al

centurión— podrían seguir el rastro de un grupo de jinetes que se dividiera y atravesara un suelo pedregoso, con la suficiente velocidad para llegar hasta ellos antes de que la noche escondiera las huellas, y sin dejar que los vieran?

Se produjo un silencio.

—Sí, bueno —contestó el centurión, sin saber si sentirse complacido o molesto—. Como has dicho, el tribuno sabía que necesitaría ayuda, y fue a buscarla rápidamente.

—Eso no es lo que el prefecto ha querido decir —señaló Advento tranquilamente—. El tribuno tenía ayuda, en la persona de un hombre que era capaz de seguir un rastro así, pero debido a su desprecio por los auxiliares,

se negó a hacer uso de él.

—¿Cómo se supone que el tribuno Flavio Panthera iba a saber que tenía un rastreador experto a mano? —le espetó el centurión—. ¡El mauritano debería habérselo dicho!

Memnón hizo una mueca.

—Lo intenté, señor. El tribuno Panthera me dijo que mantuviera la boca cerrada.

—Te dijo que haría que te azotaran si decías otra palabra, creo —añadió Advento, en voz baja—. O así consta en el informe que me entregaron.

Memnón se frotó los labios, incómodo, y admitió:

—Yo no le gustaba mucho, señor. Durante el viaje conseguí que me tomara

ojeriza.

—Ya escuchamos eso de labios del propio tribuno —dijo Advento, con los ojos brillantes—. Conocemos la opinión que tiene de ti. Dime, soldado, ¿cuál es tu opinión sobre él?

—Es un tribuno, señor —contestó Memnón nerviosamente. No tenía intención de dar una opinión honesta sobre Panthera frente a un centurión de la legión del propio Panthera: no deseaba verse asaltado por albanos airados la próxima vez que se reuniera el ejército—. Yo, uh, sé que Septimio Cástor se enfadó mucho cuando vio que su escolta lo había abandonado, y, bueno, creo que es comprensible. Sus esclavos fueron asesinados. Iban en el

carromato y los maeatae los masacraron. Y la joven dama, Atenais, estaba bajo su protección, pero no pudo protegerla más de lo que pudo proteger a los miembros de su servicio. Los asaltantes lo ataron y lo golpearon delante de ella, y después la arrastraron hasta los bosques y él no pudo hacer nada al respecto. Si un hombre no se enfada después de algo así, es que no es un hombre. El hecho de que yo los rescatara le hizo pensar que Panthera podría haber hecho más, si lo hubiera intentado, y por eso se enfadó con él. Pero, en realidad, el tribuno no lo hizo tan mal. No habríamos podido vencer a aquellos bastardos, sobrepasados en número y desprevenidos como estábamos; la

retirada fue la decisión correcta. Y en cuanto a lo demás, bueno, no había caído en lo que el prefecto acaba de decir, que Panthera asumió que necesitábamos ayuda para rastrearlos. Si pensó eso, entonces hizo bien al ir a buscar ayuda. Honestamente, señor, yo no lo culpo.

—Entiendo —dijo Advento—. Dime, entonces, qué habría pasado si tu prefecto hubiera estado a cargo de aquella escolta.

—Oh, bueno —dijo Memnón—, eso es diferente. Nosotros habríamos visto a esos bastardos a una milla de distancia, y si hubieran sido tan estúpidos como para atacarnos, bueno... —Echó un vistazo a Rogato—.

Seguramente también habríamos tenido que dejar que se llevaran a los enviados imperiales, aunque les habríamos hecho pagar por ello. No habrían vuelto vivos a casa, señor. Ninguno de ellos. Somos irregulares, estamos acostumbrados a golpear, huir, y a entrar y salir con la ayuda de la oscuridad. Eso es lo que hacemos. Las legiones hacen las cosas de otro modo.

—Como ves, centurión —añadió Rogato, casi sonriendo—, no hay vergüenza en lo que hizo el tribuno de tu legión. Era imposible que rescatara a los ministros imperiales con métodos legionarios. ¡Hubiera sido una tarea demasiado difícil incluso para auxiliares normales!

—¡Vosotros no servís de nada en la línea de batalla! —exclamó el centurión, coléricamente—. ¡Un montón de jinetes medio desnudos con un par de jabalinas cada uno! ¡Contra infantería acorazada, y aun más, contra caballería pesada, lo único que podéis hacer es daros la vuelta y huir!

—Y por eso es por lo que nuestros majestuosos ejércitos contienen tanto legiones como auxiliares —dijo Advento, tranquilizándolo, antes de que Rogato pudiera responder—. Prefecto Rogato, con el debido respeto, estamos juzgando a un tribuno, no a un general. Aunque un general sería culpable si no hiciera un uso adecuado de las tropas a su disposición, a un tribuno legionario

se le permite pensar en términos de las capacidades de sus propios hombres. Estoy de acuerdo con el explorador: Flavio Panthera no hizo nada que merezca el despido.

Rogato se inclinó.

—Acepto tu juicio, señor.

—Bien —dijo el centurión, a regañadientes—, entonces estamos de acuerdo.

—Por otra parte, el explorador —continuó Advento—, actuó sin duda alguna con un valor y una inventiva excepcional. Mi acompañante —señaló al civil, que había estado escuchando con interés pero sin decir nada—, ha sido enviado por nuestra Emperatriz, Julia Augusta, para expresarle su

gratitud personal.

El liberto, Salutaris, inclinó la cabeza, asintiendo.

—Tengo una pequeña muestra de su gratitud—anunció.

De un pliegue de su capa sacó una caja de palo de rosa; la abrió para mostrar un medallón hermosamente trabajado. En un óvalo de marfil rodeado de oro había un retrato de la Emperatriz, con los oscuros ojos brillantes y la piel resplandeciente, y sus sonrientes labios aparentemente atrapados en una inhalación. Rogato contuvo el aliento con admiración.

—También quiere entregarte algún dinero —dijo Salutaris—. No sé si deseas que te lo presente en privado, o

si prefieres que se celebre algún tipo de ceremonia. —Sonrió y añadió, disculpándose—: Siento que no haya una corona civil. Eso llegará en su debido momento, por parte de mi estimado colega Septimio Cástor. Pero, como sin duda sabes, la corona civil se entrega a los soldados que salvan la vida de un ciudadano, y la joven secretaria de mi patrona es actualmente una sierva. Julia Augusta, sin embargo, se alegra de que su esclava no haya sufrido ningún daño, y desea recompensar el valor y la lealtad del hombre que la salvó.

—Si te parece adecuado, señor —dijo Rogato—, preferiría celebrar una ceremonia mañana, y que todos los

hombres asistieran como testigos. —Memnón hizo una mueca, y el prefecto le dedicó una brillante sonrisa—. ¡Si vas a ser un héroe, explorador, vas a tener que aceptar las consecuencias! La gratitud de la Emperatriz, seguramente, será recibida como un gran honor por el *numerus* al completo.

Salutaris sonrió y cerró la caja.

—Será un placer celebrar una ceremonia así, señor, y repetiré a la Emperatriz tus leales palabras.

—Entonces, así termina nuestro trabajo —dijo Advento, apaciblemente —. Y, creo que debo decirlo, termina con la satisfacción de todo el mundo. —Sorbió su vino— El *numerus* de Mauritanos Aurelianos es, sin duda, una

excelente unidad, prefecto. Pareces justamente orgulloso de tus hombres.

—Sí, señor —asintió Rogato—. Es un orgullo servir al Imperio.

—Estabais en el Danubio cuando os convocaron para esta guerra, ¿no es así? ¿Durante cuánto tiempo habéis estado allí?

—Treinta y siete años, señor —respondió Rogato orgullosamente—. Estuvimos destinados allí desde el reinado del deificado Marco.

—¡Treinta y siete años! —exclamó Advento, sorprendido—. Pero, prefecto, desde entonces debéis haber estado reclutando soldados en Mauritania. Este excelente explorador, evidentemente, no es de Panonia.

—Enviamos oficiales a Mauritania regularmente para reclutar hombres y comprar caballos —asintió Rogato—. Nunca hemos podido seguir la práctica habitual de reclutar gente local. El estilo de monta africano es desconocido en otros países, y hemos descubierto que las razas europeas de caballos no son tan dóciles en la doma. Además, nos hemos estado moviendo regularmente. Hemos estado destinados en todos los fuertes entre Castra Regina y Singidunum, supongo, y nunca el tiempo suficiente para criar híbridos o potros que reabastecieran nuestras pérdidas.

—Veo que habéis estado muy demandados —comentó Advento, mirándolo con interés—. Y es fácil

descubrir el porqué, viendo a tu explorador. —Sonrió—. Estoy seguro de que aquí, en Britania, también podremos darle un buen uso al *numerus*.

Memnón, mirando aquella sonrisa, deseo de repente que Rogato hubiera mantenido la boca cerrada sobre la excelencia de los mauritanos, y no haber hecho nada él mismo para atraer la atención del Alto Mando. El uso que el Emperador hiciera de los mauritanos no iba a ser seguro, ni agradable.

Capítulo 6

Los mauritanos recibieron la orden de explorar el noroeste en diciembre, justo después de la fiesta de las Saturnales. Estaban preparándose resignadamente para aquella expedición invernal cuando llegó otra carta de Eboracum, en esta ocasión, privada. Saturnino la llevó del cuartel general a los establos cuando los hombres estaban haciendo sus petates, y se la entregó a Memnón, frunciendo el ceño.

—¿Para mí? —preguntó Memnón, sorprendido, y tomó la carta con cautela. Era un pequeño conjunto de tablillas de

cera, plegado y atado con una complicada telaraña de cuerda y sellado con dos sellos. Ambos estaban intactos. Rogato era extremadamente escrupuloso en lo que concernía a sus hombres: nunca violaba su propiedad ni su privacidad, y nunca permitía que lo hiciera ninguno de sus oficiales. Saturnino, a juzgar por su expresión, no habría sido tan considerado.

—Eso dice —asintió Saturnino, señalando la inscripción sobre el dorso de la tablilla de madera.

Memnón entornó los ojos para discernir los incomprensibles garabatos de tinta. Honorato se acercó y tomó la carta.

—Dice que es de Septimio Cástor

—informó a su compañero de tienda—. ¿Quieres que te la lea?

Memnón tenía un mal presentimiento. Podría imaginar por qué él querría escribir a Cástor, pero, ¿por qué iba Cástor a escribirle a él? Miró de soslayo a Saturnino, que tenía el ceño fruncido, y después se dirigió a su audiencia de curiosos compañeros.

—Creo que el viejo Rogato querrá saber lo que dice —contestó a Honorato, y recuperó la carta—. Quizá también le deje que rompa los sellos. —Saturnino parecía un poco más satisfecho, y asintió.

Cuando Memnón entró al *principia*, seguido tanto por Saturnino como por Honorato, Rogato estaba abriéndose

camino a través de varios montones de órdenes de aprovisionamiento. El rostro del prefecto se iluminó y dejó a un lado la lista que había estado inspeccionando.

—¿Es sobre tu carta del chambelán del Emperador?

—Sí, señor —dijo Memnón, sacándola—. Si el motivo de esta carta fuera algo que afectara al *numerus* al completo, no me la hubiera enviado a mí, privadamente. Siendo así, he pensado que quizá se trate de algo que el *numerus* no debiera saber. Por eso es por lo que te la he traído a ti, señor.

Aquel análisis, evidentemente, preocupó a Rogato, pero aun así tomó la carta. Cortó el cordón con su cuchillo y

rompió los sellos.

—Lucio Septimio Cástor —leyó, lenta y claramente—, liberto de Augusto, saluda a Memnón, del *numerus* de los Mauritanos Aurelianos.

La carta continuaba:

Amigo mío, he dudado en escribirte porque no sé si tengo una buena razón para molestarte, o no; pero el gran favor que te debo, sumado a mi confianza en tu discreción, me ha impulsado a emitir esta advertencia que te imploro que compartas sólo con aquellos que más necesiten oírla.

El azar llevó a mis oídos el rumor de una conspiración contra el buen orden del estado. Muchos de sus detalles aun son desconocidos para mí,

pero, por lo poco que he sido capaz de indagar, parecen afectar a algunas operaciones más allá de la muralla. Cuando descubrí que tu unidad iba a llevar a cabo una expedición al norte del muro, temí que te vieras expuesto al enemigo. Por tanto, te insto, enérgicamente, a mostrar esta carta a tu estimado prefecto, y lo insto a él a tener un gran cuidado en la expedición que le han propuesto. Le recomiendo fervientemente que altere el itinerario que acordó con las autoridades en Eboracum. Además, debería comprobar minuciosamente sus propios documentos, y los de sus oficiales, antes de vuestra partida de Aballava, y debería asegurarse de que su archivo

está seguro y bien sellado cuando os vayáis. Si nota algo extraño, debería enviármelo, si puede hacerlo de forma segura con un mensajero en el que confíe.

Espero estar sufriendo un exceso de cautela en mis recomendaciones, y muy bien podría ser así. Te suplico que no hagas pública esta advertencia ni conserves esta carta, sino que la uses solo para tu protección, y para asegurar la seguridad de tus compañeros soldados. Adiós.

La voz de Rogato había ido tensándose mientras leía, y cuando terminó se quedó un momento sentado, mirando los garabatos sobre la pequeña tablilla de cera.

—¡Por Júpiter Óptimo Máximo! —exclamó Honorato, en voz baja—. ¿Habla en serio?

Rogato levantó la mirada abruptamente y Honorato se estremeció. El prefecto se incorporó y se acercó al brasero de carbón que calentaba la sala. El *principia* carecía del hipocausto que mantenía el *praetorium* tan confortablemente caliente. Se metió la carta bajo el brazo y se calentó las manos sobre los brillantes carbones.

—¿Memnón? —preguntó, al final.

Memnón se agitó, inquieto.

—No sé nada de esto, señor. Sin embargo, no creo...

—¿Qué?

—No es una broma —afirmó,

categóricamente.

—No —dijo Rogato, desolado—. No lo creo.

El prefecto sacó las tablillas de cera de debajo de su brazo y las tiró al brasero. Los carbones sobre los que cayeron se oscurecieron, y los bordes de la madera comenzaron a carbonizarse. Entonces, un reguero de cera derretida cayó de una esquina de la tablilla y se prendió. Las llamas se alzaron alegremente, lamiendo la madera y liberando un veraniego aroma a cera de abeja.

Rogato miró con seriedad a sus sorprendidos testigos.

—Decurión. *Optio*. No mencionareis esto a nadie. Si alguien

pregunta, decid que la carta no contenía más que buenos deseos de un hombre que tiene motivos para anhelar el bienestar de Memnón. ¿Lo comprendéis?

—Sí, señor —murmuraron juntos.

Entonces, Honorato estalló.

—No, señor... Es decir, mantendré la boca cerrada, ¡pero no comprendo por qué! ¿Qué es lo que el liberto del Emperador piensa que podría ocurrirnos?

—El chambelán no lo ha dejado claro, ¿no? —respondió Rogato en voz baja—. Ni ha dicho cuál podría ser ese «complot contra el buen orden del estado», ni quién es quién está conspirando. Es de esperar que un hombre así, un alto oficial, no nos a

revele sus secretos a nosotros. Por sus palabras, parece que no sabía si decirnos algo, pero, gracias a los dioses, debe su vida a Memnón, y ha decidido arriesgarse. —Elevó las manos de nuevo sobre el brasero y continuó en voz baja—: Quizá no hay ningún complot. Los generales, a veces, deciden sacrificar hombres, *optio*, para distraer al enemigo, o para confundirle, o para ganar tiempo para otra operación. Si realmente hay alguna confabulación contra el Imperio, bueno, un conspirador también podría querer distraer o confundir al enemigo. Una pequeña unidad, compuesta principalmente por hombres que no son ciudadanos, cuyos oficiales no son ricos, ni nobles, ni parte

del Alto Mando, es una unidad fácil de sacrificar, porque nadie va a quejarse demasiado por ello. Lo que la carta dice, soldado, es «¡Cuidado! ¡Alguien quiere un chivo expiatorio, y vosotros estáis disponibles!».

—Pero, ¿cómo sabemos que podemos confiar en ese Cástor? —preguntó Saturnino, tranquilamente.

—Memnón, ¿ese hombre es de fiar? —le preguntó Rogato.

—Sí, señor —contestó Memnón—. Me cae bien. Si se hubiera visto obligado a mentir a alguien, no creo que nos hubiera escogido a nosotros. Cuando le salvé la vida admitió la deuda inmediatamente, y me dio su propio anillo por si alguna vez necesitaba un

favor a cambio. Y es sagaz, señor, muy sagaz. No es un tonto que vea conspiraciones por todas partes, o que grite fuego ante cualquier señal de humo. Además, realmente no nos está pidiendo que hagamos demasiado: que cambiemos la ruta, y que tengamos cuidado con los documentos oficiales. Eso no nos provocaría ningún mal a nosotros, ni le reportaría ningún bien a él. —Se encogió de hombros—. Sin embargo, me sorprendería que le hubierais dicho a alguien de Eboracum cuál iba a ser nuestra ruta, señor, ya que ni siquiera nos dijiste a nosotros hasta dónde cabalgaríamos.

Rogato le dedicó una sonrisa amarga.

—Yo tengo órdenes, explorador, sobre la ruta que tengo que usar. ¿Cuál crees que es nuestro peligro? ¿Qué es lo que tú buscarías, si te enviara por delante?

Memnón hizo una mueca.

—Intentaría descubrir si alguien ha informado al enemigo de que vamos en camino, señor.

—Sí —dijo Rogato, ásperamente. Miró a Honorato—. ¿Satisfecho?

Honorato era duro de mollera.

—En realidad no, señor. Aun no lo comprendo. ¿Por qué informaría un romano a los enemigos de Roma de que vamos de camino? ¿Por qué malgastar buenos hombres?

—¿Para comprar un favor del

enemigo, quizá? —contestó Rogato—. Estoy seguro de que el jefe de los votadini, al menos, pagaría bien por la oportunidad de vengarse del hombre que lo humilló. ¿Para distraer al enemigo de otras operaciones en otros lugares? O quizá, ya que el chambelán está preocupado por los documentos que tenemos aquí, para atribuir falsa información a un enemigo, o para incriminarlo con el cargo de aceptar sobornos, o para acusarlo de una negligencia que haya llevado a la desastrosa pérdida de vidas romanas. No lo sé, soldado. Creo que el chambelán lo sabe, pero que no vio apropiado decírnoslo. Sin embargo, estoy preparado para confiar en la

advertencia sin saber nada más, y para agradecer a los dioses que la hayamos recibido. —Miró a Honorato con ojos severos y oscuros—. Tú serás decurión dentro de poco. Lo sabes, ¿verdad?

Honorato se movió, incómodo, y después asintió. Obviamente, sabía que era carne de oficial: tenía la ciudadanía y sabía leer y escribir.

—Cuando seas oficial —le dijo Rogato, tranquilamente—, tendrás que recordar que vidas como las nuestras son baratas. Tu obligación será protegerlas como si fueran rubíes, porque para el Alto Mando no somos nada. Honorato, Saturnino: podéis iros. Memnón, tú quédate.

Honorato y Saturnino se marcharon.

Memnón permaneció allí, incómodo.

Rogato colocó las manos sobre el brasero, donde las llamas de la tablilla ardiente estaban comenzando a morir.

—Entonces —dijo—, el chambelán te dio su anillo, ¿no? ¿Se lo mostraste a Farabert?

—Sí, señor —admitió Memnón. Después de una pausa, añadió—: Te dije, señor, que él pensaba que tenías amigos en la corte.

—Es cierto —asintió Rogato—. Me preguntaba cómo habías podido convencerlo de que era verdad. Aquello hizo nuestras vidas mucho más fáciles: ese bárbaro no nos quiere aquí, pero no se atrevería a hacer nada al respecto. —Levantó la vista de las llamas—. Quiero

que aprendas a leer y a escribir. —Le dijo Rogato abruptamente—. Dispondré tus clases cuando volvamos de esta expedición.

Memnón se quedó miró fijamente al prefecto, sorprendido.

—¿Por qué, señor?

—Porque los oficiales tienen que ser capaces de leer y escribir.

—¡Pero yo no quiero ser oficial, señor!

Rogato frunció el ceño.

—Tienes la inteligencia y la habilidad necesaria. Envié a Honorato a tu tienda para que te mantuviera a raya, y tú lo reclutaste y lo hiciste parte de todos los dementes planes que se te han ocurrido desde entonces. Has entendido

exactamente lo que insinuaba esa carta, mientras el ciudadano Honorato ha necesitado que se lo expliquemos todo. Sería idiota si lo ascendiera a él, y a ti no.

—¡Pero yo no quiero ser oficial! —protestó Memnón, alarmado—. ¡Me gusta hacer lo que hago!

—Te gustará estés donde estés —señaló Rogato—. Te gusta pasarlo bien, y tomarte las cosas con tranquilidad, e inventar bromas para entretener a tus amigos. Bien. Lo único que cambiará es que, en el futuro, tendrás que pensar en bromas de oficiales.

—Pero, señor, yo...

—Has hecho amigos en la corte, explorador, y yo no. Has recibido esta

advertencia, que quizá nos haya salvado la vida a todos: yo no. Esta unidad, explorador, esta unidad es mi vida, y no voy a malgastar sus recursos, ¿lo comprendes? Nosotros te recluíamos, tú nos juraste lealtad, y nos servirás con las mejores de tus considerables habilidades. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor —dijo Memnón con resignación, y pensó de nuevo en pedir una dispensa anticipada.

Los mauritanos salieron a principios de enero. Sin embargo, sólo dos lerdos de los hombres cabalgaron hacia el norte: el resto permanecieron en el fortín, bajo la comandancia de Saturnino, aparentemente debido a que sus caballos no estaban preparados para

el viaje. Aunque los problemas con los caballos eran reales, Memnón estaba seguro de que la mayoría de los hombres podrían haber utilizado corceles prestados si lo hubieran necesitado de no haber sido por la advertencia de Cástor. Rogato quería que una parte de su gente se quedara en la base para que les guardaran las espaldas.

Los caballos africanos estaban sufriendo por el clima britano. El clima frío no era una molestia para ellos, pues se habían acostumbrado a los inviernos amargos en el Danubio, pero sí lo era la persistente humedad, y el barro. Sus cascos no estaban acostumbrados a aquello: se reblandecían y se rajaban, y las tiernas pezuñas de los animales

desarrollaban infecciones. Los mauritanos habían hecho todo lo que habían podido, tratando a los caballos cojos con cataplasmas y pintando los cascos de los que aún estaba sanos con brea, pero seguían con demasiados caballos cuyos cascos estaban débiles. No tenía sentido llevarse a un caballo con una pezuña en malas condiciones en un largo y duro viaje.

Lirón era uno de los caballos que tenía las pezuñas débiles, pero Rogato no tenía intención de dejar a su mejor explorador detrás, y Memnón salió de Aballava sobre Ghibli, el caballo de Saturnino. El animal había recibido su nombre del viento del desierto, y era un semental zaino, tan feroz como su propio

nombre. Saturnino le tenía un gran aprecio, y se lo prestó a regañadientes, aunque no con tanta renuencia como Memnón sentía al hacerse cargo de él. Para los estándares de los mauritanos era un jinete mediocre. Había aprendido a montar después de viajar al norte, en Mauritania, pero los demás habían estado sobre un caballo desde su infancia; por lo tanto, siempre le habían asignado corceles mayores y mansos. Después de diez años en la caballería, esperaba poder lidiar con los brincos de Ghibli, pero ni confiaba ni le caía bien el semental, y estaba decidido a cambiarlo por un caballo más tranquilo tan pronto como pudiera.

Salieron una fría y oscura mañana,

bajo el aguanieve que llegaba del mar. Doscientos once hombres se reunieron en la calzada militar junto a la puerta este del fortín, la mayor parte de ellos conduciendo caballos o mulas cargadas con provisiones y tiendas. El estandarte había sido plegado y cubierto por una piel aceitada, y los hombres, todos embozados y con capas, se acurrucaban anónimamente junto a sus caballos. Farabert y algunos de los frisones los miraban desde el refugio de la puerta de Aballava, pero Saturnino, como el oficial de más rango que se quedaba allí, salió bajo el aguanieve para despedirlos. Rogato y él se quedaron juntos un momento, hablando en voz baja, mientras el resto de la unidad

movía los pies e intentaba atar las jabalinas de modo que el viento no pudiera quitarles las capuchas. Al final, Saturnino asintió, estrechó la mano del prefecto y se dirigió de vuelta a la puerta.

Sin embargo, se detuvo ante su propio escuadrón, primero para dar una palmadita en el hombro de su suplente temporal, Honorato, y para desearle suerte, y después para despedirse de Ghibli. El semental lo acarició con el morro, y él le rascó la mandíbula afectuosamente.

—Cuida de él por mí —dijo a Memnón bruscamente, y Memnón asintió.

Recibieron la orden de montar.

Cuando el etíope lo hizo, Ghibli se dio cuenta de que no sólo iba a abandonar la protección del fortín y a trotar bajo el aguanieve, sino que además se suponía que debía llevar a Memnón en lugar de a su señor. Echó las orejas hacia atrás y se negó a moverse. Memnón, que habría golpeado a Lirón con la fusta por algo así, no quería golpear al caballo de Saturnino mientras su dueño lo miraba. En lugar de eso, dio una patadita al animal y gritó. Ghibli se puso en marcha, y después lo eludió y giró la cabeza para morderle; Memnón tuvo que usar la fusta para defenderse. El caballo se agitó, enfadado, y se encabritó, y Memnón lo sujetó con la cuerda del cuello. Giraron en tensos círculos, como

un perro persiguiéndose la cola, mientras Saturnino miraba con una sonrisa de divertida superioridad. Cuando el resto del escuadrón se alejó y Ghibli se vio solo, salió por fin al galope, girando los ojos y resoplando, indignado. Los compañeros de tienda de Memnón le gritaron bromistas consejos mientras se ponía a su altura, y Memnón rió.

Era lo único que le había hecho reír en los últimos días. En la primera parada lo separaron de sus compañeros y lo enviaron por delante a explorar, mientras el resto descansaba al abrigo de un bosque. Era un trabajo solitario y peligroso, bajo el clima más desagradable que había experimentado

nunca. Había pensado que estaba preparado para el clima: había gastado parte del regalo de la Emperatriz en una gruesa capa de lana, en unas botas forradas de pelo y en unos mitones que habían sido engrasados por fuera para impermeabilizarlos. La capa era de un sucio gris y apestaba a oveja, pero el vendedor le había asegurado que la grasa natural de la lana evitaría la lluvia. Quizá lo hizo, durante una hora o dos, pero el aguanieve que arrojaban las colinas al oeste era constante. El paisaje tampoco era agradable: parecía haber pantanos por todas partes; no sólo en los sitios donde los esperaba, como en los valles de los ríos, sino en cada hondonada disponible, y a veces incluso

en las cimas de las montañas. Corrían riachuelos por todas las depresiones del suelo, y en una hora era imposible no atravesar varios. Antes de haber cabalgado diez millas, Memnón ya estaba totalmente empapado por el agua helada y el barro negro. Sus camaradas, que tenían que cabalgar en la estela de los demás y estaban incluso más embarrados, se quejaron amargamente porque no había podido encontrar un camino más seco. Nunca se había sentido más miserable, ni había tenido más frío; en su vida.

La expedición era de un tipo con el que los mauritanos estaban íntimamente familiarizados: el reconocimiento sobre la marcha. La tarea era inspeccionar el

territorio enemigo, buscando señales de actividad, identificando los puntos fuertes, estimando el número de enemigos y buscando la mejor ruta para una invasión. El Alto Mando ya tenía alguna idea de todas esas cosas, por supuesto, la avanzadilla romana ya había inspeccionado el territorio más allá de la muralla, y había calzadas romanas, pero el Ejército tenía que actualizar su información y comprobar la fiabilidad de sus fuentes. Doscientos jinetes eran una fuerza suficiente para que los britanos no pudieran oponerse a ellos sin hacer una llamada a las armas en una extensa área, y para entonces, los mauritanos se habrían ido hacía tiempo. O eso esperaban. Si alguien había

advertido a los britanos de que estaban de camino, serían aplastados.

La técnica de Rogato para lidiar con la posibilidad de que el enemigo hubiera sido advertido se hizo evidente casi de inmediato. Se había ordenado a los mauritanos que fueran primero a Castra Exploratorum, un puesto de avanzada al noroeste de Aballava a medio día de viaje a lo largo de una buena calzada militar. Allí debían recoger a algunos guías de una unidad de exploradores regulares fronterizos. En lugar de eso, tan pronto como cruzaron la muralla, lo que hicieron en Uxelodunum, Rogato envió a un escuadrón con órdenes de recoger a los guías y llevarlos a un punto de

encuentro, y después condujo al resto de los hombres casi hacia el oeste, hacia las montañas que, desde Aballava, se situaban en el lado más alejado del estuario.

Aquellas tierras eran propiedad de una tribu llamada novantae, que era miembro de la confederación de los maeatae. Era una zona de valles boscosos y de altas colinas desnudas, de pequeño ganado peludo y diminutos asentamientos rodeados por campos. Los hombres se abrieron camino a través del campo hacia las montañas que se alzaban sobre el mar, y después siguieron la costa en dirección oeste, cabalgando tan rápido como la desconocida zona y el atroz tiempo les

permitía.

Lo único bueno era que los días eran cortos, ya que las horas de luz se veían comprimidas por el invierno norteño. El aguanieve se convirtió en nieve, y después en aguanieve de nuevo, y el mundo entero parecía consistir en hielo y barro. Nunca veían el sol: amaneceres grises daban paso a días de nubes bajas y viento, que después se disolvían en noches negras. Acampaban en los valles, porque los árboles les proporcionaban algo de refugio, y amontonaban ramas en el suelo de las tiendas para evitar el barro mientras dormían. Estas se caían habitualmente durante la noche, derribadas por el viento una vez que las estacas se

soltaban del lodoso suelo. Los hombres miraban con nostalgia los asentamientos junto a los que pasaban; pequeños grupos de casas de acacia y barro donde el humo subía desde las cálidas chimeneas, con graneros y edificaciones donde podrían dormir todos secos. Rogato los ignoró: tomar y asegurar un asentamiento los retrasaría, y llamaría demasiado la atención sobre su paso. La gran ventaja del miserable clima era que pocos britanos se aventuraban a salir, y la expedición viajó casi sin incidentes a través del territorio enemigo.

Tomaban prisioneros regularmente para interrogarlos: aquí un leñador, allí un desafortunado pastor que estaba pastoreando su rebaño a pesar del mal

tiempo, allí un desdichado viajero en su camino a la casa vecina para pedir sal prestada. Ninguno de ellos hablaba latín, pero los mauritanos habían llevado con ellos a un par de mercenarios del asentamiento civil de Aballava para que les tradujeran. ¿De quién es esta tierra?, preguntaba Rogato. ¿Cuántos hombres hay en tu clan? ¿Estáis armados? ¿Quién es vuestro señor? ¿Tenéis una fortaleza? ¿Cuáles son los caminos? Respóndeme con la verdad, y vivirás.

Todos los prisioneros contestaban, no sabían ningún secreto, y no tenían problemas en compartir lo que era de conocimiento común, y eran debidamente liberados vivos, aunque generalmente a unas millas de donde los

habían arrestado. A Rogato le disgustaba dejarlos marchar, ya que sabía que podían levantar la alarma, pero matar a todos los britanos sobre los que ponían las manos encima impediría que los futuros prisioneros cooperaran.

Aquello era un alivio para Memnón, que sentía pena por aquellos hombres. Cuando era más joven se había mostrado entusiasmado por la idea de apalear y humillar a los getulos, pero ahora había descubierto que le era imposible odiar a los britanos del mismo modo: ninguno de ellos le había hecho nunca ningún mal. Era consciente, también, de que, si su suerte se tornaba mala, podría ser tomado prisionero él mismo, y de que lo obligarían a

responder preguntas similares de los interrogadores británicos. Intentaba mostrar amabilidad con los prisioneros. Había estado aprendiendo britano, conocer la lengua local hacía que un explorador fuera más efectivo, y aunque su uso del idioma era muy rudimentario, intentaba hablar con los prisioneros. La mayoría no le contestaban, sólo lo miraban con el terror marcado en sus rostros tatuados. Aceptaban los pequeños favores que les ofrecía (una taza de caldo caliente, una vieja manta) con invocaciones murmuradas a los dioses para que los protegieran. Resultó que habían oído la historia de lo que había pasado al sobrino del jefe de los votadini, y que Rogato y los traductores

habían identificado a Memnón como el hombre responsable, y los amenazaban con dejarlos a su merced si no cooperaban. Los otros mauritanos pensaban que aquello era muy divertido, y comenzaron a hacer bromas sobre la «colección de prepucios» de Memnón. Este, por su parte, estaba indignado, pero sabía que quejarse no serviría de nada. Nadie se apiada de un bromista habitual cuando la broma recae sobre él.

Después de cinco interminables días, en los que habían cabalgado primero al norte y después al este, llegaron al punto de reunión, donde se encontraron con sus camaradas y con los guías de Castra Exploratorum, a primera hora de la tarde. Era un lugar de parada

bien conocido por las tropas romanas, y los guías llevaban ya tres días esperándoles allí. Eran media docena. Su unidad, oficialmente, se llamaba "Cohorte de Hispanos Elianos", pero era evidente a primera vista que ninguno de los guías era hispano; algunos de ellos tenían incluso los tatuajes britanos. Aquello era de esperar: la unidad había sido fundada hacía ochenta o noventa años por el emperador Elio Adriano, y durante cuatro generaciones sus miembros habían sido reclutados localmente.

Tan pronto como apareció el cuerpo principal de los mauritanos, los elianos corrieron hacía Rogato para quejarse. ¿Por qué, preguntaron, no los

habían recogido al principio, como se dispuso? ¿Y por que Rogato había ido al oeste? El ejército imperial nunca iba al oeste: siempre seguían la calzada principal al norte; ¡el lugar donde estaban en aquel momento!

Rogato les respondió tranquilamente que había supuesto que el Alto Mando quería información que los elianos no hubieran recogido ya. Rehusó detenerse en aquel lugar e insistió en que los guías levantaran sus tiendas, montaran, y cabalgaran mientras aun hubiera luz. Los hombres estaban totalmente horrorizados.

Rogato llamó a Memnón y al resto de exploradores mauritanos y les presentó a los seis elianos.

—Cabalgareis con mis exploradores —dijo a los guías, que miraban con curiosidad a los mauritanos mojados y cubiertos de barro—. Aconsejadles sobre la ruta a tomar. Quiero dar un rodeo hacia el noreste, para complementar el trayecto que acabamos de hacer hacia el noroeste. Cruzaremos la región y evitaremos que nos vean tanto como sea posible. Memnón, tú debes encontrar y marcar la ruta. Senorix —asintió al eliano de mayor rango—, tú iras con él. Deja que tus amigos terminen de recoger tus cosas. Salid ya.

Memnón saludó marcialmente y volvió a montar a Ghibli. No había conseguido librarse del semental, pero

los días de duro viaje habían suavizado el mal carácter del animal. Senorix y él trotaron por la calzada principal, dejando atrás las tiendas y mirándose el uno al otro con cautelosa curiosidad. Memnón veía a un hombre delgado un poco mayor que él mismo, con ojos azules y barba castaña, las mejillas tatuadas con espirales azules y la nariz roja de frío. Estaba envuelto en una capa con caperuza como la de Memnón, y cabalgaba sobre un peludo caballo de tamaño parecido al de Lirón. Memnón sonrió para sí mismo al pensar que Senorix, sin duda, estaba viendo a un hombre de lodo montado sobre un caballo de lodo.

Senorix tosió.

—Si lo único que quiere tu prefecto es girar en el noreste, deberíamos seguir la calzada —dijo—. Aquí gira al noroeste.

—Creo que quiere que nos mantengamos alejados de la carretera —contestó Memnón.

Senorix gruñó.

—¿Por alguna razón en concreto? —preguntó, tras un momento.

—Le preocupa que alguien haya hablado sobre el camino que planeábamos tomar —respondió Memnón. No había nada peculiar en aquella preocupación, si no conocías a Rogato y a su costumbre de mantener sus planes en secreto. Las tabernas en los asentamientos de los fortines eran muy

frecuentadas por los locales, así como por los auxiliares, y los rumores fluían libremente de uno a otro lado de la muralla.

—Supuse que sería por eso —dijo Senorix, con sombría satisfacción—. ¡Bastardos!

Memnón le echó una mirada de soslayo.

—Os han dicho que no confiéis en nosotros, ¿verdad? —preguntó Senorix.

Memnón lo pensó un momento.

—¿Quién crees que nos ha dicho eso? —le preguntó con cautela.

—Los generales —contestó Senorix.

Aquello fue una sorpresa.

—¿Por qué no confían en vosotros?

—Nos hemos vuelto nativos —contestó Senorix, amargamente—. O eso creen ellos. —Chasqueó la lengua a su caballo y éste giró a la izquierda, sobre una ladera—. Si vamos a mantenernos lejos de la calzada, tendremos que ir un poco hacia el norte. Al sur tendríamos que cruzar la montaña, y sería un viaje más duro.

Memnón descabalgó, dejó una marca para sus compañeros, y después siguió a Senorix, preguntándose si podía confiar en él. Las tropas se habían hecho nativas: era una consecuencia inevitable del reclutamiento local. Sin embargo, nunca había oído hablar de nadie que hubiera traicionado a sus compañeros romanos. El problema, generalmente, se

manifestaba en favores o advertencias a los familiares. No podía creer que Senorix fuera a traicionar a un ejército romano al que actualmente estaba acompañando. Además, le había gustado la sincera admisión del problema por parte del eliano.

Rápidamente decidió que el explorador eliano valía más que los diamantes, precisamente porque era nativo. Senorix había nacido en la muralla, y había estado cabalgando al norte de la misma durante toda su vida: ¡sabía cómo evitar los pantanos! También conocía las montañas, los valles, los puntos fuertes, cómo encontrar gente o cómo evitarla. También conocía la historia, la ley y las

costumbres de los maeatae, y fue capaz de contestar alguna de las preguntas de Memnón mientras recorrían las colinas vacías. Sí, dijo, los maeatae eran una confederación de diferentes tribus, y su nombre significaba «guerreros». Se habían unido hacía unos treinta años, pero los problemas actuales habían comenzado cuando las tropas romanas se retiraron de la muralla para luchar por el pretendiente al trono Clodio Albino contra el emperador Severo. Cuando los defensores romanos se fueron, los miembros de la tribu más avariciosos se sintieron tentados por el saqueo. Como los primeros asaltos fueron un éxito, el resto de señores de la guerra no pudieron resistirse a unirse al

estallido de saqueo y pillaje.

—Sin embargo, yo no esperaba que pasara algo así —dijo Senorix, con cansancio—. Que el propio Emperador viniera a conquistar el norte. Pensé que enviaría una expedición de castigo, y quizá que apostaría algunas unidades adicionales en la muralla. —Bajó la voz, y añadió—: Eso también es lo que esperaban las tribus, al menos las más sensatas.

El también tenía algunas preguntas que hacerle.

—Uno de tus camaradas me ha contado —dijo cuando llevaban cabalgando una hora— que tú eres el «fantasma negro» que castró al sobrino de Fortrenn, hijo de Talorgen.

Memnón puso los ojos en blanco.

—¡Por los dioses y los espíritus! No lo castré, sólo lo circuncidé. Su polla debe estar ya bien. Es una lástima. En cuanto a lo de fantasma... —añadió—. ¿Es culpa mía que aquella gente nunca hubiera visto antes a un etíope?

Senorix se quedó en silencio un momento. Miró de reojo a Memnón y le preguntó, excusándose:

—¿Toda tu gente es como tú?

—No —contestó Memnón, con firmeza—. Las mujeres etíopes son mucho más hermosas.

Senorix resopló.

—Bueno. No hay razón para que los hombres no tengan colores diferentes, supongo. Sin embargo, la

primera vez que oí hablar de ti me dio miedo.

—Ja. Has escuchado contar cosas sobre mí, ¿verdad? ¿De la gente a este lado de la muralla?

Senorix asintió.

—Fortrenn es el jefe de los votadini, y los bardos cantan sus hazañas. Cuando escuché la historia por primera vez, pensé que era sólo una canción que un bardo había inventado. Después escuché la historia al otro lado de la muralla, que el «fantasma» era un soldado romano que se había burlado de Fortrenn y de sus hombres, y que se llevó a sus prisioneros. —Hizo una pausa, y después añadió, de modo significativo—: Fortrenn también

escuchó esa historia.

—¡No estaba intentando burlarme de ellos! —protestó Memnón—. Quería asustarlos, claro; necesitaba que no intentaran atacarme, ¡pero no esperaba que se creyeran que era algún tipo de *iblis*!

—¿Algún tipo de qué?

Memnón hizo una mueca.

—Un *iblis*. Un espíritu, un fantasma que bebe sangre. La gente dice que viven en el desierto. —Escupió de nuevo e hizo su propio ademán para alejar el mal. Le sorprendía haber mencionado aquella creencia a un extraño. Cuando cruzó el desierto siguiendo a los gemios que habían asesinado a su familia, a veces había

llegado a creer que él mismo era una criatura así. Un vivido recuerdo lo golpeó, uno en el que estaba agazapado junto a un asaltante moribundo, bebiéndose la sangre de su garganta rasgada. Nunca se lo había confesado a nadie, y se dijo a sí mismo de nuevo que, en aquel momento, había perdido la razón, por el calor, la sed y el insoportable dolor.

Tan sólo el calor ya le parecía imposible, allí, en aquel mundo de frío y barro, pero el recuerdo persistió, como una pesadilla e irreal. A veces, cuando pasaba despierto las primeras horas de la noche, temía encontrarse atrapado en el desierto al morir, persiguiendo los pasos de las caravanas perdidas y

bebiendo la sangre de los viajeros imprudentes. A veces pensaba que toda su vida, desde entonces, había sido un intento de escapar de aquel destino. Había huido cruzando el mar Mediterráneo, por un millar de millas de tierra fértil, y sobre las corrientes del océano; había asumido otro nombre y otra vida. Seguramente ya no podría atraparlo.

—Bueno —dijo Senorix—. Fortrenn, hijo de Talorgen, piensa que lo engañaste. Dice que te cortará la polla y alimentará con ella a los perros, y que después pondrá tu cabeza en una lanza sobre su puerta, porque eso es lo que tú hiciste con su heredero.

Memnón se obligó a sonreír.

—Gracias por la advertencia. ¿Ha dicho cómo planea atraparme?

Senorix sonrió y negó con la cabeza, y Memnón sonrió de nuevo, esta vez de verdad. Se acercaron a la cima de una montaña y, sin decir una palabra, detuvieron a sus caballos, para no quedar a la vista contra el horizonte.

—¿Su heredero? —continuó Memnón—. Creía que aquel patán era su sobrino. ¿Es que no tiene hijos?

—Sí —sintió Senorix—, dos. Entre los maeatae, sin embargo, los herederos de un hombre son los hijos de su hermana, no los suyos propios. Siguen la línea de descendencia femenina. —Dudó un momento, y después añadió—: ¡No es que los gobiernen las mujeres! Sólo

trazan la descendencia de ese modo.

Memnón se preguntó si la madre de Senorix pertenecía a aquellas tribus, y cómo contaría el explorador eliano a su propia descendencia.

—Los garamantes también hacen eso —observó neutralmente—. Y también algunos de los gemios.

—¿Son africanos? —preguntó Senorix, haciendo que Memnón parpadeara por la sorpresa. Sin embargo, supuso que, para Senorix, no saber nada sobre los gemios no era más extraño que el hecho de que un mauritano no supiera nada de los maeatae.

—Son africanos —asintió—. Malos vecinos. Atacan a mi gente en el

sur, y a los romanos en el norte.

Rodeando la cima, vieron bajo ellos una hondonada protegida y rodeada de pinos.

—¿Te parece un buen lugar para el campamento? —sugirió Senorix, abandonando el tema de los getulos.

Memnón miró el cielo. Aun quedaba otra hora de luz. Rogato no querría detenerse antes de que fuera totalmente de noche, pero no era probable que encontraran otro lugar protegido para acampar en sólo una hora. Estaba preguntándose si podría convencer a Rogato de que se detuviera antes de tiempo cuando Senorix dejó escapar una exclamación. A poca distancia, bajando la ladera, los cascos

de muchos caballos habían convertido la tierra en barro. El britano se acercó al trote y después bajó de su caballo, tiró las riendas al suelo y comenzó a examinar las huellas. Memnón lo siguió.

Las marcas que vio venían del pinar; habían sido hechas por jinetes al trote sobre caballos pequeños, y estaban medio llenas de agua.

—Son viejas —observó.

Senorix asintió.

—Al menos de hace cuatro días. —Exhaló aire lentamente, humo blanco en el frío ambiente—. Sin embargo, eran muchos. ¿Sesenta, ochenta hombres? Y se dirigían al sur.

Ambos miraron en aquella dirección, hacia la muralla y la calzada

por los que se esperaba que cabalgaran los mauritanos. Senorix exhaló de nuevo.

—¡Oh, *deae Matres*!

—¿Los maeatae suelen salir a saquear durante el invierno? —le preguntó Memnón.

Senorix negó con la cabeza.

—Casi nunca.—Se rascó la barba, y añadió, funestamente—: Quizá los generales tenían razón. Pero, no... ¡no puedo creerme que ninguno de nosotros haya...!

—No hay razón para asumir que haya sido uno de los tuyos —le dijo Memnón, comprensivamente—. Quizá hubo una filtración en Eboracum. Quizá fue un espía. ¡Quizá esto no lo ha dejado

un grupo de asaltantes, sino un grupo de caza, o el cortejo de una boda!

Senorix se relajó un poco.

—Seguramente acamparon aquí —señaló, indicando el bosque—. Deberían haber dejado alguna señal de quiénes son.

Caminaron con cautela por el camino hasta el pinar, conduciendo a los caballos para no perderse ninguna marca del suelo. En los bosques no se veía a nadie, pero había señales por todas partes de que un grupo importante de hombres había acampado allí varios días antes. Senorix recogió la hebilla de un cinturón junto al lugar donde ardió una hoguera, la examinó un momento, y después inspeccionó algunas marcas en

una piedra.

—Selgovae —afirmó—. El clan de Brude, seguramente. Viven al norte de aquí. —Miró a su alrededor y añadió, sombríamente—: No estaban cazando. No hay señales de perros. Y tampoco estaban de camino a una boda o a un festín.

El campamento había sido sobrio y austero, sin señal alguna del animado espíritu o las comodidades que hubieran acompañado a un grupo de camino a un festival. Memnón tomó la hebilla del cinturón y miró las líneas curvas grabadas en el bronce. Teman algunas similitudes con los tatuajes del rostro de Senorix, pero no tenía duda de que la sorpresa y la consternación del

explorador eran genuinas.

—Ahora estamos en el territorio de los selgovae, ¿verdad? —le preguntó—. ¿Y tú crees que esto es el campamento provisional de un solo clan? ¿Cuántos hombres forman parte de la tribu?

—Si todo el clan se levanta, varios miles —contestó Senorix—. Sin embargo, dudo que puedan conseguir a tantos, no en invierno. Tampoco tendrían que hacerlo, si lo que planeaban era atacaros. Con quinientos tendrían de sobra, sobre todo si os pillaban por sorpresa. —Miró los ojos de Memnón, preocupado—. La verdadera pregunta es: ¿dónde están ahora?

Aquella pregunta era la que Memnón y Senorix tenían que responder.

Rogato, cuando le informaron de lo que habían descubierto, simplemente resopló y ordenó a los dos exploradores que rastrearan a los selgovae. El resto de la unidad pasó aquella noche acampada en el bosque; Memnón y Senorix siguieron el rastro mientras pudieron ver, y después vivaquearon en la oscuridad, tiritando durante toda la noche, y continuaron con la primera luz.

Incluso un explorador novato habría descubierto el campamento que encontraron. Ninguno de ellos lo era, y rodearon el campamento cautelosamente sin ser detectados, fijando su número, algo más de quinientos hombres, y su composición: sobre todo selgovae, algunos novantae, y un grupo grande y

sólido de votadini.

—La partida de guerra del jefe —susurró Senorix, señalando—. ¿Ves los escudos? ¿Rayos rojos sobre blanco?

—¿Fortrenn viene a por mi cabeza? —le respondió Memnón, también en susurros.

—Eso creo.

El campamento maeatae estaba asentado en las colinas sobre el camino lleno de baches que era el camino principal al norte, y llevaban allí al menos cinco días.

—Están esperándote —admitió Senorix, abatido.

Memnón se rió, y el explorador britano lo miró, sorprendido.

—Bueno, llevan ahí sentados, bajo

este tiempo miserable, cinco días —señaló Memnón—. ¡Está helando! Y ahí están, sentados, con los dientes castañeando y las puntas de los dedos adormecidas, sin atreverse a encender un fuego porque el humo podría señalar su posición, sin nada para comer excepto pan frío, durmiendo sobre tierra húmeda, con lodo por todas partes, mientras nosotros... bueno, nosotros hemos subido por un extremo de sus tierras, y estamos a punto de bajar por el otro. Ese Fortrenn va a tener que volver a casa y explicar eso a su gente. Si yo fuera él, estaría muy enfadado con quien sea que nos haya traicionado.

Capítulo 7

La trampa que habían tendido a los mauritanos podía tener su lado humorístico, pero escapar de ella fue enervante. Memnón y Senorix informaron a Rogato, que ya estaba bastante al este del bosque donde lo dejaron, e inmediatamente fueron enviados en avanzadilla de nuevo, para que encontraran una ruta de vuelta a la muralla libre de maeatae.

Sin embargo, para entonces los maeatae ya habían estimado que sus enemigos no cabalgarían solícitamente por el camino hasta su emboscada, y

habían enviado a sus propios exploradores. Durante los siguientes días los grupos de exploración romano y britano se siguieron el uno al otro sobre las frías y húmedas montañas, esquivándose de vez en cuando. Mucho después, Memnón recordó con una sonrisa la ocasión en la que Senorix y él habían intentado esconderse en el mismo grupo de abetos en el que ya se escondían un par de selgovae: ambos grupos se miraron, gritaron y huyeron tan rápido como sus caballos pudieron galopar. En aquel momento no había sido divertido: Senorix y él galoparon hasta el lugar donde estaban el resto de hombres, muertos de miedo, convencidos de que los maeatae serían

entonces capaces de bloquear su huida. Los exploradores britanos, sin embargo, debían estar lejos de su base, o habían estado haciendo el reconocimiento para un pequeño destacamento, porque no los persiguieron.

Senorix demostró su valía una y otra vez: encontró valles aislados a los que los condujo para que rodearan algún punto de peligro; localizó lugares seguros en los que detenerse por la noche; y los llevó a asentamientos aislados en los que pudieron robar ganado cuando sus provisiones se hicieron escasas. Los mauritanos estaban muy contentos con él.

Siete días después de encontrar el rastro de los selgovae, y doce después

de abandonar Aballava, cruzaron renqueando la muralla por el fortín de Condercum; helados, mojados, hambrientos, exhaustos y bastante al este de donde deberían haber estado. Sin embargo, excepto por aquella ridícula reunión en el bosque de abetos, no se habían encontrado cara a cara con sus enemigos, y no habían perdido a ningún hombre.

Rogato escribió un informe preliminar sobre su misión la noche que llegaron a Condercum, y se lo presentó a Memnón a la mañana siguiente.

—Lleva esto a los cuarteles generales —le ordenó—, e intenta concertar una reunión privada con tu amigo, el chambelán. ¿Todavía tienes su

anillo?

Memnón asintió: había estado en su bolsa desde que Cástor se lo entregó.

—Entonces, envíaselo. Descubre qué está pasando. El Alto Mando va a querer saber cómo supo el enemigo de nuestra llegada, y supongo que tu amigo preferirá que no pronunciemos su nombre. Descubre todo lo que puedas, y después vuelve a Aballava para informarme.

El viaje hacia el sur de Eboracum le llevó tres días. Cuando llegó a la ciudad, a última hora de la tarde, descubrió que la misión que le había encomendado Rogato no era suficiente para conseguirle alojamiento en la fortaleza, que seguía abarrotada. Los

sucesos de septiembre le parecían entonces tan lejanos que podrían haber acontecido a otra generación: la gente lo recordaba vagamente, pero no estaban preparados para concederle privilegios especiales. Terminó durmiendo en un establo en la fortaleza anexa, cerca de Ghibli. El semental había perdido todo su fuego: estaba agotado y con los cascos doloridos, tan exhausto como su jinete.

A la mañana siguiente, después de presentar el informe preliminar en el cuartel general, Memnón acudió al mercado de la ciudad, donde contrató a un escriba para que le redactara una nota para Cástor, pidiéndole una reunión. Adjuntó el anillo y se lo entregó a los

guardias en la puerta del palacio. Para su alivio, el chambelán contestó el mismo día, no sólo aceptando la reunión, sino invitándolo a cenar en una de las tabernas de la ciudad.

Llegó temprano, principalmente porque tenía hambre: las últimas semanas de duro viaje lo habían dejado con sabañones y un insaciable apetito. El mesonero lo condujo a un pequeño comedor privado en el piso superior, con las paredes pintadas de un rojo oscuro que la noche y la única lámpara presentaban sombrío. El mobiliario consistía en una pequeña mesa arañada y un único sofá. Sobre la mesa había una cesta que contenía una hogaza de pan. Se sentó y la atacó.

Cuando el mesonero volvió un poco después, escoltando no a Cástor, sino a la hermosa Atenais, Memnón estaba masticando la corteza del pan. La dejó a un lado y miró a la chica, sin saber si mostrarse deleitado o enfadado. El mesonero sonrió y los dejó solos.

—¡Oh! —exclamó Atenais, como si se arrepintiera de haber ido—. ¿Cástor todavía no está aquí?

—No —contestó el etíope, preguntándose qué estaba haciendo ella allí. Cástor no había contado a Memnón ninguna de las razones que había tras su advertencia; ¿se lo había contado a Atenais? Quizá Cástor no se lo había contado. Quizá aquello era algún tipo de intriga palaciega, y Atenais estaba

espiando.

La dama se acercó a la mesa y se sentó, recatadamente, en el extremo del sofá.

—Cástor me contó que te había enviado una advertencia. Sin embargo, me dijo que, en realidad, no te había contado demasiado, sólo lo suficiente para que tuvieras cuidado si el peligro era real.

—¿Cuánto te ha contado a ti? —le preguntó Memnón, con cautela.

Atenais negó con la cabeza, suavemente.

—Es al revés. Yo se lo conté a él.

Mirando su tranquilo y sereno rostro, se dio cuenta, de repente, de que todo aquel tiempo la había subestimado.

Había asumido que ser la secretaria adjunta de la Emperatriz no era un verdadero trabajo. La Emperatriz, sin embargo, era una mujer extremadamente adinerada e influyente: sin duda poseía propiedades y ejercía el mecenazgo a gran escala. Para estar a su servicio siendo tan joven, Atenais tenía que ser tan competente como ambiciosa.

Memnón había valorado la promesa de favores de Cástor, pero había descartado la de Atenais una vez que comprendió que el favor que había esperado era uno que ella no podía concederle. Fue Atenais, sin embargo, la que consiguió que su patrona imperial actuara a su favor. Había estado totalmente equivocado al pensar que

aquella mujer era sólo una chica guapa. La dama era una baza importante, un «amigo en la corte».

El etíope inhaló, y después dejó escapar el aire de nuevo.

—Bueno... —Miró aquellos sobrios ojos oscuros—. Fue ésta... es decir, ¿fue tu señora, la Emperatriz, quien...?

Atenais estaba ya negando con la cabeza.

—Ella no lo sabe. Todavía no. Cástor y yo se lo diremos a ambos cuando... cuando tengamos todas las pruebas.

A ambos. ¿Quiénes eran «ambos»? Parecía que se refería al Emperador y a la Emperatriz: aquello era inquietante en

extremo. Memnón frunció el ceño.

—¿Podría preguntarte cuál es la historia completa?

—Preferiría esperar a Cástor —contestó, y él asintió. *No, no estaba espiando.*

El pan había desaparecido. Memnón buscó a su alrededor algo más para comer, pero aparentemente el mesonero también estaba esperando a Cástor, y la mesa estaba vacía, a excepción de la lámpara.

—¿Cuánto sabes realmente? —le preguntó Atenais.

Memnón sonrió.

—No sé nada, señora, nada en absoluto. Sólo soy un auxiliar ignorante.

—¿Hubo algún problema durante tu

viaje al norte?

El hombre inclinó la cabeza ligeramente.

—¿Quieres decir, algo como un par de tribus de maeatae preparándonos una emboscada?

—Sí, o... —Se detuvo abruptamente, y se le cayó la máscara de tranquilidad—. No lo hicieron, ¿verdad?

—Estuvieron en las montañas, sobre el camino principal al norte, durante cinco días, esperándonos. Quinientos o seiscientos hombres congelándose los pies en la nieve. Creemos que nuestro amigo Fortrenn era uno de ellos.

—¡Oh! —dijo Atenais, y tragó saliva. Era evidente que había pensado

que la advertencia resultaría haber sido innecesaria, que sólo había sido una precaución.

—Gracias a la carta de Cástor no tomamos ese camino. Dimos un rodeo hacia el oeste, y terminamos al norte de ellos. Sin embargo, volver a casa no fue fácil: estuvimos esquivando grupos de selgovae y votadini durante todo el camino desde el estuario de Bodotria hasta la muralla. —Le contó lo de los selgovae en el bosque de abetos, haciendo una broma de ello. Atenais no se rió.

—Os traicionaron —dijo, con verdadera rabia—. Fuisteis vergonzosamente vendidos. Me alegro de que escaparais con vida.

Memnón le sonrió de nuevo.

—¡Yo también! —Se echó hacia atrás, y después miró la mesa de nuevo y dijo—: ¿Crees que el mesonero traerá más pan si se lo pido?

—Por supuesto que sí —murmuró Atenais—, ¡y sin duda te lo mereces!

Sin embargo, cuando Memnón abrió la puerta se encontró con Cástor detenido en el descansillo sobre las escaleras. Se estrecharon la mano, y después el chambelán entró y se sentó en el sofá junto a Atenais. El mesonero, que había acompañado a aquel ilustre invitado, hizo una reverencia y recitó los contenidos de su bodega de vinos y de su despensa.

—Vino especiado caliente —dijo

Cástor, decididamente—. Hace una noche horrible. Para comer... cualquier cosa caliente y que llene. Lo mejor que la casa pueda ofrecernos, ¿eh?

—¡Y más pan! —añadió Memnón —. ¡De inmediato!

—Sí, señor —asintió el mesonero, y salió por la puerta con una reverencia.

Memnón elevó las cejas.

—¡El mesonero me ha llamado señor! —observó—. ¡Es fantástico tener amigos ricos y poderosos! —Se sentó junto a Cástor, al otro extremo del sofá.

—Es fantástico tener amigos que sean parte del servicio de los ricos y poderosos —lo corrigió Cástor, sonriendo—. Amigo mío, me alegro de verte. Parece que has tenido un mes

difícil.

Memnón desdeñó el tema con un ademán.

—Los he tenido peores... pero no muy a menudo. Gracias por tu advertencia. Nos salvó la vida.

Cástor lo miró con asombrada atención, y Memnón le repitió lo que había contado a Atenais.

—Cuando por fin conseguimos volver a la muralla —terminó—, mi prefecto me pidió que viniera aquí para saber si hay algo que no deba poner en su informe.

—Tu prefecto parece un hombre prudente —dijo Cástor.

—Es bueno —dijo Memnón, afectuosamente—. No como otros.

—¿Tiene amigos en la corte?

—Espero que tú, señor, y la dama secretaria.

Cástor suspiró.

—Bueno, eso simplifica las cosas. Podría haber tenido amigos en el lado equivocado. ¿Puede mantener la boca cerrada?

Para cualquiera que conociera a Rogato, la pregunta era casi divertida. —Sí.

Cástor lo miró con curiosidad.

—¿Sí, sin más?

—Sí, señor —contestó Memnón.

—No quería decir... —comenzó Cástor, y después negó con la cabeza—. ¡Yo no soy Panthera! —protestó—. ¡No tienes que tienes que llamarme «señor»

tras cada palabra!

—No, señor —asintió Memnón, arrepentido—. Lo siento, señor. En respuesta a tu pregunta, señor... Valerio Rogato, nuestro prefecto, tampoco es Panthera. Es inteligente, es honesto y es discreto. Nunca habla de nada que los rumores puedan llevar al otro lado del río... al otro lado de la muralla, quiero decir, aquí en Britania. Si me cuentas lo que está pasando, él se ocupará de que no llegue más allá. Lo juro por el espíritu de mis ancestros. Señor, tienes que contárnoslo. El Alto Mando va a preguntarle cómo sabía el enemigo que íbamos de camino, y también cómo sospechó Rogato que lo sabían. Suponemos que decirles que tú nos

advertiste sería muy mala idea.

—Sí —asintió Cástor, seriamente—. Por favor, no lo hagáis. Por el bien de todos nosotros.

La aparición de un sirviente con una bandeja cargada de vino, copas, pan y un plato de judías estofadas como entremés los obligó a hacer una pausa. Memnón mojó pan en las judías, y comenzó a comer antes de que el sirviente hubiera terminado de servir el vino.

—Disculpadme —dijo, mientras masticaba—. Ha sido un viaje largo y frío.

Cástor agitó una mano, descartando la idea de que se lo estuviera tomando como una ofensa. Cuando el siervo

volvió a marcharse, el chambelán dijo, en voz baja:

—¿Estás al tanto del conflicto entre nuestro señor, el emperador Aurelio Antonino, y su hermano, el César, Septimio Geta?

Memnón levantó la mirada, desconcertado. Sabía que la pareja imperial tenía dos hijos, aunque sólo el mayor, Antonino, había sido nombrado Augusto. Geta, el hermano menor, recibía el título menor de César, aunque había ciertas expectativas de que, finalmente, se le nombraría Augusto. En el Danubio había oído muy pocas cosas sobre Geta; en Britania, sin embargo, había sido testigo de algunas animadas discusiones en las tabernas.

Se tragó su bocado de judías.

—He escuchado rumores.

—¿Oh? ¿Qué tipo de rumores?

Memnón hizo una mueca.

—Que Antonino Augusto cree que nuestro señor, el Emperador, ha hecho demasiados favores al ejército, y que podría intentar retirar algunos de ellos. Reducirnos los salarios, o rescindir nuestros privilegios, o algo así. Dicen que el César no está de acuerdo con él, que está de parte de los soldados, igual que su padre. Yo no sé si eso es verdad.

—Ah. —Cástor tomó un sorbo de vino—. Bueno, hasta donde yo sé, Antonino Augusto está de acuerdo con la política de su padre respecto al ejército, y tiene la intención de continuar con

ella. Sobre ese asunto, los hermanos están totalmente de acuerdo. Desafortunadamente, difieren prácticamente en todo lo demás.

—Se odian el uno al otro —añadió Atenais, tranquilamente—. Se han odiado desde que eran niños. En Roma se produjo un accidente, antes de que saliéramos, un accidente en una carrera de cuadrigas. Cara... es decir, Antonino, se rompió la pierna. Acusó a Geta de haber preparado el accidente, de haber intentado matarlo. Podría ser cierto.

Memnón frunció el ceño. Se sentía mareado y perdido. Aquel no era el tipo de cosas que un auxiliar solía escuchar. No era el tipo de cosas que quería escuchar. Los emperadores deberían ser

dioses vivos, poderosos y sabios, no chicos que odiaban a sus hermanos.

—Geta César ha estado reuniéndose con las legiones asiduamente —continuó Cástor, en voz baja—. No tengo ninguna duda de que el rumor que has oído lo han originado sus partidarios. Y su hermano teme que su atención a tus compañeros soldados sea el preludio de un intento de suplantarlo.

Aquello cada vez le daba más miedo. Sonaba como si estuviera gestándose una guerra civil.

—Antonino, desde entonces, se ha embarcado en una conspiración para desacreditar a su hermano ante los ojos del Ejército —susurró Cástor—. Esta tiene dos fases. La primera es

interrumpir el suministro de comida y pienso. Se han insertado cartas falsificadas, supuestamente escritas por Geta César, en las oficinas de la flota responsable de enviar grano y aceite a las tropas. Ya que Septimio Geta será el encargado de proporcionar suministros al ejército una vez que la campaña comience, éstas se aceptaran sin preguntas. Las cartas contienen órdenes para desviar los suministros a la Galia, donde serán vendidos. Cuando los soldados comiencen a pasar hambre, cualquier investigación concluirá que Geta robó la comida para enriquecerse.

Cuando los soldados comiencen a pasar hambre... Eso sería en verano. En mitad de la campaña, entre aquellas

estériles colinas de las que acababa de volver. Si se interrumpieran los suministros al ejército, rápidamente habría muchas dificultades, y cientos de muertes cuando la enfermedad atacara a los hombres que el hambre hubiera debilitado.

—Ésa es la parte del plan que conocemos —continuó Cástor—. La casualidad hizo que Atenais lo escuchara, y hemos estado investigando juntos desde entonces. Como comprenderás, este tipo de cosas deja una estela, un rastro de documentos, que los que sabemos de estas cosas podemos rastrear. Creo que hemos descubierto todos los detalles esenciales. De la segunda parte del plan estábamos menos

seguros, hasta que tú nos lo has confirmado ahora. Lo poco que sabemos es gracias a otro fragmento de conversación escuchada.

—Estaban hablando de una «misión de exploración al norte» —añadió Atenais, en voz baja—, y de que iban a dejar unas cartas en la oficina de alguien, y sobre alguien que estaría «encantado de hacerlo». No estaba segura de lo que significaba. Lo único que se me ocurrió fue pedirle a Cástor que comprobara si había alguna misión de reconocimiento a punto de salir. Entonces descubrimos que la siguiente era la tuya, y decidimos que debíamos advertirte, a pesar de que no estábamos seguros de comprender qué era lo que

pretendían los conspiradores.

—Ahora sí lo estamos —concluyó Cástor.

Memnón los miró a ambos.

—¡No entiendo cómo podría desacreditar a Geta que una unidad de jinetes exploradores fuera emboscada!

Cástor suspiró.

—Se habrían colocado documentos enlazando a Geta con una brecha de seguridad respecto a vuestra misión. No sé si Antonino pretendía que esto también pareciera resultado de la avaricia, o si tenía que parecer simple incompetencia. En cualquier caso, eso habría vuelto a las tropas en su contra. Me alegro mucho de que tus camaradas y tú consiguierais escapar.

Memnón se mantuvo en silencio un largo momento. Aquello era difícil de asimilar: los mauritanos habían sido traicionados por un emperador, habían sido condenados a una muerte a manos de los enemigos de Roma simplemente para hacer que el hermano del Emperador pareciera malo.

Negó con la cabeza y tomó un trago de vino de su copa. Después dejó la copa sobre la mesa y volvió a mirar el pan y las judías. Podría pensar con mayor claridad si no tuviera tanta hambre.

—¿No tienes nada que decir? —demandó Atenais, indignada.

—Tengo que pensar en ello —contestó Memnón—. ¿Y qué pasa con el

Emperador? Me refiero a Severo Augusto.

—No lo sabe —contestó Cástor—. Todavía no. Estas noticias lo sorprenderán y apenaran profundamente, y yo... Tienes que entenderlo: Antonino es su hijo. No puedo presentarme ante él con estas noticias sin abundantes evidencias.

—Antonino ya odia a Cástor —le explicó Atenais—. Dirá que es un complot en su contra.

El chambelán asintió, avergonzado.

—Una vez intenté reconciliar a los dos hermanos. El resultado es que ambos piensan que soy partidario del otro, y los dos me odian.

—Entonces... ¿Quién más lo sabe?

Cástor se echó hacia atrás en el sofá, y después colocó las piernas detrás de Atenais, y se reclinó.

—Tú —dijo, tranquilamente—. Y, por el momento, eso es todo lo que puedo decirte.

Comieron en silencio durante algunos minutos. Atenais estaba sentada erguida, sorbiendo el vino, pero apenas mordisqueando la comida. Memnón limpió el plato de judías con lo que quedaba del pan y cogió su copa de vino.

—Entonces —continuó—, decís que fue Antonino Augusto quien informó a los maeatae de nuestro viaje al norte, pero que, si alguien investiga, parecerá obra de Geta César.

—Ése era el plan, hasta donde nosotros lo hemos entendido —asintió Cástor—. Te aseguro que ni Atenais ni yo somos partidarios de ninguno de los príncipes. Mi señor es el Emperador, y la suya es la Emperatriz, y ambos se sienten afligidos por la enemistad entre sus hijos y desean verlos reconciliados.

Memnón hizo una mueca.

—Decís que Aurelio Antonino Augusto contó a los maeatae que podrían encontrarnos en el camino al norte. Y que pretende que nos muramos de hambre durante la campaña, este verano.

Cástor se estremeció.

—Sí.

—¿Es que... es que ni siquiera le preocupa la guerra? ¡En nombre de

todos los dioses, él mismo estará en la campaña!

—Él no va a pasar hambre —añadió Atenais, amargamente—. Créeme, está muy interesado en derrotar a su hermano, pero mucho más en derrotar a los maeatae.

Memnón se quedó en silencio un momento más, y después estalló.

—¡Nosotros tratamos a ese hombre como a un dios! ¡Quemamos incienso ante su imagen! ¡Llevamos el retrato de sus ancestros en nuestro estandarte, y nuestra unidad lleva su nombre!

Cástor suspiró.

—Antonino no tiene relación con el deificado Marco Aurelio. Sólo lleva el mismo nombre.

—Y ni siquiera es su nombre original —añadió Atenais—. Al nacer recibió el nombre de Lucio Septimio Basiano; su madre lo llama Lucio. Su padre le cambió el nombre porque Marco Aurelio fue un emperador majestuoso y sabio, y porque quería que Caracalla fuera reverenciado del mismo modo. —Hizo una mueca—. Así es como lo llama la mayoría de la gente en Roma: Caracalla. Ya sabes, como ese tipo de capa larga con caperuza. Le gusta ponerse una de ésas y pasearse por ahí con su grupo de guardaespaldas, manteniendo la capucha sobre su rostro, para espiar a la gente normal y azotarla por diversión. ¡El Encapuchado, ése es él realmente!

—Shh —dijo Cástor, inquieto.

—Lo odio —declaró Atenais, bajando la voz, pero hablando con amarga vehemencia—. Es repugnante. Y Geta es casi igual de malo.

—¡Shh! ¡Shh! —repitió Cástor, mirándola con mucha preocupación—. No debes decir esas cosas, especialmente si son verdad.

—Esto... —comenzó Memnón, pero se detuvo antes de pronunciar algo que pudiera verse como una traición. Después de un momento preguntó, con voz fiera y grave—: ¿Por qué debería seguir sirviéndole?

—Porque, aparte de él, sólo hay caos —respondió Cástor, inmediatamente—. La guerra entre las

tribus. Tú seguramente sabes de eso más que yo.

Memnón se quedó en silencio de nuevo, luchando contra la rabia y, lo que era peor, contra la decepción. ¿Así era cómo se comportaban sus emperadores?

Severo no, se recordó a sí mismo; el verdadero emperador no. Y tampoco la Emperatriz. Sólo sus indignos hijos.

—Tú naciste fuera del Imperio —insistió Cástor—. ¿Qué te parece a ti el Imperio romano?

—Un milagro —respondió Memnón sinceramente, después de un largo silencio—. Cuando vine al norte, y descubrí lo que había aquí, no pude creer a mis propios ojos. Tantas tribus y naciones diferentes, tanta riqueza y

conocimiento. Tanta paz.

—¡Sí! —asintió Cástor, con los ojos brillantes—. Tanta paz. Sin embargo, estoy seguro de que sabes lo que ocurrió a la muerte de Cómodo Augusto. ¿Estabas entre los soldados que marcharon a Roma entonces?

Memnón negó con la cabeza rápidamente.

—Eso fue hace mucho tiempo, antes de que yo llegara. Nadie de mi unidad estuvo; solo fueron las legiones. Sin embargo, he oído hablar de ello.

—No fue una gran campaña —le contó Cástor—. Después, sin embargo...

Se produjo un pesado silencio lleno de recuerdos. El siervo del mesonero volvió a la habitación con una

segunda bandeja cargada. Dejó estofado de cordero, zanahorias en cilantro, col en salsa de pescado, un plato de codornices especiadas y más pan, y después recogió el cuenco vacío de judías y se marchó. Memnón comenzó a comer de nuevo.

—Mi intención, al mencionar antiguas guerras —dijo Cástor—, era demostrarte que, a pesar de lo que podamos pensar de un Augusto, rechazarlo es abrir las puertas del Hades.

Memnón pensó en lo que Senorix había dicho: que los problemas en Britania habían comenzado cuando las tropas de la muralla se retiraron para luchar por el rival de Severo, Clodio

Albino. Sí, sin duda era cierto que, rechazar a un Augusto, abría las puertas del Hades. Sin embargo, si había dos Augustos, y estos estaban en desacuerdo, ¿qué se suponía que tenías que hacer?

—Es posible servir al Imperio, a pesar de las deficiencias de un emperador concreto —continuó el chambelán—. Eso es lo que, los que formamos parte de la casa del César, nacimos para hacer; y lo que algunos de vosotros, en el ejército, decidís hacer. El Imperio siempre es más importante que el hombre que lo encabeza, y siempre es merecedor de nuestra lealtad.

Memnón masticó un bocado, y después se lo tragó.

—Muy bien —dijo—. Serviré al

Imperio y mantendré la boca cerrada. Entonces, ¿qué estáis planeando hacer respecto a esta conspiración?

—Cuando tengamos pruebas suficientes se las presentaremos a mi señor —contestó Cástor, tranquilamente—. No puedo saber con seguridad qué hará él entonces, pero supongo que corregirá los errores de su hijo, y después hablará en privado con él.

—¿Qué? ¿Su hijo hace eso, y seguirá siendo Emperador?

—¿Es que esperas que nuestro señor Severo mate a su propio hijo?

—No, pero, ¿no podría solo, bueno, degradarlo? ¿A César, o algo así?

Cástor lo miró con cansancio.

—¿Qué crees que podría hacer un Augusto degradado, o qué podría hacer su hermano, en una provincia llena de soldados preparándose para una guerra? ¿Y qué crees que le pasaría al final a Antonino si mi señor ascendiera a otra persona a la posición de Augusto?

Memnón no tenía respuesta para aquello.

—Si estoy en lo cierto, y esto ha sido preparado en secreto, tu prefecto y tú debéis tener mucho cuidado y no permitir que nadie descubra lo que sabéis.

Memnón lo miró fijamente.

—¿Qué podría pasarnos?

—Seguramente os encontrarían muertos. Dudo que Antonino quisiera

llamar la atención sobre el asunto con un cargo de traición, aunque no deberíais olvidar que podría inventarse uno fácilmente. Podríais intentar pedir protección a Septimio Geta, pero nunca es prudente posicionarse entre dos príncipes.

—He dicho que mantendré la boca cerrada.

—Ésa es realmente la mejor opción; lo siento. Por mi parte, espero que Severo Augusto no permita que Antonino descubra mi papel en su humillación: este secreto es peligroso para todo el que lo sabe. Por favor, entiende que mi intención no es permitir que las cosas se pongan críticas. En este momento no hay barcos viajando a

ninguna parte, así que esas cartas sobre el cargamento de grano no tendrán validez hasta la primavera. Espero haber podido hablar con mi señor mucho antes.

Memnón asintió.

—Muy bien. Entonces, ¿qué debería decir Rogato al Alto Mando? Esto me preocupa especialmente debido a mi amigo Senorix, que forma parte de la cohorte Eliana de Castra Exploratorum. Dice que el Alto Mando piensa que su grupo se ha vuelto nativo, y que no confían en ellos. Cree que, cuando los generales descubran que los maeatae sabían de nuestra llegada, inmediatamente culparán a los elianos. No quiero verlos sufrir por ello.

—Puedo hacer que se pierda una copia de vuestras órdenes escritas —se ofreció Cástor—. Eso debería distraer a los investigadores y enviarlos a la caza del espía. Quizá tu prefecto podría decir que oyó que había rumores sobre vuestra expedición en las tabernas y que, aunque no pudo confirmarlos, decidió cambiar su ruta, como precaución.

Memnón asintió.

—Eso podría funcionar. Muy bien, entonces. Esperaremos la llegada de la primavera.

Salió en dirección a Aballava a la mañana siguiente, sobre un caballo prestado para dar al pobre Ghibli la oportunidad de recuperarse. Estaba nevando, y se acurrucó miserablemente

en su capa mientras cabalgaba por la oscura y vacía calzada. Siguió acordándose del joven que había visto sentado en el trono durante la revista de las tropas: la pulida armadura, la capa púrpura, el joven y orgulloso rostro observándolos mientras los mauritanos cabalgaban bajo la lluvia. Ya no pensaría en aquel hombre como Aurelio Antonino; no profanaría el nombre del fundador de los mauritanos. Lo llamaría Caracalla, el Encapuchado.

Lo odio, había dicho Atenais, *es repugnante*.

No creía que un acceso así fuera propio de ella. Sin embargo, podía imaginar algo que Caracalla podría haber hecho, y que podría haberlo

provocado. El que ella hubiera escuchado conversaciones privadas del joven Emperador confirmaba sus sospechas. Quizá Caracalla también había pensado que Atenais no era nada más que una chica guapa y había hablado libremente delante de ella. Aquello no habría sido, exactamente, una violación: ella era una esclava del servicio imperial, y debía obedecer las órdenes del Emperador.

Se preguntó de nuevo cuál sería su relación con Cástor. Durante la cena ambos habían parecido muy íntimos, pero eran compañeros de conspiración. ¿De verdad Cástor había sido testigo de cómo la mujer a la que amaba era obligada a meterse en la cama de un

hombre al que detestaba, y no había hecho nada al respecto?

Cástor también había nacido como esclavo de la casa imperial. Quizá, si pertenecías al servicio del César, veías los abusos de los emperadores como sucesos naturales, como un terremoto, o una inundación; algo que había que soportar porque no podía ser evitado.

Suponía que él también era un esclavo, en cierto modo, ya que Caracalla había intentado que los hombres de su *numerus* fueran asesinados, y tampoco podía hacer nada más que resignarse. Si Atenais se hubiera dirigido a él y le hubiera suplicado que la rescatara de nuevo, ¿habría intentado hacerlo? ¿O le habría

dicho, no, lo siento, no puedo, no contra un emperador?

No lo sabía. Había jurado lealtad a aquel emperador, y eso complicaba las cosas. Sin embargo, suponía que no importaba: Atenais no se lo había pedido. Sospechaba que quizá había acudido a Cástor, pero buscando consuelo, no ayuda.

¿Estaba celoso? Sí, admitió en silencio. Cuando pensaba en el modo en el que Cástor le había asegurado que Atenais pertenecía a la Emperatriz, y no a un hombre, se sentía como si lo hubiera engañado. Pero aquello, se dijo a sí mismo, no era justo. Cástor no le había robado nada que hubiera podido obtener. Atenais estaba dispuesta a ser

su amiga en la corte, pero nada más.

Era comprensible que se hubiera dirigido a Cástor. Avergonzada y oprimida por un joven cruel, era natural que hubiera buscado consuelo en el hombre mayor al que admiraba, alguien paternal y amable. Si los sentimientos de Cástor no eran paternales... bueno, Memnón no podía culparlo. En cualquier caso, los celos, como decía el refrán, podían calentar el corazón, pero no calentaban la cama.

Memnón atravesó las puertas de Aballava tres días después de dejar Eboracum, helado y exhausto. Deseaba, más que ninguna otra cosa, meterse en la cama bajo todas las capas y mantas que poseía y dormir un mes entero. En lugar

de eso, tuvo que dirigirse directamente al *praetorium* para una reunión urgente con Rogato.

Saturnino fue a buscarlo mientras estaba intentando poner en orden sus pensamientos. Miró a Memnón con indignación, y le preguntó:

—¿Dónde está mi caballo?

—En Eboracum, señor —contestó Memnón—. Estaba agotado, y comenzaba a cojear, así que pensé que no debía obligarlo a continuar. Los mozos de cuadra de la fortaleza anexa me dijeron que cuidarían de él hasta que alguien fuera a recogerlo.

Saturnino gruñó y se sentó en el borde del escritorio de Rogato. Memnón se derrumbó en una especie de parada

de descanso, demasiado cansado para mantener la espalda recta.

—Y bien —dijo Rogato—, ¿ese hombre quiso reunirse contigo?

—Sí, señor —asintió Memnón—. Le envié el anillo, y él me lo devolvió con una invitación a cenar. Respondió a mis preguntas, pero me suplicó que la información no llegara a nadie más que a ti, señor. Le juré por mis ancestros que no lo haría. —Pensó en añadir, «La chica también era parte de eso», pero decidió no hacerlo: Rogato, en principio, desconfiaba de todas las mujeres. Consideraba que eran criaturas ruidosas y problemáticas que siempre provocaban disputas, minaban la moral de los hombres y sólo valían para tener

hijos. Memnón se preguntó qué opinión habría tenido el prefecto de Atenais si la hubiera conocido. Ni siquiera estaba totalmente seguro de su propia opinión sobre ella. Su estrategia habitual con las mujeres era intentar hacerlas reír, pero no estaba seguro de que aquella elegante, fría y educada criatura se hubiera reído alguna vez en su vida.

Rogato y Saturnino estaban mirándolo en un incómodo silencio.

—¿Te opones a que Saturnino esté presente? —le preguntó Rogato.

—¡No, señor! —exclamó Memnón, sorprendido. Miró nerviosamente al decurión, que resopló, satisfecho, pero que no pareció encontrar escandaloso que un soldado bajo sus órdenes pudiera

enviarlo fuera—. Claro que no... sólo es que el hombre me dejó claro que, si alguien descubre lo que sabemos sobre esto, podríamos acabar todos muertos.

Tomó aliento profundamente y les relató lo que había descubierto.

Sus superiores se lo tomaron justo como había esperado: con sorpresa, rabia y dolor. Comenzaron a debatir qué hacer en voz baja. Memnón se relajó. El suelo del *praetorium* estaba caliente bajo sus pies, y se preguntó si podría tumbarse sobre él, extender los brazos y disfrutar, como si estuviera dejándose acariciar por el calor de algún sol subterráneo.

—¡Explorador! —dijo Rogato, y Memnón levantó la cabeza y después

parpadeó, sorprendido: el prefecto lo estaba mirando cariñosamente—. Lo has hecho muy bien. El horno del *praetorium* está encendido, y la terma está caliente: ve a usarla, y después descansa un poco.

La mayoría de los sirvientes que se ocupaban del *praetorium* eran de Farabert; Rogato, sin embargo, tenía un par de ancianos que lo habían seguido de un fortín a otro del Danubio, y uno de ellos condujo a Memnón a la terma privada del comandante. Se desnudó en el vestuario y atravesó la serie de tres habitaciones, maravillado ante los frescos azules de las paredes, las piscinas alicatadas, los delfines dorados y, sobre todo, ante el delicioso calor. El

horno que calentaba la casa estaba, efectivamente, trabajando a toda máquina, y la terma estaba justo a su derecha; el suelo y las paredes irradiaban tanto calor como las arenas del desierto.

Se enjuagó el barro en la cálida habitación, usando cuidadosamente un cazo sobre el desagüe para no ensuciar la hermosa y limpia piscina, y después entró en la sauna y se metió lentamente en el baño, disfrutando de la gloriosa sensación de tener todo el cuerpo caliente.

Estaba inspeccionando sus pies, preguntándose si la piel desescamada significaba que había estado a punto de congelarse o si era solo consecuencia de

la humedad, cuando oyó que alguien entraba en el vestuario. No se alarmó, pero bajó el pie, salió de la piscina, y se acercó a la puerta, preparado para saltar. Farabert entró, miro rápidamente a su alrededor, y gruñó de satisfacción cuando descubrió al ocupante de la terma.

—Rogato me dijo que podía usar los baños, señor —le explicó Memnón, educadamente—. Pero sé que ésta es tu casa. Si lo deseas, me marcharé.

—¡No, no! —protestó el jefe frisón, rápidamente—. Hay sitio suficiente para los dos.

Farabert entró en la habitación y se acomodó en el borde de la piscina, metiendo los pies en el agua. Desnudo

era horrible: un cuerpo rechoncho, peludo como el de un cerdo, con manchas rojizas y viejas cicatrices blancas. Extendió los muslos sobre el suelo de madera y descanso los codos sobre sus rodillas.

Memnón se sentó frente a él, preguntándose qué quería aquel hombre. Aunque era posible, por supuesto, que Farabert tomará habitualmente un baño a la hora de cenar, parecía más probable que hubiera acudido a ver si podía extraer algo de información del mensajero de Rogato. Sus siervos, seguramente, le habían dicho que Memnón estaría allí.

Aunque ni Rogato ni Farabert lo habían comentado nunca en público,

todos los del fortín eran conscientes de que las relaciones entre los dos capitanes eran malas. Era inevitable que lo fueran: Farabert había estado viviendo cómoda y ruidosamente en el *praetorium* con su esposa y sus cuatro hijos durante años, y ahora se veía obligado a compartir la casa con un severo y viejo soltero mauritano. Rogato había abofeteado a uno de los hijos de Farabert cuando el chico lo importunó en su oficina, y esto casi provocó que llegara a las manos con el padre del niño. Farabert, además, era un noble, y había llegado a Britania con una pequeña fortuna; Rogato era un pobre hijo de granjero, y no tenía ni los modales ni el dinero que se esperan de

un prefecto. Se sabía que la esposa de Farabert, Ahteha, que estaba embarazada, había reprendido a su marido por «¡dejar vivir a un extraño, a un plebeyo, en nuestra casa!», y que había puesto en duda su hombría por someterse tan mansamente a la intrusión. Las unidades de ambos hombres se sentían igualmente incómodas la una con la otra, aunque hasta entonces no habían tenido más problemas que un par de peleas de taberna.

—Acabas de volver de Eboracum —observó Farabert, después de un silencio.

—Sí, señor —asintió Memnón.

—Rogato te envió directamente allí, ¿no? Tan pronto como cruzasteis la

muralla de nuevo. No estabas con los demás cuando volvieron, hace seis días.

—Sí, señor. —Memnón lo miró con seriedad, y añadió—: Rogato quería enviar un mensaje a sus amigos en la corte. ¿Sabes que casi nos emboscaron? Nuestros guías de la cohorte Eliana temían que se les culpara por ello, y nos suplicaron que nos aseguráramos de que la investigación era justa.

Farabert gruñó. Parecía que no se creía totalmente la explicación, y eso sorprendió a Memnón: a él le había parecido bastante convincente.

—Rogato te aprecia, ¿no es verdad? —le preguntó el frisón después de un momento—. Te usa para todos los asuntos secretos o delicados.

Memnón lo miró fijamente, incrédulo. Su trayectoria en los Mauritanos Aurelianos había estado salpicada de largos periodos en las letrinas como castigo por una broma u otra, y Rogato, frecuentemente, le había informado de que era un maldito idiota, una vergüenza para la unidad, y que debería abandonar el ejército y conseguir trabajo como payaso. Aunque sus habilidades como explorador estaban bien consideradas, sin duda nunca había sido el favorito del prefecto.

—No sé de qué me hablas, señor —dijo, dubitativo—. Rogato no tiene sentido del humor.

—Oh —dijo Farabert, con desdén

—. Sí. Las bromas.

Se produjo un silencio. El enorme extranjero examinó a Memnón con resentimiento.

—Nunca has sido herido en batalla —le indicó por fin, en voz baja.

Memnón miró su propia e intacta piel negra.

—No, señor —asintió, alegremente—. No soy demasiado bueno en combate. Intento mantenerme alejado de las batallas.

—Eres bueno con un cuchillo en la oscuridad —susurró Farabert—. Eso es lo que he oído.

Memnón sospechaba que estaba siendo insultado, pero no vio razón para sentirse ofendido por algo que era

cierto.

—Es cierto —reconoció, con una sonrisa.

Se produjo otro silencio.

—En Eboracum —dijo Farabert al final—, ¿hablaste con Oclatinio Advento?

—¡No, señor! —contestó Memnón instantáneamente—. En mi opinión, un hombre no debe hablar con el Comisariado a menos que tenga que hacerlo.

Farabert gruñó, pero Memnón pensó que parecía aliviado.

Se excusó tan pronto como pudo, volvió a ponerse sus ropas húmedas y llenas de fango, y volvió a su habitación en los barracones. Sus compañeros de

tienda se alegraron de verlo, y se sintieron defraudados cuando rehusó su invitación para salir a tomar una copa. Se metió en la cama con media hogaza de pan y cayó dormido mientras todavía estaba comiéndosela.

Despertó a la mañana siguiente, mucho antes de lo que le hubiera gustado, con otra llamada de Rogato. Se tambaleó hasta el *praetorium* vestido con ropas prestadas de distintas tallas: sus compañeros de tienda lo habían desnudado mientras dormía y habían enviado toda su ropa a una lavandería en la aldea del fortín. Le dijeron que se había despertado, que había estado de acuerdo, y que incluso les había dado las gracias, pero Memnón no recordaba

nada de aquello. Rogato y Saturnino estaban en la oficina del prefecto, justo donde los había dejado la tarde anterior. Se preguntó si habrían estado allí toda la noche.

—Farabert intentó interrogarte ayer —dijo Rogato, sin preámbulos, tan pronto como entró—. ¿Qué es lo que quiso saber?

Memnón disimuló un bostezo.

—Sobre todo lo que hice en Eboracum, señor.

Saturnino frunció el ceño. El dormido cerebro de Memnón comenzó a despertar, y se preguntó que había pasado en Aballava mientras los mauritanos estaban explorando el norte.

—Me preguntó si había hablado

con Oclatinio Advento —añadió—. Le dije que no. Además, le dije que tú me enviaste a Eboracum porque los elianos te suplicaron que hicieras lo que pudieras para asegurarte de que la investigación era justa.

—¡Oh, muy bien! —dijo Rogato, con satisfacción—. Eso casi es verdad.

—Está preocupado —dijo Saturnino—. Cree que el Comisario del Grano va a ir a por él.

Rogato sonrió. Al ver la inquisitiva mirada de Memnón, se explicó.

—Parece que Farabert intentó entrar en mi oficina mientras estuvimos fuera.

Saturnino resopló, asintiendo.

—Cuando descubrió que estaba

cerrada y sellada, me pidió la llave. Me dijo que solo quería comprobar el inventario. Yo le dije que no tenía la llave. Cuando el *numerus* volvió, le pregunté si aun necesitaba la llave, pero me contestó que ya había arreglado el asunto.

—Podría ser cierto —dijo Rogato. El prefecto siempre ponía un cuidado especial en tratar de no ser injusto con las personas que le disgustaban.

—Está metido en algo —contestó Saturnino—. Siempre está pululando por aquí, intentando meter sus gruesos dedos en nuestros asuntos... ¡ese gruñón de ojos pálidos! No se puede confiar en los germanos.

Rogato se encogió de hombros.

—Este era su fortín. Estaba acostumbrado a gobernar todo lo que ocurría en él. Naturalmente, quiere saber, al menos, lo que está pasado. Que esté preocupado por el Comisariado no significa que sea culpable. Multitud de hombres inocentes se preocupan por el Comisariado.

—Él sabía que se suponía que íbamos a ir a Castra Exploratorum primero —objetó Saturnino—. Ha estado en Britania, en la muralla, durante años. Sabría cómo hacer llegar la información al enemigo mucho mejor que alguien de mayor rango que acabara de llegar a la provincia. Si alguien quiso filtrar algo necesitó elegir un canal apropiado, y tendría sentido elegir a un

hombre como Farabert, en lugar de a alguien más cercano a la cumbre: así sería más difícil rastrearlo si algo salía mal.

—Se supone que debía ser fácil de rastrear—señaló Rogato—. Iban a dejar un rastro falso.

—¡Que es probablemente lo que Farabert estaba intentando introducir en tu archivo! —exclamó Saturnino—. Ese hombre no me gusta. Ese extranjero es más listo de lo que parece. Odia tenernos aquí, y estaría encantado de librarse de nosotros.

—A mí tampoco me gusta —dijo Rogato—, pero nuestros compañeros soldados no tienen que gustarnos, viejo amigo. Estoy de acuerdo en que hay

motivos para tener cuidado con él, pero no creo que debamos llegar a conclusiones precipitadas.

Memnón se aclaró la garganta.

—Podríamos pedirle a Cástor que lo vigilara, señor —sugirió, tímidamente—. Creo que, seguramente, podría conseguir que algunos de sus amigos lo hicieran sin llamar la atención.

Rogato frunció el ceño.

—¿Estaría dispuesto? Su buena voluntad es muy valiosa, y no me gustaría malgastarla.

—Esta era su investigación, señor —señaló Memnón—. Estaba trabajando en ello antes de que supiera que tenía relación con nosotros. Seguramente se alegrará de tener otro hilo que seguir.

El prefecto sonrió.

—En ese caso, es una excelente sugerencia, explorador.

Memnón, de repente, se dio cuenta de a quién mandaría Rogato como mensajero, y maldijo su propia estupidez. ¡Por los dioses y los espíritus, otro viaje por aquella fría y húmeda carretera no!

Rogato se dio cuenta de su consternación. Sus ojos brillaron.

—Escribiré una carta a tu amigo esta misma mañana.

Saturnino frunció el ceño.

—Rogato —dijo, inesperadamente—, este hombre necesita un descanso.

—Estoy de acuerdo —dijo Rogato—. Es por eso por lo que dejaré que tú

lleves la carta, Saturnino, así como el informe completo de nuestra misión. Mientras estés en Eboracum, puedes recoger a tu adorado caballo.

Saturnino hizo una mueca, pero respondió, resignadamente:

—Sí, señor.

Memnón le sonrió, y Rogato dirigió sus brillantes ojos hacia él.

—En cuanto a ti, explorador, necesitas algo de trabajo tranquilo de interior durante un tiempo. Vas a presentarte ante tu compañero de tienda, Honorato, y a decirle «que tiene órdenes de enseñarte a leer.

Honorato acepto la misión con interés, pero sin sorpresa.

—¿Oh? —preguntó, mirando a

Memnón especulativamente—. Quiere ponerte un fajín rojo.

Memnón lo fulminó con la mirada.

—Yo no quiero uno.

—¿Por qué no? —le preguntó Honorato, sorprendido—. Los decuriones cobran diez veces más de lo que cobramos nosotros. Más que eso.

Memnón sonrió y se encogió de hombros, incapaz de poner sus sentimientos en palabras. Durante diez años, todas las decisiones importantes de su vida habían sido tomadas por otra persona. Había sido tan libre como un chico, gastando bromas y sin dejar pasar los placeres, evitando o soportando la disciplina de sus severos padres. No quería crecer. Ya lo había hecho una

vez, y se había convertido no en un hombre, sino en un demonio; tenía miedo de intentarlo de nuevo.

Honorato lo estudió, frunciendo el ceño.

—Mira —le dijo—, si lo que temes es que puedas perjudicarme, no te preocupes. No hay ninguna regla que diga que no pueden ascender dos hombres del mismo escuadrón al mismo tiempo. Me gustaría que ambos consiguiéramos el fajín rojo. Sería mucho más... mucho más agradable convertirme en decurión junto a uno de mis compañeros de tienda.

—No es eso —murmuró Memnón, avergonzado por que su compañero de tienda lo creyera tan noble—. Es sólo

que... ¿puedes imaginarme intentando ser como Saturnino?

Honorato sonrió.

—Eres bastante bueno imitándolo. Tienes pillada la costumbre que tiene de cruzar los brazos.

—Ja, ja —dijo Memnón, con pesimismo—. ¡Honorato, yo no quiero ser oficial! Yo... soy el menos indicado para ello.

—¡No te comportes como una vieja! —exclamó Honorato, poniendo los ojos en blanco—. Eres totalmente indicado para ser oficial. Puedes hacer que la gente haga lo que quieres que hagan, incluso cuando se trata de hombres sensatos. ¿Recuerdas la broma del templo de Augusto en Carnuntum?

Todavía no sé por qué acepté ayudarte con aquello.

—Porque era divertido—le recordó Memnón, sonriendo ante el recuerdo—. ¿Te acuerdas de la cara del sacerdote cuando encontró la tablilla en el estómago de la vaca? ¡Un mensaje especial para él, de los propios dioses!

Honorato hizo un esfuerzo para no reírse.

—Fue un sacrilegio, Memnón; si nos hubieran pillado... ¡aquella maldita tablilla tenía mi letra!

—«Oh, vosotros, los más indignos de los mortales —citó Memnón—, esto es lo que los dioses os envían, valiéndose de este bovino instrumento...»

Honorato se rió, y después se detuvo.

—¡Me has cambiado de tema! —se quejó— La cuestión es que yo no quería hacerlo, pero lo hice, porque tú me convenciste. Serás un buen oficial, una vez que aprendas a leer.

Memnón sonrió.

—Quizá no sea capaz de leer —dijo, esperanzado—. Quizá eso es una cosa que tienes que aprender cuando eres niño, o nunca.

—No creo que vayas a tener ningún problema —le contestó Honorato, amargamente—, teniendo en cuenta la facilidad que tienes para pillar las cosas. Deberías considerarte afortunado; a mí me metió las letras a palos el más

perverso de los maestros de Cesarea. Oye, ¿crees que me permitirán...?

—Inténtalo, y verás —dijo Memnón, misteriosamente.

—No, gracias. Mira, ¡no seas tan pesimista! Quizá todo esto sea para nada: el año que viene, a esta hora, todos podríamos estar muertos. Iré a por algunas tablillas de cera.

Capítulo 8

La guerra comenzó de verdad en abril.

Los maeatae y los caledonios habían enviado embajadores al Emperador durante el transcurso del invierno, ofreciendo rehenes y tributos a cambio de un tratado de paz. Los despidieron sin escucharlos: Severo no había viajado hasta Britania para discutir los términos de una tregua. Además, los bárbaros ya habían roto algunos acuerdos en el pasado.

La invasión del norte comenzó con el ejército dividido en dos grupos

principales. El grupo mayor, comandado por los dos emperadores, marchó hacia el este de la isla, mientras el más pequeño, aunque aun así, poderoso, tomó una ruta paralela a través del oeste. Los dos ejércitos se encontrarían en el estuario de Bodotria, y después se dividirían de nuevo para continuar la invasión a través de las tierras altas de Caledonia.

Las tropas del oeste estaban capitaneadas por Junio Faustino Postumiano, el cuñado de la emperatriz Julia Domna. Estaban formadas por dos de las legiones británicas, destacamentos de distintas legiones del Danubio, y una colección grande y variada de auxiliares, incluyendo a la

Formación de Frisones de Aballava y a los Mauritanos Aurelianos. Tenían que avanzar lentamente a través del territorio de los maeatae, estableciendo una serie de grandes campamentos base desde los que las tropas se diseminarían para someter el territorio circundante.

La campaña fue un desastre desde el principio. El ejército cruzó la muralla bajo la lluvia, y la caravana con los suministros se quedó atascada inmediatamente en una ciénaga; tardaron casi dos días en sacarla de allí. Los dos capitanes del oeste no se llevaban bien, y sus respectivos equipos se mostraban celosos y resentidos; sus órdenes se contradecían, o se duplicaban, o se perdían del todo. Lo peor de todo era

que no encontraban al enemigo. Los asentamientos estaban desiertos, y toda la gente había huido a la montaña; además, se habían llevado con ellos sus rebaños y provisiones. Los romanos habían esperado poder vivir de la tierra, al menos hasta cierto punto, y consumieron las raciones que llevaron con ellos mucho más rápido de lo que nadie había anticipado. Después de cinco infructuosos días de marcha, los capitanes, alarmados ante la rapidez en la que sus suministros estaban disminuyendo, decidieron reducir las raciones. De este modo, los hombres que se dispersaron para forrajear y para someter la abandonada región estaban hambrientos y de mal humor.

En aquel momento, los maeatae comenzaron a aparecer de nuevo. Muchos de los grupos de forrajeo encontraron ovejas pastando en exuberantes pastos abiertos. Se apresuraron ávidamente a buscarlas... y quedaron atrapados en las ciénagas. Mientras luchaban por salir y sacar a las ovejas, los maeatae aparecieron, por fin. Aunque estaban peor armados que los legionarios y la mayoría de los auxiliares, galoparon rápidamente alrededor del pantano, montados sobre sus pequeños y robustos caballos, y masacraron a los romanos antes de que pudieran formar una línea de batalla.

Algunos hombres se rindieron. Sus compañeros los encontraron en el

trascurso de los siguientes días colgados de los árboles, con los vientres abiertos y las entrañas colgando alrededor de sus tobillos, o atados y arrojados cabeza abajo en pantanos, o ciegos, castrados y abandonados para que se desangraran hasta la muerte en las montañas. Después de aquello, los hombres comenzaron a cortar las gargantas de sus compañeros heridos antes de permitir que cayeran en manos enemigas.

Los auxiliares y los hostigadores fueron enviados a peinar las montañas en busca de los evasivos maeatae. A veces los encontraron tras caer en una emboscada en algún valle densamente arbolado, o en algún lodoso pantano. Para cuando las tropas romanas

conseguían reagruparse y defenderse, los bárbaros, generalmente, habían desaparecido de nuevo. Pronto comenzaron a circular informes: las emboscadas no las preparaban sólo las tribus locales, los maeatae y los caledonios estaban trabajando juntos. Las emboscadas se hicieron mayores, y las pérdidas cada vez más abundantes.

También se produjeron algunos éxitos: aquí, un grupo de mujeres y niños descubiertos escondidos con provisiones; allí, una emboscada encontrada demasiado pronto y sesgada hasta el último hombre. Pero los éxitos romanos eran pocos, y sus pérdidas eran terribles. Y llovía, y llovía, y seguía lloviendo.

—Nunca había visto una primavera tan húmeda —contó Senorix a Memnón, mientras salían en otra misión de exploración; Senorix sobre su peludo zaino y Memnón de nuevo sobre Lirón, cuyos cascos se habían recuperado.

Memnón gruñó. Los mauritanos habían sido enviados con el resto de hostigadores, pero debido a su reputación como tropas de primera siempre les asignaban las misiones más sucias y difíciles. Hasta entonces no habían sufrido demasiadas pérdidas. Sus dotes para la exploración y un capitán cauteloso habían hecho mucho para mantenerlos a salvo, pero también debían algo a los guías de la cohorte Eliana, a la que Rogato había pedido

concretamente para que trabajaran juntos. A Memnón le gustaba explorar con Senorix, y confiaba en su conocimiento local, pero la lluvia y las pequeñas raciones oprimían incluso su buen carácter. También estaba preocupado. Todo el ejército, desde los capitanes hacia abajo, culpaba a los exploradores de todos los problemas de la campaña. Rogato había recibido una reprimenda del general Postumiano, y él a su vez había echado un rapapolvo a Memnón.

—¡Encuentra al enemigo! —le había ordenado—. Se supone que eres bueno; ¿por qué no puedes localizar a esos bastardos?

Memnón no sabía por qué no podía

localizarlos. Lo estaba intentando. La tierra, sin embargo, era un desierto de húmedos bosques y estériles laderas, y el enemigo se deslizaba de un lugar a otro, apareciendo siempre donde menos se lo esperaba. Despierto, estaba constantemente ansioso, pensando que había perdido algún rastro vital del enemigo; dormido, soñaba que volvía de una misión de exploración y encontraba a todos sus compañeros muertos.

—Generalmente, no es tan malo —le dijo Senorix, disculpándose—. En abril y mayo solemos tener buen tiempo.

—Los dioses nos odian —declaró Memnón, amargamente—. Quieren que los britanos sigan poseyendo esta tierra, y por lo que a mí respecta, ¡pueden

hacerlo!

—Es cierto, hubiera sido más fácil si hubiéramos dejado la frontera en la muralla —comentó Senorix—. Esta es, ¿cuál? ¿La tercera vez que los romanos intentan conquistar el norte?

Memnón no había oído hablar antes de aquello. Miró fijamente a Senorix desde debajo de su caperuza salpicada de barro.

—¿Qué ocurrió las otras dos veces?

—Oh, lo consiguieron —contestó Senorix—. Viste la muralla al norte de Bodotria, ¿no? Todas las tribus de los maeatae eran oficialmente parte del Imperio cuando se construyó. Incluso había un par de fortines más allá. Uno de

ellos, la Fortaleza Alada, es enorme, se construyó para albergar a una legión entera, pero la abandonaron antes de que fuera terminada. Yo fui allí una vez. Es un lugar extraño: cimientos de muros, todos cubiertos de musgo, y calles cubiertas de árboles. Los caledonios dicen que está encantada.

—¿Es por eso por lo que fue abandonada?

—No. —Se produjo un silencio roto sólo por las salpicaduras de los cascos de los caballos sobre el lodo—. Los romanos pueden conquistar el norte —dijo por fin, en voz muy baja—, pero nunca podrán mantenerlo. Los hombres y la plata que vierten sobre estas montañas se evaporan como el agua, y el

coste es siempre mayor que las ganancias. Después de un tiempo, siempre se cansan y retroceden.

Memnón se dio cuenta de que había usado «ellos» en lugar de «nosotros», pero no hizo ningún comentario al respecto. Ya sabía que Senorix tenía un conflicto de lealtades. Sin embargo, creía que podía confiar en que el explorador britano ayudara a los mauritanos a evitar las emboscadas que habían costado a otras unidades tantas vidas, y eso era lo importante. Sospechaba que Senorix también estaba intentando alejarse de cualquier sitio donde las mujeres y niños maeatae pudieran estar escondiéndose, pero se alegraba de participar en ello: odiaba

las violaciones.

Todos los soldados romanos violaban y maltrataban a las mujeres y niños enemigos que caían en sus manos: los mauritanos no eran una excepción. Estaba permitido; incluso era algo que se esperaba. Para Memnón, sin embargo, los gritos y lágrimas siempre le recordaban violentamente los cuerpos de sus familiares maltratados, asesinados y abandonados. No podía soportarlo, y cuando sus camaradas lo hacían, se sentía inundado por un odio homicida hacia ellos. La sola presencia de prisioneros era tan incómoda y perturbadora para él que, activamente, intentaba evitar que la unidad los tomara.

Encontrar a los hombres, a los guerreros, era otra cosa. Quería lanzar al ejército al completo sobre ellos, y conseguir que aquella horrible guerra terminara tan rápidamente como fuera posible. El problema era que los hombres seguramente compartían los campamentos de las mujeres, al menos parte del tiempo. Quizá podría presionar a Senorix pero, ¿qué pasaría si encontraban un campamento lleno de mujeres?

Memnón había pensado que sabía lo que era la guerra: había estado luchando contra los enemigos de Roma durante los últimos diez años, después de todo. Ahora descubría que lo que había visto en el Danubio no había sido

nada más que asaltos y contraataques, y que aquella gran empresa era algo totalmente diferente. Lo odiaba: la lluvia, el barro, los cuerpos colgados de los árboles, las lágrimas de las mujeres y los niños prisioneros, las interminables órdenes irritadas. Quería volver a casa, estuviera donde estuviera su casa. Quería, en cualquier caso, volver al tipo de vida que conocía. Pero, en lugar de eso, exploraba las montañas, día tras día, buscando unos enemigos que se disolvían como la niebla. No tenían intención de encontrarse con los romanos en una batalla: sabían que perderían. En lugar de eso los hostigaban, los emboscaban y retrocedían al norte.

Llegaron al estuario de Bodotria y se unieron con el resto del ejército a finales de mayo. Memnón estaba totalmente seguro de que aquellos meses de esfuerzo para someter las tierras de los maeatae habían sido un desperdicio: simplemente, no estaban allí. Los romanos ni siquiera podían prender fuego a sus asentamientos desiertos y a sus campos recién sembrados: todo estaba demasiado húmedo. Habían aplastado y destrozado tanto como habían podido, pero lo que quedaba era aun recuperable. Cien mil hombres habían golpeado a los maeatae tan fuerte como habían podido, y el golpe no había sido mortal.

Al menos, almacenados en el

estuario, había suministros frescos, recién recibidos del almacén principal en Arbeia. Memnón no había sabido nada más de Cástor y Atenais, pero parecía que debían haber entregado su informe al emperador Severo, ya que las tropas no se veían amenazadas por nada peor que las pequeñas raciones que habían soportado desde que comenzó la campaña.

A los cansados hombres que llegaron al estuario se les permitieron ocho días de descanso antes de salir de nuevo. Las dos secciones del gran ejército pusieron en común sus experiencias; las tropas del este también habían sufrido grandes pérdidas, y teman la preocupante noticia adicional de que

el Emperador estaba enfermo. Severo, aparentemente, había sido incapaz de cabalgar a la cabeza de sus hombres; en lugar de eso había hecho el viaje en una litera. Memnón se preguntó si Cástor estaría con él, y pensó en ir a preguntar al chambelán si el Emperador estaba realmente enfermo. Seguía pensando en ello cuando se ordenó a los mauritanos que fueran al norte de nuevo, para otro reconocimiento del terreno antes de que el resto de las tropas saliera.

No se alegraba por ello, y aun menos cuando Senorix le contó que los exploradores elianos habían sido reasignados a uno de los destacamentos de una legión del Danubio.

—Lo siento —le dijo Senorix,

tristemente—. Preferiría quedarme con vosotros, pero las órdenes son las órdenes.

Memnón se encogió de hombros, resignado.

—Era algo que tenía que pasar. Hemos tenido menos bajas que la mayoría, en gran parte gracias a vosotros, y tan pronto como una legión se ha dado cuenta, se han apropiado de vosotros.

—Ya apenas nos necesitáis —dijo Senorix, intentando animarlo, y animarse—. Y no conozco las tierras caledonias tanto como las de los maeatae. Te las arreglarás tan bien como lo habría hecho yo. —Dudó, mirando a Memnón, con sus azules ojos preocupados—. Si... —

comenzó, y se detuvo.

—¿Si? —preguntó Memnón.

—Tú no odias al pueblo de mi madre —susurró Senorix—. Luchas contra ellos como si también fueran familiares tuyos.

Memnón asintió, aliviado de poder abordar el tema con libertad.

—No me gusta hacer la guerra contra las mujeres y los niños.

Senorix suspiró, aliviado.

—La gente de mi madre son selgovae; mis primos pertenecen al clan de Fotlaig. Están en el norte, en alguna parte. Mi tío está con ellos, y... otros por los que me preocupo. Si te toparas con ellos, te estaría eternamente agradecido por la piedad que pudieras mostrarles.

Memnón levantó la mano derecha.

—Les mostraré toda la amabilidad que pueda sin traicionar mi juramento al Emperador. Lo juro por mis ancestros.

Senorix tomó su mano, y la estrechó.

—Gracias.

Los ingenieros estaban construyendo un puente flotante hasta las tierras de los caledonios en el extremo opuesto del estuario, pero todavía no lo habían terminado, y los mauritanos cruzaron el río en barcos. Se reunieron en la orilla norte y siguieron el escabroso camino noroeste hacia las montañas. Memnón había interrogado a fondo a Senorix sobre la confederación caledonia; aun así no se sentía seguro.

Sólo contaría con la ayuda de su instinto para que lo guiara por aquella tierra desconocida, y estaba más preocupado que nunca.

Estaban a tres días al noroeste del estuario cuando se metió en problemas. Memnón había estado cabalgando casi una hora por delante del cuerpo principal de hombres, solo. La senda que estaban siguiendo caía a su izquierda, y la atisbaba de vez en cuando desde las cimas de las montaña; se abrió camino cuidadosamente a lo largo de la ladera, eligiendo los mejores puntos de mira, decidiendo una ruta para ellos a través de la escasa cobertura, intentando replicar las acciones de un explorador enemigo, de modo que

pudiera ver cualquier rastro dejado por uno de ellos. El terrero era de ásperos prados, escarpados y agrestes, aunque no había ganado ni ovejas a la vista; sólo montañas, a lo lejos, y un estrecho lago en un boscoso valle más adelante. La lluvia había cesado finalmente, y el sol brillaba sobre las húmedas laderas. Extendió su capa para que se secara un poco.

Cuando encontró las primeras huellas de caballos, presionadas sobre el césped, desmontó para examinarlas. Un único caballo, descalzo y con un jinete; recientes. Cabalgó en un amplio círculo alrededor del rastro, pero no encontró indicios de que hubiera nadie más cerca. Podría ser un pastor

solitario, o un mensajero. Pero también podría ser un explorador o un vigía. Examinó el terreno un poco más lejos y descubrió que el jinete había seguido hasta un mirador desde el que el camino era visible, que había desmontado y pasado algún tiempo allí. Un explorador, seguramente; un explorador enemigo.

Cabalgó de vuelta hasta las huellas y dejó una señal de advertencia, y después llevó a Lirón de vuelta hacia la ladera y siguió el rastro, con el corazón latiéndole con fuerza por la impaciencia: ¡quizá por fin había encontrado alguien contra quien luchar!

El rastro lo condujo a través de la ladera hasta un pequeño riachuelo, medio escondido por la maleza, y lo

siguió hasta un estrecho barranco. Estaba avanzando con cautela, preguntándose si debería atar a Lirón y continuar a pie, cuando una flecha llegó siseando desde los helechos de la ladera sobre él.

Hirió a Lirón en el pecho, y el pequeño caballo chilló, dio un respingo y se tambaleó. Memnón saltó de su lomo y giró hasta la protección de la aulaga que flanqueaba el arroyo. Entonces, alguien en la ladera gritó. Lirón, rechinando y tosiendo por el dolor y la aflicción, intentó seguir a su dueño.

Memnón cogió la cuerda del cuello del caballo y Lirón cayó, casi sobre él. La flecha estaba enterrada casi hasta las plumas en el cuerpo del pequeño

caballo, y la sangre ya lo había empapado hasta los cascos. Memnón apretó los dientes, sacó su cuchillo, que hundió en la garganta del animal, y después se alejó arrastrándose, conteniendo estúpidas lágrimas de pesar por su pobre e inocente caballo. Otra flecha aterrizó en la maleza junto a él, y se oyó un grito desde el otro lado del riachuelo.

Memnón se quedó inmóvil, agachado sobre su vientre, y escuchó atentamente. El hombre a su lado del arroyo hizo una pregunta a su compañero; la voz sonó cerca, algo que debería haber imaginado, de todos modos. Las flechas britanas no eran demasiado poderosas, y sólo un disparo

a poca distancia haría que una flecha penetrara a aquella profundidad. La otra voz, la que le contestó, estaba más lejos: un segundo centinela, supuso Memnón, apostado a cierta distancia del primero. Se mordió el labio, sacudido internamente por la vergüenza: ¡debía haber cabalgado directamente hasta el perímetro del campamento bárbaro, como si fuera un legionario medio ciego!

Comenzó a reptar hacia delante sobre su estómago, intentando no agitar la maleza, escuchando los pasos del primer centinela sobre la aulaga junto a él. Una de las jabalinas que llevaba a la espalda se enganchó y se oyó un grito, muy cerca. Aun llevaba el cuchillo en la

mano, pegajoso por la sangre de Lirón. Lo dejó en el suelo, cogió la jabalina, se incorporó y se la lanzó al hombre que había hablado, todo en un solo movimiento. Apenas tuvo tiempo de verlo, y menos de apuntar, pero al menos la flecha que el britano tenía en el arco voló sin rumbo fijo mientras el hombre gritaba dando la alarma. Memnón se giró, cogió el cuchillo de nuevo, y atravesó la aulaga hasta el riachuelo. Cruzó el lecho de piedras, inclinado para mantenerse a cubierto tanto como fuera posible; otra flecha lo siguió.

Llegó a un lugar donde había una hondonada en el suelo, a su izquierda, junto a un sendero por donde las ovejas o ciervos descendían para beber. Subió

por él, reptando de modo que sus perseguidores no pudieran ver más que las hojas de los helechos que lo ocultaban, intentando no rozarlos y hacerlos moverse. Oyó a los dos centinelas parloteando excitadamente a su espalda: parecía que su jabalina no había herido a nadie. Para su disgusto, uno de los hombres hizo sonar un cuerno. Así que más perseguidores llegarían rápidamente.

Llegó a la cima del barranco sin atraer más flechas. Los helechos terminaban allí; más allá, la ladera era campo abierto cubierto de brezo. Demasiado expuesto; se giró y medio corrió, medio reptó, siguiendo la protección de las plantas, esperando que

los centinelas pensaran que había seguido el curso del riachuelo.

No lo hicieron: escuchó que uno de ellos comenzaba a subir la ladera a su espalda. Se deslizó entre los helechos y se quedó inmóvil, escondido por sus hojas. Notaba la empuñadura de su cuchillo húmeda en su mano. Si el britano iba en su dirección, podría salir y matarlo.

El vigía se detuvo, tan cerca que Memnón pudo escuchar su rápida respiración. Llamó sobre su hombro; Memnón comprendió las palabras britanas: «¡No lo veo!», aunque el acento era extraño. Esperó, pero el hombre no se acercó más.

Memnón buscó a tientas y encontró

una piedra. La tiró a través de los helechos detrás del perseguidor, y después bajó rápidamente la ladera a través del verdor que lo ocultaba. El perseguidor estaba de nuevo gritando y siguiéndolo mucho antes de que alcanzara el riachuelo de nuevo.

Los gritos en respuesta del otro hombre venían de río abajo, del único lugar donde podría encontrar la salvación. Memnón maldijo y comenzó a subir en dirección contraria, hacia el lugar en el que tendrían que aparecer sus compañeros, esperando poder encontrar un modo de volver a salir del barranco una vez que hubiera conseguido poner algo de distancia con sus perseguidores.

No había más senderos de ovejas;

en lugar de eso, los lados del barranco se hicieron más pronunciados y pedregosos. Los gritos de los centinelas, sin embargo, retrocedieron: aparentemente, no lo habían visto girar río arriba. Estaba comenzando a pensar que podría escapar, después de todo, cuando escuchó el sonido de los caballos más adelante. El riachuelo, en aquel punto, era más ancho, y proporcionaba poca cobertura, así que se lanzó a la orilla de la ladera opuesta desde el sendero. Sin embargo, la protección también era escasa allí, y un grito excitado frente a él le dejó claro que lo habían visto. Maldijo y corrió subiendo la ladera. Era demasiado escarpada para los caballos, y si

ninguno de los recién llegados tenía flechas, podría escapar.

De lo que no se había dado cuenta, en su trayecto a través de la maleza, era de que la ladera se alzaba formando un acantilado. Corrió desesperadamente por su base, totalmente inclinado, ahora más por la falta de aliento que por que tuviera esperanza de escapar; los gritos estaban cerca, y sus hombros se encorvaron en una aterrorizada anticipación de una flecha o jabalina.

Entonces vio una hendidura en el acantilado, frente a él: no llegaba a ser una cueva. Se metió en ella y trepó sobre su resbaladizo y húmedo suelo, introduciéndose más profundamente en la roca, agarrándose con los codos y

rodillas contra el granito para evitar caerse... hasta que la grieta terminó, estrechándose hasta la nada frente a su rostro. Se giró, jadeando, y miró atrás.

Más allá de la estrecha abertura de la fisura podía ver media docena de jinetes en la base de la pendiente, mirando hacia arriba, y los dos centinelas corriendo por el barranco para unirse a ellos. Dejó escapar el aliento lentamente. Entonces, había llegado el momento. Se reuniría con sus ancestros aquel día. El terror que lo había atrapado apenas un instante antes desapareció, dejando sólo una tranquila claridad. El barranco era verde y hermoso, lleno de sombras y del sonido del agua corriente; un paraíso para un

niño del desierto. Allí moriría, y confiaría en que las mortíferas arenas nunca reclamaran su espíritu.

Sin embargo, no iba a ponerle las cosas fáciles al enemigo: moriría como un hombre. Sacó su última jabalina, se desató la capa, y la envolvió alrededor de su brazo izquierdo como escudo. Apoyó la espalda contra la piedra, y esperó.

El centinela que llevaba el arco lanzó una flecha tan pronto como se unió con los demás, pero la abertura estaba en ángulo para él, y la flecha golpeó inofensivamente la piedra. Retrocedió, encontró otro ángulo, y lo intentó de nuevo, pero falló una vez más. Otro hombre le lanzó una piedra y gritó:

—¡Sal de ahí!

—¡Entra tú! —respondió Memnón a gritos, en su rudimentario britano.

Se produjo un silencio. Después, otro de los hombres gritó algo que Memnón no pudo comprender, excepto las palabras «romano» y «arriba». Alguien más se rió, e hizo un sonido como el de un gato.

¿Un gato sobre un árbol? Eso era. Memnón contestó imitando un sonido que no había escuchado desde su juventud: el profundo rugido de un leopardo.

Se produjo otro silencio, éste sorprendido. Incapaz de resistirse, Memnón imitó el gimoteo de los perros asustados.

Eso provocó un coro de gritos y una oleada de piedras, además de otra flecha. Una de las piedras golpeó el escudo improvisado de Memnón. El etíope la tiró de vuelta.

—¡Mala puntería! —gritó, en latín, ya que no conocía el britano— ¡Inténtalo de nuevo!

Lo hicieron; Memnón se encogió en la grieta, cubriéndose la cabeza con el antebrazo envuelto por la capa, mientras las piedras repicaban a su alrededor. Un par lo golpearon, lo suficiente para hacerle moratones, pero sin fuerza suficiente para hacerle un daño real. El arquero parecía haberse rendido; presumiblemente, se había quedado sin flechas.

Aparecieron algunos jinetes más. Uno de ellos era, claramente, algún tipo de jefe u oficial, ya que llevaba un torque dorado. La lluvia de piedras cesó mientras los dos grupos hablaban. Después, algunos de los hombres, incluyendo al oficial, desmontaron y se dirigieron al acantilado.

—Para el primer hombre —gritó Memnón, en britano—, tengo la jabalina. Para el segundo, el tercero, y el cuarto, tengo el cuchillo. —Era una bravuconada, lo sabía. Podría ser capaz de alcanzar a uno de ellos con la jabalina, pero el cuchillo sería inútil contra sus largas lanzas.

—¡Tú, el que estás ahí arriba! —repitió el oficial, en latín. Afianzó sus

pies sobre la roca y miró la oscuridad de la abertura, levantando la lanza. Tenía aproximadamente la misma edad que Memnón, el cabello castaño, y barba—. No puedes matarnos a todos. ¡Deja la jabalina y el cuchillo, y baja!

—¡No, gracias! —contestó Memnón, aliviado de encontrar a alguien que supiera latín—. No me gustan el tipo de frutos que crece por aquí, en los árboles de entrañas. Estoy bastante cómodo donde estoy. ¡Subid vosotros!

El hombre sonrió, mostrando un destello de dientes.

—¿Qué estás haciendo allí arriba, romano?

—Nada, sólo estoy aquí, sentado, admirando las vistas, britano; sólo

admirando las vistas. ¿Qué estáis haciendo vosotros ahí abajo?

—¿Nosotros? Estamos cazando.

—¿Oh? Bueno, tus hombres podrán decírtelo, habéis acorralado a un leopardo.

—¿A un leopardo, dices? ¿Qué tipo de bestia es ésa?

—¡Una muy feroz y peligrosa, britano!

—Y aun así, cuando se la persigue, ¿huye y se esconde en un agujero en las rocas?

El resto de hombres habían estado susurrando entre ellos, explicándose los unos a los otros lo que se estaba diciendo; al oír aquello, se rieron. Memnón también se rió, lo que pareció

sorprenderles.

—Es evidente que nunca os habéis encontrado con un leopardo —dijo al britano—. Suben a los lugares altos para almacenar sus presas, o para conseguir un poco de paz, y no es bueno molestarlos.

—Es cierto que nunca he visto a un leopardo —admitió el britano—. De hecho, no tengo ni la menor idea de dónde viven tales bestias, y aun menos de qué podría estar haciendo una de ellas en mi país admirando el paisaje.

—A decir verdad —contestó Memnón—, yo tampoco tengo ni la menor idea de que estoy haciendo en tu país, pero es una bonita vista.

—¿Tus amigos están en el camino?

—¿Por qué no vas tú y lo descubres? Yo te esperaré.

El britano se rió.

—¿Cuál es tu nombre, romano? ¿Y tu unidad? Si puedo, dejaré que tu gente sepa que moriste valientemente.

—Muy amable por tu parte. Mis amigos en el *numerus* de Mauritanos Aurelianos me llaman Memnón.

—Entonces, baja, Memnón de los Mauritanos Aurelianos, y yo lucharé contigo en un combate cuerpo a cuerpo. ¡Un guerrero tan valiente no debería morir como un zorro en su guarida!

Memnón pensó en ello un momento. Nunca había deseado gloria, pero morir en un combate contra un jefe britano sonaba mejor que ser apuñalado hasta la

muerte en un agujero.

—Bajaré —asintió—. ¿Con quién voy a luchar, britano?

—¡Soy Argentocoxus —le dijo el líder—, hijo de Aenbecan, jefe de los caledonios! Yo lucharé contigo.

—¡Oh, vaya! —dijo Memnón. Nunca había oído hablar de él—. Entonces, ¿no eres uno de los maeatae?

Los hombres ulularon a modo de escarnio e hicieron rudos comentarios sobre los maeatae.

Memnón reptó y se deslizó en su camino fuera de la grieta en la roca, y bajó la pendiente, con la jabalina en la mano derecha y el cuchillo en la izquierda, hasta el riachuelo donde los britanos estaban esperándole. No eran

mucho más altos que él, lo que era un alivio. Era hombres enjutos, de cabello castaño o pelirrojo, todos con barba y con las mejillas y los antebrazos tatuados. Mientras lo miraban, se dio cuenta de que estaba empapado y cubierto de barro, y de que estaba manchado con la sangre del pobre Lirón. Pensó que estaban mirándolo fijamente por eso, hasta que empezaron a hacer los gestos habituales contra el mal, y se dio cuenta de que era porque no lo habían visto bien antes y, como el resto de los del norte, estaban sorprendidos ante su primera visión de un etíope. Retrocedieron, todos excepto Argentocoxus, que lo examinó con profundo interés.

—¡Vaya, esto es algo que nunca había visto antes! —exclamó—. ¿Os pintáis de ese color?

Memnón sonrió.

—En mi país, la gente a veces se pinta de blanco, pero nunca de negro. Tampoco nos cubrimos de azul como lo hacéis vosotros. Nunca he luchado antes con un britano cuerpo a cuerpo; ¿cómo se supone que vamos a hacerlo?

—¡Ay! —exclamó el caledonio, con los ojos entornados—. ¿Hay muchos romanos de ese color?

—Algunos —contestó Memnón, con cautela—. No muchos. Aquí, en el norte, muy pocos, y la mayor parte de ellos pertenecen a mi unidad.

—He escuchado una historia sobre

un soldado romano así, como tú —le contó Argentocoxus—. Se dice que convirtió al sobrino de Fortrenn, de los votadini, en un eunuco.

Memnón puso los ojos en blanco.

—¡No convertí al joven patán en eunuco, solo le recorté la polla un poco! Pero eso no fue todo lo que hice. También tomé a Fortrenn como rehén, me llevé a sus prisioneros en mitad de su campamento, cogí el torque de oro que llevaba alrededor de su cuello y lo abandoné atado con su propia túnica. He oído que quiere mi cabeza sobre una lanza ante sus puertas pero, si quieres dársela tú, tendrás que luchar por ella.

—¿Entonces fuiste tú?

—Fui yo.

El caledonio se rió.

—¡Me siento honrado de conocer a un guerrero así! —Entonces sus ojos se entornaron de nuevo, y examinó a Memnón especulativamente—. Se me ha ocurrido una cosa. Los líderes de los caledonios y de los maeatae nos reuniremos pronto. Me gustaría, romano, que en vez de luchar conmigo, acudieras a esa reunión como mi invitado.

Memnón frunció el ceño.

—¿Para que puedas entregarme a Fortrenn?

—¡No! —exclamó Argentocoxus, indignado, y escupió—: No soy amigo de Fortrenn, hijo de Talorgen. Su arrogancia no nos ha traído nada más que problemas y dolor. Haré el

juramento de mi pueblo, si accedes a venir conmigo a esa reunión. No te entregaré a ningún hombre. Además, juro que, hasta que la reunión termine, serás tratado como mi invitado, y que si algún hombre levanta la mano contra ti, la levantará contra mí y mi clan, y me vengaré.

Memnón inclinó la cabeza ligeramente. Su corazón estaba empezando a desbocarse a medida que la tranquila certeza de la muerte se alejaba de él. Seguramente tardarían algún tiempo en llegar a aquella reunión y, si iban a tratarlo como invitado, tendría oportunidades para escapar. Necesitó hacer un esfuerzo para mantener la voz firme cuando dijo:

—Fortrenn es un rival, y quieres avergonzarlo delante de todo el mundo, ¿no es eso?

Argentocoxus sonrió.

—¿Y si es así?

Memnón tomó aliento profundamente.

—No tengo nada que objetar. Acepto.

—Entonces, dame tu jabalina y tu cuchillo —dijo Argentocoxus, con los ojos muy brillantes—, y júrame por los dioses a los que tu gente venere que vendrás a la reunión conmigo, y que no intentarás escapar.

Ah. Argentocoxus no era tonto. Lentamente, Memnón cogió la jabalina y la clavó en la tierra ante el jefe

caledonio, y después le ofreció el cuchillo de hoja negra por la empuñadura.

—Juro por mis ancestros —dijo, solemnemente—, y por todos los dioses y espíritus, que iré contigo a esa reunión, Argentocoxus, y que no intentaré escapar hasta que haya terminado.

El caledonio tomó el cuchillo, sonriendo.

—¿Y después?

Memnón se encogió de hombros.

—Tú tampoco has dicho que ocurriría después.

Su sonrisa se amplió.

—Me gustas, romano. Si tengo que matarte, lo haré rápido.

No lo ataron, y eso ayudó a aliviar la trepidante sensación de su estómago; si lo hubieran atado habría estado seguro de que pretendían matarlo lentamente. En lugar de eso, Argentocoxus lo trató muy educadamente, e incluso desmontó de su propio caballo para caminar junto a él en el camino de vuelta al campamento caledonio, ya que, con el pobre Lirón muerto, Memnón no tenía ningún caballo que montar. Sin embargo, el jefe caledonio envió a un grupo de jinetes por el barranco antes de escoltar a Memnón: sin duda, exploradores para que descubrieran la ubicación y el número de los mauritanos. Memnón se preguntó cuántos caledonios estarían

reunidos sobre aquel barranco, y esperó que Rogato hubiera tomado buena nota de su señal de advertencia.

El campamento era enorme: una destartalada colección de chozas y tiendas frente a una cañada, húmedas y sucias. Era un clan grande, evidentemente: estaba claro que Argentocoxus era un hombre importante entre los caledonios. El primer sonido que Memnón oyó al entrar al campamento, sin embargo, fue el llanto de los niños, y se fijó en que los ancianos y las mujeres estaban tendidos, exhaustos, en la soleada orilla, empapándose de la poco habitual calidez. Como los maeatae, los caledonios habían abandonado sus

aldeas para esconderse en las montañas, y sin duda había sido un viaje duro.

Aquello no era nada, por supuesto, comparado con lo que los britanos sufrirían durante el invierno si la guerra continuaba. Habían sembrado sus cosechas a principios de primavera; si no regresaban a sus aldeas y las recogían al final del verano, se morirían de hambre.

Aun así, la mayor parte de la gente parecía contenta. Los niños, descalzos, corrían junto al grupo del jefe, chillando entusiasmados, y cuando el grupo se detuvo, la mayor parte de los habitantes del campamento se agolpó alrededor de ellos, sonriendo, dando empujones y exclamando. Todos los hombres miraban

y señalaban a Memnón, sorprendidos por su primera visión de un hombre negro. Argentocoxus dio un breve discurso del que Memnón apenas pudo entender nada, aunque reconoció el nombre de Fortrenn, y el suyo propio. Para su alivio, los caledonios lo miraban más impresionados que indignados.

A pesar de su posición como invitado, y a pesar de su juramento de no escapar, le asignaron guardias: dos taciturnos jóvenes, uno con una pierna herida, y el otro con el brazo en cabestrillo. Argentocoxus no malgastaba a hombres sanos en labores de vigilancia, pero era obvio por la expresión de aquellos dos que

pretendían tomarse su labor seriamente. El jefe escoltó a Memnón y a sus nuevos vigilantes a una enorme choza en el centro del campamento, levantó la manta que colgaba sobre la puerta, y lo condujo al interior.

Había dos jóvenes sentadas allí, hilando, una con el cabello pelirrojo y la otra castaña, ambas tatuadas.

—Mi esposa, Drustocce —le informó Argentocoxus, señalando a la pelirroja—. Y mi hermana, Sulicena. —Le indicó a la de pelo castaño—. Este es Memnón, un romano; él es el hombre que humilló a Fortrenn de los votadini. Debido a su valor le he perdonado la vida, y será nuestro invitado hasta la reunión de las tribus. Fidach e Ivomagus

se ocuparan de él.

Argentocoxus se acercó a su mujer y la besó, añadiendo algo en britano, y después se marchó. Pudieron oír su voz en el exterior, gritando órdenes, y el sonido de los hombres reuniendo armas.

Memnón se quedó, incómodo, junto a la entrada de la cabaña, húmedo y lleno de barro, mirando a las dos nobles caledonias y preguntándose cómo demonios debía comportarse un hombre en una situación como aquella. Se imaginó contando la historia a sus compañeros de tienda, y después envió una súplica a Juno Caelestis para que sus compañeros sobrevivieran a aquel día.

—Entonces —dijo Drustocce,

después de un largo silencio—, mi esposo ha salido ahora a luchar contra tu gente. —Habló en un excelente latín.

—Así es, señora —asintió Memnón—. Créeme, estoy tan preocupado por ello como tú.

Había llegado a la conclusión de que, si bien los caledonios de aquel campamento tenían hombres suficientes para intentar atacar a los mauritanos, no tenían suficientes para acabar con ellos; sin embargo, estaba muy preocupado.

Ambas mujeres resoplaron. Fidach, el guardia con la herida en la pierna, se sentó rígidamente. Sacó el cuchillo de su cinturón y una piedra de afilar, y comenzó a aguzar la hoja ostentosamente, mirando a Memnón con

ira mientras lo hacía. Ivomagus, el que tenía el brazo roto, también se sentó, junto a la entrada, y colocó la lanza sobre su regazo.

Bueno, aquello parecía estar claro: pasarían la batalla sentados allí, en la cabaña de Argentocoxus. Memnón se sentó en el suelo, entre los guardias, y miró a su alrededor. El lugar era bastante sencillo: una estructura circular de estacas atadas con juncos y cubiertas con pieles, sólo con un agujero en el techo para dejar que la luz entrara y que el humo saliera. Había un hogar, pero no fuego, y no había muebles excepto un par de baúles y ropa de cama apilada a los lados de la choza. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, se dio

cuenta de que había un bebé dormido en la cama tras las mujeres. ¿El sobrino del jefe, o su hijo?

Tenía los pies fríos, y se preguntó si podría quitarse las húmedas botas. Decidió que, seguramente, lo considerarían descortés. No quería ser grosero con la esposa de un jefe, especialmente mientras su guardia sostenía aquel cuchillo.

—No llevas armadura —dijo Drustocce, después de otro silencio—. Tú no eres legionario.

Memnón decidió que la mujer estaba intentando calcular las probabilidades a las que su marido se estaba enfrentando.

—Soy explorador de un *numerus*

de caballería ligera —le contestó, amablemente. Después, para darle ánimos a la mujer, y a sí mismo, continuó—: Creo que son casi el mismo número de guerreros. Tu gente atacará a la mía, descubrirá que somos duros, y retrocederá. Mi gente retrocederá también, hacia el sur. Estamos a tres días al norte del estuario, y mi prefecto no va a quedarse esperando a que aparezcan vuestros aliados.

Sulicena, una mujer delgada de aspecto muy similar al de su hermano, entornó los ojos del mismo modo pensativo.

—Crees que será una batalla breve —observó, también en buen latín—. ¿Sin muchos muertos en ningún bando?

—Sin duda será una batalla breve —asintió Memnón—. En cuanto a las pérdidas... eso depende de lo fuerte que vuestro jefe golpee.

Se produjo otro largo silencio, llenado solo por el sonido de la piedra de afilar de Fidach. El bebé comenzó a sollozar. Drustocce se acercó a él, lo cogió en brazos y comenzó a acunarlo; así que era su hijo, no su sobrino. O su hija, tal vez. No lo sabía.

—Nunca había visto a un hombre negro —comentó Sulicena, al final—. ¿De dónde eres?

Memnón sonrió.

—Llaman a mi pueblo «tubu», pero no habrás oído hablar de nosotros. Si cruzas el estrecho mar hasta la Galia,

después vas en dirección sur durante un largo, largo viaje, a través de la Galia e Iberia, y cruzas el mar Mediterráneo por las Columnas de Hércules, llegarás a la provincia de Mauritania, que está en África. Si atraviesas Mauritania, y las montañas de Adas, llegarás al gran desierto. Cruzándolo, ¡y ése será un viaje muy duro y muy, muy largo!, llegarás a las tierras donde vive mi gente. Al sur del desierto hay un montón de tribus diferentes, todas ellas etíopes, como yo. Yo nunca había oído hablar de gente blanca hasta que llegué al norte.

—¿Qué provincia es ésa, entonces? —preguntó Sulicena impacientemente.

Memnón se rió y negó con la cabeza.

—Señora, en el lugar de donde yo vengo ni siquiera habíamos oído hablar del Imperio Romano. Yo había oído que se suponía que había muchas tribus más allá del Mar de Arena, y que eran enemigos de los getulos, pero nunca imaginé nada como lo que encontré cuando llegué al norte.

Ambas mujeres lo miraron fijamente. Los dos guardias, que no parecían hablar latín, los miraron con incertidumbre.

—Entonces, ¿tú no eres romano? —preguntó Drustocce, finalmente.

El se encogió de hombros.

—Soy un soldado romano. Cuando termine mi servicio obtendré la ciudadanía, igual que cualquier hombre

nacido en el Imperio.

—¿Y es para ganar esa ciudadanía por lo que has venido de aquel país lejano para luchar contra nosotros? —preguntó Sulicena, incrédula.

Memnón se encogió de hombros de nuevo, y se pasó un pulgar sobre los labios.

—No tengo ningún problema personal con los caledonios, pero si tu gente atacó al Imperio, ¿qué esperabais?

—Los caledonios nunca han atacado Roma —señaló Sulicena—. Si los romanos vienen aquí, y nos atacan, e intentan arrebatarnos nuestras tierras e imponer sus leyes sobre nosotros, ¿esperas que los recibamos como amigos?

—¿Cómo es tu país? —preguntó Drustocce, antes de que pudiera pensar una buena respuesta a aquello—. ¿Hace calor allí? ¿Es por eso por lo que tu gente es negra?

El hombre le sonrió, recordando a una niña en el Danubio que le había hecho la misma pregunta.

—Allí hace mucho calor —asintió—. Y es una tierra muy seca. No se parece a Britania en nada. Señora, ¿te sentirías ofendida si me quitara las botas? Están mojadas.

—Como están todas tus cosas —señaló Sulicena. Dejó su huso, se acercó a uno de los baúles, y buscó en él durante un minuto antes de sacar un par de pantalones, una túnica, y una capa de

cuadros.

—Eran de mi marido —dijo, tirándoselos—. Tu gente lo mató a principios de este año. Cámbiate, y tenderé tus cosas para que se sequen.

Sostuvo las ropas del hombre muerto con torpeza, mirándola con perplejidad. Ni por un momento habría pensado que las mujeres y hermanas del jefe pudieran ver a los soldados enemigos mientras se desnudaban.

La boca de Sulicena se curvó en una maliciosa sonrisa.

—¿Qué, te preocupa que veamos que la ropa mojada está llevándose el tinte negro?

Sorprendido, le devolvió la sonrisa.

—Esto es barro, señora. ¡Tenía entendido que aquí en Britania sabíais lo que era el barro! Preferiría que aceptarais mi palabra de que soy realmente negro, y que me permitierais cambiarme detrás de una cortina. No me gustaría que el jefe se hiciera una idea equivocada. Ella se rió.

—Dispondré una cortina para ti —concedió—, ya que eres tan pudoroso.

Capítulo 9

Los hombres caledonios no volvieron al campamento hasta el anochecer. Memnón, esperando en la oscuridad del interior de la cabaña, escuchó los gritos y la charla que recibieron su vuelta, y, lentamente, se relajó: no sonaba como una victoria. Para ser justo, tampoco sonaba como una derrota... pero al menos nadie estaba lanzando vítores.

Enseguida, Argentocoxus entró en la cabaña con un farol. Su esposa corrió a abrazarlo, y él la besó. Miró a su alrededor y vio a Memnón sentado a un

lado. Retrocedió un poco y después se acercó a él, sosteniendo el farol. Tenía el ceño fruncido.

—¿Cómo conseguiste advertir a tus amigos? —le preguntó.

—Dejé una señal en el camino cuando encontré el rastro de vuestro explorador —contestó Memnón, serenamente—. Entonces, ¿no cabalgaron hasta tu emboscada?

El jefe parecía disgustado.

—Ganamos el encuentro. ¡Los hicimos huir de vuelta a Bodotria!

Memnón asintió sabiamente.

—Le dije a tu esposa que se retirarían sin esperar a que buscaras a tus aliados.

—¡Mañana los perseguiremos!

—No esperan otra cosa —sonrió al caledonio—. Ésta no ha sido nuestra primera misión de reconocimiento, ¿sabes?

Argentocoxus soltó una repentina carcajada e hizo un gesto de concesión.

—Da igual. ¡No hay gloria en luchar contra niños!

Los caledonios, pensó Memnón, eran una gente extraña.

Los días que siguieron le confirmaron esa opinión. Estaban allí, escondidos en las montañas, viviendo en chozas y cuevas por miedo a los romanos... y actuaban como si estuvieran en un festival. Se pavoneaban por sus lamentables campamentos haciendo tintinear sus joyas y mostrando sus

tatuajes a los demás; por la noche tocaban música con el arpa, las gaitas y los tambores, y cantaban canciones sobre héroes caledonios. Eran fanfarrones, brutales y violentos, y valoraban el coraje y la habilidad en la batalla sobre todas las cosas. Y, con todo, reverenciaban a los bardos y a los artistas, que estaban exentos por ley de hacer cualquier cosa relacionada con el derramamiento de sangre. Adoraban los festines y, a la primera de cambio, se emborrachaban cada noche. Aunque también se sometían a pruebas de resistencia, como quedarse todo el día metidos hasta el cuello en un pantano para honrar a sus dioses. Siempre que hacían algo que consideraban digno de

elogio, como hacer un ritual a sus dioses o matar a un enemigo, se recompensaban con un nuevo tatuaje, que después exhibían ante todos sus vecinos. Las mujeres eran tan audaces como los hombres: se reían y bromeaban con los guerreros y, o eso le parecía a Memnón, dormían con quien les placía, y aun así consideraban a los romanos impúdicos, y profesaban horror ante la idea de un baño público.

Por supuesto, aquel primer día, cuando Sulicena le sugirió que se cambiara frente a ella, había estado provocándolo. Se burlaba de él: a veces, con sarcasmo; a veces, directamente a la cara, simulando seriedad. Memnón aprendió rápidamente

que nunca debía creer una palabra de lo que ella dijera, pero le gustaba. El también se burlaba de ella; aquello la sorprendió la primera vez, pero después se entregó con gusto a aquel juego. Fu£ una inesperada delicia encontrar a una mujer hermosa con la que podía reírse, en medio de una guerra y de su preocupante semicautividad. Estaba bastante seguro de que a ella también le gustaba: la había descubierto observándolo. Por supuesto, ella pensaba que era una persona mucho más importante de lo que realmente era. Para los caledonios él era el famoso guerrero que había sometido al poderoso Fortrenn, así que no veían nada de malo en que una mujer noble se enamorara un

poquito de él. Se alegraba de que no se dieran cuenta de lo bajo que era realmente el prestigio de un jinete de caballería auxiliar. Era muy agradable ser un famoso guerrero, que otros hombres lo trataran con una cauta deferencia y que las mujeres lo miraran con admiración.

Incluso deseaba poder llevar las cosas un poco más lejos. Pero Sulicena era la hermana de su anfitrión y, además, una enemiga. Sus perspectivas con ella eran tan imposibles como lo habían sido con la hermosa Atenais. De cualquier modo, un hombre podía disfrutar soñando.

Pasaba la mayor parte del tiempo con ella y con Drustocce, y con Fidach e

Ivomagus, por supuesto, sus dos sombras. También había niños, además del bebé: Drustocce tenía una hija de ocho años, y Sulicena, un hijo de seis. Ambos estaban interesados en el invitado. La chica, Melluna, estaba empezando a aprender latín, el idioma se consideraba esencial entre los nobles, y, después de algún nerviosismo inicial, se mostró encantada de encontrar a un romano con el que practicar. Cathluan, el chico, comenzó su acercamiento declarando que cortaría la cabeza del romano pero, cuando le dijeron que no podía decapitar a los invitados, quiso escuchar historias de la guerra, y se sintió frustrado por la barrera del idioma. Ambos eran niños brillantes y

vivaces, y Memnón disfrutaba de su compañía. Les enseñó algunos de los juegos que había jugado cuando era niño, y hubiera tallado un leopardo de juguete para ellos si le hubieran permitido tener un cuchillo.

Pasó sus primeras noches entre los caledonios en el campamento, a la entrada de la cañada. Sin embargo, cuando los hombres volvieron de su persecución de los mauritanos hasta el estuario, el clan desmontó sus chozas y tiendas y se mudó al oeste, a otro valle en la profundidad de las montañas. Los romanos habían encontrado el primer emplazamiento, y éste ya no era seguro.

No obstante, ocho días después de que el clan se hubiera acomodado en su

nuevo escondite, Argentocoxus tomó a su familia, una docena de sus mejores guerreros y su invitado, y salieron para la reunión de los líderes tribales. Drustocce llevó al bebé, que aun no estaba destetado. Los otros dos niños, decepcionados, se quedaron con sus familiares.

Al principio viajaron al norte, luego al este, y luego al sur de nuevo, un camino sinuoso a través de montañas y a lo largo de las orillas de profundos lagos cristalinos: Memnón, al principio, se preguntó si la ruta indirecta había sido escogida para confundirlo, pero decidió que, en lugar de eso, estaba dictada por la necesidad de evitar a los romanos. Los caledonios intentaban no

hablar sobre la guerra frente a él, pero se enteró de que las tropas del Emperador habían comenzado a moverse en dirección norte desde el estuario, y de que los britanos estaban en apuros.

El sitio elegido para la reunión era un fortín en las montañas, cerca de un lago: un lugar tosco, con una ruinosa empalizada en lugar de una muralla adecuada rodeándolo, y cercando un granero de paja que los britanos llamaban «salón de banquetes» y algunas chozas en mal estado. Memnón pensó que el lugar estaba en alguna parte al sur de Caledonia, y eso le parecía un poco arriesgado: las tropas imperiales, seguramente, pretendían marchar por los

valles del sureste, y si se enteraban de que los jefes se habían reunido, bajarían hasta aquel lugar como rapaces. Sin embargo, suponía que la ubicación sur había sido elegida para comodidad de los líderes maeatae, y estaba seguro de que los jefes britanos tenían exploradores y centinelas apostados, y que se dispersarían por las montañas si había algún peligro.

Llegaron al anochecer de un soleado día de finales de junio. El anfitrión de la reunión era el jefe de los venicones, una tribu miembro de la confederación caledonia. Recibió solemnemente a Argentocoxus y a su familia en las puertas de la fortaleza. Echó una mirada cautelosa a los

seguidores del jefe caledonio, y entonces vio a Memnón y ahogó un grito. Memnón le sonrió.

—Este es mi invitado: Memnón —dijo Argentocoxus, tranquilamente—. Un romano que... —Memnón no pudo seguir el resto de lo que dijo, pero hubo algo sobre «valor». Siguió sonriendo al jefe de los venicones, que lo miraba horrorizado.

—Fortrenn, de los votadini, está aquí —dijo el jefe venicón, haciendo un gesto para alejar el mal—, y también su sobrino, Cirech. ¿No es éste el hombre que...?

—¡Desde luego que lo es! —contestó Argentocoxus, sonriendo—. Es mi invitado.

—¡Es un romano! —objetó el venicón, y añadió algo sobre espías.

Argentocoxus, sin embargo, insistió en su derecho a llevar cualquier invitado que le placiera, y finalmente el venicón cedió. Llevaron al grupo caledonio a una choza al norte del enorme granero y les ofrecieron una copa del aguamiel ceremonial, que Argentocoxus se bebió para indicar que aceptaba la hospitalidad. Las mujeres salieron inmediatamente a buscar agua para lavar.

Argentocoxus sonrió a Memnón.

—Esta noche habrá un festín —le informó, en latín—. Hemos sido los últimos en llegar, y mañana comenzará la reunión. Como romano, tienes

prohibido asistir a la misma, pero, como mi invitado, eres bienvenido en el banquete.

—¿Fortrenn estará allí? —preguntó Memnón.

La sonrisa de Argentocoxus se llenó de satisfacción.

—Y parece que su sobrino también. ¡No te preocupes! Estamos aquí bajo una tregua jurada, y todos hemos aceptado la hospitalidad de Nechtan de los venicones. Si Fortrenn intenta sacar un arma en el salón de nuestro anfitrión, sus propios hombres gritaran y lo detendrán. —Examinó a Memnón con ojo crítico—. Las mujeres se ocuparán de que recibas de nuevo tus ropas, pero es una pena que sean tan sencillas. ¿Qué pasó con el

torque de oro que le quitaste a Fortrenn?

—Está en la caja fuerte de la base de mi unidad, en Aballava —le dijo Memnón—. No llevo oro cuando salgo a explorar. —Dudó un momento, y después buscó en la bolsa que aun llevaba en el cinturón; sus guardias la habían examinado y se la habían devuelto intacta. Sacó su pendiente de oro—. Sin embargo, tengo esto.

Se había quitado el pendiente cuando cabalgó al norte desde el estuario, y le había parecido extraño ponérselo de nuevo, allí, en el centro de una fortaleza bárbara. Sin embargo, creía que debía a Argentocoxus todo el espectáculo que pudiera proporcionarle.

El caledonio estaba sorprendido.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es un pendiente —contestó Memnón, pacientemente—. Una estrella de oro, ¿ves? Este es el emblema de los Mauritanos Aurelianos. Todos llevamos uno. ¿No te habías dado cuenta?

—Me di cuenta de cómo luchaban tus amigos —dijo Argentocoxus, con sequedad—. No presté mucha atención a sus joyas. —Consideró a Memnón un momento, incómodo—. Para nosotros esa señal es el símbolo de una diosa.

—¿Ah? Bueno, también lo es para los mauritanos.

—¿De verdad? ¿De qué diosa?

—De Juno Caelestis, la Reina del Cielo. Es la patrona de Mauritania, y nuestra protectora.

—Nosotros decimos que es el símbolo de Brígida, la Dama de la Noche, Madre de los Dioses. Es muy temida.

—También lo es la Reina del Cielo —le informó Memnón—. Y ellos también la llaman Madre de los Dioses.

Argentocoxus inhaló con un siseo.

—Parece ser la misma diosa. Una poderosa protectora, está claro. —Dudó, y entonces, con una sonrisa, tomó el broche de su propia capa. Era un broche circular de bronce pulido, trabajado con sinuosas curvas de esmalte rojo, y tenia un granate incrustado en el alfiler—. ¡Lleva tu emblema, pero toma esto prestado también! —dijo—. ¡Un guerrero no

debería entrar en un salón de banquetes desconocido sin más adorno que un sencillo pendiente!

Memnón vaciló, y después sonrió y lo aceptó.

Las mujeres volvieron con cubos de agua y todos comenzaron a prepararse para el banquete. Parecía que era costumbre entre los caledonios que los hombres se sentaran primero, y que las mujeres entraran al salón cuando la cena ya hubiera comenzado: los preparativos de los hombres eran, por tanto, más urgentes. Argentocoxus se sentó para dejar que su mujer le recortara el cabello y la barba.

—¡Vamos! —dijo Sulicena, acercándose a Memnón con un peine y

una navaja de afeitar—. Yo me ocuparé de ti.

Memnón se sorprendió, y miró la afilada hoja con inquietad.

—Yo, uh, no... —señaló, llevándose una mano a su suave barbilla.

La mujer se detuvo, frunciendo el ceño. Miró la navaja que tenía en la mano, y después de nuevo al etíope. Todos los demás lo miraron también, con la misma expresión de desconcertada sorpresa, cuando se dieron cuenta de que no se había afeitado desde que llegó.

—No eres un eunuco, ¿verdad? —le espetó Drustocce.

—¡No! —exclamó, indignado—

¡Claro que no! ¿Es que mi voz suena como si lo fuera? A los hombres de mi tribu no nos sale vello en el rostro hasta que somos viejos. No tiene nada que ver con nuestra habilidad para tener hijos.

Todos pensaron en ello y después negaron con la cabeza, asombrados. Drustocce siguió con su trabajo en el cabello de su marido. Sulicena continuó mirando a Memnón con el ceño fruncido.

—Deja que te arregle el cabello, entonces. Pareces una oveja sin esquilar.

Sospechaba que era así: no se había cortado el cabello desde que salió de Aballava. Se sentó en el suelo de la choza, un poco nervioso, y Sulicena se arrodilló a su lado, cambiando la navaja

por un pequeño par de tijeras. Tocó su cabello titubeantemente, y cogió un mechón entre sus dedos.

—¡Es como tocar una oveja sin esquilar!—protestó—. Tu cabello no se parece en nada al nuestro.

Memnón suspiró.

—Eso es porque soy etíope, y vosotros celtas. Si tienes un espejo, puedo cortármelo yo mismo. —Tal vez podría hacerse con las tijeras...

—Ja! Y dejar que te hagas un desastre en la parte de atrás. Yo puedo hacerlo. —Separó parte del cabello con el peine y lo cortó con las tijeras, trabajando rápidamente. A Memnón le gustaba el fuerte y a la vez suave roce de sus manos sobre su cabeza, pero no se

atrevió a decirlo.

Cuando terminó, Sulicena cogió un mechón de cabello cortado y lo enrolló entre sus dedos. Después lo soltó, y le pasó suavemente la mano por la cabeza, y por la mejilla. Memnón giró la cabeza y vio su rostro muy cerca. Tenía una luna creciente tatuada en la frente; otro tatuaje en la base de su garganta bajaba bajo su túnica, y el hombre se preguntó dónde se detenía.

—El mundo es más grande de lo que yo pensaba —dijo la mujer, en voz baja, casi con tristeza—. Hasta que llegaste aquí, no tenía ni idea de que existían hombres con la piel negra, o de que hubiera países tan lejanos que la gente de allí nunca hubiera oído hablar

del Imperio Romano.

—El mundo es muy grande —asintió—. Cuanto más descubro de él, más grande me parece.

Ella le acarició la mejilla de nuevo, y después recorrió la curva de su oreja. Sus dedos apreciaban lo que tocaban, y Memnón contuvo el aliento, mareado por el deseo de correspondería.

—Lo único que he visto de él es Caledonia —le dijo, en voz baja—. ¿Por qué has venido para combatir con nosotros, Memnón?

—Yo... juré luchar por el Imperio —le dijo, intentando mantener el tono de voz.

—¿Por qué?

Memnón se giró y tomó su mano.

—Cuando llegué al norte... Cuando lo hice por primera vez, cuando cruce el desierto, tenía tres camellos y un puñado de oro que había robado a los getulos. Salí del desierto y me dirigí a las tierras altas porque pensaba que allí habría agua, y llevaba dos días sin beber. Llegué a Auzia, que es una fortaleza que protege las tierras colonizadas de los getulos. Nunca había visto nada como aquello. Nunca antes había visto ninguna edificación de piedra mayor que un corral de cabras, y allí estaba aquello, ¡una fortaleza con puertas y torres! Me daba miedo acercarme, pero lo hice porque, si no, moriría de sed. Los soldados no me dejaron entrar, pero me

dieron agua de su pozo, para mí y para los camellos, e hice un trueque con ellos para conseguir algo de comida. Sí, me cobraron un precio excesivo, me engañaron escandalosamente pero, verás, si ellos se hubieran acercado a un pozo tubu, unos perfectos desconocidos que no hablaban una palabra de *tbawi*, los habríamos matado. Eso fue lo primero que vi del Imperio: habilidad para construir, y poder, y tolerancia. Aquello me asombró, y ni siquiera sabía que Auzia era sólo un pequeño fortín en el límite de algo tan amplio que una mente sencilla no podía imaginárselo.

Tomó aliento profundamente, preguntándose cómo podría ella entender lo que estaba contándole, si ni

él mismo comprendía por qué estaba haciéndolo.

La mujer frunció el ceño.

—¿Estás diciéndome que luchas por el Imperio porque lo amas?

Memnón soltó su mano. Después de un momento, asintió.

—Al principio luché por él porque se trataba de luchar contra los getulos, y yo los odiaba. Cuando hice mi juramento, sin embargo, ya estaba cansado de odiar.

—Y aun así has venido hasta aquí para luchar —dijo Argentocoxus, de pie sobre los mechones, esparcidos de su propio cabello—. ¿Nos odias?

Memnón había olvidado que estaba allí. Suspiró.

—A decir verdad, jefe, no os odio. Me apenaría la muerte de cualquier miembro de tu clan. Desearía que pudierais firmar la paz con el Imperio.

—Lo intentamos —dijo Argentocoxus, en voz baja—. El Emperador despidió a nuestros mensajeros sin escucharlos.

—Quizá deberíais intentarlo de nuevo —dijo Memnón—. Quizá ahora os escuchen.

Argentocoxus lo miró pensativamente, y después sonrió.

Un par de minutos más tarde, Memnón se encontró caminando junto al jefe por la ladera, hacia el banquete, con los hombres de Argentocoxus siguiéndolos.

El salón de banquetes tenía el suelo sucio y los muros de adobe y cañas. Habían colocado mesas de caballete, flanqueadas por bancos, muchos de ellos de aspecto muy destartalado. Había un agujero para una hoguera en el centro de la habitación, y una plataforma elevada de madera en el extremo opuesto. En aquel momento, la habitación estaba iluminada por la luz del anochecer que se deslizaba bajo los aleros; allí, en el norte, los anocheceres parecían interminables, aunque una vez que la noche cayera la única iluminación sería la del fuego. Cerca de un centenar de hombres pululaban por la habitación hablando despreocupadamente, nadie se había sentado.

Cuando entraron en el salón varias voces aclamaron a Argentocoxus, y éste se acercó y palmeó algunas espaldas y estrechó algunas manos; Memnón comprendió lo suficiente de la conversación para concluir que aquellos eran otros jefes caledonios, aliados de Argentocoxus en alguna disputa. Se mencionó el nombre de Fortrenn, y Argentocoxus sonrió. Agitó una mano en dirección a Memnón, y el resto de caledonios se quedaron asombrados. Uno de ellos se rió.

Memnón estaba con Fidach e Ivomagus, esperando a que algo ocurriera, pero el único que llamó su atención fue que un arpista y un gaitero subieron a la plataforma y comenzaron a

tocar alegremente. Después de un tiempo, algunos de los hombres se sentaron; Argentocoxus, sin embargo, siguió conversando con los jefes, así que Memnón también permaneció de pie. Incluso Fidach estaba de pie, aunque, a juzgar por su expresión, la pierna debía dolerle muchísimo.

Después, por fin, se produjo una súbita agitación en el otro lado del salón, y un hombre alto se abrió camino a empujones a través de la multitud hacia ellos. Cuando se acercó más, Memnón descubrió que era, efectivamente, Fortrenn, hijo de Talorgen. Tenía un nuevo torque de oro y la mano sobre la empuñadura de su espada. Memnón le sonrió y levantó una

mano para saludarlo.

Fortrenn se detuvo, con el rostro enrojecido bajo los tatuajes. A su alrededor, el salón se había quedado en silencio; incluso los músicos habían dejado de tocar.

—¿Qué es esto? —rugió Fortrenn en britano, señalando a Memnón con una mano extendida—. ¿Qué has traído a nuestra reunión, Argentocoxus, hijo de Aenbecan?

—Ya conoces a mi invitado, Fortrenn de los votadini —contestó Argentocoxus, sonriendo maliciosamente—. Creo que te has encontrado con él antes.

Fortrenn dijo algo furioso sobre «espías» y «enemigos». Argentocoxus

contestó bruscamente con palabras sobre «tu vergüenza». El anfitrión de la reunión, Netchan de los venicones, corrió hasta ellos jadeando e intentó suavizar los ánimos de sus invitados. Fortrenn fulminó con la mirada a Memnón y escupió algo acerca de «romanos mentirosos».

—Nada de mentiras —dijo Memnón con parsimonia, en britano—. Qué mentira dije, ¿eh?

Fortrenn, indignado, ladró una respuesta que contenía la palabra «fantasmas». Memnón levantó una mano.

—Yo nunca dije que fuera un fantasma —dijo en latín—. Ni siquiera me di cuenta de que eso era lo que tú y tus hombres creísteis, porque nunca

habíais visto a un etíope antes. Ahora bien, si dices que maté a uno de tus hombres, que circuncidé a tu sobrino, que rescaté a tus prisioneros y que te robé el torque de oro, e incluso la capa, bueno, eso sería justo, porque lo hice, pero no dije mentiras. —Se fijó en un joven del séquito de Fortrenn que estaba mirándolo con una mezcla de terror y furia, y supuso que era su sobrino. En realidad, no reconocía al chico, pues apenas había visto su rostro en la oscuridad, pero le saludó con un asentimiento.

Fortrenn sacó la espada de su vaina; varios hombres gritaron, y Netchan sujetó su mano. El jefe de los votadini apretó los dientes y bajó el

arma. Sus ojos eran homicidas.

—¡Te mataré, romano! —susurró.

—Eso he oído —contestó Memnón—. Lo intentaste el invierno pasado, ¿no? Te sentaste allí, en aquel campamento sobre la calzada, esperándome, mientras mis camaradas y yo subíamos por el territorio selgovae y bajábamos atravesando tus propias tierras, a nuestro antojo. Bueno, mi decurión siempre me decía que algún día me atraparían, y tuvo razón, así que quizá me mates.

—Mentiste —dijo el sobrino, avanzando repentinamente—. Dijiste que, si intentábamos recuperar a nuestros prisioneros, ninguno de nosotros llegaría a casa vivo.

—Aquello no fue una mentira —contestó Memnón en voz baja, manteniendo su mirada—. Aquello fue una promesa. Y la hubiera mantenido, britano; ya lo he hecho antes. No habéis sido los primeros en pensar que soy un fantasma, y quizá los últimos hombres que lo pensaron tenían razón. Murieron en el desierto, todos y cada uno de ellos.

Se produjo un silencio absoluto. Entonces, Fortrenn se dirigió de nuevo a Argentocoxus.

—¿Por qué lo has traído aquí? —preguntó en britano.

Argentocoxus escupió, pero no contestó. Netchan cogió su brazo y, mirando preocupadamente a Memnón, llevó al jefe caledonio hasta el otro

extremo del salón. Memnón pensó en seguirlo, pero nadie más lo hizo, así que permaneció donde estaba, delante del jefe de los votadini.

—¿Por qué has venido? —le preguntó Fortrenn, en voz baja.

—Argentocoxus me ha invitado.

—¿Quién es él para ti?

—Por ahora, mi anfitrión. Sus hombres me atraparon: estaba explorando con demasiada ansia. Tengo que agradecerte el hecho de que me perdonara la vida.

Fortrenn lo miró con profunda inquietud, hizo la señal para evitar el mal, y escupió tres veces, y la repetición parecía significar algo.

—Te mataré —dijo—, seas lo que

seas. —Se dio la vuelta y se encaminó a zancadas tras Argentocoxus.

Memnón se quedó donde estaba, observando al jefe mientras atravesaba el establo hasta la plataforma de madera. Así que los jefes se sentaban allí; los seguidores lo hacían más abajo. Suponía que él era un seguidor. Se preguntó si podría conseguir algo de comer, ahora que había medio convencido a la gente de que era, después de todo, un fantasma.

No disfrutó del banquete, ni siquiera después de que las mujeres llegaran, hermosas, con sus mejores vestidos y con flores en el cabello. No se sentaron con los hombres, ya que tenían sus propias mesas, cerca del

fuego, y Memnón no tuvo a nadie con quien hablar. Todo el mundo, excepto Fidach e Ivomagus, le tenía miedo, y estos no sabían latín.

Cuando retiraron la comida y comenzaron a beber de verdad, las mujeres se marcharon de nuevo. El bardo comenzó a cantar algo triste sobre un héroe. Memnón tocó el brazo de Fidach.

—¿Nos vamos? —preguntó, esperanzado.

Fidach asintió, con aspecto aliviado: evidentemente, quería descansar la pierna. Memnón se levantó del banco, ayudó a su guardia a incorporarse, y salió del salón.

En la choza de los caledonios, las

mujeres estaban preparándose para dormir a la luz de una vela de sebo. Se detuvieron cuando Memnón y sus guardias entraron. Sulicena estaba sonriendo, con los ojos brillantes bajo la luna tatuada.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, ansiosa—. Hemos estado con las mujeres y ninguna de ellas lo sabía. ¿Hablaste con Fortrenn?

—Sí —asintió Memnón—. Se acercó y gritó a tu hermano sobre mí. —Se sentó y jugueteo con su pendiente—. Todos han recordado que el gran Fortrenn de los votadini fue humillado por un romano. Todo el mundo ha visto que Argentocoxus de los caledonios tiene a ese mismo romano consigo. Me

imagino que tu hermano está contento.

Drustocce se rió y aplaudió. Fidach dijo algo sobre fantasmas, y Sulicena frunció el ceño.

—Sí —dijo Memnón, adivinando las noticias—. Fortrenn parece pensar que, después de todo, debo ser un fantasma.

La chica se rió y se puso en cuclillas, a su lado.

—¿Porque tienes un aspecto tan extraño? ¿Porque llevas la señal de la Dama de la Noche?

—Porque lo he asustado de nuevo.

Sabía que, cuando había hablado sobre los getulos, todos habían adivinado lo que había ocurrido en el desierto: había estado en sus ojos y en

su voz. Habían reconocido a un demonio, sobrenatural o no; y habían hecho bien en retroceder. Miró el hermoso rostro frente al suyo, y se sintió consolado por la expresión de cínica incredulidad.

—Fortrenn es un idiota —dijo Sulicena—. No quiere creer que un hombre pueda dominarlo, así que intenta convencerse a sí mismo de que no eres un hombre normal. —Le sonrió y añadió, en voz baja—: Y, por supuesto, no lo eres. Eres un gran guerrero.

Deseó besarla. Es la hermana de mi enemigo, se recordó a sí mismo, y la hermana de mi anfitrión.

Una mujer cuyo hermano seguramente lo mataría al día siguiente.

Estaba instintivamente seguro de que, si Argentocoxus había estado alguna vez dispuesto a liberar a su invitado, ya no lo estaba. Llevar a un explorador enemigo hasta donde está tu familia, dejar que vea el lugar donde se esconde tu clan, llevarlo a un consejo de guerra, ¿y después dejarlo marchar? Nunca había sido muy probable. Y ahora que Argentocoxus sabía que tenía a un hombre muy peligroso bajo su techo, menos. Memnón estaba seguro de que el caledonio se había dado cuenta de esto en el salón.

Miró los sonrientes ojos de Sulicena con seriedad y honestidad.

—Mañana es la reunión —le recordó—. ¿Qué ocurrirá con el gran

guerrero, con el gran guerrero enemigo, cuando termine?

La mujer retrocedió como si la hubiera golpeado, y después se puso en pie, frunciendo el ceño.

—¡Mi hermano nunca haría daño a un invitado! —declaró—. Sería deshonroso.

Memnón estaba despierto cuando Argentocoxus volvió del banquete, y notó que el caledonio se detenía junto a él en la oscuridad. Permaneció totalmente relajado, respirando tranquilamente, aparentemente dormido y con todos los músculos preparados para saltar si el jefe sacaba un arma.

Sin embargo, no se sorprendió cuando Argentocoxus se alejó sin

molestarlo. El caledonio había jurado tratar a Memnón como su invitado hasta que la reunión terminara, y no podía romper su juramento. Seguramente, no haría nada personalmente para dañar a Memnón hasta después de ésta. Había muchos otros en la reunión que se alegrarían de matarlo por él.

Por su parte, Memnón se sintió tentado de escabullirse durante la noche. Los caledonios habían bebido mucho durante el festín. Incluso Fidach e Ivomagus, que se habían marchado pronto, habían bebido lo suficiente para roncar hasta el amanecer. No tendría una oportunidad mejor para escapar, pero había jurado por sus ancestros que no lo haría.

Se imaginó a sus antepasados, sentados bajo palmeras de dátiles, allí donde vivían, negando con las cabezas, y diciéndose los unos a los otros: «Este Wajjaj, ¿qué se cree que está haciendo? Huye al norte y nos abandona totalmente. ¡Ese chico impío nunca nos hace una ofrenda durante los días de fiesta, ni canta para nosotros, ni atiende nuestras tumbas! ¿A quién se cree que está engañando, jurando por nosotros y simulando que cree que ese juramento es sagrado?»

Sonrió ante aquella imagen. Se había aislado del mundo al otro lado del desierto, en cuerpo y en nombre; el mundo de los espíritus, sin embargo, era incluso mayor que el Imperio Romano.

Honraría su juramento por sus ancestros, porque, si no lo hacía, la construcción de retazos que era su nueva vida perdería su última conexión con la antigua, y quizá comenzaría a desmoronarse. No intentaría escapar hasta que la reunión hubiera terminado.

Por la mañana, Argentocoxus siguió mirándolo mientras tomaban su desayuno de tortas de avena, pero no dijo nada. Cuando el jefe hubo terminado, Memnón se acercó a él y le ofreció el broche que le había prestado la noche anterior. Argentocoxus se sonrojó un poco y negó con la cabeza.

—¡No, no! —dijo—. Quédatelo.

Memnón elevó las cejas, y después se encorvó y sujetó el broche en el

pecho de su túnica.

—Gracias —dijo—. Me siento honrado.

Argentocoxus le dedicó una sonrisa forzada. Besó a su esposa y a su hijo, y después dijo un par de palabras en voz baja a Fidach e Ivomagus antes de marcharse.

Memnón se quedó inmóvil un momento, toqueteando el broche, seguro de que acababa de darle un regalo para su sepultura. Suspiró, dejó caer la mano, y descubrió a Sulicena mirándolo. Le sonrió, pero ella resopló, reunió sus faldas y abandonó la choza.

Era una mañana tranquila, soleada y clara. Intentó convencer a sus guardias para que lo acompañaran a dar un paseo,

pero se negaron y le dijeron que Argentocoxus les había ordenado que se quedaran en la choza. El tiempo pasó, y Sulicena no volvió. Drustocce estaba tranquilamente sentada, hilando o jugando con su bebé. Memnón caminaba sin descanso por la choza, preguntándose cómo sabría que la reunión había terminado.

Sulicena, finalmente, volvió a la choza a mediodía. Tenía un aire enfadado y desafiante, y cuando puso un pie en el interior de la choza fulminó con la mirada a Memnón, y declaró ruidosamente en britano que quería «impedir» algo.

Drustocce parecía estupefacta. Fidach e Ivomagus protestaron. Sulicena

les gruñó y se acercó para tomar el brazo de Memnón. Fidach protestó de nuevo, esta vez comprensiblemente:

—¡El jefe dijo que se quedara aquí!

Sulicena dijo algo sobre su hermano, y después algo sobre una choza. Hizo que Fidach e Ivomagus retrocedieran y condujo a Memnón, sorprendido, pero sin resistirse, al exterior.

—¿Qué estabas diciendo? —le preguntó, asombrado.

Tenía el rostro colorado.

—He dicho que quería poner fin a mi deseo, que he dispuesto el préstamo de una choza vacía, y que van a dejarnos solos.

—¡Oh! —exclamó, atónito—. ¡Oh, por los dioses y los espíritus!

Sulicena lo rodeó con sus brazos y lo besó con fuerza, y después retrocedió y lo miró. Las lágrimas brillaban en sus ojos.

—¿Por qué tienes que ser nuestro enemigo? —le preguntó.

—Desearía no serlo —le dijo, conmovido—. Señora, yo...

—Podrías quedarte con nosotros. Podrías jurar lealtad a mi hermano, para luchar por él. Podríamos adoptarte en el clan. No naciste romano: ¿por qué deberías morir como uno?

Memnón negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—¡Vamos! —le ordenó, y tiró de él

alrededor del salón de banquetes, bajando la colina.

La choza vacía estaba abandonada y olía a paja húmeda; los haces de paja que formaban su techo estaban comenzando a soltarse de las vigas. En invierno sería inhabitable, pero en aquel día de verano era agradablemente fresca. Sulicena extendió su capa sobre el desnudo suelo de barro, y después se acercó corriendo a la puerta. Echó un vistazo a la colina y la cerró con firmeza.

—Nos han seguido —dijo Memnón, comenzando a recuperar su disperso ingenio.

—Solo Ivomagus—le contestó con desdén y una inclinación de cabeza—.

Pero se quedará fuera.

Memnón se quedó en silencio un momento, mirándola. Estaba despeinada, furiosa y terriblemente adorable.

—Has descubierto que tenían intención de matarme.

Sulicena contuvo el aliento y apartó el rostro.

—Escuché a algunos de los hombres hablando de ello. Mi hermano permitiría que te marcharas libremente cuando la reunión terminara, esta tarde. Pero habría veinte hombres esperándote tras las puertas de la fortaleza, montados, con flechas y arcos, y a ti te enviarían desarmado y a pie.

Era eso lo que se había temido. La miró con seriedad.

—Entonces, ¿por qué me has traído hasta aquí?

Ella se giró y le pegó en el hombro.

—¿Tú que crees?

Le asombraba que hiciera aquello, entregarse a un enemigo de su clan, a uno que estaba a punto de morir. Le sorprendía doblemente que su gente se lo permitiera. Atrapó su rostro entre sus manos. Con todo el dolor del deseo, lo que más anhelaba de todo era mirarla, ver allí, en sus ojos, el inconfundible fuego del amor.

Ella cogió sus manos y las sostuvo, y después las colocó alrededor de su cintura. Lo besó.

—Esto no... ¿no se considera vergonzoso? —le preguntó débilmente,

cuando recuperó su aliento—. Entre mi gente lo sería.

Sulicena resopló y lo miró con los ojos entornados.

—¡No es vergonzoso! ¿Por qué crees que lo es? —Se apartó de él abruptamente—. ¡Estás casado!

—¡No, no! —protestó—. No lo estoy. Pero mi gente, y los romanos, consideran que el hecho de que un hombre duerma con la hermana de su anfitrión, o con cualquier otra mujer de la familia de su anfitrión, es un abuso de hospitalidad.

—Oh —dijo la chica, y negó con la cabeza—. Entre mi gente sólo rompes la hospitalidad al dormir con la esposa de tu anfitrión. Con quien duerma la

hermana no es asunto de su hermano.

—Pero soy un enemigo. ¿Eso no...?

—Eres un magnífico y célebre guerrero —le corrigió—. Un leopardo del sur, a quien temen todos los hombres. Todas las mujeres del clan sabrán por qué te he escogido, y la mayor parte de ellas me envidiarán.

Memnón frunció el ceño, asombrado, sin atreverse a admitir la verdad sobre su baja posición social.

—Pero eres la hermana del jefe; ¡tus hijos serán sus herederos! ¿Cómo va a...?

Sulicena lo silenció con un beso.

—No hay vergüenza en esto —le dijo, mirándolo a los ojos—. Sólo hay honorable amor.

El tatuaje terminaba entre sus pechos, en una espiral azul. Después de hacer el amor, y de su asombroso éxtasis, recorrió su línea. El corazón le dolía. Había encontrado un tesoro, el mejor que la vida tenía para ofrecerle, y no podría quedárselo después de aquel momento.

La mujer besó su hombro, y él la rodeó con los brazos, abrazándola con fuerza.

—Ojalá tuviéramos paz —susurró—. Ojalá pudiera quedarme contigo para siempre.

—Sí —susurró ella; después, con mayor urgencia, añadió—: Podrías quedarte. Si juraras lealtad a mi hermano...

—Si traicionara mis juramentos y cambiara mis lealtades tan fácilmente, ¿qué uso tendrían éstas para tu hermano, o para mí?

Sulicena suspiró, como si hubiera sabido que ésa iba a ser su respuesta. Descansó la barbilla sobre su pecho y recorrió las líneas de su rostro.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó, después de un largo silencio.

—¿Cuándo termina la reunión?

Ella hizo una mueca.

—Seguramente ya ha terminado.

—¿Ya?

—Sólo había un tema sobre el que discutir, y creo que Fortrenn lo habrá perdido. Ya deben estar bebiendo y haciendo juramentos de amistad y

apoyo.

Pensó en ello un largo momento. Después la beso apasionadamente. Cuando lo hizo, buscó a su alrededor y cogió la larga tira de cuero teñido que ella usaba para ceñirse la túnica. Cogió sus manos y comenzó a enrollarla alrededor, uniendo sus muñecas tras su espalda.

Sulicena abrió los ojos de par en par, pero la mantuvo en silencio, presionando su boca contra la suya en lo que ya no era un beso. Ella comenzó a forcejear. Memnón ató el cuero, y después encontró su vestido. Se separó de ella por fin y metió un pliegue del vestido en su boca mientras ella cogía aire para gritar.

—Lo siento —le dijo—, pero si va a haber veinte hombres esperándome tras la puerta, prefiero marcharme saltando el muro.

Ella lo miró con sorpresa e indignación, e intentó escupir la mordaza. Memnón se sentó a horcajadas sobre sus caderas, para evitar que se moviera, y recolocó las ataduras, asegurándola usando las mangas del vestido. Alejó el nudo de su nariz, para que no tuviera problemas para respirar, y bajó la larga falda para cubrir su cuerpo y proteger su modestia de quien, finalmente, entrara en la choza y la encontrara. Vio el pequeño cuchillo que la chica llevaba para cortar carne; tenía un lazo de cuero para atarlo a su

cinturón, pero se le había caído cuando se desvistieron. Tuvo que estirarse para cogerlo sin liberar sus piernas, pero lo consiguió.

—Voy a tener que cortar el dobladillo de tu capa —le dijo, y deslizó la pequeña y afilada hoja de su vaina—. Lo siento.

Ató sus piernas con la tira de lana, y después se levantó. Sulicena estaba recostada a medias entre su espalda y su costado, mirándolo con una mezcla de rabia y alivio.

—Juré que no intentaría escapar hasta que la reunión hubiera terminado —le explicó—. Si esto termina avergonzándote, bueno, lo siento. Al menos sabrán con certeza que no eres

una traidora.

Encontró sus ropas y se las puso. Su capa de montar seguía en la choza de Argentocoxus. Bueno, tendría que esperar que no comenzara a llover. Se ató el pequeño cuchillo de Sulicena en su propio cinturón, y después se acercó y se arrodilló junto a ella. Se quitó el pendiente y lo dejó en el suelo, frente a la chica.

—Esto es lo único que puedo darte —le dijo—. Esto, y mi promesa de que nunca haré daño conscientemente a ningún miembro del clan de Argentocoxus. No diré a los romanos dónde se esconde tu clan, ni desvelaré los secretos que haya podido descubrir mientras era vuestro invitado. —Sonrió

—. No es una gran oferta, ya que no he descubierto nada, pero algo es algo. —Besó la luna creciente de su frente—. Rezaré a los dioses para que esta guerra desemboque en paz, y porque tu vida sea dichosa.

Sulicena resopló, con los ojos brillantes por las lágrimas. Memnón no estaba seguro de si eran lágrimas de pena o de rabia. La besó de nuevo, y después se acercó a la viga central de la choza. Ivomagus estaba fuera, vigilando; pero estaba vigilando la puerta. Memnón saltó, se agarró de una viga, y se balanceó. Se introdujo a través de uno de los lugares donde la paja se había soltado. Tenía una buena perspectiva de la zona tras la choza, donde no había

nadie a la vista; ya que no podía ver la parte delantera de la misma, presumiblemente nadie que estuviera esperando allí podría verlo a él. Descendió, silenciosa y cuidadosamente, bajó del techo hasta el suelo, y se alejó rápidamente de allí.

Capítulo 10

Tardó tres días en volver a territorio romano. La primera tarde había descubierto algunas señales de persecución: ladrido de perros a lo lejos; un grupo de jinetes extendidos a lo largo de la cima de una montaña remota; huellas de cascos de caballos frescas junto a un río. Nunca se sintió en verdadero peligro. Conocía todos los trucos, y los usaba en su favor.

Cuando la oscuridad caía, seguía caminando. Cuando era pequeño se había acostumbrado a caminar todo el día para encontrar pasto para las cabras;

durante todo el tiempo que había sido miembro de la caballería, no había perdido aquel hábito, ni su resistencia. Caminaba durante toda la noche, en parte porque quería poner distancia entre sus perseguidores y él, y en parte porque, sin una capa, hacía demasiado frío para dormir al raso, incluso entonces, en pleno verano.

La mañana lo encontró en una tierra de escarpadas montañas cubiertas de brezo, vacías de vida, excepto por los pájaros. Durmió un par de horas acurrucado en los matorrales, y después continuó. En el siguiente valle cortó un par de árboles jóvenes y los talló hasta convertirlos en toscas jabalinas; intentó derribar aves de caza con ellas, pero los

pájaros eran cautos y las jabalinas estaban mal balanceadas. Podría haberlo hecho mejor, o tejer una cuerda y colocar trampas si hubiera tenido tiempo, si hubiera sido seguro detenerse. Sin embargo, tenía hambre, y ésta lo presionaba. Se mantenía en las zonas agrestes, evitando todos los senderos y asentamientos: no hubiera podido pasar desapercibido entre los nativos. Se encontró con ciervos, zorros y, una vez, con un lobo, pero con ningún humano.

A última hora de la tarde del segundo día, llegó a un río. Era demasiado profundo para vadearlo y no sabía nadar, pero estaba seguro de que debía fluir hasta el estuario de Bodotria; lo único que tenía que hacer era seguirlo

hacia el este y llegaría al puente flotante romano. Lo celebró construyendo un campamento adecuado en un pinar y durmiendo cálidamente, acurrucado bajo un montón de agujas y ramas de pino.

Comenzó a llover antes del amanecer. Fue difícil obligarse a salir de su acogedor nido y comenzar a caminar de nuevo. Lo consiguió diciéndose a sí mismo que, antes del anochecer, estaría de vuelta con sus amigos, comiendo algo caliente en una tienda seca.

Llegó al puente flotante a mitad de la tarde, calado hasta los huesos, exhausto y mareado por el hambre. Los legionarios armados que protegían el puente fueron una de las imágenes más

hermosas que había visto nunca.

Sin embargo, su alegría no fue recíproca. Cuando salió del bosque fue recibido con suspicacia y sorpresa; cuando contó a los legionarios que había escapado de los caledonios, fue instantáneamente acusado de ser un mentiroso y un desertor.

—¡No! —les respondió, horrorizado—. ¿Cómo podéis decir eso?

Entonces se dio cuenta, por primera vez, de que su estandarte tenía un centauro en él, y su corazón dio un brinco. Aquellos soldados no parecían saber quién era, y no deberían haberle tenido ningún rencor aunque lo hubieran hecho, ya que él no había hablado contra Panthera, y nunca había sido acusado

por lo del estandarte, pero nunca se sabía.

El albano de mayor rango resopló.

—¡Estoy harto de vosotros, perros auxiliares! Tú huiste, negro, ¿no es verdad? Pero has descubierto que no puedes volver al sur de nuevo, porque hay un río en el camino. ¡Intentarás desertar de nuevo tan pronto como hayas cruzado la muralla!

—¡No! —repitió Memnón, con la voz rota por la rabia y el cansancio— Lo único que quiero es volver con mi unidad.

El legionario agitó la cabeza y señaló a dos de sus hombres.

—Llevadlo a la garita. Veremos lo que su oficial al mando tiene que decir

sobre él.

Los dos legionarios lo hicieron marchar por el puente hasta el refugio del campamento romano. Allí le pusieron grilletes en las piernas y lo dejaron encerrado en la tosca caseta mientras alguien iba a buscar a los Mauritanos Aurelianos.

Se sentó en el frío suelo de tierra y apoyó la cabeza sobre sus rodillas. Recordó a Sulicena, sonriéndole y diciendo: «Eres un gran guerrero». ¿Qué pensaría si lo viera ahora? Se frotó el grillete alrededor del tobillo y sintió que las lágrimas comenzaban a anegar sus ojos. ¡Oh, dioses inmortales, estaba tan cansado!

Se dijo a sí mismo que todo iría

bien una vez que Rogato supiera que estaba allí. Sus camaradas se apresurarían a buscarlo; le darían comida y podría dormir en su propia tienda, con todos sus amigos a su alrededor.

La tarde pasó; la trompeta sonó, señalando el final del día; el aroma de la comida flotaba en el aire. Incapaz de soportarlo, Memnón arrastró los pies hasta la puerta de la garita y la aporreó.

Después de un poco, uno de los guardias se acercó y la abrió.

—¿Qué es lo que quieres? —gruñó.

—Quiero reunirme con mi unidad, y cenar —le contestó Memnón, manteniendo su temperamento a duras penas bajo control.

—No están en el campamento —le contestó el legionario secamente—. Mañana se ocupará de ti el prefecto del campamento.

¿Los mauritanos no estaban en el campamento? ¿Dónde estaban? Argentocoxus los había empujado hacia el sur, pero según todos los relatos las bajas habían sido mínimas. Sin embargo, suponía que aquello había ocurrido... ¿hacía cuánto? Había pasado tres días en el primer campamento caledonio, ocho en el segundo, y después salieron de viaje.

Había pasado casi un mes. No era sorprendente que los mauritanos hubieran salido en otra misión. Seguramente, todos creyeron que había

muerto. El prefecto del campamento se «ocuparía» de él como viera apropiado.

¿Quién era el prefecto del campamento? Tenía la desagradable sospecha de que aquel hombre pertenecería también a la legión Albana: eran la fuerza más prestigiosa destinada allí. Quizá nunca debería haber tocado aquel estandarte: parecía haberle caído encima una maldición.

—Si mi unidad no está aquí, puedes llamar al chambelán Septimio Cástor —declaró, a voz en grito—. El responderá por mí.

El legionario lo miró con incredulidad.

—¿El chambelán del Emperador responderá por ti?

Memnón buscó en su bolsa para sacar el anillo de Cástor... y recordó que no lo tenía. Rogato le había aconsejado que no lo llevara al explorar, así que lo había guardado en una caja fuerte en el campamento base.

—Soy amigo del chambelán —insistió—. Le salvé la vida. Debes haber oído hablar de ello: ¡el otoño pasado la historia recorrió todo el ejército!

El guardia frunció el ceño.

—¿Tú eres ese etíope? ¿El que castró al britano?

Memnón se rindió y no corrigió la información.

—Sí. Cástor te dirá que no soy un desertor. ¡Ve a buscarlo, y verás!

El legionario se encogió de hombros.

—Muy bien, enviaremos a alguien a por él. Sin embargo, no esperes gran cosa. Incluso si estás diciendo la verdad, Cástor, el chambelán, podría no querer saber nada de tus problemas. Ya tiene bastante con los suyos.

El legionario cerró la puerta.

El guardia, sin embargo, había dicho algo extraño de Cástor. Poco tiempo después se produjo un revuelo en el exterior y, a continuación, la puerta se abrió.

—Es él —dijo Cástor al legionario a su espalda; y después, mientras Memnón se levantaba, añadió—: ¡Le habéis puesto grilletes! ¿Cómo os

atrevéis? ¡Este hombre ha conseguido volver a pesar de quién sabe qué dificultades, después de haberse rendido a la muerte! ¡La propia Emperatriz lo recompensó por su valor!

—Creímos que era un desertor —dijo el guardia, con resentimiento—. Su *numerus* está fuera del campamento, y no había nadie a quien preguntarle por él.

—¡Había multitud de gente a quien preguntar, si te hubieras molestado en hacerlo! ¡Libéralo inmediatamente!

Ya sin los grilletes en sus piernas, Memnón siguió a Cástor hasta la noche despejada. Dos soldados vestidos de escarlata de la Guardia Pretoriana estaban esperándoles allí, con sus

anticuadas armaduras de bordes dorados y sus cascos crestados sobresaliendo entre los uniformes más sencillos de los legionarios.

—Mi pobre amigo, ¡estoy encantado de verte! —dijo Cástor, mirando a Memnón con ansia—. Habíamos perdido la esperanza de volver a encontrarte con vida.

El chambelán tenía un ojo amoratado. Era de unos días atrás, ya que tenía los bordes verdosos, pero aun así era espectacular. Tenía una costra roja seca en una oreja, y más moratones en los antebrazos. Memnón inhaló profundamente, temblando. Era difícil pensar con claridad. Fortrenn no podía haber golpeado a Cástor de nuevo:

Fortrenn estaba lejos, en el norte.

—Vayamos a mis alojamientos —le apresuró Cástor—. ¿Has comido?

Los alojamientos de Cástor consistían en una enorme tienda dentro del campamento que era de uso exclusivo de los Emperadores y la Guardia Pretoriana. El interior era casi como el de una casa: tenía muebles y alfombras y múltiples habitaciones divididas por tapices. Memnón, que iba siguiendo a su anfitrión, se detuvo nada más entrar, repentinamente consciente de lo sucio que estaba, cubierto por los restos de tres días de pantanos, bosques y montañas.

—Siéntate —le ordenó Cástor—. Pediré a los esclavos que traigan algo

de comida. ¿O prefieres lavarte primero? Haré que te calienten agua.

Memnón engulló algo de pan y vino, y después se quitó la mayor parte del barro con un cubo de agua caliente. Con indescriptible placer, se puso una túnica limpia y seca y se sentó ante una mesa. Los esclavos le trajeron sopa, salchichas y más pan y vino. Una vez lleno, casi tenía demasiado sueño para contar a Cástor el relato de su captura y huida, pero el chambelán lo presionó con agudas preguntas, y lo hizo hablar.

Al final, Memnón bostezó.

—Gracias por la comida, señor. Y gracias por venir y por responder por mí. Si no lo hubieras hecho lo habría pasado mal.

—El comportamiento de los albanos ha sido vergonzoso —dijo Cástor, con seriedad—. Aunque supongo que tienen justificación: estamos teniendo problemas con las deserciones. La moral de las tropas está muy baja. Bueno, creo que no se espera que tu unidad vuelva hasta dentro de algunos días. Deberías quedarte aquí mientras tanto.

—Te estaría muy agradecido por el ofrecimiento, señor, esta noche, pero mañana puedo...

—No, no, ¡debes quedarte aquí! —insistió Cástor, y lo cogió del brazo—. Si te soy sincero, me complacería mucho tu presencia.

Memnón miró su rostro magullado

y, por fin, le preguntó:

—Señor, ¿qué te ha pasado?

Cástor soltó su brazo, y después entrelazó los dedos entre sus rodillas.

—Antonino descubrió que... que yo había sido uno de los que habló a su padre sobre su conspiración contra Geta.

Memnón lo miró fijamente.

—¿Y entonces te buscó y te dio una paliza?

—No. No. El... hace seis días me ordenó que acudiera a su tienda. Se suponía que íbamos a discutir algunas citas imperiales, pero cuando llegué allí comenzó a hablarme sobre las provisiones. Al principio, no supe qué era lo que pretendía. Después me di

cuenta. Simulé que no sabía de lo que estaba hablando, pero se puso furioso y comenzó a gritar que yo era la puta de Geta, y que estaba envenenando a su padre contra él. Yo estaba aterrorizado. Le dije que estaba tremendamente equivocado y me marché, pero cuando salí de la tienda había un grupo de soldados esperándome. Antonino salió corriendo detrás de mí, gritando que lo había traicionado, y todos los hombres cayeron sobre mí con espadas y porras. Pensé que iba a morir. Habría sido así, pero resultó que mi señor estaba cerca, y fue a ver qué estaba pasando.

Memnón estaba horrorizado; lo que Cástor acababa de describirle no había sido un asalto en un momento de rabia,

sino un intento de asesinato, fríamente dispuesto para que pareciera un ataque espontáneo de unos soldados leales.

—¿Qué hizo tu señor?

—Oh, en el momento en el que apareció dejaron de golpearme. Ha dado órdenes para que vaya con escolta siempre que deje mis aposentos; debes haberte fijado en los pretorianos.

—Pero, ¿qué le hizo a Caracalla?

Cástor levantó la mirada bruscamente.

—No deberías llamarlo así. No le gusta. Creo que su padre le reprendió y le ordenó que me dejara en paz.

—¿Le reprendió? ¿Eso es todo?

—¿Qué más podría haber hecho?

—¡Degradarlo! ¡Enviarlo de vuelta

a Roma, humillado! Señor, ¡tú eres el chambelán de su padre! Cuando le contaste lo que estaba tramando, salvaste miles de vidas romanas y quizá la campaña al completo, y protegiste al hijo menor de tu señor de la humillación. ¡Te mereces más protección que una reprimenda!

Cástor resopló y extendió la mano para dar una palmadita al brazo de Memnón.

—Gracias. Agradezco muchísimo tu apoyo. Pero no, no tengo derecho a pedir la destitución de un Emperador. Soy un liberto de la casa del César: estamos aquí para servir a los emperadores, no" para darles órdenes. Si alguien se va, debería ser yo: mi

presencia en la casa no hará nada más que inflamar los ánimos del joven Emperador. De hecho, ofrecí la dimisión a mi señor, pero la rechazó. —Suspiró —. Ojalá la hubiera aceptado. Estaría mucho más seguro si pudiera quitarme de en medio y esperar a que me olvidaran.

A Memnón se le ocurrió una escalofriante posibilidad.

—Hace un mes escuché el rumor de que el Emperador estaba enfermo.

Cástor se estremeció ligeramente y asintió.

—Desde entonces se ha recuperado un poco, pero su salud es mala. ¡Suplico a los dioses que se recupere!

—Si muere, o si se pone peor, ¿qué

ocurrirá?

—Se recuperará. Siempre ha sido un hombre fuerte. Vivirá muchos años, espero, y este asunto se olvidará. Creo que Antonino obedecerá a su padre y me dejará tranquilo. Lo que me asusta es la posibilidad de que alguien más decida que mi vida podría comprarle un ascenso. Todos los del campamento saben lo que ocurrió. Todos saben que Antonino se alegraría de mi muerte. —Le dedicó una sonrisa débil—. Por eso, amigo mío, es por lo que me complacería tanto que te quedaras aquí hasta que vuelva tu unidad. No he dormido bien desde aquel incidente, y sería un tremendo alivio para mi mente tener a un guerrero tan formidable a

mano.

Memnón lo miró con inquietud.

—Estaré encantado, señor, si puedo ser de alguna ayuda.

—Gracias.

Se produjo un silencio, y después el chambelán dijo, en un vehemente susurro:

—Gracias a los dioses, el joven Emperador no sabe que Atenais fue quien descubrió su conspiración. Cuando hablé con mi patrono no la mencioné. Ni a tu *numerus*, por supuesto.

Había algo espeluznante en aquello; Memnón tardo un momento en descubrir qué era.

—¿Crees que fue Severo Augusto

quien te traicionó ante Caracalla?

Cástor hizo una mueca.

—¡No lo llames así, por favor! Y no, estoy seguro de que mi señor no me traicionó, pero podría haber dicho lo suficiente para que Antonino lo descubriera. Yo le supliqué; había tenido miedo de todo este asunto desde el principio, pero él... —Se detuvo, y después continuó con seriedad—: Tienes que entenderlo: desaprueba que se conceda demasiado poder a los esclavos y a los libertos. Quiere que la administración sea controlada por hombres libres de cierto peso; la mayoría de los nobles están de acuerdo con eso y yo admito que, bajo las órdenes de sus antecesores, las cosas se

fueron totalmente de las manos, con chambelanes que vestían de púrpura y demandaban sobornos de los senadores. Por supuesto, no podría gobernar el Imperio sin la gente a su servicio, pero a él le gusta que sepamos cuál es nuestro lugar.

Memnón miró con frialdad el rostro amoratado e hinchado de su anfitrión.

Cástor se puso de pie.

—Vamos, ambos estamos cansados, y es tarde. Descansa. Por la mañana enviaré un mensaje a Papiniano y a Advento. Estoy seguro de que querrán hacerte algunas preguntas sobre esa «reunión de jefes».

Memnón lo miró fijamente de nuevo, esta vez alarmado. No le

apetecía ser interrogado por el prefecto de los pretorianos y por el *princeps peregrinorum.*

—No te preocupes —dijo Cástor, con otra sonrisa cansada—. Tu conducta fue, como siempre, propia de tu nombre de héroe, y estoy seguro de que mis colegas se mostrarán debidamente impresionados.

La reunión, en los alojamientos de Cástor después del desayuno la mañana siguiente, no fue tan parecida a un juicio como él se había temido. Emilio Papiniano, el prefecto pretoriano, se las arregló para parecer y sonar como el eminente abogado que, de hecho, era: un delgado y oscuro hombre con un pronunciado acento sirio y la costumbre

de entrelazar los dedos formando un triangulo con los índices. Oclatinio Advento saludó a Memnón con una breve sonrisa, aunque se mostró tan frío y tranquilo como en su anterior reunión.

Memnón les describió el encuentro de los jefes. No había ninguna duda en la identificación de la ubicación. Aunque no deseaba desatar a la caballería imperial sobre Sulicena, estaba seguro de que no estaría en el fuerte de los venicones cuando los romanos llegaran. La reunión, después de todo, había terminado, y todos los que habían estado allí se habrían marchado, sobre todo después de que descubrieran que el invitado romano de Argentocoxus había conseguido huir.

Además les contó lo que sabía sobre la gente que había estado en la reunión. Alabó a Argentocoxus como un hombre honrado y honesto, e incluso llegó a llamarlo «pro-romano», aunque sabía que Argentocoxus solo era pro-caledonio, y que quería un acuerdo para la seguridad de su propia tribu, y no porque sintiera aprecio por Roma. El jefe caledonio, sin embargo, lo había tratado bien, y se alegraría si pudiera ayudarlo frente a las autoridades romanas. Además, Argentocoxus era un hombre de honor, y los romanos no podían escoger a nadie mejor con quien tratar.

Lo único que se guardó fueron los detalles sobre cómo había conseguido

escapar: no quería que Sulicena se convirtiera en un chiste para que los soldados se rieran. Sólo dijo que lo habían dejado en una choza y que había salido a través del techo.

Cuando los ministros imperiales se marcharon para organizar una expedición de caballería, Memnón acudió a la armería y se hizo con un cuchillo nuevo y con un nuevo conjunto de jabalinas para prepararse para proteger a Cástor si era necesario, aunque el peligro no le parecía grave. A pesar de sus errores, Severo, al proporcionar al chambelán una escolta de la Guardia Pretoriana, había dado una señal clara de que, aunque el futuro emperador se alegrara de la muerte de

Cástor, su padre no lo haría.

Una vez armado, no tenía nada que hacer excepto vagar por el campamento y esperar a que los mauritanos volvieran. Cástor estaba ocupado con sus responsabilidades con el Emperador, y Memnón no lo vería hasta el anochecer. Deambuló por allí un tiempo, al principio intentando descubrir dónde había ido su unidad, y después preguntando por las unidades de otros hombres a los que conocía. La mayor parte de las tropas auxiliares y muchas de las legiones estaban esparcidas por el norte buscando a los elusivos britanos, pero encontró a la I Unidad de Caballería Gala, la compañía del que una vez había sido su compañero de

viaje, Meliso. Más preguntas, sin embargo, le proporcionaron la deprimente información de que Meliso estaba muerto. Había fallecido un mes antes, en una emboscada selgovae.

La moral del ejército era, como Cástor había dicho, mala, y nadie quería chismorrear. Había un omnipresente resentimiento, una sensación generalizada de que la región que intentaban someter no valía las pérdidas que habían sufrido. Nadie parecía esperar el final de la guerra. Las deserciones, como Cástor había señalado, eran un problema, y estaban provocando tensiones en el interior del ejército: la mayor parte de los desertores eran auxiliares, sobre todo

los que habían estado destinados en Britania, así que se había asignado a las legiones extranjeras que los supervisaran. Preguntaron a Memnón qué estaba haciendo tantas veces y en términos tan insultantes que, finalmente, volvió al campamento de los emperadores para ver si alguno de los esclavos de Cástor quería jugar a los dados.

Aquella noche, después de cenar, Cástor le devolvió el mismo anillo que le había dado antes. Memnón lo miró, sorprendido.

—Rogato, tu prefecto, me lo devolvió —le explicó el chambelán—. Vino para contarme que habías desaparecido, y para agradecerme los

favores que te he hecho. —Sonrió—. Me pareció un hombre excelente, un modelo de todas las antiguas virtudes romanas: severo, honesto y disciplinado. No me sorprende que lo tengas en tan alta estima.

Memnón, pensativamente, guardó el anillo de nuevo en su bolsa.

—Supongo que Rogato pensó que había muerto.

—Me dijo que había esperanzas, pero no demasiadas. Estaba muy afligido por el asunto. Me dijo que te había empujado a asumir riesgos y que, durante todo el camino de vuelta a Bodotria, había temido encontrar tu cuerpo en el siguiente árbol.

Memnón hizo una mueca.

—También quería mi ayuda —continuó Cástor—. Había algunos exploradores de una unidad britana que quería que se volvieran a asignar a los mauritanos. Me contó que se los habían quitado y los habían destinado a la legión, y que notaban mucho su falta.

—Eso es cierto. Son muy buenos, y están mucho más familiarizados con la región que nosotros. ¿Pudiste ayudarlo, señor?

Cástor sonrió.

—Indirectamente. En cualquier caso, cuando tus camaradas salieron de nuevo, tenían a los exploradores de la cohorte Eliana acompañándolos.

—Esa es una muy buena noticia —dijo Memnón, aliviado.

Había estado preocupado por cómo estarían arreglándoselas los mauritanos sin Senorix y sin él mismo—. ¡Gracias, señor!

Cástor hizo un gesto displicente.

—Se debió menos a mi influencia que a la de Julia Augusta. Escribí a Atenais para contarle la triste noticia de que habías desaparecido, y mencioné la visita de tu prefecto. Julia Augusta escribió inmediatamente a su cuñado, el general Alexiano, y le pidió que reasignara a los exploradores.

Memnón se quedó perplejo.

—¿La Emperatriz lee las cartas de sus esclavos?

La mirada de placer de Cástor se desvaneció.

—No. Normalmente no, pero... —Se detuvo, y después continuó, con cierta vergüenza—: Estimaron que mi relación con Atenais, durante nuestra investigación de la conspiración, era indecorosa. Como te dije una vez, a Julia Augusta no le gustan las intromisiones con el personal a su servicio. Sin embargo, es una mujer sabia y humana, por lo que nos permitió escribirnos, con la condición de que su sierva le mostrara las cartas. Aparentemente, mis cartas a Atenais interesaron a la secretaria principal. Ahora, por lo que sé, Atenais tiene que leer todas mis cartas en voz alta a su señora.

Y Memnón se dio cuenta de que a

Cástor no le gustaba demasiado aquel hecho... comprensiblemente. El chambelán también había llevado a cabo actos heroicos por la hermosa doncella: había descubierto una conspiración y había protegido al hijo de la Emperatriz. Su única recompensa había sido que le permitieran escribirse con el objeto de su deseo, pero incluso sus cartas eran leídas en voz alta a su señora.

Se preguntó cuán indecorosa había sido su "relación durante la investigación". Suponía que debería esperar que el chambelán hubiera tenido algo de suerte. Después de todo, Memnón, por su parte, había tenido también muchísima suerte con Sulicena, a pesar de que la hubiera perdido.

—Señor —dijo, impulsivamente... y se detuvo.

Cástor lo miró con suspicacia.

—Cuando me encontré contigo y con la dama secretaria en Eboracum —dijo, en voz baja—, me pareció que Atenais estaba muy descontenta con el emperador Caracalla... y quizá me equivoqué, pero pensé que, probablemente, la había forzado.

Se produjo un silencio. Después, Cástor dijo:

—No estabas equivocado. Pero... Eso ya ha terminado, gracias a la fortuna. Nuestra señora, Julia Augusta, le puso fin. Insistió en que su hijo respetara la santidad del techo de su madre, y dijo que, si no lo hacía, no

sería bien recibido nunca más.

—¿Eh? ¡Bien por la Emperatriz, entonces!

—Es la mejor de esa familia —declamó Cástor, con algo de fuerza.

Memnón se dio cuenta, en silencio, de que Cástor acababa de valorarla por encima de su señor. Descubrió repentinamente que, a pesar de su negativa a criticar a su patrono, el chambelán sabía que le debía al menos tanta protección como la Emperatriz había proporcionado a Atenais. Seguiría ideando excusas para Severo, y continuaría sirviéndolo con la misma lealtad porque no tenía otra opción, pero sabía que había sido traicionado.

Al día siguiente se produjo un

enorme revuelo en el campamento: los maeatae y los caledonios habían enviado mensajeros que habían suplicado una audiencia con los emperadores. El estado de ánimo huraño se convirtió en una ansiosa esperanza: ¡los bárbaros iban a rendirse! ¡La guerra había terminado! Cástor, emocionado, se lo contó todo a Memnón aquella noche.

—Hicieron una reverencia nada más ser recibidos, y rogaron a nuestro señor Severo Augusto que les ofreciera sus condiciones para la paz. El les dijo que, si sus jefes aceptaban la supremacía del estado romano, obedecían las leyes romanas, cedían algunos territorios, aceptaban guarniciones y pagaban tributos e

impuestos a Roma, les permitiría que gobernaran sus propios asuntos. No se mostraron contentos, pero tampoco rechazaron las condiciones directamente, y se marcharon para informar a sus tribus. ¡Éste podría ser el final de la guerra!

Cástor continuó contándole, con mayor inquietud, que Antonino había querido ofrecer unos términos de paz más indulgentes. El joven emperador estaba harto de la guerra, y había afirmado públicamente que Roma estaría mejor sin aquella región; también estaba preocupado, y con razón, por su hermano. Habían dejado a Geta a cargo en Eboracum, y parecía que estaba recibiendo embajadores y emitiendo

edictos imperiales como si fuera un Augusto, y no solo un César. Antonino quería volver al sur tan rápidamente como fuera posible y poner fin a esa situación.

—Discutió con su padre sobre ello, después de que los emisarios se marcharan —dijo Cástor—. Antonino perdió los nervios y usó un lenguaje muy ofensivo. Su padre tuvo que gritarle que se callara.

—¿Severo Augusto cree que deberíamos seguir luchando esta guerra? —Memnón pensó que debía ser el único hombre del campamento que lo hacía.

—Cree que vale la pena perseverar. Si los britanos rechazan nuestras condiciones, perderán la

cosecha. Ya han sufrido demasiado en esta guerra, pero eso no es nada con lo que soportarán durante el invierno, sin provisiones. Ellos lo saben.

Los mauritanos regresaron a Bodotria un par de días más tarde, antes de que los enviados britanos volvieran. Memnón había preguntado por su unidad en la oficina del prefecto del campamento todas las mañanas y no había recibido noticias. Aquella tarde, sin embargo, mientras Cástor y él compartían una copa de vino después de cenar, uno de los esclavos del chambelán se acercó y susurró algo en el oído de su señor.

—¡Haz que pase! —contestó Cástor, sonriendo.

El esclavo salió, y volvió escoltando a Rogato.

El viejo hombre parecía agotado y tenía una expresión de temor, una expresión que se convirtió instantáneamente en sorpresa cuando vio a Memnón. El explorador se puso de pie y comenzó a efectuar un saludo, pero Rogato corrió hasta él, lo abrazó y rompió a llorar.

Memnón estaba totalmente horrorizado. Le daba miedo imaginar qué podría haber hecho que el viejo se derrumbara de aquel modo sin precedentes. Le dio unas suaves palmaditas en la espalda.

—¡Mi chaval! —exclamó Rogato, retrocediendo y mirándolo a la cara—.

¡Oh, por Juno, estoy tan contento! ¡Creí que estabas muerto! —Lo soltó y se dirigió a Cástor, sonriendo—. Cuando recibí m mensaje, señor, ¡creí que me habías llamado para identificar su cuerpo!

Cástor también estaba de pie, sonriendo de oreja a oreja.

—Perdóname. Me he tomado esa pequeña licencia, ya que deseaba ser testigo de esta reunión.

—¿Estás bien? ¿No te han herido? —Rogato examinó a Memnón con ansiedad, y le dio unas palmaditas en el brazo—. ¡Doy gracias a los dioses! ¿Qué te pasó?

—Me hicieron prisionero, señor. Pero escapé.

—¡Gracias a los dioses! Hijo, ¡cuánto te hemos echado de menos! Lo hemos tenido muy, muy difícil desde que tú desapareciste. Saturnino ha muerto, ¡mi pobre compañero! Lo enterramos en las montañas, tan bien como pudimos. También hemos perdido a otros, demasiados. ¡No puedes imaginarte lo que me alegra verte sano y salvo!

Memnón dejó a Cástor aquella noche, con gracias y disculpas, y volvió con el prefecto y los mauritanos. Todos se alegraron mucho de verlo: se reunieron a su alrededor, gritando su nombre, dándole palmadas en la espalda y estrechándole la mano, riendo ante la noticia de que había escapado; había sido capturado, pero los britanos no le

habían hecho daño, ¡y había escapado! Sin embargo, como el prefecto le había contado, descubrió que el *numerus* había sufrido bastante durante su ausencia.

Saturnino había recibido una jabalina en el estómago durante la escaramuza contra el clan de Argentocoxus, y Rogato le había cortado la garganta para mitigar su dolor, sabiendo que aquella herida lo condenaba a una lenta y agonizante muerte. Honorato también había sido gravemente herido: su brazo derecho se rompió en tres lugares cuando cayó de su moribundo caballo, se le había infectado, y no sabían si sobreviviría. Cuarenta hombres más del *numerus*

habían muerto, y otros cincuenta y c]os estaban heridos. En la escaramuza con el clan de Argentocoxus hubo doce muertos y quince heridos; el resto tuvo lugar durante la última expedición de los mauritanos, cuando se vieron separados del ejército principal por una unidad de caballería enemiga mucho mayor, y tuvieron que abrirse camino luchando a través de las montañas.

—Nos libramos por los pelos —dijo Rogato, con tono grave—. Las cosas podrían haber sido mucho peores si tu amigo el chambelán no hubiera conseguido que los guías volvieran con nosotros. Fue tu amigo Senorix quien encontró un camino por el que pudimos rodear a los bárbaros.

Memnón no dijo nada. Lógicamente, sabía que, si él hubiera estado con sus cantaradas, no habría cambiado nada, pero una vez más había vuelto a casa y había descubierto que algo horrible había pasado en su ausencia. Jugueteó con el broche que le había dado Argentocoxus y se preguntó de quién habría sido la jabalina que mató a Saturnino.

La muerte del decurión era aterradora, desorientadora. Saturnino había ordenado su vida durante diez años. Había confiado en él para que le dijera qué hacer en los primeros meses de desconcierto después de dejar África. Ahora, Saturnino estaba muerto. Su cuerpo había sido enterrado

apresuradamente en una tumba improvisada en las montañas; sus escasas propiedades pasaron a su viejo amigo Rogato; excepto Ghibli. Rogato regaló oficialmente el semental a Memnón. La oficina de Saturnino también pasó a ser de la Memnón.

Era sólo un rango en funciones, pero cabía esperar que los generales lo confirmaran, especialmente ahora que, aparentemente, estaba hablándose de concederle honores por su sobresaliente valor. Memnón habría protestado pero, con Saturnino muerto y Honorato herido, el resto de hombres de su escuadrón había asumido de forma natural que ahora él era su líder. Esperaban que dispusiera las cosas para ellos, que

hiciera de juez en sus disputas, que les dijera qué hacer. Memnón no quería hacerlo; preferiría, sin ninguna duda, confiar él mismo en otra persona. Pero, ¿en quién? Parecía que tendría que mantener el rango, al menos temporalmente. Se preguntó cuándo podría librarse de él, y pensó una vez más en una dispensa anticipada.

De repente, se descubrió imaginando que se retiraba y que volvía a buscar a Sulicena, ya no como un enemigo, sino como un amigo del clan en una tierra recién unida al Imperio. No era imposible, ¿no? Tenía que admitir que las circunstancias de su despedida de los caledonios podrían hacer que Argentocoxus se sintiera más inclinado a

empalarlo que a darle la bienvenida, pero quizá podría hacer algo para ganarse al jefe de nuevo. Después de todo, era un gran guerrero, e incluso tenía algo de dinero, gracias a las distintas sumas que había recibido de Cástor y de la Emperatriz. Además, una vez que se retirara, sería un ciudadano romano. Seguramente los caledonios lo encontrarían útil.

La perspectiva era fascinante, tentadora. Se esforzó por alejarla de su mente. Era muy probable que Sulicena lo odiara por haberla humillado, y que los caledonios lo mataran nada más verlo. Incluso si no lo hacían, su feliz ensoñación dependía de que se firmara la paz. Todo dependía de la paz.

Capítulo 11

Los enviados britanos regresaron al campamento romano dos días después, afirmando que las tribus deseaban acordar una tregua para negociar las condiciones propuestas. El ejército se alegró ruidosamente cuando la noticia se extendió por el campamento, y Memnón más que ningún otro hombre allí.

Se decidió que el Emperador y los jefes britanos se reunirían al norte del puente flotante para jurar la tregua. Enviaron primero a las numerosas unidades de caballería de exploradores, incluyendo a los mauritanos; todas

afirmaron que no había indicios de que fueran a traicionarlos. En consecuencia, los dos emperadores cruzaron el puente acompañados por la Guardia Pretoriana y la legión Albana.

Memnón no fue testigo de la reunión: su escuadrón fue destinado al flanco del ejército para que mantuvieran vigilados, desde la distancia, a un grupo de exploradores britanos que estaban, a su vez, vigilándolos a ellos. Fue después, cuando cabalgó de vuelta al campamento, cuando descubrió que algo había ido mal: los soldados estaban nerviosos, susurrándose los unos a los otros, en lugar de ruidosos y exaltados.

Cabalgó hasta un grupo de auxiliares y les preguntó, preocupado:

—¿No juraron la tregua los bárbaros?

—Sí, la juraron inmediatamente —le contestó el auxiliar, frunciendo el ceño—. Sin embargo, hubo un problema entre nuestros emperadores.

Memnón fue a visitar a Cástor aquella noche para enterarse de la historia completa.

—Los emperadores estaban de buen humor cuando salieron —le dijo Cástor—. Ambos se alegraban del progreso hacia la paz, y cabalgaron juntos. Sin embargo, Antonino... bueno, comenzó a presionar a su padre para que hiciera algunas concesiones, para que consiguiera un acuerdo con mayor rapidez, y nuestro señor Severo Augusto

se enfadó. Estaba cansado, y sufría dolores. Tiene gota, y no sé si conoces sus síntomas, pero es muy doloroso. Sufrió tanto dolor en los pies, durante el camino al norte, que no pudo cabalgar. En realidad, hoy también debería haber usado una litera, pero le avergonzaba hacerlo delante de los bárbaros. Comenzó a hablar con brusquedad a su hijo, y su hijo le respondió de la misma manera.

»Cuando llegamos al lugar donde estaban los jefes britanos, Severo perdió los nervios y ordenó a su hijo que se callara. Antonino le gritó que él era un Augusto, y que no aceptaba órdenes de nadie. Entonces Severo le dijo: «Es fácil hacer un Augusto. Tu hermano

recibirá ese título tan pronto como volvamos a Eboracum».

Memnón hizo una mueca.

—Fue como acosar a un toro encolerizado —dijo Cástor, con pesar—. Antonino desenvainó su espada como si fuera a apuñalar a su padre por la espalda, mientras Severo se alejaba de él hacia el lugar donde estaban los líderes britanos. Todos los del séquito gritaron, por supuesto, y Severo miró a su alrededor y vio la espada. No dijo nada, continuó hacia delante, y se reunió con los jefes y dispuso los detalles de la tregua. Después de eso, sin embargo...

—¿Va a degradarlo? —le preguntó Memnón con impaciencia, cuando el chambelán se quedó en silencio.

Cástor lo miró y negó con la cabeza.

—No puede: ya te lo he explicado antes. No, hizo que Antonino acudiera a sus alojamientos. También me convocó a mí, y a Papiniano, y puso una espada en la mesa delante de Antonino. Entonces le echó el rapapolvo más salvaje que he oído nunca, primero por blandir un arma contra su señor y padre, y segundo por hacerlo delante de tantos miles de testigos, romanos y bárbaros.

»Antonino lo escuchó, pacientemente al principio. Después comenzó a enfadarse. Al final estaba terriblemente furioso pero, aun así, no se atrevió a decir una sola palabra. Para terminar, Severo dijo: «Si quieres

matarme, ¡ahí tienes una espada! Soy un hombre viejo, puedes hacerlo con facilidad. Y si no quieres hacerlo tú, ¡ordénaselo a Cástor o a Papiniano! Tienen que obedecerte, ¿no es así? Después de todo, tú eres un Augusto: ¡todo el mundo tiene que hacer lo que tu digas, y nadie puede darte órdenes a ti!»

—¿Y qué hizo Caracalla?

—Nada. Se disculpó por su «arrebato de de ira», y negó que desenvainar la espada hubiera sido algo más que un gesto de enfado. Probablemente fuera verdad.

Cástor se quedó en silencio un momento más, y después dijo, en un susurro:

—Fue una lección sobre los límites

del mando, pero dudo que Antonino entendiera la moraleja. Lo que recordará es que Papiniano y yo escuchamos todo lo que su padre dijo. Ojalá mi señor hubiera llamado a otra persona.

Fue la última vez, en varios meses, que Memnón habló con el chambelán. Se acordó que los jefes britanos irían a Eboracum para las negociaciones de paz y, poco después de que se declarara la tregua, Severo marchó al sur con su séquito, la legión Albana, la Guardia Pretoriana y cinco mil jinetes de caballería seleccionados. El resto de las tropas se dispersó por el norte para supervisar la tregua.

Memnón ni siquiera tuvo tiempo para despedirse. Estuvo muy atareado

intentando lidiar con los deberes de un decurión.

Desde aquella noche en la tienda de Cástor, Rogato había vuelto a su habitual carácter sardónico y adusto, pero aquella fachada ya no le servía para cubrir el afecto y el orgullo que había debajo. Sus sentimientos hacia sus hombres siempre habían sido ligeramente paternales, y Memnón, que había conseguido para la unidad parte del reconocimiento que Rogato siempre había ansiado, se había convertido claramente en el hijo favorito. Aquello era insólito. Memnón respetaba al prefecto, y le caía bien, pero nunca se había sentido emocionalmente cercano a él. No estaba seguro de querer hacerlo

ahora. Le parecía demasiado vinculante. Le convertía en un igual responsable, en lugar de en un despreocupado subordinado.

El problema era que Rogato quería que su hijo favorito creciera: que dejara atrás las bromas y chistes infantiles y asumiera las responsabilidades de un hombre. Quería, pensó Memnón fúnebremente, otro Saturnino. *¡Yo no soy él!*, quería protestar. Pero, ¿de qué serviría? Rogato lamentaba la pérdida de su viejo amigo profundamente; era el último hombre del mundo que pensaría que Saturnino podría ser reemplazado de algún modo. Lo que quería en aquel momento era alguien que hiciera el trabajo de Saturnino, y estaba decidido a

que ese «alguien» fuera Memnón.

Salieron hacia el oeste a mitad de julio, doscientos cincuenta y ocho hombres, incluyendo veinte heridos que se desplazaban sobre literas. Viajaron con un destacamento de la legión britana, la XX Valeria Victrix, a paso tranquilo, y se detuvieron siete días más tarde en un campamento provisional que las legiones habían usado en el camino al norte. Colocaron las tiendas en el interior de los terraplenes ya construidos, y los mauritanos se establecieron para el resto del verano. Ocho de los veinte heridos murieron durante el viaje; Honorato fue uno de ellos.

Las noticias sobre la firma de un

tratado de paz llegaron a las tropas dispersadas a primeros de agosto. Severo asumió el título de *Britannicus*, conquistador de Britania. Con las noticias, los soldados, como recompensa por la victoria, recibieron un donativo de medio año de paga: las monedas estaban recién acuñadas, y teman imágenes estampadas de puentes sobre ríos del norte y de bárbaros arrodillados en sumisión. Sin embargo, no recibieron la orden de volver a sus bases. Memnón esperaba recibirla pronto para no tener que pasar el invierno en el campamento provisional. No sabía cómo estarían las cosas en otras zonas, pero, si la XX legión y los mauritanos permanecían mucho más

tiempo entre los selgovae, la guerra iba a estallar de nuevo.

La misión principal de las tropas romanas había sido supervisar la tregua, asegurarse de que los britanos no se aprovechaban de la pausa en las hostilidades para reagruparse para la guerra. Una vez que se concluyó el tratado, se les ordenó que actuaran como guarniciones, reforzando la paz romana en los territorios recién conquistados. En la práctica, no había diferencia entre los dos roles, y tampoco en cómo se suponía que debían relacionarse con la gente que volvía a sus aldeas para intentar salvar las cosechas. Sin embargo, debido a las numerosas pérdidas que habían sufrido los

romanos, los soldados estaban rabiosos y resentidos, y creían que era justo que se les reintegrara algo de lo que se les había arrebatado. Los britanos, en la opinión de los soldados, eran un pueblo conquistado. La mayor parte de los hombres, y muchos de los oficiales, opinaban que estaba bien robar ovejas y ganado britano, exigir bienes y servicios sin pagar, o dar una paliza a cualquier hombre o violar a cualquier mujer que tus amigos y tú pudierais encontrar en las montañas. Los maeatae habían sido vencidos, y un pueblo conquistado no tiene derecho a quejarse.

Rogato y su homólogo de la XX legión eran conscientes de que los britanos no eran tanto un pueblo

conquistado como un pueblo que se había visto obligado a aceptar unas condiciones desfavorables de paz: si los presionaban demasiado, podrían decidir rechazar el acuerdo, sobre todo después de que hubieran asegurado la cosecha. Los capitanes sabían que tenían que refrenar a sus soldados, al menos lo suficiente para evitar problemas inmediatos con una población hostil y armada; tenían que someter a sus enfadadas y cansadas tropas a través de la fuerza de la disciplina romana. Confinaron a los hombres en los campamentos, o los obligaron a marchar para mantenerlos atareados, e incluso las transgresiones menores recibieron castigos que iban de labores en las

letrinas a latigazos. Pusieron a cargo de todas las patrullas difíciles a los pocos oficiales que no compartían la opinión de sus hombres y en los que se podía confiar, así que pronto estuvieron exhaustos y abatidos por el rechazo que provocaban entre sus compañeros. Sin embargo, a pesar de todo esto, aun se producían incidentes, y las relaciones con la población local eran muy tensas.

De cualquier modo, cuando el tratado estuvo firmado y jurado, la cosecha recogida, y la temporada de campaña llegó a su fin, las tropas romanas recibieron la orden que los enviaba a los acuartelamientos de invierno en sus propias fortalezas. Se promulgó en el nombre de tres

emperadores, y llegó con otro donativo para cada hombre equivalente al salario de un trimestre para celebrar el ascenso de Septimio Geta al rango de Augusto. Los soldados vitorearon al nuevo emperador con entusiasmo. Memnón se sentía más aliviado por ello que ningún otro hombre de su *numerus*.

El, por supuesto, había sido uno de los oficiales dignos de confianza, y había odiado sus nuevas tareas. Siempre había sido de carácter afable, pero había tenido que convertirse en un tirano; siempre había caído simpático a sus compañeros, pero ahora sus viejos amigos lo miraban con acritud y murmuraban que el ascenso se le había subido a la cabeza. Echaba de menos a

Saturnino; se sentía afligido por la muerte de Honorato; ansiaba volver a casa., estuviera donde estuviera. Deseaba volver a un tiempo, pensó, no a un lugar. A un tiempo antes de la guerra. Aballava, pensó, valdría para empezar.

Los mauritanos volvieron al fuerte a primeros de octubre. Los frisones, a quienes apenas habían visto desde que la campaña había comenzado, estaban ya allí. Los recibieron de mala gana, tomando nota visualmente de sus pérdidas. La fuerza oficial de los mauritanos era de trescientos diez hombres; después de la campaña solo reunían doscientos treinta y ocho.

Pero los frisones también habían sufrido pérdidas. Aunque el Alto Mando

no los había usado tan intensamente como a los mauritanos, al inicio de la guerra sufrieron una grave emboscada y casi un cuarto de sus hombres murieron. Las dos reducidas unidades podían alojarse ya en los barracones sin estrecheces.

La confirmación del rango en funciones de Memnón estaba esperándole en el fortín. Le asignaron una habitación para él solo; la primera vez en toda su vida que tenía una habitación privada. Había sido la habitación de Saturnino, y aun contenía la mayor parte de las cosas del decurión. Memnón intentó convencer a Rogato, el heredero legal de Saturnino, para que se llevara sus cosas, pero

Rogato solo reclamó un aguamanil de plata y unas copas, y dijo a Memnón que podía usar el resto.

Supuso que debía hacerlo: prácticamente no tenía nada propio. Durante años había dormido en literas del ejército, bajo mantas del ejército. Había complementado su uniforme militar sólo con prendas que eran útiles para su trabajo, o para mantenerse caliente. Cuando amontonó sus propias cosas en el baúl para la ropa de Saturnino, terminando su mudanza, la habitación estaba prácticamente igual. Era extrañamente satisfactorio, y sentía que debía salir y comprar algo para dejar su propia huella en aquel lugar. Bajó hasta la aldea junto a la fortaleza y

vagabundeó por las tiendas un par de veces, pero no se le ocurrió nada que quisiera comprar, excepto un pendiente nuevo y un cuchillo mejor.

Había esperado abandonarse al consuelo de la rutina de la vida en el campamento, una vida que le había sido familiar desde hacía diez, ¡no, once!, años. Pero descubrió que aquella rutina, y todo lo demás, había cambiado. El hecho de que ya no compartía tienda y patrullas con el resto de hombres habían sido sólo un cambio entre muchos; allí, en un lugar que le era familiar, se sentía extraño. Lo habían apartado de todas las cosas que le gustaban de la vida en el ejército: las bromas, las amistades y la camaradería, la seguridad de estar bajo

el mando de otra persona. Durante la noche, el silencio de su habitación lo perturbaba y se despertaba continuamente, forzando los oídos en busca del sonido de otra respiración. Sus nuevos deberes lo apabullaban; había llegado a la conclusión de que prefería incluso la limpieza de las letrinas a la contabilidad.

En una de las reuniones matinales diarias, a mediados de octubre, Rogato le aconsejó que contratara un sirviente.

—Puedes permitírtelo —le indicó el prefecto—. Podrías pagar el salario de un recluta, y aun así te quedaría una cantidad diez veces mayor que la que cobrabas antes. O podrías comprarte un esclavo. Aun tienes todo el dinero de la

Emperatriz. Podrías comprarte varios esclavos con él.

Rogato sabía exactamente cuánto había en la hinchada bolsa que el liberto de la Emperatriz le había regalado. La había guardado cuidadosamente en una caja fuerte del fortín, con el hombre de Memnón escrito en la tapadera y una nota de contabilidad en el interior que decía exactamente cuánto había dentro, para que nadie pudiera sisarle. Memnón encorvó los hombros y murmuró:

—Señor.

—Deberías contratar a alguien —afirmó Rogato, rotundamente—. Ya no tienes tiempo para limpiar y remendar. Espero que lleves a cabo todos tus deberes como oficial, y que sigas

aprendiendo a leer y a escribir.

Memnón lo miró con dureza.

—¡Honorato está muerto, señor!

Rogato inhaló aire profundamente, y lo dejó escapar de nuevo.

—Lo sé. Y lo lamento mucho. Pero no era el único hombre instruido del *numerus*. Haré que te dé clases mi secretario. O podrías contratar a un secretario tú mismo.

Memnón hizo una mueca. Su situación en el fortín le pareció, de repente, insoportable. Estaba entre gente a la que conocía, pero obligado a vivir como un desconocido, para ellos y para sí mismo. Y de pronto lo único que quería era huir.

—¡Señor! —exclamó—. Me... me

gustaría hacer un viaje, primero. Antes de que el tiempo cambie totalmente.

Rogato frunció el ceño.

—¿Un viaje a dónde, decurión?

—Eh... —La inspiración lo golpeó—. ¡A Eboracum, señor!

Cástor no nos dijo si había descubierto algo sobre Farabert. Debería haberle preguntado por ello cuando lo vi en el norte, pero no lo hice, y he estado arrepintiéndome desde entonces.

Rogato no relajó su frente. Las relaciones entre los mauritanos y los frisones no habían mejorado con el fin de la guerra.

—Señor, si Farabert intentó deshacerse de nosotros —procuró

convencerlo Memnón—, deberíamos saberlo.

Rogato pensó en ello.

—Creo que yo preferiría no saberlo, pero supongo que tienes razón, deberíamos. Sea cual sea la razón por la que me lo has sugerido, podría sernos de utilidad. Muy bien, viajarás hasta Eboracum. Te daré algunas cartas que necesito que envíes al comisariado de la fortaleza. Sin embargo, quiero que vuelvas antes de diez días.

—¡Sí, señor! —dijo Memnón, alegremente—. Por supuesto.

Los preparativos para el viaje no fueron complicados. Memnón compró una nueva capa de montar con capucha, ya que había estado usando la de un

hombre muerto desde que volvió del territorio de los caledonios, y cada vez que se la ponía se sentía un poco incómodo; puso un par de cosas en las alforjas de Ghibli, se despidió de sus hombres, pues ya no eran compañeros de tienda y travesuras, y partió.

Dejó el fortín atrás con un inmenso alivio y jugó con la idea de no volver jamás. Cruzaría la muralla y cabalgaría hacia el norte, hasta el lugar que ocupaban los caledonios. Juraría lealtad a Argentocoxus; ya no había obstáculo moral, ahora que la guerra había terminado y que el norte de Britania se había sumado oficialmente al Imperio. Se imaginó a Sulicena dándole la bienvenida, y sonrió.

Aquello sólo eran fantasías, por supuesto: no sabía cómo sería recibido entre los caledonios, teniendo en cuenta las circunstancias de su partida. Y los romanos también lo considerarían un desertor, a menos que consiguiera una dispensa.

Más o menos pretendía pedir a Cástor que dispusiera su retiro, quizá en esta visita, o quizá en la siguiente. Pero al pensar en ello comenzó a preocuparse por Cástor. La situación del chambelán era precaria: dependía del favor de un emperador que estaba enfermo y viejo, y estaba atrapado entre la desconfianza de un hijo y la activa malicia del otro. Le parecía monstruoso que un hombre que había servido al Imperio con tal lealtad

se viera recompensado con una amenaza de muerte.

Los Mauritanos Aurelianos, entonces, quemaban incienso a los tres emperadores. Memnón se preguntó cómo se sentiría Rogato al verter el preciado incienso en el platillo de carbones ante el retrato de Antonino Caracalla, el hombre que, con su traición, había condenado al *numerus* a muerte. Por su parte, el simple hecho de verlo hacía que tuviera que apretar los puños.

Suspiró, recordando lo que había contado a Sulicena sobre la habilidad, el poder y la tolerancia del Imperio; y recordando, además, un centenar de ejemplos de su crueldad, avaricia e injusticia. Sin embargo, ¿qué más había?

El mundo fuera del Imperio no era uno donde gobernara la justicia y la paz, aquello estaba claro. Por lo que él había visto, había disputas entre tribus por todas partes: los tebu contra los getulos, los sármatas contra los cuados y, Memnón no tenía duda de ello, los maeatae contra los caledonios, si no hubieran encontrado en Roma un enemigo común. El imperio ofrecía a sus ciudadanos una oportunidad de vivir en paz. El aun quería su ciudadanía.

Cabalgó tranquilamente durante la tarde, y al anochecer se detuvo en una posada de Voreda. No tenía licencia para quedarse, por supuesto, pero el posadero se mostró encantado de dejarle pagar por su alojamiento, y

decepcionado porque escogió la opción más barata: dormir en el establo.

Por la mañana continuó cabalgando, sintiéndose más contento. La guerra había sido horrible, pero ya había terminado. Y en cuanto a lo de ser decurión, bueno, al final se adaptaría a ello, o quizá no. Si lo hacía, bien; si no, podría hacer algo tan escandaloso que Rogato se viera obligado a rendirse y degradarlo, o pediría a Cástor ese favor. Pensó de nuevo en Sulicena, sonriéndole, y él sonrió a su vez. Quizá se lo pediría en aquella misma visita. Mientras tanto, era un día soleado de mediados de octubre, estaba montando un buen caballo por una buena calzada, a través de una tierra en paz, y al final de

su viaje vería a algunos amigos. ¿Qué más podía desear un hombre?

Capítulo 12

El rango de decurión y las cartas de Rogato para el comisariado no fueron suficientes para proporcionarle a Memnón una cama en el fortín de los legionarios de Eboracum: una vez más le asignaron una litera en la fortaleza anexa, aunque al menos esta vez era una litera, y no un lugar en el establo junto a su caballo. Descargó sus alforjas, bajó al mercado y encargó a un escriba que le redactara una nota para Cástor. Ya no sentía la necesidad de enviar el anillo como recordatorio.

Uno de los ayudantes de los

legionarios lo despertó por la mañana temprano, entrando en su habitación del barracón y dando unos golpecitos en la pared junto a su cabeza. Memnón se incorporó, atontado; su compañero de habitación temporal, otro mensajero, soltó un juramento. El ayudante, callado y respetuoso, le ofreció un trozo de pergamino bermellón; Memnón lo cogió y lo inspeccionó. Honorato le había dado las primeras lecciones de lectura antes de que la guerra comenzase, y había seguido tomando clases durante el verano con el secretario de Rogato: ya era capaz de discernir las palabras. Miró las líneas sobre el pergamino, incapaz de darles crédito, y después miró al ayudante, que estaba a su lado,

fascinado.

—¿Qué dice?

El ayudante tomó el pergamino. Se aclaró la garganta.

—De la soberana Augusta Julia Domna, para Memnón, del *numerus* de Mauritanos Aurelianos. Nuestra señora, la Emperatriz, te invita a cenar está noche a la hora octava. Esta carta será suficiente para garantizarte la admisión.

—Eso era lo que pensaba que decía.

Memnón miró fijamente el pergamino, preguntándose cómo demonios había provocado aquella respuesta su nota para Cástor. ¡Una cena con la Emperatriz!

—¿Es una broma? —preguntó al

ayudante, sin poder evitarlo.

El hombre le dio la vuelta al pergamino y le mostró el sello, una mujer sentada sosteniendo el cuerno de la abundancia.

—No. ¿Podría preguntar...?

—Una vez rescaté a una de sus esclavas. ¡Oh, por Juno! ¿Por casualidad no sabes cómo debe vestirse un hombre para una cena con la Emperatriz de Roma?

Terminó comprándose una túnica nueva y una buena capa de un bonito azul, no una de esas de color de oveja que había usado en el pasado. Tuvo que pedir dinero prestado a un banco para poder hacerlo, ya que no tenía suficiente dinero a mano, pero estaba contento con

la compra. Se ciñó la túnica con su nuevo fajín de decurión, y se cerró la nueva capa con el broche que le había dado Argentocoxus. Cuando salió del fortín anexo con sus nuevas galas, se sentía espléndido.

Sin embargo, después de pasar junto a tres guardias pretorianos del palacio, que lo escoltaron hasta el interior de un apabullante esplendor, se sentía pequeño y vulgar. Finalmente, lo condujeron a un atrio de mármol donde había una fuente. Allí estaba Atenais, elegante con una larga capa azul oscuro y una expresión de serena compostura en el hermoso rostro. Memnón sonrió, aliviado.

Atenais despidió a su escolta y le

hizo una señal para que entrara en una habitación a la derecha, pero Memnón se negó.

—¿Por qué estoy aquí? —le preguntó, en un ansioso susurro—. ¿Qué quiere la Emperatriz?

Atenais sonrió, divertida.

—Tiene curiosidad. Me ha oído hablar de ti, y también a Cástor, y a la esposa de uno de los jefes caledonios. Cuando Cástor me envió una nota contándome que estabas en Eboracum, ella decidió que quería conocerte.

—¿La esposa de uno de los caledonios? —repitió, atónito. Por supuesto, sabía que Argentocoxus sería parte de la negociación de la paz, y sabía que ésta se habían llevado a cabo

en Eboracum, pero, ¡aun así!—. ¿Drustocce? ¿Estovo aquí? ¿Qué dijo sobre mí?

Atenais sonrió de nuevo, y el brillo en sus ojos oscuros le dijo que sí, que había escuchado toda la historia de su huida.

—Mi señora recibió a las esposas de los jefes mientras sus maridos discutían los términos de la paz. ¡No te preocupes! La esposa de Argentocoxus no siente nada por ti excepto admiración.

Memnón la miró con incredulidad.

—Nos contó lo que pasó con su cuñada —admitió Atenais—. Sin embargo, no parecía pensar que te hubieras comportado de un modo

deshonroso.

—¿No? —Memnón estaba sorprendido—. Pero...

—Las mujeres caledonias parecen tener una actitud totalmente distinta hacia esas cosas. Mi señora hizo una broma al respecto, y ella le contestó que: «Las mujeres britanas duermen sin tapujos con los mejores hombres, con los más valientes, pero las mujeres romanas se permiten ser seducidas en secreto por bribones». A mi señora le pareció divertido. ¡Vamos! No podemos quedarnos aquí, en el atrio.

Atenais se dirigió a la habitación de la derecha, pero Memnón se quedó donde estaba, sintiéndose como un pez fuera del agua. La dama se giró, con sus

delicadas cejas arqueadas por la curiosidad.

—¡Nunca he conocido a una Emperatriz! —susurró—. ¿Hay algo que se suponga que tengo que hacer?

—Inclínate. Espera hasta que ella te hable a ti. Oh, ya sabes que no habla demasiado latín, ¿no?

—¡No, no lo sabía! ¿Qué idioma...?

—Griego. Y arameo, pero no tienes que preocuparte por eso.

—¡Pero yo no hablo griego!

Sus ojos brillaron.

—No te preocupes, yo traduciré para ti. Oh, y no te preocupes porque aun no haya nadie más: ¡no vas a ser el único invitado! Cástor debería estar aquí pronto, y dos de los libertos de mi

señora. Será una cena informal, por supuesto; compréndelo, no podría invitar a un soldado normal y a libertos a una celebración de otro tipo. Oh, pero... —posó una mano sobre su pecho, y lo miró, con seria advertencia—, no digas nada sobre su hijo. Recuérdalo, tú no sabes nada de eso.

Memnón inhaló lentamente y asintió.

La habitación de la derecha estaba llena de oro: el techo, los paneles de las paredes y los candelabros brillaban cálidamente bajo la luz de la multitud de lámparas de aceite. Estas estaban aromatizadas con esencia de rosas, y llenaban el aire de octubre con un veraniego perfume. El suelo estaba

decorado con un mosaico blanco y negro cubierto por suntuosas alfombras; exquisitas pinturas colgaban de las paredes. La Emperatriz estaba en el centro de la habitación, reclinada sobre un sofá de marfil. Era una mujer atractiva de unos cuarenta años, con los ojos oscuros y el cabello, elaboradamente recogido, negro azabache. Iba vestida de seda púrpura y cubierta de joyas brillantes. Cuando los ojos de Memnón se encontraron con los suyos, sonrió.

Memnón miró a Atenais, desesperado, y después comenzó a hacer una reverencia; Atenais, subrepticiamente, dobló el pulgar, indicándole que debía inclinarse más, y

Memnón se arrodilló rápidamente.

La Emperatriz dijo algo en griego; aparentemente, era una orden para que le acercaran una silla, porque Atenais trajo una. Memnón se incorporó y se sentó en ella, preguntándose si sobreviviría a aquella noche.

Julia Domna habló afablemente.

Atenais se inclinó hacia delante para susurrar al oído de Memnón.

—Dice, «Así que tú eres el valiente héroe que rescató a mi esclava».

Memnón se inclinó, todo lo que pudo estando sentado.

—Me siento profundamente honrado de estar aquí, mi señora. Cuando vuelva a Aballava, todo mi

numerus se sentirá emocionado al enterarse de este gran honor. Mi prefecto se alegrará mucho. —Aquello era cierto, sin duda.

Atenais tradujo.

—Tu prefecto, Rogato, parece un hombre leal —afirmó Domna.

Estaba sorprendido: ¡no solo sabía quién era Rogato, sino que incluso recordaba su nombre!

—Sí —asintió, y se pasó la lengua por los labios—. El retrato que me enviaste, mi señora... Rogato se emocionó especialmente por ello. —El prefecto se sentía, de hecho, desmesuradamente orgulloso de ello—. Lo guardamos en nuestra capilla de los estandartes, y los días de desfile lo

sacamos y lo colocamos en el signum, para que todos puedan ver cómo nos has honrado. Rogato ha pasado toda su vida luchando por el Imperio, pero ésa fue la primera vez que alguien de la casa imperial se fijó en nosotros.

Domna sonrió. Parecía complacida.

—Dile que me alegro de su lealtad. Y dile que los poderes divinos conocen nuestra firmeza en el honor y en la virtud, incluso si los ojos de los hombres la pasan por alto.

Memnón inclinó la cabeza.

—Se alegrará mucho al conocer tus palabras, mi señora. Las guardará como un tesoro. Gracias.

La Emperatriz sonrió, complacientemente.

En aquel momento llegaron el resto de invitados: el liberto, Salutaris, que llevó el recado de la Emperatriz a Aballava, junto a su mujer, que también trabajaba en la casa imperial, y Cástor. El chambelán hizo una reverencia ante la Emperatriz y después sonrió con calidez a Memnón y le estrechó la mano. El ambiente se hizo más relajado. Julia Domna preguntó a Memnón sobre su captura por los caledonios; él comenzó a contestarle con fría formalidad, pero Cástor lo interrumpió, pidiéndole que «¡les contara la historia del leopardo!»

Bueno, ¡si eso era lo que querían! Le contó a la Emperatriz cómo lo habían acorralado los caledonios, la versión completa, con ruidos de animales

incluidos, y Julia Domna se rió, igual que una mujer normal. Sus sirvientes trajeron los primeros platos, dátiles rellenos y huevos en salsa de pescado, y los dejaron sobre las pequeñas mesas de cedro y plata. Atenais llenó las copas de los invitados con vino dulce. Memnón se fijó en que el resto de invitados y él estaban sentados, mientras la Emperatriz estaba reclinada, y Atenais de pie. Atenais tampoco comía, ni bebía. Memnón supuso que las emperatrices no alternaban con frecuencia con libertos y soldados comunes, y que los esclavos no comían con sus señores, pero la distinción no era demasiado opresiva. Atenais estaba tras la silla de Memnón, sonriendo y murmurando traducciones.

La comida continuó agradablemente, y la conversación pasó de algunas efemérides, una cosecha que la familia de Memnón había cultivado desde tiempos inmemoriales, a los problemas de irrigación en África y en Siria. Les sirvieron los segundos platos, mejillones y mero, y entonces hablaron sobre pescado, sobre la pasión romana por este plato y sobre lo extraño que era que las tribus británicas comieran tan poco pescado; sobre los peces de agua salada y los de agua dulce, y sobre los peligros a los que se enfrentaban los pescadores.

Estaban dando cuenta del tercer plato, leche frita y manzanas, cuando otro sirviente entró rápidamente y

susurró algo al oído de Domna.

La Emperatriz se tensó, bajó las piernas del sofá, y preguntó algo con tono duro. Mientras hablaba, su hijo Caracalla entró.

Cuando lo hizo estaba sonriendo, pero, en el momento en el que vio a los invitados, su expresión cambió y frunció el ceño, enfadado. Llevaba una de las largas capas con caperuza que le habían dado su apodo, pero la llevaba echada hacia atrás, revelando una túnica púrpura. Todos los invitados se pusieron de pie e hicieron una reverencia, Memnón un poco más tarde que los demás, ya que tuvo que imitarlos.

—¿Qué está haciendo él aquí? —preguntó Caracalla, señalando

acusatoriamente a Cástor.

Julia Domna suspiró y habló con un tono exasperado; Memnón se dio cuenta de que realmente llamaba a su hijo «Lucio»: el nombre que había recibido al nacer y que había abandonado.

Caracalla contestó en griego, agitando una mano desdeñosamente en dirección a los invitados, y entonces se detuvo. Sus ojos, oscuros y feroces, se fijaron en Memnón. El Emperador no era más alto que él, pensó Memnón con frialdad; parecía extraño que un emperador fuera bajito. Hizo una reverencia de nuevo, intentando parecer atemorizado.

—Tú eres el que escapó de la reunión de los jefes britanos, ¿no es así?

—le preguntó Caracalla.

Memnón, por un momento, no pudo creerse que lo hubiera reconocido: aquello debía haber sido la información que la madre de Caracalla le había proporcionado en griego. Hizo una reverencia por tercera vez.

—Sí, mi señor Augusto.

—Tú te quedas, entonces. ¡Los demás, fuera!

Los libertos miraron nerviosamente a la Emperatriz. Domna, sentada muy recta, con los ojos centelleando por la rabia y los labios presionados con fuerza, asintió. Se fueron.

Caracalla se relajó y dijo algo en griego; su madre contestó tranquilamente con algo lleno de reproche. Caracalla

respondió con desdén. Se sentó en uno de los lugares que acababan de quedarse libres y apartó el postre, casi sin tocar.

Eso provocó un reproche más duro y fue respondido con algo a la defensiva: Memnón captó el nombre de Cástor, y echó a Atenais una mirada desvalida. Caracalla se acordó de él y se hizo crujir los nudillos.

—Tú —dijo, en latín—. Soldado, ¿cuál es tu nombre?

Memnón se puso firme e hizo su mejor saludo.

—¡Memnón, mi señor! ¡Decurión, primer escuadrón del *numerus* de Mauritanos Aurelianos, mi señor!

—En esa reunión con los jefes britanos, ¿escuchaste parte de las

conversaciones?

—¡No, mi señor! —declaró Memnón, interpretando su papel de extranjero inocente y sorprendido—. ¡No me permitieron asistir, mi señor!

Caracalla hizo un ademán de impaciencia.

—¿No escuchaste nada?

—No, mi señor. Me mantuvieron en una choza, bajo guardia, mi señor, mientras ellos se reunían en su salón de banquetes. Y yo no hablo britano, mi señor.

—Idiota —comentó Caracalla—. ¿Así que no sabes nada sobre qué facciones estaban allí, y quién las lideraba?

Memnón vaciló.

—¿Mi señor? Lo que dije al princeps peregrinorum y al prefecto Papiniano fue que creía que Fortrenn, de los votadini, era el cabecilla de uno de los grupos, que podría ser la facción guerrera, y que Argentocoxus, de los caledonios, era el líder de otro, que podría ser el pro-romano. Pero eso es sólo una suposición, mi señor. Siento mucho, mi señor Augusto, no haber tenido la oportunidad de descubrir más; me avergüenza no haberte podido servir mejor.

—Sí —asintió Caracalla, malhumoradamente—. Muy bien, vete.

Memnón hizo una reverencia ante la Emperatriz.

—Gracias de nuevo, mi señora, por

el gran honor de tu invitación. —Hizo una reverencia ante el Emperador—. Mi señor, me siento doblemente honrado por haber visto tu gloria con mis propios ojos. —Saludó de nuevo y §e dirigió a la puerta. Atenais, apresuradamente, lo siguió.

Pasaron junto a los guardias de Caracalla, que estaban a la entrada de los aposentos de la Emperatriz, y cruzaron el atrio hasta la siguiente sección del palacio. Allí, Memnón se detuvo. Su corazón estaba latiendo con fuerza, tanto por la rabia como por el miedo; se alegraba de haber conseguido escapar sin revelar sus sentimientos hacia aquella comadreja viciosa. Dejó escapar un largo e inconstante suspiro y

se frotó la nuca, y después vio los ojos preocupados de Atenais y puso los suyos en blanco.

La dama le sonrió.

—Lo has hecho bien —susurró—. Una objeción más, y habría hecho que te castigaran por incompetencia; una menos, y habría hecho que te azotaran por falta de respeto.

—¡Que los dioses y los espíritus me salven de la corte! —le susurró, en respuesta—. ¿Sería posible que viera a Cástor antes de marcharme? Hay algo que necesito preguntarle.

Atenais dudó, y después asintió con entusiasmo.

—¡Sí!

Los aposentos de Cástor estaban en

el mismo sitio que antes, pero aquella sección del palacio estaba ahora mucho más protegida, ya que el Emperador estaba allí. Atenais, sin embargo, pudo pasar junto a los guardias con un murmullo de: «Invitado de la Augusta. Quiere despedirse de su amigo, Septimio Cástor».

Cástor abrió la puerta él mismo, con aspecto cansado y ansioso, pero su rostro se iluminó cuando vio a Atenais.

—¡Cariño mío! —exclamó, sin aliento. Y a continuación, ansioso de nuevo—: ¿Deberías estar aquí?

—Memnón quería hablar contigo —le explicó, y el chambelán descubrió la presencia de Memnón por primera vez.

Bueno, aquello respondía a la pregunta sobre lo indecente que había sido la «relación». Sin embargo, Memnón no hizo ningún comentario y aceptó la copa de vino que Cástor le ofreció.

El chambelán había cambiado el mobiliario. En una de las paredes había una pintura de un paisaje, dos divanes, una estantería y un candelabro. Un esclavo les trajo vino en delicadas copas de terra sigillata y se retiró en silencio. Los tres se sentaron con el vino, Cástor en un diván y sus invitados en el otro.

—¿Tienes hambre? —preguntó Cástor a Atenais, en voz baja.

—Tomé algo antes de que vosotros

llegarais —le aseguró Atenais.

Cástor suspiró.

—Odio verte de pie mientras yo estoy sentado.

Memnón se aclaró la garganta.

—Vosotros dos sois... Me habías contado que teníais «permiso para escribiros».

Cástor lo miró, con amargura.

—Sin embargo, tenemos prohibido vernos.

—No pasará nada —dijo Atenais, seriamente—. Memnón quería despedirse de ti, y estoy segura de que la Emperatriz aprobara que te haya acompañado hasta aquí. Se ha enfadado mucho cuando Caracalla ha echado a sus invitados.

—Seguramente, que nos mantengamos alejados el uno del otro es lo mejor —dijo Cástor, apesadumbrado—. Si fueras mi esposa, Caracalla también te odiaría a ti. —Tomó un trago de vino y añadió, mirándola—: Mi niña querida, deberías encontrar a otra persona.

—No quiero a otra persona —le contestó Atenais, decididamente.

—Mi dulce, adorada y fiel Atenais, no me hagas enfrentarme a lo que se avecina con el conocimiento de que he destruido a la persona que más amo del mundo. Si Caracalla sospechara alguna vez tu participación en su humillación, te odiaría incluso más de lo que me odia a mí.

Memnón se preguntó cuándo había decidido Cástor rendirse y dejar de llamar al joven emperador «Antonino».

Atenais miró a Memnón, y su rostro sonrojado le explicó lo que él ya había adivinado mucho antes.

—Caracalla me obligó a acostarme con él. Yo nunca, jamás, hubiera querido hacerlo, pero él cree que lo he traicionado. Doy gracias a los dioses porque mi señora pusiera fin a aquello.

Memnón se quedó en silencio un momento, intentando pensar algo que decir que ayudara a sanar aquella herida.

—Lo que escuchaste me salvó la vida, a mí y al resto de hombres de mi unidad. Me alegro de que lo oyeras,

aunque siento las circunstancias en las que lo hiciste. Lo siento por vosotros dos.

Aquello era lo correcto. Ella le sonrió, y después extendió la mano y le dio una palmadita en la muñeca.

—¿Qué te ha preguntado el Augusto? —quiso saber Cástor.

—Cuáles eran las facciones entre los britanos en aquella reunión de los jefes, y quiénes las lideraban. No sé por qué se ha molestado en preguntarme eso: ya conté todo lo que sabía, y tu amigo, el prefecto pretoriano, lo escribió todo en su informe.

—No confía en Papiniano —dijo Cástor—. Ni en Advento, en lo que a eso respecta. Son los hombres de su

padre. Me gustaría saber por qué le interesa ese tema.

—También me ha sorprendido a mí —comentó Atenais—. Visitó a su madre hace muy poco tiempo, para lo mismo de siempre.

Cástor hizo una mueca; viendo la expresión desconcertada de Memnón, le explicó:

—Estoy seguro de que sabes que Septimio Geta ha sido proclamado Augusto. Cara... Antonino Augusto ha acudido a todos los que el Emperador escucha, quejándose sobre la conducta de su hermano e intentando convencerlos para que persuadan a su padre de revocar su proclamación.

—Pero tu señor no lo hará,

¿verdad? —preguntó Memnón, esperanzado—. ¿No te ayudaría, señor, que Caracalla no fuera el único Augusto?

El chambelán suspiró y negó con la cabeza.

—A Geta tampoco le caigo bien. —Miró a Memnón a los ojos y añadió, en voz muy, muy baja—: No pongo ninguna esperanza en Geta Augusto. Es posible que no sea tan impulsivo y violento como su hermano, pero es igual de traicionero y cruel. Ninguno de ellos es de fiar, y cualquiera que intente usar a uno de ellos contra el otro será aplastado entre ambos.

Se produjo un silencio. La franqueza de Cástor era preocupante,

dada su habitual costumbre de inventar excusas para la casa imperial. A Memnón le pareció un consejo motivado por la desesperación.

—Si eso es así —dijo, lentamente—, ¿qué va a pasar cuando tu patrono muera?

Cástor apartó la mirada. Después, abruptamente, dejó la copa de vino y se cubrió el rostro. Atenais también dejó la suya, se incorporó, y se acercó para sentarse a su lado y rodearle los hombros con un brazo. Cástor se giró y la abrazó con fuerza un momento. Cuando la soltó, ella, obedientemente, se apartó de él.

—Lo siento —dijo Cástor, secándose el rostro—. Ese es un tema

que me obsesiona día y noche.

—No, es culpa mía —dijo Memnón—. No debería haberlo preguntado.

Se quedaron en silencio. Cástor cogió su copa de nuevo, con la mano temblorosa.

—Señor, si no te importa, me gustaría abordar la razón por la que he venido desde Eboracum —dijo Memnón, finalmente—. No nos contaste lo que habías descubierto sobre Farabert y, cuando volví a verte, olvidé preguntarte.

—¿Farabert? —preguntó Cástor, sorprendido.

—El líder de los frisones de Aballava —le recordó Atenais—. El que estaba escribiéndose con Euodo.

—¡Oh, ése! —Cástor parecía incomodo.

—¿Quién es Euodo? —le preguntó Memnón rápidamente.

—Forma parte del servicio de Caracalla —le contestó Atenais en tono grave—. Fue uno de los que participaron en la conspiración. ¿Ese Farabert tiene algo en contra de tu unidad?

—Sí. No le gusta compartir con nosotros lo que solía ser su fortaleza. ¿Dices que ha estado escribiéndose con ese hombre, Euodo?

Atenais asintió.

—No hemos visto las cartas, sólo el archivo de su entrega. Sin embargo, no se me ocurre ninguna otra razón por

la que Farabert podría haber escrito a la gente de Caracalla. Y Euodo le dijo a Caracalla que el hombre que había encontrado estaría «encantado de hacerlo» porque tenía una rencilla pendiente.

—Espero que tu prefecto y tú no hagáis nada precipitado — dijo Cástor, con nerviosismo.

Memnón levantó las cejas.

—¿Como cortarle a Farabert su horrible cuello? No somos tontos, señor. Si Farabert muriera de repente, ese Euodo se preguntaría por qué. Su señor y él debieron sorprenderse mucho cuando escapamos de aquella emboscada, y dijisteis que, si se daban cuenta de que habíamos descubierto su

conspiración, seguramente terminaríamos muertos. Ahora que lo pienso, ¿debería preocuparme que Caracalla nos haya visto juntos esta noche?

—Dudo que Antonino recuerde siquiera el nombre de tu unidad —contestó Cástor.

Atenais profirió un sonido de disgusto.

—¡Yo incluso dudo que llegara a saberlo en su momento!

Cástor asintió.

—Dejó todos los detalles a Euodo. Es de él de quien tenemos que preocuparnos. Fui a la escuela con él, y era inteligente; un zalamero parásito del matón de la escuela, pero inteligente.

Quizá ya sospeche que te advertimos, así que me alegro de que comprendas la necesidad de que Farabert permanezca ileso y convencido de que no sospecháis nada. —Sonrió débilmente—. No, no sois tontos, ¿verdad? No debería haberme preocupado. Por cierto —sonrió—, felicidades por tu ascenso.

Memnón hizo una mueca.

—Eso es algo que quería comentarte, señor. Si te soy sincero, no me gusta ser decurión.

Esto pilló a Cástor por sorpresa.

—¿Por qué no? —le preguntó Atenais, igualmente asombrada—.

Estoy segura de que eres un oficial excelente, ¡y sin duda te mereces serlo!

—¿Me merezco perder a todos mis

amigos y pasar mi tiempo mirando informes que no puedo leer? ¡Gracias!

—No has perdido a todos tus amigos —le contestó Cástor, tranquilamente.

Memnón suspiró.

—No pretendía ofenderte, señor. Es sólo que he perdido a todos los amigos que tenía en mi escuadrón, porque puedes respetar y apreciar a tu decurión, pero no puedes ser amigo suyo. Rogato espera que sea algo que no quiero ser. Y después están todas las listas, y solicitudes, e informes. Soy extranjero, señor: ¡aprendí a leer el año pasado! —Se pasó una mano por la cabeza, y añadió—: Si te soy sincero, señor, me gustaría saber si podrías

conseguirme una dispensa, como el favor que una vez me prometiste. Ya llevo once años de servicio y, si realmente he servido bien al ejército, deberían dejarme marchar.

Cástor lo miró con consternación.

—Pero yo pensaba... ¡sé que tu excelente prefecto tiene en gran consideración tus habilidades, y que espera que sigas sus pasos!

Memnón lo miró fijamente. La idea de que Rogato quisiera que se convirtiera en el prefecto de los mauritanos era espeluznante.

—¿El te ha dicho eso?

Cástor asintió.

—Señor, yo... yo respeto a Rogato, pero no quiero seguir sus pasos.

Saturnino y él han pasado toda su vida luchando, ¿y qué han recibido a cambio? Los emperadores ni siquiera se han fijado en su lealtad, y mucho menos la han recompensado. Y por lo que me habéis contado, se avecina un gran problema. No. No, ahora estoy seguro: quiero abandonar el ejército. La guerra ha terminado, y pronto se darán de baja un montón de hombres. Te estaría muy agradecido, señor, si consiguieras que mi nombre fuera uno de ellos.

Cástor siguió mirándolo, en ese momento muy pálido. Él también llevaba sirviendo toda la vida, con una lealtad que nunca había sido recompensada ni valorada.

—¿Tiene esto algo que ver con esa

mujer caledonia? —le preguntó Atenais, con recelo—. Porque, si es eso... bueno, un prefecto es una buena pareja para una mujer noble, pero un prefecto retirado no lo es. No intento convencerte de nada, pero si ella es el motivo por el que quieres dejar el ejército, estarías cometiendo un error.

Por supuesto, tenía bastante que ver con «esa mujer caledonia».

—¿Drustocce llegó a hablar realmente como si pudiera casarme con Sulicena? —preguntó con avidez.

Atenais abrió la boca, y después la cerró.

—Yo... creo que no mencionó nada sobre matrimonio, no. Pero cuando descubrió quién era yo, quiso descubrir

si me sentía celosa, y se mostró muy complacida cuando la Emperatriz te alabó. Yo diría que sabe que los sentimientos de su cuñada son serios. Además, nos contó que le regalaste tu pendiente a la mujer, así que pensé que a ti también te había gustado de verdad.

Los sentimientos de Sulicena eran sinceros; había guardado su pendiente, se lo había mostrado a su hermana, lo valoraba. ¡Aquellas eran buenas noticias! Memnón tomó aire lentamente y lo dejó escapar, recordándose que eso no significaba que Sulicena fuera a casarse con él.

—Me gusta. Me gusta mucho.

Cástor negó con la cabeza.

—Realmente no me gustaría

conseguirte una dispensa, amigo mío —dijo, lentamente—. Roma necesita hombres como tú.

Memnón frunció el ceño, y el chambelán elevó una mano, a la defensiva.

—Conseguiré que tu nombre esté en esa lista, si es eso lo que realmente quieres, pero, ¿no podrías pensártelo un poco más? Piensa en tu prefecto, y en tus hombres. Piensa en lo que le pasará a tu unidad si es capitaneada por un idiota avaricioso, o por un bruto violento; piensa en las vidas de la gente a la que proteges. El ejército ya está lo suficientemente embrutecido, y el Imperio está sufriendo por ello. ¿Qué haremos si todos los hombres buenos se

marchan? ¡Piensa en ello, por favor, solo durante un mes más, o dos! El Emperador no presentará ningún certificado de dispensa hasta que las tropas estén preparadas para marcharse el verano que viene, así que esto no afectaría al momento de tu retiro.

Memnón suspiró. Aquello era verdad.

—Si lo prefieres, esperaré hasta después de las Saturnales. Sin embargo, no creo que vaya a cambiar de idea. No si tienes razón sobre lo que se avecina. Ésa es una guerra que yo no quiero luchar.

Capítulo 13

Memnón volvió a Aballava muy pensativo. Intentó imaginar cómo sería estar en la posición de Cástor, amenazado por un malévolo joven tirano mientras la salud de su único protector iba empeorando y, al mismo tiempo, teniendo prohibido «relacionarse» con la mujer a la que amaba. Estaba totalmente seguro de que él no lo soportaría. Si aquella adorable Atenais lo hubiera mirado del modo en el que miraba a Cástor, la habría sacado del palacio y habría huido con ella. Parte de él seguía intentando despreciar a Cástor

por su debilidad, pero era consciente que el chambelán no era débil. Aquel hombre, después de todo, había soportado que lo torturaran, se había atrevido a investigar la mala conducta de un príncipe y la había denunciado, había vivido durante meses con el miedo a una muerte repentina y, a pesar de ello, había seguido tranquilamente con sus deberes habituales. No, no era débil. Pero pasivo, sí, sin duda.

Como lo era Atenais, de hecho. Seguramente una mujer tan inteligente podría haber encontrado algún modo de evitar la prohibición de su señora, si lo hubiera intentado. Que fuera tan obediente a la Emperatriz ponía de manifiesto su honestidad y lealtad, pero

Memnón no estaba totalmente seguro de que tanta obediencia fuera admirable. Sin embargo, suponía que, si habías crecido en aquella casa, debía parecerte inconcebible desobedecer una orden imperial.

Se preguntaba si Cástor realmente haría algo para conseguirle la dispensa. Estaba claro que era algo que el chambelán no quería hacer; parecía pensar que era un acto de desobediencia, algo que privaría al Imperio de un hombre valioso. Aquello era halagador, pero Memnón dudaba mucho que el Imperio viera las cosas del mismo modo. El sabía que era un extranjero inculto de una tribu de la que Roma nunca había oído hablar. Rogato

quizá esperaba convertirlo en prefecto algún día, pero no era él quien se ocupaba de señalar los cargos. El propio Rogato sólo había conseguido aquel puesto porque nadie más eminente lo había querido, y ahora que el Alto Mando se había fijado en los mauritanos, era muy probable que el próximo prefecto fuera alguien de fuera; seguramente algún capitán de caballería que quisiera llamar la atención. Aquello no tendría por qué ser, necesariamente, algo malo: un miembro de la caballería tenía probablemente más habilidades para capitanear un *numerus* que Memnón. Incluso si sus amigos en la corte tiraban de las cuerdas y terminaba siendo prefecto, e incluso si, de algún

modo, aprendía a hacer el trabajo correctamente, no significaría mucho. Los Mauritanos Aurelianos eran sólo una pequeña unidad de caballería auxiliar de poca importancia, y no tenían control sobre nada importante. No, el Imperio no perdería demasiado si Memnón abandonaba el servicio.

Ahora que se había comprometido, no tenía más dudas. No se trataba únicamente del poco deseado ascenso, ni de la aterradora perspectiva de verse involucrado en una guerra civil. Al final, lo cierto era que estaba cansado de ser soldado. Quería paz; quería casarse con alguna mujer alegre de ojos brillantes, y asentarse para criar a sus hijos con ella. Ahora que por fin lo había admitido, lo

deseaba con fuerza. Le dolería decepcionar a Rogato, pero los pasos del prefecto lo conducirían a un final estéril y solitario: Memnón no iba a seguirlos.

Siguió pensando en Sulicena. Deseó haber preguntado más cosas a Atenais sobre lo que había dicho Drustocce. Estaba claro que Atenais no tenía ni idea de cómo funcionaban las cosas entre los bárbaros. Drustocce quizá se sintió complacida al escuchar que el amante de su cuñada era alabado por la Emperatriz, y que su amor había sido honorable y sincero, pero eso no significaba que Argentocoxus no estuviera dispuesto a matarlo si alguna vez volvía a verlo. Y, sin duda, no

significaba que el clan fuera a permitir que se casara con Sulicena, la madre del próximo jefe del clan. Sulicena debía tener otros pretendientes, hombres que proporcionarían a su clan aliados o riquezas y, en una tribu tan belicosa, algunos de ellos serían también famosos guerreros.

Recordó el brillo en sus ojos cuando le dijo que se desnudara, y su feroz y solemne mirada cuando le confesó que le ofrecía un amor honorable y supo, con una certeza que iba más allá de su instinto, que sí, que quería casarse con ella.

Se le ocurrió que Senorix podría contarle más cosas sobre el modo en el que las tribus podrían ver aquel asunto.

Decidió visitarlo, en Castra Exploratorum, en su camino de vuelta. El fuerte de avanzada estaba a solo medio día de viaje desde Aballava, y Memnón tenía tiempo de sobra.

Llegó a la fortaleza la tarde del seis de noviembre. Los guardias de la puerta estaban nerviosos, y le ordenaron que se detuviera mientras estaba a cierta distancia. Memnón obedeció y respondió sus preguntas a voz en grito con su nombre y su cargo. Entonces se relajaron y le abrieron la puerta. Los dos hombres lo miraron con dureza mientras entraba, y uno hizo la señal contra el mal. El otro, sin embargo, le preguntó si era el «fantasma negro de Fortrenn».

—El mismo —asintió Memnón—. ¿Está aquí mi amigo Senorix?

Sí, le respondieron los centinelas; si Memnón esperaba, uno de ellos iría a buscarlo.

Senorix, cuando apareció un par de minutos más tarde, parecía verdaderamente alegre de ver a su visitante. Se estrecharon las manos afectuosamente y, al descubrir que Memnón no había comido, se ofreció rápidamente a traerle algo de las tiendas elianas.

Metieron a Ghibli en el establo y fueron a las tiendas del fuerte. Memnón se quedó desconcertado cuando el guardia le proporcionó una ración de galleta dura, panceta y cerveza;

normalmente, los soldados que vivían en los fuertes compraban la comida en la localidad y llevaban una dieta más rica y variada. Senorix se dio cuenta de su sorpresa.

—Las cosas han estado tensas —le explicó—. Nuestro prefecto ha negado a los miembros de la tribu el permiso para aproximarse al fuerte, y a nosotros nos mantiene confinados en él.

Memnón frunció el ceño.

—Las cosas también se pusieron tensas en el lugar donde estábamos a finales de verano, pero creía que ya estarían mejor.

El soldado britano resopló.

—Es lo que cabría esperar, pero me parece que no sabes demasiado

sobre «tensión». Por lo que he oído, vuestros oficiales consiguieron manteneros bajo control, pero otros no fueron tan estrictos. Mis parientes me han contado que... Bueno, no importa. Muchos maeatae sienten que han sido engañados. El Emperador les prometió que, si reconocían su autoridad, podrían gobernarse a sí mismos, pero después colocó guarniciones por todo su territorio y los oprimió con crueldad.

—Pero ellos estuvieron de acuerdo en que se colocaran guarniciones.

Senorix se encogió de hombros.

—No sabían qué debían esperar de ellas. Además, los maeatae se vieron presionados a aceptar el acuerdo por los caledonios: ellos pensaban que podrían

conseguir mejores condiciones si aguantaban un poco más. Hay rumores de que podrían conseguir un acuerdo mejor, si estuvieran dispuestos a luchar por él.

Memnón lo miró, horrorizado. Aquello sonaba a rebelión a la vista. ¡Por los dioses y los espíritus, un segundo acto de aquella horrible guerra no!

—Se equivocan —dijo, con preocupación—. Estoy seguro de que se equivocan. Si rompen el tratado, serán castigados. Será peor que el verano pasado.

—Lo sé —dijo Senorix, en tono grave—, pero eso es lo que se dice entre las tribus. —Dudó, y después añadió, en

voz baja—: Se dice que escucharon ese rumor el verano pasado, de boca de alguien de la corte imperial que bebió demasiado y habló más de la cuenta. Supuestamente, dijo que no estamos dispuestos a luchar otra guerra, y que si los maeatae se rebelan, llegaremos a un acuerdo más favorable para ellos. ¡Rezo a las Madres por que el rumor muera durante este invierno! —Hizo una mueca —. Lo que realmente me preocupa es lo que ocurriría si los maeatae esperaran hasta que las tropas extranjeras se hubieran marchado y entonces se rebelaran.

El Emperador estaba planeando abandonar Britania a principios del verano, tan pronto como los previsibles

mares tranquilos aseguraran un viaje fácil. La mayor parte de las tropas extranjeras se marcharían con él, aunque dejarían algunas unidades apostadas en Britania para ayudar a las tropas regulares de la provincia a controlar los nuevos territorios del norte. Los mauritanos todavía no habían recibido información sobre su siguiente destino.

—Deberías contarle esto a tu amigo el chambelán —continuó Senorix, mirando a Memnón fijamente—. Nosotros hemos informado a nuestro prefecto, pero no sé si el Alto Mando lo escuchará. Además, nadie quiere ser portador de malas noticias. Me preocupa que, para cuando nuestro mensaje llegue al Emperador, se

encuentre tan manipulado por otros que resulte incomprensible. Tu amigo el chambelán podría contar la verdad al Emperador y, por lo que he oído, no tendría miedo de hacerlo.

—Se lo diré —le prometió Memnón—. Tan pronto como pueda.

Aun mientras lo decía se dio cuenta de que no era probable que Rogato le permitiera hacer otro viaje a Eboracum pronto: si quería entregar las noticias a Cástor, tendría que enviarle una carta. Podría hacer que el secretario de Rogato la escribiera por él, pero tenía la incómoda sensación de que aquello podría tener alguna relación con la pregunta que Caracalla le había hecho en Eboracum. Si era así, entonces,

definitivamente, era algo que debía mantenerse en secreto. El secretario de Rogato era aficionado al cotilleo: todo el *numerus* sabía que podías sacarle información si le pagabas una copa. Rogato siempre se ocupaba él mismo de las cartas importantes.

Podía pedirle a Rogato que escribiera la carta, pero entonces no podría mencionar el favor que le había pedido a Cástor, no a menos que quisiera tener una amarga discusión con el prefecto. Tendría que intentar escribir la carta él mismo.

Memnón nunca había escrito una carta. Había garabateado penosamente palabras individuales, pero nunca había intentado encadenarlas. Era probable

que fuera un completo desastre, pero esperaba que Cástor fuera capaz de descifrarlo.

Senorix lo acompañó hasta su barracón y le presentó a sus compañeros de tienda, un grupo variado de britanos más o menos romanizados. Habían oído hablar de Memnón y se alegraron de conocerlo. Se alegraron y, para su disgusto, también se sintieron un poco intimidados. Le preguntaron por las historias de sus encuentros con Fortrenn y Argentocoxus, y lo escucharon con veneración. Ni siquiera se rieron con la imitación del leopardo: seguramente pensaron que habría sido una falta de respeto. Era irritante.

Sin embargo, descubrió que habían

oído hablar de Sulicena; una historia que Memnón había ocultado escrupulosamente a sus colegas romanos. Senorix le preguntó por ella, y esto le dio a Memnón la entradilla que necesitaba para hacer su propia pregunta.

—¿Tanto te gusta? —le preguntó Senorix, levantando las cejas.

Memnón asintió.

El explorador britano pensó en ello.

—Lo siento —dijo al final, con tristeza—. No creo que sea posible. Las tribus toleran que sus mujeres duerman con guerreros famosos, no hay nada malo en ello, y no se sienten ofendidos por esto. Pero el matrimonio... Eso es

otra cosa. El clan de Argentocoxus siempre ha sido poderoso e importante, y ha salido de la guerra incluso más fortalecido. Debe haber multitud de clanes que quieran proporcionar un nuevo marido a la hermana de Argentocoxus. Si ella se decidiera a favor de un romano, se sentirían insultados. No creo que Argentocoxus te recibiera bien si aparecieras por allí de nuevo, y menos si eso complace a su hermana. El clan tampoco se alegraría de ver que tiene herederos medio romanos, sobre todo unos que... Tus hijos tendrían tu aspecto, ¿no es así?

—¡Si no lo tuvieran, tendría algo de lo que hablar con su madre! Aunque, seguramente, también heredarían cosas

de ella. Serían morenos, en lugar de negros. —Pensar en un grupo de risueños niños morenos le hizo sonreír.

Senorix no le devolvió la sonrisa.

—Eso no sería bueno. Los señalarían como Hijos de la Noche.

Memnón levantó las cejas con incredulidad, y Senorix continuó, seriamente:

—Tú gozas del favor de Brígida, la Dama de la Noche, la Madre de los Dioses. Los britanos están medio convencidos de que tienes poderes sobrenaturales. Escuché un rumor que decía que fuiste capturado porque tus poderes se debilitan bajo la luz del sol, y que te atraparon a mediodía. Se dice que eres más fuerte durante las horas de

oscuridad.

Memnón hizo una mueca.

—¿Quién te cuenta esas historias?

—Bardos viajeros, sobre todo. En circunstancias normales les ofrecemos hospitalidad a cambio de sus canciones; es un buen modo de conseguir información sobre lo que está ocurriendo entre las tribus. Disfrutamos de varios bardos antes de que las cosas se pusieran tensas. Tú deberías hacer lo mismo: te sorprendería saber lo que dicen sobre ti.

—¡Creo que prefiero no saberlo! —Volvió al tema, mucho más interesante, de Sulicena—. Ella tiene un hijo de su primer marido. Si tuviera uno mío, no heredaría. ¿Eso no cambiaría

nada?

—Sí, supongo, pero a nadie le gusta confiar en una sola vida. El hijo mayor sufre una fiebre, o tiene un accidente cabalgando, ¿y entonces qué? Y, de todos modos, son las hijas las que continúan la línea descendiente. ¿Tiene alguna hija?

Memnón hizo una mueca, y negó con la cabeza.

—Por supuesto, los clanes eligen a sus jefes de entre los miembros de la familia de la madre del jefe —dijo Senorix, pensativamente—. No tienen por qué escoger al primogénito; pueden elegir a un hijo menor, o a un tío, o a un primo, si creen que hará un trabajo mejor. Pero los hijos de tu hija serían,

seguramente, la primera línea de sucesión. Ya sería bastante malo que fueras de la península itálica, aunque entonces al menos la sangre romana sería invisible en la segunda generación; en tu caso, aun se mostraría, ¿no? Todo el mundo sabría a primera vista que son los nietos del Fantasma Negro, de algo sobrenatural. Eso dividiría al clan.

«Evidentemente, en las tribus, las mujeres eligen a sus maridos, y si la dama decide que te quiere a ti, presumiblemente su hermano tendría que arreglárselas con eso. O hacer que tuvieras un accidente. Pero si ella es una mujer sensata, será consciente de que eso sería malo para su clan, y elegirá a otra persona. Además, ¿cómo

conseguirías llegar hasta allí para preguntarle? Tendrías que viajar durante días entre tribus hostiles. Sé que eres bueno introduciéndote en ese terreno sin llamar la atención, pero aun así tendrías que pedir indicaciones. Teniendo en cuenta el estado de ánimo de las tribus ahora mismo, un soldado romano viajando solo hacia las tierras altas, sencillamente, desaparecería. Y ni siquiera hablas britano, ¿no es así?

—¡Puedo hablar un poco! —objetó Memnón, pero se sentía abatido. Sulicena era una mujer sensata y honorable. No elegiría a un marido que fuera malo para su clan, ni criaría a unos hijos que pudieran dividirlo. Y un hombre honrado, ante esa tesitura,

tampoco le pediría que lo hiciera.

—Mi consejo es que la olvides —dijo Senorix, amablemente—. No tiene sentido desear algo que no puedes tener.

Memnón asintió con gravedad. Sin duda era cierto que desear algo que no puedes tener es un camino seguro hacia la infelicidad. Se había enamorado dos veces desde que llegó a Britania, y en ambos casos el resultado había sido frustración y dolor. Suponía que había sido por su culpa, por permitir que sus ojos se fijaran en princesas y miembros del séquito imperial cuando debería haber estado buscando a alguna cocinera sonriente, o a alguna granjera; pero un hombre, generalmente, no puede elegir qué mujer atrapará su atención.

Olvídala. Silenciosamente, ahogó la esperanza volver a ver a Sulicena, y le deseó una vida larga y feliz.

Suspiró, dándose cuenta, al abandonar esa esperanza, de que ésta había escondido otra que estaba firmemente asentada en su interior. Por los dioses, ¡pensaba que había abandonado todas sus expectativas sobre Atenais hacía un año! Supuso que se debía a que ahora la conocía mejor: se había vuelto cariñosa y amistosa, y ya no le tenía miedo. Se dijo con firmeza que sus esperanzas eran incluso más inapropiadas que las que había tenido respecto a Sulicena: la Emperatriz no se la entregaría, y la propia Atenais amaba a Cástor. *Olvídala*, se dijo Memnón,

disgustado; eso no te proporcionará nada excepto dolor.

De Memnón, decurión, *numerus* de Mauritanos Aurelianos, para L. Septimio Cástor, chambelán de nuestro señor Severo Augusto.

SEÑOR, SIEMTO CRIBIR ESTO MAL. ESTOY APRINDIENDO, Y NO CONFÍO EN EL SECRETARIO.

SEÑOR, MI HAMIJO SENORIX DE LA COHORTE ELIANA DISE QUE HAI UN RUMOR ENTRE LOS MAEATAE DE QUE CONSEGIRÍAN MEGORES CONDISIONES DE PAZ SI LUCHARAN POR ELLAS. DISE QUE ALGIEN CERCANO A LA CORTE LES CONTÓ QUE NO QUEREMOS OTRA GUERRA. LAS COSAS ESTÁN MUI

TENSAS, Y ESTÁ PRECUPADO. ME A PEDIDO QUE TE CUENTE ESTO. DISE QUE LOS MAEATAE PIENSAN QUE LOS AN ENGAÑADO DEBIDO A LAS GUARNISIONES, Y NO QUIERE SAVER QUÉ OCURRIRÁ CUANDO EL RESTO DE SOLDADOS BUELBAN A CASA. NO SÉ SI ESTO TIENE ALGO QUE VER CON LO QUE ME PREGUNTARON LA ÚLTIMA VEZ QUE ESTUBE EN EBORACUM. CREO QUE ES POSIBLE.

E CANBIADO DE IDEA SOBRE LO QUE TE PEDÍ.

Memnón inspeccionó su carta con resignación. No se parecía demasiado a una carta de Cástor: había escrito las grandes y toscas letras con tanta fuerza

que, en algunos puntos, la cera se había soltado de la tablilla, dejando las letras marcadas sobre la madera debajo. Sólo el sobrescrito, en el dorso, parecía pulcro: había sido escrito por el secretario de Rogato. Esperaba que Cástor considerara el contenido, y no la forma.

Selló la carta con la estrella de los mauritanos y con el propio anillo de Cástor y se la entregó al siguiente mensajero que salió hacia Eboracum. Después, dirigió su atención a los asuntos de su escuadrón, y esperó.

Septimio Cástor, liberto de Augusto, saluda a Memnón.

Primero, déjame asegurarte de que he transmitido las preocupaciones de tu

amigo a aquellos que pueden ocuparse del asunto. Estoy de acuerdo en que podría ser importante que Antonino Augusto haya estado preguntando sobre las facciones entre las tribus britanas, aunque no sé si esto es debido a su propio interés, o a que ha notado el interés de su hermano. Gracias por el esfuerzo que has hecho para llevar la atención sobre el problema.

Más dichoso e inesperado ha sido que, nuestra adorada Emperatriz, impresionada por la devoción que Atenais y yo hemos mostrado por el bienestar del Imperio, ha rescindido, en su infinita bondad, la prohibición sobre nuestra relación. Me temo que es impropio que revele esta noticia, ya que

debemos ser discretos, pero estoy tan alegre que me resulta difícil mantenerlo en secreto, y tú fuiste muy amable al expresar tu comprensión sobre nuestro antiguo aprieto. Sin embargo, debemos ser discretos, si Atenais tiene que evitar el odio que ahora, tristemente, la une a mí.

En cuanto a tu petición, no hay prisa. Por favor, discútelo con tus amigos. Si no has cambiado de idea tras las Saturnales, haré lo que me has pedido.

Te deseo buena fortuna en todas las cosas.

—¿Qué te dice tu amigo? —le preguntó Rogato.

Memnón mantuvo los ojos

firmemente sobre la lista de turnos. La carta había llegado el día anterior, y había pasado la mayor parte de la tarde descifrándola. Estaba llena de palabras que Honorato no le había enseñado, pero al final se las arregló para captar su esencia; para cuando la entendió toda, incluso había conseguido dominar la punzada que las noticias centrales le habían provocado. Sabía que Rogato había esperado que le permitiera ver la carta, pero no tenía intención de permitir que lo hiciera. Ya sería suficientemente duro enfrentarse al prefecto cuando su petición de una baja anticipada fuera aprobada; darle al hombre la esperanza de poder convencerlo de lo contrario haría su vida miserable durante meses.

—Dice que ha trasmitido lo que me contó Senorix a la gente que puede ocuparse de ello —dijo. Después, levantó la mirada y añadió una excusa férrea para mantener la carta para sí mismo—: Y dice que ha conseguido echarse novia, pero que tiene que ser discreto sobre ello. Me lo ha contado porque es Atenais, la secretaria de la Emperatriz a la que rescaté con él.

—¡Oh! —exclamó Rogato, asombrado.

—¿La viste alguna vez, señor? Una chica preciosa, con ojos como los de una gacela y unas fabulosas y largas piernas. Valiente, también, y lista. Puede escribir tan rápido como tú hablas, y declama en griego como un filosofo. No

creías que un hombre como Cástor pudiera conseguir a una chica así, ¿verdad? No pretendo ser irrespetuoso, pero tienes que admitir que ese tipo parece una marmota. Sin embargo, ella lo mira como si fuera el hombre más maravilloso en el que nunca haya posado los ojos. ¡Marmota afortunada! No es de extrañar que no pudiera resistirse, y que me lo haya contado.

Rogato no tenía relación con las mujeres, excepto con alguna prostituta ocasional en un burdel discreto. Profirió un gruñido avergonzado.

—Sin embargo, me pide que no hable sobre ello —admitió Memnón, con resignación—. Por si eso la mete en los mismos problemas en los que está él.

—Entonces deberías mantenerte callado —dijo Rogato, firmemente.

Continuaron trabajando en la lista y discutieron los últimos esfuerzos para proteger los cascos de los caballos de la unidad. Aun estaban con ello cuando llamaron a la puerta, y Memnón la abrió para encontrar a Farabert.

La tensión entre los mauritanos y los frisones, nunca ausente, había empeorado recientemente: se rumoreaba que se iba a ordenar a los mauritanos que se quedaran en Britania, en Aballava, y que los frisones serían destinados a otro lugar. Rogato reunió a las tropas justo cuando descubrió el rumor, y les juró sinceramente que los mauritanos no habían recibido ninguna

orden para el verano y que, hasta donde él sabía, dejarían Britania cuando el Emperador lo hiciera, pero eso no había sido suficiente para calmar la erupción de amarga rivalidad. No podía confiarse en que las dos unidades compartieran una ronda de vigilancia, y menos dejarlas acudir a la aldea del fortín al mismo tiempo. Dividieron el fuerte en dos y se prohibió pasar de un lado al otro, e incluso los baños se usaban en días distintos.

—Señor Farabert —dijo Memnón con cautela, y saludó marcialmente.

Farabert gruñó; Rogato se acercó rápidamente, frunciendo el ceño por la preocupación.

—Prefecto Rogato —dijo Farabert,

y se aclaró la garganta, con tristeza.

—¿Hay algún problema? —preguntó Rogato bruscamente.

Farabert parpadeó, sorprendido.

—Ah, no. He venido a hablar contigo sobre qué más podríamos hacer para evitar los problemas. —Hizo un gesto inseguro—. La situación no pinta muy bien, y ya hemos dividido el fortín en dos.

Rogato lo miró con frialdad durante un momento; Memnón lo conocía lo suficientemente bien para saber que la idea le gustaba. Aunque Farabert había castigado a sus hombres cuando se habían visto involucrados en trifulcas con los mauritanos, no se había mostrado especialmente dispuesto a

acordar medidas más positivas. Presumiblemente, acababa de descubrir lo que su falta de actividad podría parecer al Alto Mando.

—Tienes razón —dijo Rogato—. Pinta mal. Entra y discutiremos qué hacer al respecto. Memnón, puedes retirarte.

—Ah, ¡deja que se quede! —exclamó Farabert—. Es tu mano derecha, ahora que Saturnino no está, ¿no?

Rogato reaccionó ante el nombre de su viejo amigo en los labios de Farabert con una mirada glacial, pero hizo una señal a Memnón para que se quedara.

Lo que Farabert propuso era el

habitual remedio del ejército para los soldados habituados a las disputas: ejercicios. Concretamente, una competición que exigiría que los mauritanos y los frisones cooperaran para ganar un premio; Farabert se ofreció a proporcionar los premios él mismo. Rogato apoyó la propuesta enérgicamente, aunque sugirió un par de cosas para asegurarse de que los miembros de los equipos, compuestos por hombres de ambas unidades, no comenzaban a pelearse los unos con los otros.

Cuando Farabert se marchó de la oficina, Memnón cerró la puerta con el ceño fruncido.

—Arriesgándome a sonar como

Saturnino, señor —comenzó—, ¿qué estará tramando?

Rogato lo miró con sorpresa, y sonrió.

—Le preocupa que el rumor resulte ser cierto —declaró confidencialmente—. Está intentando dejar claro que no hay necesidad de mover a su gente de Aballava, que pueden llevarse bien con nosotros si tienen que hacerlo. —Sonrió de nuevo, esta vez con satisfacción—. Creo... Creo que, por fin, se está rindiendo. Se ha dado cuenta de que no puede librarse de nosotros. ¡Hemos ganado!

—Supongo que sí, señor —dijo Memnón—. Pero tengamos cuidado con él, ¿eh? Sabemos que ya ha intentado

librarse de nosotros una vez.

La competición propuesta era una versión del popular juego de caballería «Griegos y Amazonas», en el que los equipos hacían turnos para cargar el uno contra el otro con jabalinas falsas. En las alas de caballería regular, el juego se jugaba con una armadura especialmente diseñada, pero ni los mauritanos ni los frisones poseían nada tan lujoso. En lugar de eso, evitaron hacerse daño usando jabalinas que eran poco más que ramitas, y colocando al equipo defensor detrás de dianas de paja. Se acordó que serían cuatro equipos, y que los ganadores de las primeras dos tandas jugarían la decisiva; cada equipo estaría compuesto

por seis mauritanos y seis frisones. Farabert les proporcionó tres barriles de cerveza, uno para el equipo ganador de cada encuentro, y una bolsa de dinero para los ganadores finales.

Los hombres, al principio, se mostraron dudosos sobre lo de cooperar con sus rivales, pero el aliciente de la cerveza y del dinero, junto con el deseo práctico de eliminar las restricciones provocadas por sus disputas, demostró ser lo suficientemente fuerte. Durante varios días, los escuadrones compitieron para conseguir un lugar en los equipos; después, los equipos mezclados se reunieron y comenzaron a practicar juntos. Al final, un frío, aunque soleado, veinticinco de noviembre, se

llevó a cabo la competición... y demostró ser un enorme éxito.

Memnón no formó parte de ninguno de los equipos, aun carecía de la maestría con los caballos de los mejores jinetes mauritanos, pero, sin embargo, tuvo que asistir a las prácticas, así como al combate final: las relaciones entre las unidades eran tan tensas que tenía que haber un oficial de fiar de cada parte en todo momento para mantener el orden. Casi todas las sesiones de práctica tuvieron lugar bajo un clima frío, húmedo y ventoso. Memnón se acurrucó miserablemente bajo la lluvia, agachado sobre el húmedo lomo de Ghibli, observando mientras sus camaradas galopaban arriba y abajo por el lodoso

campo de prácticas lanzando jabalinas, y maldijo a Farabert y a su buena idea.

Sin embargo, tenía que admitir que parecía haber merecido la pena. Cada unidad tenía cualidades que eran valiosas para el juego: los mauritanos eran más rápidos y ágiles en el ataque; los frisones, más fuertes y poderosos en la defensa. Los hombres de cada unidad estaban deseando localizar a los mejores jinetes de los otros para «su» equipo, y el mismo día de la competición, los mauritanos y los frisones se unieron para vitorear a los suyos. Un par de taberneros emprendedores de la aldea del fuerte aparecieron con braseros de carbón y vendieron castañas y vino especiado;

los frisones construyeron una hoguera y asaron un buey mientras los mauritanos hacían pan plano sobre una sartén de hierro pulido colocada sobre los carbones, y todo el mundo se divirtió.

Farabert y Rogato observaron la competición el uno junto al otro desde la tribuna, y cuando terminó el último encuentro, invitaron a los oficiales de ambas unidades a un banquete en el *praetorium.*

Cuando Memnón llegó al comedor, descubrió que había sido Farabert quien había dispuesto el banquete: era una auténtica comida germana de cerdo asado, repollo y cerveza, a la que Rogato había contribuido solo con algunas botellas de vino. Memnón se

sintió un poco avergonzado: era verdad que Rogato no era rico, pero con su holgado sueldo podría haber hecho algo mejor que aquello. Ninguno de los capitanes, sin embargo, se fijó en ello, y quedó claro que Farabert estaba desviviéndose por resultar simpático. Mientras la comida se desarrollaba, siguió rellenando la copa de Rogato, hasta que el prefecto se mostró casi jovial y radiante, asintiendo a los demás.

—Hemos disfrutado del botín de la victoria, ¿eh? —le dijo a Memnón más tarde, en privado.

La conversación giró, sobre todo, en torno a la cacería: perros, caballos y demás parafernalia relacionada con

aquel peligroso juego. Farabert y su primo y ayudante, Trupo, contaron la historia de un jabalí al que habían cazado, a menos de diez millas de Aballava, que había matado a tres perros, a un caballo y a un hombre. Rogato contó una historia sobre la cacería de un león.

—¡Ah, leones! —exclamó Farabert—. Vi a una de esas bestias una vez, en la arena. ¡Menudo animal! ¿En África los cazáis mucho?

Ante esto, todos los oficiales mauritanos comenzaron a hablar a la vez sobre las cacerías de leones en las que habían tomado parte, o de las que habían oído hablar. Los frisones escucharon con envidia, e intentaron dirigir de nuevo la

conversación a la caza del jabalí.

—¿Y tú no dices nada? —Farabert señaló a Memnón, ignorando a sus propios oficiales—. ¿Nunca has cazado a un león?

—En el lugar donde yo crecí no había leones —contestó Memnón—. Oíamos hablar de ellos, pero nunca vimos uno.

—¿No? Es una pena.

Memnón sonrió.

—Nosotros no lo creíamos así. Cuantos menos viéramos, mejor.

Su declaración fue recibida con un silencio desconcertado. Los frisones quizá se alegraban de haber evitado algún encuentro con el peligro, pero nunca lo admitirían públicamente.

—A veces atrapábamos leopardos —continuó Memnón, sirviéndose más vino.

—Yo nunca he cazado un leopardo —dijo Rogato, con una sonrisa—. Creo que son muy peligrosos. Escalan muy bien, y su mordedura es mortífera.

—Son animales astutos —asintió Donato, el decurión aureliano de mayor rango, también sonriendo—. Matan a más hombres que los leones. Nunca sabes dónde están, hasta que se abalanzan sobre ti.

El resto de oficiales se rieron: todos conocían la historia del leopardo. Memnón suspiró, deseando no haberlo contado nunca.

—Solían matar a nuestras cabras

—informó al grupo—. Y, si algún animal está matando a tu ganado, tienes que ir tras él.

—¡Pobres leopardos! —murmuró Donato—. Eligieron a las cabras equivocadas.

—¿Alguna vez has cazado jabalíes? —le preguntó Farabert. Estaba sonriendo en lo que, seguramente, pretendía ser un modo halagador, aunque su cicatriz retorcía su expresión.

Memnón negó con la cabeza: nunca le había encontrado la gracia a ir a la caza de animales peligrosos, a menos que no tuvieras más remedio que hacerlo. Obviamente, si eres granjero y un cerdo salvaje está dañando tus cosechas, tienes que cazarlo, pero era un

misterio para él la razón por la que deberían ir los soldados tras esos animales. La mayoría de sus camaradas, sin embargo, habían cazado jabalíes en el Danubio, y entonces comenzaron a relatar sus historias con entusiasmo. Los oficiales frisones rápidamente alabaron la caza que podía encontrarse a los alrededores de Aballava. Memnón se aburrió de la conversación y dejó de escuchar; solo volvió a prestar atención cuando se dio cuenta de que estaba acordándose una cacería de jabalíes para un futuro cercano, y que se esperaba que él asistiera.

—¡Pero yo no quiero ir! —protestó, sorprendido— Me quedaré aquí y cuidaré del fuerte.

Rogato lo miró con desaprobación.

—Donato se ocupara de eso —le ordenó—. El es de mayor rango. Ésta es una generosa y pacífica oferta de nuestros colegas y, sin duda, vamos a aceptarla.

Capítulo 14

Se dispuso la cacería para finales de noviembre, en un bosque al suroeste de Aballava. Memnón no se alegraba de ello por varias razones. La primera, y más sencilla, era que odiaba la idea de levantarse antes del amanecer para pasar un frío día de invierno cabalgando por un miserable terreno de bosques pantanosos, seguramente bajo la lluvia. La segunda era que estaba preocupado por la seguridad de la iniciativa. Para determinar dónde encontrar jabalíes de buen tamaño, los frisones hicieron preguntas entre los granjeros locales; y

aquello era tan bueno como anunciar dónde pretendían llevar a cabo la cacería. Si los maeatae estaban realmente decididos a rebelarse, tendrían una oportunidad para eliminar a dos capitanes de unidad en una sola emboscada. La tercera razón era Farabert; podría pensar que un accidente de caza sería un buen modo de librarse de Rogato y de sus «amigos en la corte».

Rogato, sin embargo, desdeñó las preocupaciones de Memnón. Farabert, le dijo con seguridad, estaba intentando reconciliarse con los mauritanos, no librarse de ellos. En la cacería, además de Memnón, habría otros cinco decuriones aurelianos: los frisones no podrían asesinar a Rogato sin que nadie

se diera cuenta. Y en cuanto a los maeatae, la cacería tendría lugar al sur de la muralla, en territorio romano, pero Memnón podría ir y explorar la zona el día antes, si insistía.

Memnón se maldijo por haber abierto la boca, pero aun así fue a reconocer la zona el día anterior. No encontró ningún indicio de actividad enemiga, y nevaba.

A la mañana siguiente, cuando salió el grupo de caza, antes del amanecer, estaba callado y disgustado. Uno de los frisones le había prestado una lanza para jabalíes, que sujetó al arnés que usaba para sus jabalinas. Era, de lejos, el arma más pesada que había llevado nunca, y la pieza central se clavaba

incómodamente en sus omoplatos. No tenía ni idea de cómo usar aquella cosa enorme, y esperaba fervientemente no tener que intentarlo.

Había dejado de nevar, pero quedaba una gruesa capa en el suelo, creando una pálida luz gris en la que las siluetas de los hombres y los caballos se cernían largas y negras. Los perros corrían de un lado a otro, ladrando, y los frisones los golpearon y los ataron con correas. Memnón notó con desagrado que en el grupo había el doble de frisones que de mauritanos. Rogato, sin embargo, se mostraba jovial, entusiasmado por la perspectiva del día de caza.

Cabalgaron por la calzada militar

durante unas cinco millas y después giraron al sur por un sendero más pequeño, cruzando la zona militar alrededor de la muralla. El sol, de un rojo sangre, estaba alto sobre un cielo claro, proyectando largas sombras azules sobre la nieve, y mostrándoles huellas impresas en los despejados campos: zorros y liebres, gamos y gatos salvajes. A continuación, el estrecho sendero les condujo al bosque: una antigua zona boscosa de matorrales y robles, de abedules y alisos, que en aquel momento del año estaban todos sin hojas y grises. Memnón había descubierto, en su expedición de exploración el día anterior, que la zona estaba llena de ciénagas, ahora

escondidas bajo la gruesa cubierta de nieve, pero era posible atravesarlas a caballo, al menos entonces, en invierno. Los frisones decían que aquello estaría a rebosar de jabalíes. Memnón entornó los ojos contra la luz y se guardó las congeladas manos bajo las mangas.

Después de otra milla encontraron lo que estaban buscando: las huellas de un cerdo cruzando el sendero, recién marcadas en la nieve: un puerco grande y solitario, casi seguramente un jabalí. Los frisones soltaron a los perros, que corrieron de un lado para otro, olfateando y ladrando, antes de introducirse en el bosque. Los jinetes los siguieron.

Cuando Memnón era niño, en

África, había cazado, y con la caza había aprendido la mayor parte de sus habilidades de exploración; en el Danubio había salido con regularidad a cazar aves y conejos, y ocasionalmente se había unido a sus compañeros en la caza de algún ciervo. Siempre había pensado que la cacería exigía silencio, cuidadosa observación, previsión, paciencia y un ataque rápido y seguro. Nunca había experimentado algo como aquella ruidosa persecución a través de un bosque nevado, con veinte hombres a caballo galopando a toda velocidad tras una docena de perros aullando, y se sentía disgustado y sorprendido. Sin embargo, parecía que Ghibli había disfrutado antes de situaciones

similares, presumiblemente con Saturnino. Resoplando de excitación, atravesaba la maleza y saltaba árboles caídos, compitiendo con el feroz corcel negro de Farabert en una lucha por ser el primero. Memnón se sujetó de las bridas de su montura con ambas manos, se agachó contra su cuello, y deseó que la cacería terminara. Rogato, cerca de ellos, gritó de excitación.

Después de una interminable carrera, los perros se detuvieron y Memnón se incorporó de nuevo. La mayor parte del grupo de caza no estaba a la vista. Los perros pululaban por allí, gruñendo y ladrando, y después de un momento, un cerdo chilló. Se dio cuenta de que lo que había tomado por otro

perro era en realidad un cerdo salvaje, negro y peludo, rodeado por los sabuesos frisones. Farabert apresuró a su caballo y se colocó entre ellos, bajando su lanza; Rogato y uno de los oficiales frisones lo siguieron. Sin embargo, el jabalí cargó contra los perros, dejando a uno de ellos gimoteando en el suelo, y desapareció a través de un denso matorral.

Memnón, reacio a llevar a su caballo, de piel fina, a través de las zarzas, intentó evitar que Ghibli los siguiera, y retorció las bridas de su cuello hasta que el caballo resopló y tosió. El resto de cazadores desaparecieron en los nevados bosques; todos ellos frisones, excepto Rogato.

Uno de los jinetes se giró y se dirigió a Memnón, sonriendo de oreja a oreja; era Trupo, el ayudante de Farabert.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Lo atraparemos!

—¿Dónde están los demás? —le contestó Memnón.

—¡Son demasiado lentos! —le contestó el frisón alegremente—. ¡Vamos!

Memnón casi lo hizo; pero de repente se preguntó por qué, si a Trupo no le había importado dejar a los demás atrás, estaba tan interesado en que Memnón los siguiera.

—Mi caballo está cojeando un poco —dijo—. Tengo que comprobar su pata.

Tan pronto como Memnón pasó una pierna sobre el lomo de Ghibli, Trupo hizo lo mismo. A Memnón se le heló la sangre. Golpeó el hombro de Ghibli con la fusta y tiró de las bridas bruscamente hacia la derecha, y el corcel salió disparado hacia la izquierda, agitando abruptamente la cabeza y relinchando con fuerza. Trupo maldijo; Memnón, tumbado de nuevo sobre el lomo de su corcel, giró la cabeza y vio por el rabillo del ojo que el frisón había vuelto a montar y que había salido tras él, con la lanza en ristre.

Ghibli galopó por los bosques, evitando árboles, saltando arbustos y resoplando mientras su jinete lo urgía a ir más rápido. Trupo se quedó atrás: su

caballo, más grande y pesado, no podía seguir su paso por un paisaje tan agreste. Entonces escuchó un ruido sordo de ramas golpeando algo, y un grito y una angustiada maldición: cabalgar entre los árboles erguido para poder sostener una lanza era una mala idea. Memnón mantuvo su propia cabeza gacha.

Después de algunos minutos, Ghibli aminoró la velocidad hasta el medio galope. Memnón se incorporó en su silla, escuchando con atención. Ya no podía oír a Trupo, pero Ghibli estaba haciendo tanto ruido al avanzar que eso no significaba nada. Su rastro, en cualquier caso, era lo suficientemente claro para que un chiquillo ignorante lo siguiera: un oscuro sendero de mantillo

levantado y de huellas de cascos hundidas en la nieve.

Sin embargo, dejó que Ghibli aminorara la velocidad de nuevo, y que fuera al trote, mientras intentaba pensar. Era difícil hacerlo: tenía un duro y caliente nudo de emoción en la garganta que amenazaba con ahogarlo. Quería encontrar a Rogato; temía que ya fuera demasiado tarde.

Si daba la vuelta, encontraba el rastro de la cacería y lo seguía, ¿qué ocurriría? ¿Cuántos de los frisones eran parte de aquello? Farabert y Trupo, evidentemente. Y presumiblemente había otros en el grupo que habían recibido instrucciones para retrasar o confundir al resto de oficiales mauritanos, de

modo que no hubiera testigos hostiles de lo que su jefe había planeado. Debía haber media docena de modos de explicar un cuerpo muerto tras una confrontación con un jabalí. Con dos cuerpos muertos sería algo más difícil, pero aun posible: «Su caballo se escurrió y chocó contra el del prefecto, y ambos cayeron», «Intentó salvar al prefecto, y el jabalí también lo atrapo a él», «Apuñaló al jabalí, pero el otro hombre se puso en su camino, y después se suicidó por el remordimiento, cuando vio lo que había hecho». El Alto Mando lo creería, y ni siquiera los mauritanos estarían totalmente seguros de que era mentira.

Fueran cuales fueran las excusas

que habían planeado, estaba claro que el resto de frisones que iban con el grupo que se había adelantado tenían que ser parte del complot. Tres de ellos, pensó Memnón, reconsiderando aquel momento de estruendosos cascos al galope. Tres de ellos, armados con lanzas y cuchillos, además del propio Farabert, por supuesto, y de Trupo también, que estaba en alguna parte del bosque, a su espalda. Todos eran hombres fuertes y experimentados guerreros; los más bajos de ellos eran una cabeza más altos que Memnón. Cinco contra dos: no era una buena perspectiva, sobre todo si uno de ellos era viejo y no sospechaba nada. Desesperadamente, apartó a un lado el

miedo de que realmente, las probabilidades, fueran cinco a uno.

Quizá todos los frisones eran parte de aquello. Quizá aquel rumor los había hecho creer que iban a perder Aballava, el fortín que era su hogar, a menos que se libraran de los dos mauritanos que tenían importantes amigos en la corte.

No. No, los frisones que habían participado en la competición de Griegos y Amazonas seguramente no eran conscientes de que su líder pretendía asesinar a su rival: su resentimiento e inseguridad, y su respeto, ganado con mucho esfuerzo, había sido genuino. Habían creído, como Rogato, que Farabert estaba intentando reconciliarse con los

aurelianos. Aquella cacería de jabalíes había sido acordada por Farabert con un pequeño grupo de oficiales de confianza.

¿Farabert se habría dado cuenta de que Memnón ya no formaba parte del grupo que había tomado la delantera? ¿Habría seguido adelante con lo que había planeado, confiando en que Trupo se ocupara del hombre perdido, o habría decidido que era demasiado arriesgado llevar a cabo el asesinato cuando un testigo influyente había escapado?

Memnón se dio cuenta, con horror, de que Farabert no podía saber que Memnón había sido testigo de algo. Por lo que el jefe frisón sabía, el caballo de Memnón había empezado a cojear, y

Trupo, sin que sospechara nada, estaba esperando al momento más adecuado para ensartarlo. No había razón para que cancelara el plan.

Memnón inhaló profundamente una vez, y después otra; el aire frío abrasó su garganta. Ghibli echó una oreja hacia atrás, y Memnón, forzando sus propios oídos, también lo escuchó: ruido de cascos a su espalda. Trupo continuaba siguiéndolo. Tenía que ocuparse de eso y pensar qué hacer para proteger a Rogato.

Dio a Ghibli una palmadita suave en el cuello, lo puso a medio galope de nuevo, y después miró a su alrededor antes de ver un árbol ahorquillado a la izquierda. Condujo al caballo hasta allí,

se agarró al tronco y espoleó a Ghibli con un grito. El corcel resopló y dio un respingo; Memnón subió al árbol y se agachó contra la corteza. Se quitó los mitones, los sujetó en su cinturón y sacó el cuchillo. La lanza tenía un alcance mucho mayor, por supuesto, pero prefería confiar en el arma que conocía mejor.

Trupo apareció trotando ligeramente, con la cabeza baja sobre el rastro de Ghibli, y la lanza bajo el brazo. Sin embargo, cuando se acerco al árbol, alzó la mirada y vio a Ghibli escondido más allá. Espoleó a su caballo hacia delante.

Memnón había esperado que se acercaría lo suficiente para que poder

saltar sobre él desde el árbol como un leopardo, pero no importaba. Bajó al suelo y se deslizó silenciosamente tras Trupo.

Ghibli, por supuesto, se había detenido: estaba cansado y no tenía un jinete que lo obligara a seguir adelante. Trupo cogió sus riendas y miró a su alrededor frenéticamente, buscando las huellas del hombre que había estado sobre el caballo apenas un momento antes. Memnón se escondió tras un árbol y esperó. Se cubrió la boca con la mano para que el humo blanco de su aliento no lo traicionara; tenía el cuchillo en la derecha.

Escuchó que Trupo desmontaba; escuchó el crujido de las hojas cuando

el hombre echó un vistazo a pie, buscando huellas. Encontró una, se detuvo, y se produjo otro largo minuto de silencio. Después los pasos comenzaron de nuevo, haciendo crujir el sendero; ahora estaba conduciendo a su caballo. Memnón se tensó, esperando. Los pasos se acercaron, pasaron de largo...

Memnón salió disparado de detrás del árbol, ajustando sus apresurados pasos mientras sus ojos, finalmente, veían su objetivo: Trupo, agachado para examinar el suelo, pero ya levantándose e intentando colocar su lanza en línea. Había soltado las riendas de su caballo y el animal se encabritó, alarmado.

Memnón derribó al frisón antes de

que la lanza lo alcanzara, y lo lanzó sobre la nieve con un golpe seco. Lo cogió del cabello y tiró de su cabeza hacia atrás para exponer su garganta al cuchillo. Trupo se resistió, intentando utilizar la lanza, y Memnón le hizo un corte y gritó:

—¡No te muevas!

El frisón se quedo inmóvil, tumbado sobre su vientre con la rodilla de Memnón sobre él. Su aliento humeaba, y miró a Memnón por el rabillo del ojo. Tenía la mejilla enrojecida por el golpe que se había dado con la rama, y la sangre del corte de su garganta estaba cálida sobre la mano de Memnón y roja sobre la nieve.

—Lo que quiero que hagas —le

dijo Memnón entrecortadamente— es que busques a Farabert, inmediatamente, y le digas que no lo haga. Si Rogato vive, no habrá consecuencias. Si Rogato vuelve a casa ileso, juro por mis ancestros que no diré nada sobre esto a nadie. ¿Lo comprendes?

—Sí—graznó Trupo.

—Tira la lanza.

Trupo dejó caer la lanza. Memnón la cogió y después se levantó, apuntando a Trupo con el arma. El frisón se incorporó, levantando las manos.

—Júrame que buscarás inmediatamente a Farabert y le dirás que no lo haga —le ordenó Memnón.

—¡Lo juro! —exclamó Trupo—. ¡Lo juro por todos los dioses! ¿Qué más

podría decirle, si tú vives para presentar testimonio?

—Vete entonces —le ordenó Memnón, con un movimiento de cabeza.

Trupo se puso de pie con dificultad. Dio un par de pasos inseguros hacia atrás, y después se giró y corrió hasta su caballo, que se había desbocado y había vuelto por el camino. Intentó coger sus riendas, pero el animal dio un respingo. El frisón echó una mirada asustada a Memnón, cogió aire profundamente, dijo el nombre del caballo y lo intentó de nuevo más lentamente. Esa vez el animal le permitió montar, y Trupo subió a la silla rápidamente.

Memnón volvió al bosque sin hacer

ruido mientras el frisón galopaba de vuelta por el camino que habían seguido. Esperó hasta que desapareció, y después silbó Ghibli.

Deseaba desesperadamente cabalgar tras Trupo. En lugar de eso, condujo a Ghibli por la dirección opuesta y cabalgó hasta la muralla. La mejor protección que podía ofrecer a Rogato era que Farabert supiera que no podría hacer pasar el asesinato planeado por un accidente. Cabalgar hasta allí y ofrecer a Farabert la esperanza de conseguir sus dos objetivos sería estúpido. Si Trupo llegaba demasiado tarde, y Rogato ya estaba muerto... aun así sería estúpido. No tenía sentido asaltar una fuerza mayor de frente.

Rogato siempre había sabido eso.

Ya de vuelta en Aballava, metió a Ghibli en el establo y se retiró a su habitación, alegre por primera vez de tener privacidad.

Cuando la partida de caza regresó ya era de noche. Memnón supo lo que había pasado tan pronto como ésta atravesó la puerta: el fortín se inflamó repentinamente con los gritos y las carreras de los hombres. Cogió sus jabalinas y salió en silencio para encontrarse con lo peor.

El cuerpo yacía sobre una litera improvisada con ramas extendida sobre dos caballos, y ya estaba rodeado por una multitud. Los hombres de la puerta habían acercado antorchas que

proyectaban una luz roja sobre el rostro inmóvil de Rogato, y formaban un halo sobre su cabello cano; el pendiente dorado de su oreja derecha era un punto concentrado de luz. Todos estaban gritando frenéticamente pero, cuando Memnón apareció, callaron. Caminó hasta la litera a través de un silencio cada vez más profundo, y miró el rostro del prefecto. Al principio, no pudo ver cómo había muerto el anciano, pero después descubrió qué había sangre en la zona derecha de su nuca, y se dio cuenta de que el cráneo estaba aplastado hacia dentro. *Lo han golpeado desde atrás*, pensó Memnón con frialdad, seguramente con el mango de hierro de una lanza para jabalíes. Levantó la

mirada y clavó sus ojos en Farabert.

El jefe frisón tenía el rostro enrojecido por el frío. Sus ojos azules estaban llenos de cautela.

—Pagarás por esta vida con la tuya —le dijo, con rotundidad.

Farabert torció la boca.

—Su caballo cayó, y él salió despedido contra un árbol. ¿Por que no amenazas al caballo, o al árbol?

Memnón lo miró fijamente. Marcial, uno de los decuriones mauritanos que se habían quedado atrás durante la cacería, le preguntó con apremio:

—¿Qué ha pasado? ¿Has visto lo que ha ocurrido?

—No —dijo Memnón,

tranquilamente—. No lo he visto.

Miró a su alrededor y encontró a Trupo, que se estremeció. ¿Había llegado tarde, o Farabert había decidido cometer el asesinato de todos modos y confiar en que negarlo todo pudiera hacer que se librara sin consecuencias?

La misma amenaza de Memnón de presentar testimonio había sido un farol. Se dio cuenta entonces, demasiado tarde. Si acusaba a Farabert de asesinato, sus compañeros de los mauritanos lo creerían, sin duda. Aquella noche, lofe ánimos ya estaban inflamados, por aquella atrocidad; se alzarían contra los frisones con una sola palabra. Pero después, ¿qué? Aquello, sin duda, comenzaría una guerra en el

interior del fuerte. El Alto Mando no lo dejaría pasar: caería con fuerza sobre ambas unidades. Solo podría hacer su acusación abiertamente si no le importara cuántos murieran como resultado.

«Nuestras vidas son baratas —le había dicho Rogato una vez—. Tu obligación será protegerlas como si fueran rubíes, porque para el Alto Mando no somos nada». Había estado hablando con Honorato, por supuesto; pero Honorato y Rogato estaban entonces muertos, y aquellas vidas estaban ahora a cargo de Memnón, le gustara o no.

¿Y si se mantenía callado entonces, y cabalgaba hasta Eboracum para

presentar cargos allí? No, aquello tampoco sería bueno: dejaría mucho tiempo a los frisones para preparar sus coartadas. Las investigaciones efectuadas por el ejército o por el Comisariado solían ser brutales, sobre todo cuando los hombres interrogados no eran ciudadanos. Serían torturados hombres de las dos unidades; Memnón tendría que estar preparado para soportarlo. Y al final no era seguro a quién elegirían creer los investigadores. Cástor podía ser un aliado valioso, pero tenía poca influencia en el ejército, como había demostrado con sus vanos intentos de conseguir que Memnón fuera condecorado, y Panthera despedido.

Farabert pagaría por aquello: de

eso no había duda. Sin embargo, lo mejor que podía hacer Memnón era exigir el pago en privado, y proteger las vidas de sus camaradas.

—No lo vi —repitió Memnón—. Me separé de los demás durante la cacería, así que volví a casa. —Notó la satisfacción en los ojos de Farabert y lo desafió con la mirada—. Jura que esto ha sido un accidente. Júralo por tus propios dioses, y por Juno Caelestis, y por las cabezas de los Emperadores.

Se produjo un profundo silencio. Todos los ojos se posaron en Farabert.

—Lo juro —dijo el jefe frisón, finalmente. La luz de las antorchas y la cicatriz convirtieron su rostro en algo monstruoso mientras elevaba las manos,

con las palmas hacia fuera—. Soy inocente de la sangre de este hombre. Lo juro por Thingsus y el Alaisiagae, lo juro por Juno Caelestis, y lo juro por nuestros señores los emperadores Severo, Antonino y Geta.

—Que los dioses te escuchen —le dijo Memnón, ahora seguro de su propia coartada—. Les dejaré a ellos la venganza.

Los siguientes días fueron desmesuradamente difíciles.

Farabert ordenó a los sirvientes de Rogato que salieran del *praetorium* la misma noche en la que regresó la partida de caza. Los dos ancianos acudieron con lágrimas a los decuriones, que se habían reunido en la capilla de los estandartes

para discutir el funeral. Los decuriones, indignados, acudieron al *praetorium* todos juntos y demandaron que se permitiera a los sirvientes permanecer el tiempo suficiente para asegurar las propiedades de Rogato. Farabert cedió, pero de mal humor. Aquella fue la primera de muchas confrontaciones, y Memnón se descubrió en medio de todas ellas.

Cuando se leyó la voluntad de Rogato, Memnón resultó ser el principal heredero. Fue él quien proclamó la oración funeraria, quien encendió la pira, distribuyó el legado del prefecto y envió las cartas para notificar su muerte a sus pocos familiares lejanos. Contó con la ayuda del secretario de Rogato, el

viejo cotilla Verino, que inmediatamente transfirió su lealtad al heredero designado; además, tenía el apoyo de los dos viejos sirvientes de Rogato, que ahora esperaban servir al sucesor que su señor había designado. Donato, el decurión más antiguo, debería haber sido quien asumiera el mando de los mauritanos, pero él, como todos los demás, cedió ante Memnón: el heredero, el héroe, el hombre con amigos en la corte. Odiaba aquel papel, pero le era imposible negarse.

En cuanto a esos amigos en la corte, Memnón decidió que debía informarles de lo que había ocurrido. Aparte del hecho de que Cástor parecía apreciar a Rogato, tanto Atenais como él

les habían aconsejado que no hicieran nada respecto a Farabert, por miedo a revelar que los mauritanos sabían que habían sido traicionados. Ahora que estaba decidido a matar a Farabert, debía a sus amigos algunas explicaciones. También existía la posibilidad de que el frisón fuera quien matara a Memnón, y en ese caso esperaba que sus amigos se ocuparan de que su asesino fuera castigado.

Memnón no dudaba que Farabert lo mataría si tenía la más mínima posibilidad; afortunadamente, negarle esa posibilidad no era difícil. Nunca estaba solo; durante el día siempre estaba ocupado con su escuadrón o con el resto de decuriones, y durante la

noche, los dos viejos sirvientes dormían en su habitación, que estaba en el centro de la mitad del campamento que pertenecía a los mauritanos. Farabert intentó, con poco entusiasmo, ordenarle que llevara un mensaje a Eboracum, y después intentó destinarlo a uno de los fortines gobernados desde Aballava. Memnón se negó a obedecer ambas órdenes aduciendo que Farabert no tenía derecho a comandar a los mauritanos, y Farabert se echó atrás. Memnón era consciente de que los amigos de Farabert lo vigilaban, pero él los ignoraba: no iban a hacer nada delante de testigos.

El jefe frisón estaba agresivo y nervioso, y continuamente intentaba

ejercer su autoridad sobre todo el fuerte, pero cedía rápidamente cuando se oponían a él. Sin embargo, era persistente: Memnón y Donato tuvieron que enfrentarse a él repetidamente, a menudo sobre los mismos asuntos, hasta que Memnón se preguntó si Farabert esperaba ganar agotando a sus oponentes. Lo encontraba exasperante. Hubiera preferido pasar desapercibido y permitir que Donato capitaneara a los mauritanos, pero Donato también estaba nervioso y necesitaba ayuda. Se daba por sentado que los decuriones de una unidad eran capaces de manejar a sus hombres en la ausencia del prefecto pero, generalmente, no tenían que lidiar con el comandante de una unidad rival

en el mismo fortín.

La autoridad del jefe frisón era tal, que Memnón ni siquiera estaba seguro de poder enviar su carta a Eboracum sin que alguien la interceptara. Finalmente, pidió ayuda a Verino, el secretario, y redactó una carta que esperaba que sonara inocua, pero que debería dar a los dos inteligentes destinatarios suficientes pistas para que supieran lo que estaba pasando.

Doce días después de la cacería recibió una prueba de que sus amigos lo habían entendido, quizá demasiado bien: llegó una orden del prefecto pretoriano Papiniano para que acudiera a Eboracum para un «servicio especial».

Capítulo 15

Su primera reacción al recibir la orden fue de consternación. ¿Cómo iba a dejar Aballava con Farabert al frente? Sus amigos estaban intentando mantenerlo a él a salvo, pero, ¿quién iba a proteger a los hombres del *numerus*? Se maldijo por haber enviado aquella carta al chambelán.

Pero después tuvo una idea.

Hizo un gran espectáculo de su partida del fortín. Se reunió con Farabert y pronunció algunas amenazas veladas sobre lo que diría a sus amigos en Eboracum; se reunió con Donato y el

resto de decuriones; hizo el equipaje con algunas prendas de vestir buenas y, por fin, la tarde del doce de diciembre, salió de Aballava, montado sobre Ghibli y conduciendo una mula con el equipaje. Todo el *numerus* lo vio marcharse, y la mayoría parecían muy preocupados.

Trotó y fue a medio galope hasta Luguvalium, a apenas seis millas de distancia, y se detuvo en la posada. Se permitió tomar una habitación para él solo, como era apropiado en el caso de un decurión con amigos en altos cargos, aunque confió sus objetos de valor al posadero, quien le entregó un recibo por ellos. Cuando la temprana oscuridad invernal lo rodeó, ordenó una buena cena, y la comió con placer en el

comedor común de la posada. Después se retiró a su habitación y bloqueó la puerta tras él.

Se tumbó en la cama, en silencio, escuchando mientras los sonidos de las voces de la sala común se desvanecían, esperando hasta que el último golpetazo y borboteo del personal de la posada limpiando dio paso al silencio. Entonces se levantó y abrió la ventana.

Su habitación estaba en la primera planta, pero los techos de la posada no eran altos: la caída no era mala, y había una ventana en la planta baja justo debajo que le proporcionaría apoyo para el pie cuando tuviera que subir de nuevo. Se quedó sentado en el alféizar un momento, colocó un poco de paja en

el borde inferior de las contraventanas, para mantenerlas cerradas, y después bajó a la fría y húmeda noche. Una vez abajo se detuvo y miró a su alrededor. La noche era cerrada, y el viento soplaba a ráfagas desde el este. Se puso la capucha de su capa y partió hacia Aballava, caminando a buen paso. Aquella caminata no era nada comparada con la huida de los caledonios.

Llegó a Aballava a la quinta hora de la noche. Rodeó el fuerte hasta la puerta oeste, y después se sentó bajo el cobijo de un árbol y esperó hasta el cambio de guardia. Cuando las antorchas desaparecieron y el último sonido de voces murió, se deslizó a

través de la oscuridad hasta la muralla junto a la primera torre vigía.

A menudo se había fijado en el desigual camino en ángulo de la torre, donde la mampostería había sido reparada torpemente, y había pensado que las protuberantes piedras serían fáciles de escalar. Así fue: se había preparado para quitarse las botas, pero no fue necesario. Trepó por el muro y descendió silenciosamente por el otro lado.

El *praetorium* estaba oscuro y en silencio, con las puertas cerradas. Los perros no ladraron. Farabert había sido cuidadoso con lo que comía y bebía desde la muerte del prefecto, pero no se había preocupado por quién alimentaba

a sus perros, y había sido fácil que uno de los sirvientes de Rogato les deslizara un poco de carne drogada. La ventana de la habitación de los hornos estaba entreabierta, justo como habían prometido los sirvientes de Rogato: aparentemente, eso ayudaba al horno a funcionar. Memnón la abrió completamente y pasó a través.

Estaba totalmente familiarizado con el trazado del edificio por sus muchas visitas allí; conocía los hábitos de la familia de Farabert, tanto por su propia observación corno por lo que había hablado con los hombres de Rogato. La esposa de Farabert había dado a luz a su tercer hijo el año anterior, y no compartiría cama con su marido hasta

que el niño estuviera destetado: el jefe frisón dormía solo. Memnón se deslizó sin hacer ruido por los largos pasillos de la casa antes de llegar al dormitorio del jefe. La puerta se abrió fácilmente bajo su mano.

Entró y la cerró suavemente, y después se quedó en silencio un momento. Farabert gruñó y se agitó en la cama, y Memnón se pegó a la puerta. Tenía que hacer aquello en silencio: lo había sabido desde el principio. Si la casa despertaba, él moriría.

El jefe frisón era solo un bulto sombrío en la oscuridad de una habitación sin iluminar. Su respiración silbó, resopló y silbó de nuevo. Memnón se mantuvo en silencio, esperando, hasta

que estuvo seguro de que aquellos sonidos eran, simplemente, los de un hombre dormido.

Se apartó de la puerta, forzando los ojos para discernir los detalles de aquella forma negra. La cabeza, allí, los brazos colgando por el lateral, las piernas dobladas. Silenciosamente, se quitó su fajín de decurión y lo preparó en sus manos.

Farabert no se despertó hasta que la banda estuvo alrededor de su cuello y sus brazos sujetos por las piernas de Memnón, sentado a horcajadas sobre él. Entonces forcejeó desesperadamente. Era un hombre grande y fuerte; casi consiguió volcar la cama. Se revolvió, empujó hacia arriba y hacia abajo, pateó

salvajemente, intentando liberarse de aquel asfixiante agarre. Memnón se aferró a él con determinación, sujetando cama y víctima con las piernas y montándolos como si fuera un caballo encabritado, sin hacer ningún sonido más que algún gruñido ocasional. Tiró del fajín con más fuerza. La desesperada resistencia de Farabert se debilitó. Dejó de empujar. Comenzó a moverse con menos fuerza y después se detuvo totalmente. Sin embargo, Memnón continuó apretando mortíferamente el fajín mucho después de que el cuerpo bajo el suyo se quedara inmóvil. En la oscuridad más allá de sus ojos podía ver el rostro de Rogato, inánime bajo la luz de las antorchas. Y en alguna parte, a su

espalda, estaba el rostro de su propio padre, con moscas bebiendo de su boca seca y el olor de la carne expuesta durante demasiado tiempo al sol africano.

Varios minutos interminables después de que los forcejeos de Farabert finalizaran, Memnón soltó el fajín. Bajó de la cama y miró el cuerpo. En la oscuridad, no podía discernir su rostro. En el resto de la casa no había ningún sonido: la agonía de Farabert no había sido lo suficientemente ruidosa para despertar a su familia. Desenrolló su fajín de la garganta de Farabert y se lo colocó en la cintura; después se puso en cuclillas junto al cuerpo y masajeó suavemente la marca que había quedado

en la carne aun caliente. No era el tipo de señal profunda que habría dejado una cuerda: por la mañana, apenas sería visible. Se movió silenciosamente hasta la puerta y se quedó allí un poco más. El sonido de su propia respiración, difícil y rápida, era el único ruido en la habitación; el silencio de la noche no había sido perturbado.

Abrió la puerta y salió sin hacer ruido, y después volvió sobre sus pasos hasta la habitación del horno. En la casa nadie se movió, nadie habló; no hubo ninguna alteración. Se le ocurrió que la esposa de Farabert se daría cuenta cuando fuera a dar un beso de buenos días a su marido, y pensó en qué ocurriría con los hijos del jefe. Farabert

había asesinado a Rogato. Memnón nunca había correspondido el afecto que el anciano sentía por él, pero eso no cambiaba su obligación, ni su deber de vengar la muerte de su prefecto. Farabert había robado una vida y había entregado otra, y eso era justicia.

Volvió a la posada de Luguvalium a la décima hora de la noche, y se acurrucó en el granero situado sobre su caballo para descansar una hora. Cuando el sol del oeste se volvió gris, se levantó y trepó de nuevo a su cara habitación privada. No le sorprendió descubrir que la puerta había sido forzada durante la noche: era de esperar que Farabert hubiera enviado hombres para matarlo tan pronto como estuviera

lejos de la protección de sus camaradas. Aquello era lo que se imaginaba: habría sido mucho más difícil matar a Farabert mientras tenía a sus ayudantes de confianza a su alrededor. Tranquilamente, quitó el candado roto de la puerta, lo ató con una cuerda, y volvió a colocarlo.

Cuando la casa comenzó a despertar bajó a la cocina y pidió el desayuno, y después pagó la cuenta y se marchó.

Cabalgó rápidamente durante las breves horas de luz solar; cuando la oscuridad cayó, se detuvo en la granja más cercana, mostró al propietario su orden de acudir a Eboracum, con su sello oficial, y pidió permiso para

dormir en el granero. Temprano, a la mañana siguiente, pagó por algo de pan para sí mismo y grano para sus caballos, y partió de nuevo, seguro de que no lo encontraría ningún perseguidor hasta que hubiera llegado a su destino.

El día quince se detuvo temprano para poder llegar a Eboracum por la mañana en lugar de por la tarde, y el dieciséis cabalgó directamente hasta el fortín legionario, saludó a los guardias, y les presentó sus órdenes.

Los soldados no se mostraron demasiado eficientes: era el día antes de que comenzara el festival de las Saturnales, y el ambiente ya era festivo. Sin embargo, después de mucho ir y venir entre las oficinas de los cuarteles

generales de la legión, por fin le informaron de que había sido transferido temporalmente a la guardia del procurador de Britania, Sexto Vario Marcelo, y que terna que presentarse ante el *cornicularius* Claudio Próculo, que capitaneaba dicha guardia.

Se quedó sorprendido y perplejo. El procurador era el jefe de finanzas de la provincia, y sólo rendía cuentas al gobernador; *cornicularius* era el título del responsable de uno de los departamentos provinciales. Como el resto de destinos provinciales, aquel era un rango militar, así que no era sorprendente encontrar a un *cornicularius* a cargo de un grupo de soldados, pero la Guardia Consular era

una fuerza de élite, muy superior a un *numeri* auxiliar. No podía adivinar para qué quería los servicios de un jinete de caballería extranjero pero, obedientemente, fue a presentarse ante Claudio Próculo.

Próculo era un hombre de mediana edad que llevaba una brillante armadura y un uniforme impecable. Cuando Memnón apareció en sus alojamientos, lo observó con asombro.

—¡Estás asqueroso, soldado! —le espetó. Memnón se dio cuenta de que, a pesar de su meticulosa pulcritud, el hombre tenía los dientes negros.

—¡Sí, señor! —contestó Memnón, saludando marcialmente—. ¡Acabo de llegar de Aballava, señor, y no he tenido

oportunidad de cambiarme o lavarme, señor! —Ofreció a Próculo sus órdenes.

El oficial las tomó y les echó un vistazo.

—Oh —dijo, con disgusto—. Tú eres el que castró al sobrino de Fortrenn. —Examinó a Memnón un momento—. Muy bien, decurión. El procurador visitará a los jefes de los maeatae que, al parecer, están algo agitados. Te han asignado a nuestro grupo porque pensaron que verte los aplacaría un poco. —Resopló—. Lo cierto es que tu aspecto es lo suficientemente malo. En el nombre de los dioses infernales, ¿qué has estado haciendo con ese fajín, lo has usado para atar el yugo de un buey? —Sacó

una tablilla de madera de haya sin esperar una respuesta, y escribió algo en ella—. Muestra esto al prefecto del campamento y te dará alojamiento. Después ve a lavarte. Mientras estés bajo mis órdenes, te mantendrás impecable, como un verdadero soldado.

—¡Sí, señor! —dijo Memnón, saludando de nuevo—. Señor, tengo amigos en Eboracum. ¿Podría tener permiso para visitarlos, señor?

Próculo hizo una mueca.

—Mañana son las Saturnales, decurión, y durante los próximos siete días, gobierna Libertad. Haz lo que te plazca, ¡pero intenta parecer un soldado la próxima vez que te presentes ante mí!

—¡Sí, señor! —Memnón tomó su

autorización, y se marchó.

Fue interesante descubrir que una misión con la Guardia Consular era una especie de pase especial: le dieron alojamiento en el interior de la fortaleza legionaria de Eboracum, en lugar de en la edificación anexa. Tuvo tiempo de inspeccionar su habitación, de guardar sus cosas con tranquilidad, de enviar una nota a Cástor y de tomar un baño antes de que fueran a arrestarle.

La celda de los legionarios estaba cerca de la garita de la guardia, en la puerta sur de la fortaleza. Era una estrecha habitación cuadrada de piedra, sin ventanas, y, en aquella estación, muy fría. Cuando escoltaron a Memnón hasta allí, había en ella un par de

alborotadores borrachos y arrepentidos sentados tristemente sobre el suelo cubierto de paja, pero los liberaron aquella misma noche.

—Las Saturnales comienzan mañana —le explicó uno de los guardias—. Necesitaremos espacio.

Memnón se había enamorado del festival de las Saturnales la primera vez que asistió a él.

—¿Cuándo es mi vista? —preguntó—. ¡No quiero perderme todo el festival!

El guardia resopló.

—Estás acusado de asesinato, negro: tu cargo requerirá la atención del legado. Está fuera, pasando las fiestas en casa de su hija, y no lo sacarías de

allí ni con una palanca. No saldrás de aquí hasta que el festival haya terminado.

Sin embargo, el guardia estaba equivocado. La tarde siguiente, el primer día de las Saturnales, se escuchó un repentino estrépito en la puerta, y aparecieron dos hombres de la VI Legión, nerviosos y resentidos, para acompañarlo al juzgado para una vista.

La persona a cargo de llevar a cabo las vistas de los casos graves que tenían que ver con los soldados de la muralla era el legado de la VI Legión, Antonio Gargiliano, que, en circunstancias normales, era el comandante en jefe de las tropas romanas en el norte de Britania. Cuando Memnón fue escoltado

hasta el *praetorium* de la VI, el legado estaba sentado en el tribunal del salón principal. La enorme habitación estaba casi vacía, y los pocos oficiales a los que se había exigido asistir no llevaban uniforme y se mostraban desaliñados y resentidos; uno de los ujieres estaba, evidentemente, borracho. Sentada en los bancos a la izquierda del legado estaba la razón por la que la vista iba a llevarse a cabo durante el festival: Cástor y Atenais. Junto a ellos, para sorpresa de Memnón, estaba sentado su superior actual, Claudio Próculo, resplandeciente con el uniforme de gala de un *cornicularius* de la Guardia Consular.

A la derecha del legado se sentaban

los acusadores: Trupo y dos de sus colegas frisones, que parecían nerviosos y fuera de lugar en sus oxidadas cotas de mallas. Cuando Memnón entró, Trupo le lanzó una mirada de miedo y odio, pero bajó los ojos cuando Memnón le contestó con una sonrisa.

El legado Gargiliano miró a Memnón con resentimiento, y después declaró:

—Esto es una vista preliminar para determinar si hay un caso válido contra el prisionero Memnón, decurión del *numerus* de Mauritanos Aurelianos, y actualmente destinado a la Guardia Consular. ¿Tú eres Memnón?

—¡Sí, mi señor legado! —dijo Memnón, poniéndose firme.

—¿Ése es tu nombre real? —le preguntó el legado, con vacilación.

—¡Originalmente no, señor! —admitió Memnón— Mi madre me llamó Wajjaj, pero para mucha gente era difícil de pronunciar. Memnón ha sido mi nombre desde que me uní al ejército, señor, y es el que aparece en las listas de mi unidad.

Gargiliano silabeó «Ouadhadh» silenciosamente, e hizo una mueca.

—Muy bien. ¿Quién presenta los cargos?

Trupo se levantó.

—¡Yo, mi señor! Trupo, señor, oficial superior de la Formación de Frisones de Aballava. —Inspiró profundamente—. Acuso a Memnón del

asesinato de nuestro jefe, Farabert, hijo de Hariobaudes, señor de los frisones de Aballava.

—¿Señor? —interrumpió, sin demora, Memnón—. Señor, ¿se me permite decir algo, o debo mantener la boca cerrada a menos que me digas que puedo hablar?

Gargiliano frunció el ceño.

—Si tienes algo que decir, puedes pedirme permiso para hacerlo. ¿Tienes algo que decir ahora?

—Sí, señor. Cuando me marché hacia Eboracum, Farabert estaba bastante vivo. ¿Puedo preguntar a Trupo cuándo y cómo se supone que ha muerto?

Se produjo un silencio. Trupo

enrojeció y le echó una mirada fulminante.

—¡Responde a la pregunta! —ordenó el legado.

—Lo encontraron muerto la mañana del trece de diciembre —admitió Trupo, de mala gana.

—Yo me marché de Aballava el doce —afirmó Memnón—. Todo el fuerte lo sabe.

—¡Volviste durante la noche! —exclamó Trupo, con una repentina y fría vehemencia.

—Legado —dijo Memnón, respetuosamente—. Yo dejé Aballava el día doce por la tarde; cabalgué hasta Luguvalium y tomé una habitación en la posada. Metí a mi caballo y a mi animal

de carga en el establo, y los mozos de la posada seguramente pueden testificar que no los saqué de nuevo hasta la mañana siguiente. Cené y me fui a la cama, y por la mañana me levanté temprano. Todo esto es cierto, lo juro por mis ancestros, y el personal de la posada probablemente podrá confirmarlo.

Se produjo un silencio.

—Volviste durante la noche —insistió Trupo—. A pie.

—¿Permiso para contestar, señor legado? —preguntó Memnón—. ¡Las puertas del fortín están vigiladas en todo momento, y durante la noche se mantienen cerradas! ¿Cómo se supone que habría podido entrar? Farabert tiene

perros, media docena de perros, en el *praetorium*: ¿cómo se supone que habría entrado en el edificio sin levantar ninguna alarma? Juro por mis ancestros que, si alguien le cortó el cuello a Farabert, no fui yo!

—¡Lo mataste tú! —le espetó Trupo—. ¡Todo el mundo escuchó cómo lo amenazabas! —Se dirigió al legado —. Señor, él amenazó a Farabert. Cuando murió aquel bastardo, Rogato, Memnón le dijo a Farabert: «Pagarás por esta vida con la tuya». ¡Todo el mundo lo oyó!

—¿Legado? Está hablando sobre Valerio Rogato, que era el prefecto de mi unidad. Farabert lo invitó a una cacería de jabalíes, y lo trajo de vuelta

al fortín muerto. Es cierto que, cuando vi el cuerpo, creí que había sido asesinado. Todos lo creímos. Todos los que pertenecemos a los Mauritanos Aurelianos, quiero decir. Ha habido hostilidades entre nosotros y los frisones desde que llegamos a Aballava. Ellos nunca quisieron compartir el fuerte con nosotros, y había rumores de que iban a destinarnos a Britania cuando el resto de tropas del Danubio se marcharan. Los frisones temían perder el fortín. Farabert y Rogato, en concreto, teman una muy mala relación, hasta que Farabert de repente se mostró más amistoso y sugirió la cacería de jabalíes. ¡Debes admitir, señor, que era sospechoso! Sin embargo, Farabert me juró,

públicamente, por los dioses de su pueblo, y por nuestra diosa Juno Caelestis y por las cabezas de los emperadores, que Rogato murió cuando su caballo cayó y lo lanzó contra un árbol. Señor, yo no vi lo que ocurrió, así que creí que terna que aceptar el juramento de Farabert. Es posible que un hombre muera si cae de su caballo durante una cacería, y si Farabert estaba dispuesto a jurar por tales majestuosas divinidades, yo tenía que aceptar su palabra. Le dije que confiaba en que los dioses lo hubieran escuchado, y que lo dejaba en sus manos. Todos los del fuerte lo saben.

—¿Es esto cierto? —le preguntó el legado a Trupo.

—¡Era un ardid! —exclamó el frisón, furiosamente—. ¡Solo fingió que aceptaba ese juramento! En realidad, ya estaba planeando cómo asesinar a Farabert, ¡y culpar de ello a los dioses!

El legado gruñó, mirando a Trupo con desaprobación e incredulidad.

—¿Señor? —dijo Memnón de nuevo, respetuosamente—. Si Trupo es honesto, admitirá que, desde la muerte de Rogato, he trabajado duro para intentar calmar los ánimos. Rogato me señaló como su heredero, y yo declamé su oración funeraria: podría haber pedido venganza, pero no lo hice. En lugar de eso recordé a todo el mundo que Rogato siempre insistía en la disciplina y la obediencia a las leyes de

Roma, y les animé a hacer que se sintiera orgulloso de ellos. Me reuní con Farabert casi cada día, junto con el resto de decuriones, y ante cualquier problema que surgió, siempre animé a todo el mundo a respetar nuestra disciplina y a esperar las órdenes del Alto Mando. ¿Trupo va a afirmar que eso también era un ardid? Señor, le he preguntado esto antes, pero no me ha respondido: ¿cómo murió Farabert? Juro por mis ancestros y por todos los dioses que nunca he desenvainado mi cuchillo en su presencia!

Otro silencio.

—¡Responde a la pregunta! —exclamó Gargiliano.

Trupo, atrapado, murmuró.

—Lo encontraron tumbado en su cama —dijo Trupo, con desgana—, frío y muerto, con el rostro hinchado por la sangre. —Lanzó a Memnón una mirada de odio—. Debió haberlo estrangulado, o hechizado.

—¿No había heridas? —preguntó Gargiliano—. ¿Ni signos de violencia?

—Tenía un... un moratón en el cuello —dijo Trupo—. Debió estrangularlo con algo suave que no dejó apenas marca. O fue hechizado.

—¿Un moratón? —preguntó Gargiliano, incrédulo—. ¿Eso es todo? Un hombre es encontrado muerto en su propia cama, en una casa llena de perros, en el interior de un fuerte que se cierra durante la noche, y acusas a un

hombre que ni siquiera estaba en la fortaleza en aquel momento ¿por un moratón? ¿Qué edad tenía ese Farabert?

—¡Cuarenta años, y gozaba de una excelente salud! —protestó Trupo—. Este hombre... —Señaló a Memnón, con la mano temblando por la rabia—. Este hombre es un brujo, un hechicero. Puede hacerse invisible. Tiene artes secretas africanas que usa para encantar a los perros y que guarden silencio. Es una criatura sobrenatural: ¡míralo! ¡Negro como la noche, y devoto de los dioses de la oscuridad!

Todo el mundo miró a Memnón. De repente, éste recordó el desierto, el sabor de la sangre en su boca y el horror en los ojos de los getulos al morir. El

recuerdo fue tan vivido que, por un momento, creyó que el resto de personas de la habitación debían haberlo visto, que debían saber lo que había hecho, y que creían que Trupo no decía nada más que la verdad.

—Mi señor —consiguió protestar —, eso es estúpido.

—A mí me parece un etíope normal —asintió el legado, disgustado—. No es más sobrenatural que un germano. —Dirigió su atención de nuevo a Memnón —. ¿Eres un hechicero, decurión?

Memnón agitó la cabeza, enfáticamente.

—Mi señor... ¡No, por supuesto que no! Yo nunca...

—¡Por supuesto que no lo admitirá!

—exclamó Trupo.

—¡Ni siquiera sé a lo que te refieres! —protestó Memnón—.

¿Qué tipo de hechicería se supone que he llevado a cabo? ¿Qué es un dios de la oscuridad? ¿Te refieres a Juno Caelestis?

—Juno Caelestis es la Reina del Cielo! —objetó el legado, estupefacto—. ¡Por supuesto que no se refiere a ella! —Cerró el puño como muestra de rechazo.

—Bueno, los britanos la llaman Dama de la Noche, y yo la venero —dijo Memnón—. Todos nosotros, en la compañía mauritana, lo hacemos. Si no se refiere a ella, no sé de quién hablar. Nunca antes he oído hablar de esos

«dioses de la oscuridad». ¡Y no hay duda de que nunca los he venerado!

—¿Tienes alguna prueba de que el hombre al que acusas sea practicante de magia? —preguntó el legado a Trupo, impacientemente—. ¿De que, por ejemplo, haya profanado tumbas, o pronunciado maldiciones, o vendido amuletos o predicho horóscopos?

Trupo, desconcertado, murmuró:

—¡No es ese tipo de brujo!

—¡No soy ningún tipo de brujo! —protestó Memnón—. ¿Qué es lo que Trupo cree que le hice a Farabert?

El legado miró a Trupo, que apretó la mandíbula, obstinado, y murmuró algo que incluía las palabras: «Muerto y frío».

Memnón negó con la cabeza.

—Cuando salí de Aballava, Farabert estaba vivo. No voy a fingir que me apena su muerte; pero, ¿qué pruebas tienen estos hombres que me relacionen con ella? ¿Qué prueba tienen siquiera para afirmar que murió asesinado? A mí me parece que podría haber bebido demasiado y haberse asfixiado durante el sueño. Después de la muerte de Rogato estaba malhumorado e inquieto, y estaba bebiendo mucho por las noches. O quizá los dioses lo han castigado. Juró que la muerte de Rogato fue un accidente, pero Trupo sabrá mejor que yo si eso era cierto.

—¿Tienes alguna respuesta a eso?

—preguntó Gargiliano a Trupo.

El frisón se quedó en silencio durante un largo momento. Después se lanzó.

—Memnón no durmió en Luguvalium la noche en la que Farabert murió —afirmó, tranquilamente—. Yo, y estos hombres que están conmigo, entramos en la habitación que había tomado en Luguvalium, y la encontramos vacía. Esperamos allí hasta casi el amanecer, pero no regresó.

—¡Señor! —exclamó Memnón, con apremio—. Señor, escuche lo que este hombre acaba de decir: ¡esos dos y él entraron a la fuerza en mi habitación en la posada, en mitad de la noche! Pregúnteles por qué.

Gargiliano miró con el ceño fruncido a Trupo y sus amigos.

—¿Por qué, soldados?

—Teníamos miedo de lo que el brujo podría hacer —dijo Trupo, muy pálido aunque decidido.

—¿Así que tres de vosotros entrasteis a la fuerza en su habitación en mitad de la noche? —preguntó el legado.

—No querían que viniera aquí, señor —dijo Memnón, tranquilamente—. Sabían que tengo amigos en la corte, estos buenos amigos que han venido a apoyarme hoy. Temían que intentara que las autoridades investigaran la muerte de Rogato. Cuando tomé esa habitación en la posada de Luguvalium, comencé a

preocuparme, porque aún estaba demasiado cerca del fortín. No podía dormir, y al final bajé y dormí en el granero, pensando que nadie esperaría que estuviera allí. En aquel momento, pensé que estaba siendo estúpido, pero parece que no.

—¿Estás acusando a estos hombres de intentar asesinarte?—preguntó el legado, frunciendo el ceño.

—¡Señor! —protestó Memnón, hipócritamente—. No lo sé: quizá no habrían hecho nada más que amenazarme. Yo sólo sé que estaba preocupado, y ahora sé que tenía una buena razón para estarlo. Trupo dijo e hizo un par de cosas que me hicieron pensar que quería librarse de mí.

Farabert, sin embargo, había jurado que la muerte de Rogato había sido un accidente, y yo no quería inflamar los ánimos de mis cantaradas haciendo acusaciones. Tienes que entender, señor, que la situación en Aballava es muy tensa, por ambas partes. No quería hacerla peor, pero me preocupaba lo que harían Trupo y sus amigos si me atrapaban solo en el exterior del fuerte. Es por eso por lo que no dormí en mi habitación. —Se encogió de hombros—. Hubiera preferido llegar a Aballava sin detenerme antes, pero, bueno, salí tarde del fortín.

—Él nos acusa a nosotros —gritó Trupo, con la voz rota por la indignación y el dolor—, ¡pero es Farabert quien

está muerto!

—Los hombres mueren por muchas causas, no solo por asesinato —respondió Gargiliano, con frialdad—. Nada de lo que has dicho me convence de que Farabert fuera asesinado, y menos de que el hombre al que acusas sea responsable; de hecho, parece haber hecho encomiables esfuerzos para refrenar a sus hombres en lo que, evidentemente, era una situación muy difícil. Tú, por otra parte, has admitido libremente que entraste a la fuerza en su habitación en una posada en mitad de la noche, y, según veo, sin ninguna razón honesta. Nada de lo que has dicho sobre el decurión Memnón responde a algo más que al odio y la superstición. No

hay caso. El prisionero será liberado; sus acusadores serán censurados y... Oh, no importa, ¡no habrá azotes durante las Saturnales! Pueden retirarse; todo el mundo puede retirarse. ¡Volvamos a casa!

El ujier borracho vitoreó ruidosamente su propuesta, y el resto de oficiales del juzgado aplaudieron. Los soldados de la VI Legión quitaron los grilletes a Memnón, y Cástor y Atenais se apresuraron a estrechar su mano.

—Me sorprendió que Trupo admitiera haber entrado en mi habitación —dijo Memnón a sus amigos después, mientras bebían en la sala privada de la taberna—. No pensaba que fuera a hacerlo. Podrían haberlo azotado por

ello, y lo habrían hecho, de no ser por las Saturnales.

—¿Sabías que había sido él? —le preguntó Atenais, sirviéndole más vino especiado. Del salón común, simado bajo la sala que ocupaban, llegaba el sonido de las flautas y los tambores, y el bramido ocasional de las risas de las Saturnales.

Memnón se encogió de hombros.

—Sabía que alguien lo había hecho, y pensaba que, seguramente, había sido Trupo. —Tomó un trago de vino— Espero que ya haya abandonado esa idea. Lo último que quiero es algún tipo de deuda de sangre con él.

—¿Mataste a Farabert? —le preguntó Cástor con tranquilidad.

—¿No lo escuchaste? —respondió Memnón, despreocupadamente—. No hay caso. —Sonrió—. Muchas gracias por presionar al legado. En aquella celda hacía mucho frío. Se está mucho mejor aquí, ¿eh?

Cástor lo miró con pesar.

—Cambias de tema —murmuró.

Memnón hizo una mueca y extendió las manos, asintiendo.

—Te estoy agradecido, señor. Sin embargo, si lo piensas, supongo que el hecho de que la vista se haya celebrado antes significa que voy a pasar el próximo mes cabalgando por las tierras de los maeatae bajo la nieve y la lluvia, bajo el mando de ese remilgado de Próculo. ¡Quizá hubiera estado mejor en

prisión!

Atenais sonrió.

—Tienes que agradecer a la Augusta tu designación. Hablé a mi señora sobre la muerte de tu prefecto, y le dije que temía que el capitán frisón te tratara injustamente. ¡Ella le pidió a su pariente, Papiniano, que te hiciera prefecto!

—¡¿Qué?!

Atenais sonrió de nuevo.

—Quizá te parezca un rango demasiado alto, pero te prometo que mi señora considera que es lo mínimo que podría ofrecer a un hombre que ha conseguido captar su interés. Papiniano, sin embargo, dijo que era imposible, ya que no eres ciudadano, y de todos

modos, él ya había prometido el puesto a otra persona, pero una vez más le recordó tu existencia, y decidió que sería bueno que te unieras a esta misión con los maeatae.

—Es totalmente apropiado que lo hagas —asintió Cástor—, ya que, entre otras cosas, es una respuesta a tu carta. El procurador Marcelo debe dejar claro a los maeatae que, si se rebelan, deben esperar una dura represalia, y ninguna concesión. Papiniano pensó que enviarte con ellos sería, como mínimo, un mensaje para Fortrenn.

Atenais sonrió de nuevo, con ojos brillantes.

—Es por eso por lo que el legado tuvo que llevar a cabo la vista

rápidamente: el prefecto pretoriano en persona te pidió para la misión, y se supone que debéis marcharos inmediatamente después de las Saturnales. Oh, ¡se molestó muchísimo!

Memnón le sonrió; ella le devolvió la sonrisa, pero después se puso seria y le preguntó, con ansiedad:

—¿La gente de tu fortín estará bien? ¿Con ambos capitanes muertos, y tú lejos de allí?

—Espero que sí —dijo Memnón—. Es cierto que las cosas estarán difíciles, pero no creo que hubiera sido de ayuda que yo estuviera allí. Probablemente empeoraría la situación. ¿Quién es el nuevo prefecto? ¿Lo sabes?

—Un hombre llamado Sitio

Faustino —le informó Atenais—. Papiniano dice que es el sobrino de un viejo amigo. Creo que tiene que llegar a Aballava algún tiempo después de las Saturnales.

Se escucharon palmas rítmicas escaleras abajo, y carcajadas tan estruendosas que fue imposible ignorarlas. Memnón decidió creer que todo iría bien en Aballava. Había salido de prisión sin ningún caso ante el que responder, un nuevo prefecto con impecables conexiones con la corte pronto estaría de camino, ¡y era la primera noche de las Saturnales!

—¡Parece que están bailando! —dijo a sus compañeros—. ¡Bajemos y unámonos a ellos!

—¿Y bailar? —preguntó Cástor, con incredulidad.

—¿Por qué no? —Memnón sonrió—. ¡Aun no eres tan viejo, señor, y tienes una adorable pareja!

—¡No sé bailar! —objetó Cástor.

—¡Escucha! —le dijo Memnón: a las palmadas se había unido una flauta y el golpear de los pies—. Es una danza en línea. ¡Todo el mundo sabe bailar eso!

Atenais se rió.

—Se refiere a que los chambelanes imperiales no bailan en la sala común de una taberna —le explicó.

—Pero son las Saturnales —le señaló Memnón—. Durante las Saturnales, la gente puede hacer todo lo

que quiera. —Se incorporó—. Vamos, los dos os divertiréis. Sabéis que lo haréis. Os tomáis las cosas demasiado en serio: necesitáis un poco de diversión.

Cástor lo miró fijamente un momento, y después se rió.

—Voy a arrepentirme de esto —profetizó, y se levantó. Tomó la mano de Atenais y los tres bajaron y se unieron a la danza.

Pasaron el resto de la noche en las nubes. Bailaron en la sala común, con los brazos enlazados con una multitud de legionarios y sus novias; bebieron; bailaron en la calle, donde estaba nevando. La calle estaba blanca, cruzada por las negras líneas de las huellas, y

los legionarios y sus chicas cantaron sobre la cebada verde hasta que una de ellas lanzó una bola de nieve y el baile terminó con gritos y risas y una lluvia de proyectiles blancos. Atenais, con las mejillas enrojecidas y el cabello despeinado, lanzó una bola de nieve a Cástor, muy torpemente, y después gritó alarmada cuando ésta le golpeó. Cástor se rió y le lanzó otra en respuesta, pero falló.

En la plaza pública, a los pies del puente de la fortaleza, algunos acróbatas estaban actuando a la luz de las antorchas, mientras un chico golpeaba un tamborín y cantaba. Los vendedores vendían castañas, vino caliente y pasteles dulces, y los copos de nieve

giraban en la parpadeante luz. Aplaudieron con la multitud, y después acudieron a una taberna más tranquila, donde se sentaron, comieron y charlaron.

Cástor les contó que, de niño, siempre había adorado las Saturnales, pero que durante el reinado de Cómodo como emperador había comenzado a odiarlas.

—Todos los años hacía algo horrible. Nunca sabías qué, pero a menudo moría alguien en la arena vestido con algún disfraz estúpido. ¡Por los dioses inmortales, aquel hombre era aterrador! Ahora, cada vez que se acerca la fecha, me acuerdo de él. —Tomó un trago de vino y añadió,

sonriendo—: ¡Quizá el año que viene, en lugar de eso, recordaré esta noche!

Cuando se marchaban de la taberna para ir a casa, un grupo de legionarios borrachos tropezó con ellos y vieron que Memnón era negro. Rápidamente hicieron ademanes para alejar la mala suerte, y uno de ellos le gritó que «apartara su cara de mal agüero de allí». Memnón se encogió de hombros pero, mientras caminaban hacia el palacio, más tarde, Atenais le preguntó si le había molestado.

Memnón se encogió de hombros de nuevo.

—Estoy acostumbrado. No me molesta demasiado. Sólo son estúpidos. —Sin embargo, después de un momento,

dijo, en voz muy baja—: Lo que me molesta es que digan que soy un demonio. —Aquel momento de opresivo recuerdo en el juzgado parecía de nuevo muy cerca.

—¿Por qué? —le preguntó Atenais.

Se detuvo en la nevada calle y examinó los ojos de la dama. La nieve seguía cayendo y se aferraba a su cabello y a su capa. La única luz era la neblina gris de la nieve, y los sonidos de jolgorio apenas se oían.

—Porque a veces temo que sea verdad —susurró—. Soy muy bueno asesinando a la gente.

Aquello era algo que Atenais seguramente sabía que era cierto, pero susurró, como si nunca hubiera

retrocedido atemorizada al verlo:

—Quizá has sido bendecido por un dios.

—Ja. Entonces, no es un dios al que quiera venerar. —Apartó el rostro y comenzó a caminar de nuevo— Antes de cruzar el desierto, yo era normal. Después de aquello... Allí hubo demasiadas muertes. A veces me pregunto si yo mismo morí en el desierto, si creo que soy Wajjaj, pero en realidad soy otra cosa que solo ocupa su cuerpo. Si no hubiera bebido tanto no estaría diciendo esto. Lo siento.

Atenais corrió tras él y lo cogió del hombro, girándolo para que la mirara, y colocó sus dedos sobre sus labios.

—Tú no eres un demonio ni un

fantasma —le dijo—. Eres un héroe. Salvaste mi vida, y la de Cástor, y no mataste a Fortrenn, ni a su sobrino. Si fueras realmente un monstruo, lo habrías hecho. Si un demonio te poseyó en el desierto, has conseguido dominarlo. Cruzaste el desierto y llegaste al otro lado siendo humano.

Memnón la miró. La intensa y directa mirada de Atenais se unió a la suya, como si fuera el encuentro de dos almas desnudas. Entonces, Memnón tomó su mano y la besó.

—Gracias —susurró.

La noche había sido perfecta, pero aquel momento había sido glorioso.

Capítulo 16

Memnón había sospechado que servir a Próculo sería una pesadilla, así que cuando el *cornicularius* resultó ser alguien totalmente riguroso con las reglas, un fanático devoto de las armaduras pulidas, que frecuentemente se volvía irritable por un dolor de muelas, se resignó. Lo que no había esperado es que toda la embajada resultara ser una pérdida de tiempo.

Se presentó ante Próculo inmediatamente después de las Saturnales, vestido con su túnica de gala al estilo del invierno en el Danubio,

sobre dos gruesas túnicas más y pantalones de cuero. Próculo lo miró de arriba abajo con disgusto y le preguntó qué había hecho con su armadura.

—¡No tengo armadura, señor! —le contestó Memnón, sorprendido porque esperara que tuviera.

—¿Qué? ¿Ninguna? —le preguntó el *cornicularius*—. ¿Es que las has empeñado todas?

—¡Pertenezco a la caballería ligera africana, señor! Nosotros no las usamos.

—¡Oh, por Hércules! —El capitán lo miró con profundo desagrado—. ¿Qué eres tú, uno de esos jinetes de circo numidios que cabalgan sin montura y que ni siquiera usan bridas?

—Eh, ¡nosotros somos jinetes de

circo mauritanos, señor!

—¡No te pases de listo conmigo, decurión! No puedo ponerte en la guardia a caballo así; arruinarías toda la línea. Veré si puedo conseguir que te presten alguna armadura.

Memnón intentó imaginarse cabalgando a Ghibli sobre las montañas cargado con una armadura. Al corcel no le gustaría su sonido ni su olor, de eso estaba seguro.

—¡Señor! —dijo, desesperadamente—. Señor, en mi unidad yo soy explorador. Yo, eh, no he sido instruido como guardia y, aunque me pongas una armadura, seguramente seguiría arruinando tu línea, así que...

Próculo hizo una mueca.

—Eso sería una solución, supongo. Si te pusiera en la guardia también tendría que encontrarte un caballo, ¿no? Me imagino que el que tienes es uno de esos horribles bichos norteafricanos que ni siquiera han sido entrenados para llevar una silla. Muy bien, te usaremos como explorador durante el viaje, pero fuiste asignado como guardia del procurador, así que serás un guardia. Haré que te den un uniforme de gala y una armadura de la Guardia Consular de Infantería. Prestado, supongo, si podemos encontrar alguno que te esté bien. Veamos el estado de tus armas.

Memnón se puso firme y sacó sus jabalinas. Próculo resopló al verlas, pero no dijo nada: evidentemente, no

eran armas que valorara, pero sin duda estaban limpias y afiladas. El cuchillo, sin embargo, era otro asunto.

—¿Qué le has hecho a eso? —le preguntó el *cornicularius* horrorizado, cuando sacó la negra hoja para la inspección.

—¡La he embadurnado de grasa y hollín, señor! —le informó Memnón—. Así no brilla cuando trabajo de noche.

Sus ojos se encontraron.

—Eso es lo que has hecho, ¿no? —le preguntó Próculo, disgustado—. Bueno, ¡pues no lo harás en mi guardia! Limpiarás eso, y mientras estés bajo mis órdenes la mantendrás brillante, ¿lo comprendes?

—Sí, señor —contestó Memnón, de

mala gana.

Sin embargo, lo que hizo fue comprar otro cuchillo —barato, con una hoja débil que sin duda se rompería al usarla, pero hermosamente brillante—, y guardó la suya con su equipo. Después fue a regañadientes al armero de la fortaleza y permitió que los empleados de allí intentaran vestirlo con el uniforme de la Guardia Consular.

El esfuerzo fue parcialmente exitoso. Se esperaba que la Guardia Consular tuviera una presencia impresionante, y todos sus miembros tenían una altura por encima de la media. Él era no era tan alto. Los empleados fueron incapaces de suministrarle una coraza de tiras normal

sin que pareciera un cangrejo ermitaño con una concha demasiado grande. Sin embargo, le dieron un casco, uno brillante, de bronce, con solapas para las mejillas y una cresta roja, y le encontraron un enorme escudo rectangular, rojo, con la insignia del procurador apresuradamente insertada en dorado. Una túnica roja y una larga capa roja completaban el uniforme.

—Tienes que colocarte la capa así —le aconsejó—, y sostener el escudo de este *modo*, y entonces no se notará que no llevas la armadura. —Sonrió—. De cualquier manera, no podemos hacer nada respecto a tu altura.

Memnón parpadeó al imaginarse a sí mismo como el más bajo en una hilera

de altos guardias. Se alegraba de que ninguno de sus camaradas estuviera allí para verlo, aunque suponía que lo encontrarían tan hilarante que terminaría contándoselo de todos modos.

Esperaba que estuvieran todos bien. No había recibido ninguna noticia de Aballava. El sucesor natural de Farabert era su primo y ayudante, Trupo, pero si Trupo era ascendido prolongaría el conflicto. Los jefes germanos eran elegidos por sus tribus de entre los familiares del jefe anterior; Memnón esperaba fervientemente que los frisones eligieran a otra persona. Le había dicho a Cástor y a Atenais que su presencia allí solo serviría para empeorar las cosas pero, a medida que pasaban los

días, comenzó a desear volver.

Con todo, sus preocupaciones perdieron importancia cuando la embajada se reunió por fin, en una húmeda y fría mañana a finales de diciembre, y comenzó a sospechar que ésta sería ineficaz.

Sexto Vario Marcelo, procurador de Britania, y el hombre elegido para advertir a los maeatae contra una rebelión, era el yerno del general Avito Alexiano, y el marido de la sobrina de Julia Domna, Julia Soaemias. Atenais le había contado el rumor de que Marcelo había conseguido a su imperial esposa debido a que se había mostrado dispuesto a pasar por alto el hecho de que estaba embarazada de su primo

Caracalla. Era un noble sirio de Apamea que conversaba con sus hombres en griego y maldecía en arameo; también era, aparentemente, un administrador financiero capaz, pero no parecía ser un soldado. Le gustaban las túnicas de seda y las joyas de oro, y se pintaba los ojos con kohl y se perfumaba con esencia de rosas; su servicio incluía a dos flautistas, un citarista y un famoso cantante. Saltaba a la vista que él no iba a intimidar a los bárbaros del norte.

Sin embargo, su escolta parecía lo suficientemente intimidatoria: una cohorte completa de hombres de la legión Albana; un ala de caballería gala de quinientos jinetes; un grupo de ochenta sirvientes y una cohorte de la

Guardia Consular, incluyendo a un mauritano. Cuando salieron de Eboracum, la visión era impresionante, con los estandartes brillando bajo el intermitente sol invernal.

Un par de horas después era menos impresionante, cubiertos de lodo y caminando lentamente a través del aguanieve, pero seguían marchando. Cuando finalmente montaron el campamento, Próculo y la Guardia Consular se pasaron media noche limpiando su equipo.

Su primer destino era la capital de los votadini: el asentamiento fortificado en las montañas de Fortrenn, hijo de Talorgen. Estaba a ochenta millas al norte de la muralla, sobre una colina que

se cernía sobre el mar. Llegaron ocho días después de dejar Eboracum y colocaron sus tiendas frente a la fortaleza, como si fueran a asediarla.

Marcelo envió a un esclavo para que anunciara su llegada, y aceptó a cambio una invitación al salón del jefe britano. Próculo estaba disgustado: creía que el procurador debería haber pedido que fuera Fortrenn quien se reuniera con él. Memnón, generalmente, no solía apoyar la idea de «enseñemos a los bárbaros quién manda aquí», pero en aquel caso estaba de acuerdo con Próculo. Si los maeatae se rebelaban, las consecuencias serían sangre y amargura, para ellos y para los romanos.

Marcelo acordó visitar a Fortrenn

la mañana siguiente a la llegada de las tropas romanas. La guardia de infantería iba a acompañarlo; consecuentemente, cuando la mañana amaneció clara y fría, obligaron a Memnón a simular que era un guardia. En un principio, se las había arreglado para no ponerse el casco que le habían asignado; fue más difícil evitar la túnica y la capa roja, pero se puso su propia capa con caperuza encima tan pronto como pudo. En aquel momento, sin embargo, no tuvo más opción que colocarse el casco de bronce. Uno de los guardias le entregó una lanza, un *pilum* legionario: le habían prohibido que llevara sus propias jabalinas porque estropeaban la caída de su capa. Tomó el arma de dos metros y medio con un

suspiro. Aquello también era oficialmente una jabalina, pero era la jabalina de un soldado de infantería, una con un tamaño y un peso que nunca había usado. La colocó sobre su escudo mientras se sujetaba la capa roja con el broche de Argentocoxus.

Le alegró un poco poder ponerse el torque dorado de Fortrenn alrededor del cuello; lo había sacado de la caja fuerte de Aballava y lo había llevado a Eboracum por si tenía que reunirse con la Emperatriz de nuevo, pero aquel parecía un uso incluso mejor para la joya. ¡Aquello debería recordar a Fortrenn los peligros que acarrearía enfadar a Roma!

La guardia se alineó en una doble

fila y Próculo les pasó revista. El *cornicularius* frunció el ceño al ver a Memnón y lo colocó al final de una de las hileras, después en el centro, y después al otro extremo de la fila; finalmente negó con la cabeza, y se rindió. Los vecinos de Memnón lo miraron con resentimiento. Ya habían dejado claro que no se alegraban de tener a un extranjero de un recóndito *numerus* de auxiliares en su ilustre compañía, y se alegraban incluso menos de que estropeara su desfile.

El procurador Marcelo salió finalmente de su tienda, fragante, envuelto en seda y brillantes, y acompañado por un intérprete y dos secretarios. Montó en su hermosa yegua

blanca, la guardia de infantería formó flanqueándolo, y todo el grupo se movió, bajó la colina, atravesó un riachuelo bordeado de hielo, y se dirigió a las puertas de la fortaleza.

Para cuando los últimos guardias llegaron a las puertas, Marcelo ya había entrado en el salón de banquetes y los guardias britanos apenas se fijaron en la cola del grupo mientras éste avanzaba. Memnón echó un vistazo al dintel mientras pasaba bajo él y vio que había un par de cráneos fijados en el mismo, con algunos mechones de cabello y piel podrida despegándose del ajado hueso. Aquella era la ubicación que Fortrenn había elegido para su cabeza. Se preguntó si los muertos habían sido

romanos u otros enemigos locales.

El salón de Fortrenn era grande, majestuoso. En el centro había una hoguera encendida, y el edificio, que parecía un granero, casi estaba caliente tras el frío y crudo viento del exterior. Cuando los romanos llegaron había unos cincuenta guerreros de Fortrenn en el interior, alineados contra el muro a la derecha de la hoguera, pero se quedaron callados, sin decir nada. Cuando Memnón entró, al final del grupo, el jefe maeatae estaba a punto de terminar su discurso de bienvenida. La guardia de infantería se colocó a la izquierda de la hoguera y se mantuvo firme mientras Marcelo agradecía la bienvenida a Fortrenn. Habló en griego, para la

evidente consternación de la audiencia britana, y su intérprete tradujo las palabras al latín. El procurador, generalmente, comprendía lo que se le decía en latín, pero su dominio del lenguaje hablado era incierto, y evidentemente prefería presentarse al mundo con digna ignorancia, en lugar de con cómica aptitud.

—Es un honor para mí —contestó Fortrenn—. Y vosotros, soldados romanos, sed bienvenidos a mi salón. —Se acercó a la hilera de hombres—. Las mujeres os servirán aguamiel; espero que... —Descubrió a Memnón, y se detuvo.

Memnón le sonrió. Fortrenn se apresuró y se detuvo frente a él.

—¡Tú! —exclamó furiosamente—. Tú, espíritu malvado, ¿qué estás haciendo aquí?

—El Alto Mando pensó que no te alegrarías de verme —le informó Memnón. Se ajustó el borde de su elegante capa, y dejó que Fortrenn viera el torque de oro.

El rostro del britano enrojeció bajo sus tatuajes. Próculo se apresuró tras él, por una vez con aspecto complacido; Marcelo y sus hombres se aproximaron lentamente, frunciendo el ceño; en el salón, los britanos murmuraban unos con otros.

—¡Sal de aquí! —le ordenó Fortrenn, con vehemencia—. ¡Sal de mi salón!

—No obedezco órdenes tuyas —contestó Memnón, con frialdad.

—¿Cuál es el problema? —preguntó el intérprete de Marcelo.

—¡Esta cosa negra me hizo daño! —declaró Fortrenn, dirigiéndose a él—. Me traerá mala suerte: ¡no lo quiero en mi salón!

Próculo sonrió forzadamente. El intérprete habló con Marcelo, y el procurador miró a Memnón con el ceño ligeramente fruncido, como si intentara recordar quién era.

—Ordénale que se marche —demandó Fortrenn—. Tus hombres y tú sois bienvenidos, procurador, ¡pero esta criatura diabólica no!

Marcelo hizo un leve gesto de

desdén y habló con el intérprete.

—Dice que muy bien —tradujo el intérprete—. El etíope puede volver al campamento.

Próculo dejo de sonreír. Memnón se quedó rígido un momento, y después se cuadró ante Marcelo y salió del salón.

Cuando salió al aire helado se dio cuenta de que un par de los guerreros de Fortrenn se había separado de sus compañeros y estaba siguiéndolo. Comenzó a bajar la colina rápidamente. El escudo golpeaba su espinilla con cada paso, aminorando su velocidad, y los pasos a su espalda estaban acercándose.

Dejó caer el escudo y se giró. Los

dos britanos se detuvieron, enfrentándose a él, con las manos en los cuchillos. Memnón añoró su cuchillo, almacenado cuidadosamente en el fondo de su equipaje, y cogió la pesada lanza con ambas manos, esperando poder arreglárselas con ella. No tenía un solo arma en el que confiara.

—¿Y bien? —preguntó a los dos guerreros.

—Fantasma negro —dijo uno, en britano—, devuélvenos el collar de nuestro señor. —Memnón no conocía la palabra que había usado, pero no tenía ninguna duda de que el hombre se refería al torque.

—¿Fortrenn también quiere que le devuelva a sus prisioneros? —les

preguntó Memnón, en latín—. ¿Y el prepucio de su sobrino? —No parecieron entenderlo, así que dijo, en britano—: No lo haré.

—Devuélvenoslo, o nosotros mismos lo tomaremos —dijo el britano.

—¡Idiota! —le dijo Memnón, con la voz temblando por la rabia y la frustración—. Lo que quitéis a Roma, Roma os lo quitará a vosotros. Tierras, casas, mujeres y niños, honor, vida. Roma os lo quitará todo.

—Tu señor te pidió que te marcharas —señaló el britano, acercándose un paso más—. No hables por él.

—¡Ey! —llegó un grito de la cima de la colina. Memnón, al levantar la

mirada, vio a Próculo descendiendo hacia ellos, espléndido en su túnica escarlata y dorada, evidente e inconfundiblemente de alto rango. Pocas veces se había alegrado tanto de ver a alguien.

—¿Problemas, decurión? —preguntó Próculo, acercándose a los guerreros britanos, que habían apartado las manos de sus cuchillos y ahora parecían huraños.

—Sí, señor —le contestó Memnón, y se agachó para recoger su escudo—. Gracias, señor.

Próculo gruñó, examinando a los dos britanos. Estos le devolvieron la mirada, y después se encaminaron hacia el salón de banquetes, como si sólo

hubieran salido a tomar el aire.

—Creo que será mejor que te acompañe a las puertas.

Continuaron bajando la colina.

—Gracias, señor —dijo Memnón, de nuevo—. No quería luchar con ellos, y no estaba seguro de ganar si lo hacía. —Su estómago estaba ardiendo por la rabia y las secuelas del terror; tuvo que tragar saliva.

Próculo levantó las cejas.

—Incluso si hubieras evitado que te mataran, soldado, habrías estado en problemas. Esos tipos dirían que tú los atacaste primero, y todos sus amigos habrían dicho, «Sí, eso es verdad, nosotros lo vimos». —Caminó un par de pasos y después dijo, en voz muy baja

—: Y seguramente el procurador habría aceptado su palabra, y te habría azotado por causar problemas. Yo... Siento lo que acaba de pasar.

Era una oportunidad, una que nunca habría esperado.

—Señor —dijo Memnón, en voz baja—, no tiene sentido que yo esté aquí. Pido permiso para volver a casa.

—Fuiste puesto a mi mando por orden del prefecto pretoriano —dijo Próculo, con desagrado.

—Para enviar un mensaje a los maeatae —asintió Memnón—. Señor, ¿qué clase de mensaje vamos a enviarles si se quejan y el procurador cede inmediatamente? Sería mejor que no estuviera aquí.

Próculo se quedó en silencio un momento, con la boca torcida con disgusto por la conducta del procurador, y no por el propio Memnón; el etíope estaba totalmente seguro. Sin embargo, lo único que dijo fue:

—No creo que el procurador recordara quién eras. Soldado, has sido destinado aquí, y no es tu trabajo, ni el mío, cuestionar nuestras órdenes.

Memnón se detuvo y se giró para mirarlo.

—Señor, dos buenos amigos míos murieron el pasado verano; mi unidad ha perdido un quinto de nuestra fuerza. El procurador acaba de dar a los maeatae el mensaje equivocado, ¿y se supone que no debo decir nada sobre ello? No tiene

sentido que esté aquí, señor. Peor que eso, estar aquí, y que me hayan enviado fuera de ese modo, ¡en realidad daña la misión! Y tú estuviste en la vista, ¡sabes que mi unidad me necesita!

—¿De verdad? —le preguntó Próculo, agriamente—. ¿Hay alguien más a quien necesiten muerto?

Memnón tomó aire, enfadado.

—Ya, recuerdo, no hay caso ante el que responder —dijo Próculo—. ¿Por qué quieres volver?

—La situación en el fortín es difícil, señor, y mi unidad necesita a todos sus decuriones para mantener el orden. Y yo soy el heredero del antiguo prefecto: los hombres me escuchan a mí más que a los demás.

Próculo gruñó y se encaminó hacia las puertas.

—Hablaré con el procurador sobre ello —le concedió—. Veremos qué dice.

Llamó a Memnón a la mañana siguiente. Tenía cara de amargado.

—He hablado con Vario Marcelo —dijo—. Piensa que nuestro prefecto pretoriano cometió un error al enviarte con nosotros, que tu presencia es ofensiva para los britanos y que esto hace su trabajo más difícil. Está totalmente de acuerdo en enviarte de vuelta con tu unidad inmediatamente.

Memnón se tragó otro abrasador nudo de bilis. Comprendía el deseo de un diplomático de evitar causar ofensas innecesarias, pero temía que los britanos

no lo hicieran. Se imaginó otro verano de horrible guerra, y después se descubrió imaginándolo desde el punto de vista del enemigo, con Sulicena y su hijo acurrucados entre los helechos mientras los legionarios los buscaban; se imaginó a la mujer violada, y al chico asesinado.

Quizá Vario Marcelo no era un imbécil; quizá, realmente, sabía dejar clara su intención diplomáticamente. Memnón temía la ignorancia del procurador, acomodado tras las barreras del lenguaje, la costumbre y la experiencia, pero quizá el ignorante era él. Tendría que confiar en ello.

—Tengo un mensaje que debe ser entregado en Eboracum — continuó

Próculo—. Lo llevarás hasta allí antes de volver con tu unidad. Como podrías encontrar problemas en el camino, haré que tengas un escolta hasta la muralla. Quiero asegurarme de que los votadini no te causan problemas.

—Gracias, señor —dijo Memnón, en voz baja—. Se lo agradezco.

Llegó a Eboracum al anochecer, quince días después de haberse marchado de la ciudad. Su escolta lo había dejado en la muralla. Entró en la fortaleza como lo había hecho antes, montado sobre Ghibli y conduciendo la mula con su equipaje. La fortaleza, para su sorpresa, aceptó su posición como mensajero de la Guardia Consular y le asignó un establo para sus animales y

una cama para él en los barracones del fuerte. Entregó el mensaje de Próculo y se acostó. Aunque estaba cansado, se quedó despierto un buen rato, mirando el techo y preguntándose qué hacer.

¿Debía hacer algo? Le parecía presuntuoso pensar que comprendía mejor la situación que Marcelo y la gente que lo había designado, pero había visto la maquinaria del gobierno maltrecha por apoyar una trifulca personal, había visto que era incapaz de proteger a sus leales sirvientes, había visto cómo se mantenía ciega ante un problema que estaba creciendo bajo su nariz. Era imposible mantener la fe en ella.

Ya había intervenido en sus asuntos

una vez, al trasmitir a Cástor los rumores de rebelión que le había contado Senorix. Con aquella actuación había conseguido que tomaran cartas en el asunto: Marcelo había sido enviado en aquella inusual embajada invernal. Seguramente, la advertencia de Memnón no había sido la única responsable de la decisión imperial de que era necesaria una embajada pero, probablemente, había contribuido. ¿Podría pedirle a Cástor que interviniera de nuevo? ¿O debería pedírselo a Atenais? Ella podría ser un contacto mejor en aquel caso: Marcelo era pariente de su señora.

Sonrió al pensar en una reunión a solas con la adorable Atenais. Durante un feliz momento, recordó sus dedos

contra sus labios, y sus hermosos ojos mirando ávidamente los suyos.

Oh, dioses, ¡allí estaba de nuevo! Era estúpido seguir deseando a una mujer que no podía tener, y era deshonroso desear a una que pertenecía a un amigo.

Suponía que, técnicamente, ella pertenecía a la Emperatriz, pero sin duda era a Cástor a quien amaba, y éste estaba loco por ella, eso estaba totalmente claro. Le sorprendía un poco que el chambelán no se hubiera casado todavía con la chica, pero quizá necesitaba conseguir el permiso de la Emperatriz. Sí, por supuesto que era así: los esclavos no podían casarse, así que la Emperatriz tendría que liberar a

Atenais antes de que se casara. En cualquier caso, Atenais era de Cástor por voluntad propia, aunque no lo fuera por ley. Cástor era su amigo, y las mujeres de los amigos tenían que respetarse escrupulosamente. Si quería concertar una reunión, tendría que ser con los dos. Quizá podría invitarlos él a cenar, para variar. Ahora era un decurión: podía permitírselo.

—Quería que tomáramos dátiles —les dijo Memnón, con pesar—, pero el tabernero me dijo que no tenía.

—Esto es delicioso —le aseguró Atenais, dando otro bocado al pastel de avellanas. Habían comido los dos primeros platos charlando de cosas triviales; ahora estaban con los dulces y

el vino.

—Tu señora tenía dátiles —señaló Memnón—, así que pensé que quizá el tabernero también podría conseguir algunos.

—Los emperadores y las emperatrices pueden conseguir cualquier cosa que quieran —le informó Cástor—. Nieve en pleno verano, lechuga en diciembre, o dátiles africanos en el extremo norte del mundo. Los recursos de los taberneros son más limitados. Amigo mío, me alegra verte de nuevo tan pronto, pero te confieso que estoy un poco sorprendido. No se espera que Marcelo vuelva hasta finales de mes.

—Marcelo me envió a casa —dijo Memnón, abandonando su estado de

ánimo jovial—. ¿Quién lo designó para esa misión, de todos modos?

—Mi señor —contestó Cástor, sorprendido—. Aunque su nombre fue sugerido por Papiniano. —Se retorció los dedos—. Parecía adecuado. Está familiarizado con la situación britana: ha sido el procurador desde que llegamos. Su rango es lo suficientemente alto para mostrar que vamos en serio, pero no tanto como para que parezca que estamos desesperados; es de noble cuna, tiene buenos contactos, y es lo suficientemente joven para que un viaje difícil durante el invierno no sea demasiado duro para él. ¿Qué tiene de malo?

Memnón se lo contó.

—¿Te envió fuera para complacer a Fortrenn? —exclamó Atenais, airada.

—Sí —Memnón la miró con el ceño fruncido—. Lo que me preocupa es lo que Fortrenn haya pensado al respecto, y lo que el resto de jefes maeatae van a pensar de un embajador que cede tan rápidamente ante ellos.

—Sí —asintió Atenais, casi entre dientes.

—No sé lo que habéis decidido sobre lo que os conté en mi carta —continuó Memnón, después de un momento—. Sobre si había una conexión entre que Caracalla me preguntara por las facciones britanas y los rumores. Creo que, si la había, quizá alguien señaló a Marcelo porque sabía que no

serviría de nada. —Echó una mirada a Cástor—. Sin embargo, tú me dijiste que habías informado a la gente que podría ocuparse de ello.

Cástor se quedó en silencio un momento, y después suspiró.

—Le conté a mi señor los rumores: él los investigó y decidió enviar la embajada de Marcelo. Sobre el otro asunto... Se lo contamos a la Augusta, y ella dijo que se ocuparía de ello personalmente. —Dudó, y después admitió, de mala gana—: No le he preguntado lo que ha hecho. Si alguien está detrás de esos rumores, si no fueron idea de los propios maeatae, entonces es más probable que fuera Geta Augusto que Antonino. La agitación de los

maeatae significa que el ejército tendrá que permanecer en Britania hasta que la situación se estabilice. Eso es lo que Geta quiere: tiempo para consolidar su posición aquí, donde la gente está acostumbrada a verlo como una autoridad. En Roma, la posición de su hermano es mucho más fuerte, y es por eso por lo que Antonino está ansioso por volver. Creo que Antonino te hizo esas preguntas sobre las facciones tribales porque descubrió que su hermano estaba interesado en ello, y quería saber qué estaba tramando Geta, pero no lo he investigado. Es sólo que... Es solo que no puedo hacer nada si ambos me odian. Pero una madre puede descubrir lo que su hijo está haciendo sin provocar una

ofensa grave.

—Ah —dijo Memnón, comprendiéndolo.

—A mí tampoco me ha dicho nada mi señora sobre lo que ha hecho —admitió Atenais—. Le preguntaré.

A pesar de su preocupación por la situación en Aballava, Memnón se quedó en Eboracum una noche más, oficialmente "para que mi pobre caballo descanse": quería descubrir lo que la Emperatriz había hecho. Cuando Atenais apareció en la taberna al anochecer, supo inmediatamente que algo iba mal. Estaba nerviosa y pálida, visiblemente agitada, y casi antes de que se sentaran comenzó a hablar en un susurro sin aliento.

—Acudí a mi señora. Le conté que Marcelo te había enviado fuera para complacer a Fortrenn; se mostró exasperada, y dijo que era un idiota. Dice que el hombre no entiende cómo hay que tratar a los bárbaros. Me prometió que le enviaría una carta inmediatamente, diciéndole que fuera más contundente. Era lo mejor que podíamos esperar, pero entonces... —Atenais se mordió el labio—.

Después le pregunté por el otro asunto, y pensó que estaba intentando fastidiarla. Se enfadó conmigo. Me dijo que se ocuparía de ello, y que lo que le dijera a su hijo en privado no era asunto mío. Yo le dije que no lo comprendía, y ella me dijo que no era necesario que

una esclava lo entendiera, sólo que obedeciera. Entonces quiso saber si vosotros estabais preocupados por ello. Le prometí que os aseguraría que iba a ocuparse del asunto. —Bajó la mirada y terminó, débilmente—. Creo que sólo estaba de mal humor. Todo el mundo tiene días malos, y yo la molesté.

Cástor parecía enfermo.

—¿Eso es lo que crees de verdad?

Se produjo un silencio. Después, Atenais levantó la mirada de nuevo, con el rostro muy serio.

—No. Creo que ella le preguntó a Geta sobre ese tema, y que él admitió que había filtrado información errónea al enemigo, y que la convenció para que guardara silencio sobre el tema. Mi

señora teme que Caracalla intente asesinarlo. Quería que Geta se convirtiera en Augusto para protegerlo; no quiere desacreditarlo ahora. Siempre ha sido su hijo favorito.

Cástor se quedó en silencio un momento, y después asintió.

—Sí. Geta, seguramente, le dijo que sólo habían sido un par de palabras, lo suficiente para mantener al ejército en Britania durante otro año, pero no lo bastante para comenzar otra guerra, y que todo ocurrió hace meses. Probablemente él mismo lo cree. Quizá incluso tiene razón.

Memnón los miró a ambos con preocupación.

—¿Estáis diciendo que la

Emperatriz sabe que su hijo está intentando que la guerra se reanude, y que ha cerrado los ojos?

Los dos lo miraron, dolidos y ofendidos.

—El no está intentando que la guerra se reanude —le espetó Cástor—. Está intentando asegurar su posición con el ejército. Si el ejército se queda en Britania el próximo verano, entonces no habrá razón para que la guerra comience de nuevo. Y sea lo que sea lo que Geta hizo, ya está hecho.

—Pero contárselo a los maeatae... Si obtuvieron la información de que el Imperio no lucharía si ellos se rebelaban de alguien que sabían que tenía acceso a un Emperador, ¿cómo puede alguien

pensar que eso no empezará otra guerra?

Se produjo un incómodo silencio, y después Cástor dijo:

—Estoy seguro de que ya no estarán tan seguros. Marcelo fue enviado para dejarles claro que los emperadores esperan que se atengan al tratado.

—¡Pero no lo está haciendo!

—Yo creo que él pretende hacerlo; creo que la confusión se debe, como dice la Emperatriz, a que está acostumbrado a la diplomacia que se usa en el este, y no a la que se necesita en el oeste. Si los maeatae son sensatos, comprobarán lo que está ocurriendo en la muralla antes de levantarse en armas. Verán que las guarniciones han sido reforzadas, que las tropas están bien

abastecidas y en estado de alerta, y se darán cuenta de que rebelarse sería un gran error.

Memnón se quedó callado un minuto, y después negó con la cabeza, perplejo.

—Es posible que la Emperatriz...

—A ella no le gusta mentir —le dijo Atenais. Después de un momento, añadió—: Seguramente ya ha advertido a Geta que no haga nada más. La conspiración, si quieres llamarlo así, ya ha terminado, y se han ocupado de sus consecuencias tan bien como han podido.

—Pero... —comenzó Memnón, alarmado y temeroso.

—Amigo mío —dijo Cástor, con

repentina urgencia—, debes olvidar todo lo que has oído o pensado sobre esto. La Emperatriz ha preguntado si estamos preocupados por ello: quiere saber si debería silenciarnos.

El etíope lo miró fijamente, estupefacto.

—Yo pensaba...

Yo pensaba que habíais dicho que era la mejor de la casa imperial era lo que había deseado decir. *¡Yo pensaba que ella, al menos, se merecía la devoción que Atenais y tú le proporcionáis con tal lealtad!* Incluso mientras lo pensaba, supo que sus amigos habían pensado lo mismo, y que la Emperatriz había traicionado entonces la confianza de su esclava, igual que el

Emperador traicionó la confianza de su liberto.

—Mi señora no quiere hacerlo —le dijo Atenais, respondiendo a su mirada—. A ella le gustas. Si decidiera hacer algo, seguramente te ofrecería un trabajo fuera; no tendrías que temer por tu vida a menos que te negaras a ser sobornado. Y, por el momento, todo va bien: la convencí de que os advertiría, y de que vosotros aceptaríais su recomendación. Pero no debes, no debes, hacer ninguna pregunta sobre esto. —Extendió la mano y cogió su muñeca. Sus ojos estaban asustados por él, entendió Memnón repentinamente; no por sí misma—. Su cuñado Alexiano es el general al mando de tu unidad. Su

primo es el prefecto pretoriano. Si decide destruirte, ni siquiera tendrá que recurrir a uno de los emperadores.

Atenais lo soltó. Memnón se rodeó la muñeca que le había tocado con la otra mano, y bajó la mirada.

—Si esto termina en una guerra —dijo, en voz baja—, miles de personas morirán.

—El Emperador ya conoce los rumores —señaló Cástor—. No dejará Britania hasta que la victoria esté asegurada. No debería haber otra guerra. Y no hay nada que nosotros podamos hacer. Nuestro señor Severo ha enviado un embajador a los maeatae; Julia Domna le escribirá para decirle que su mensaje debe ser más claro. Solo

podemos confiar en nuestros señores.

—Pero vosotros no confiáis en ellos —señaló Memnón; la dura verdad a la que Cástor siempre se resistía.

—Confío en que el poder divino que elevó a Roma para imponer la paz en el mundo, no la abandonará ahora —dijo Cástor, con el rostro crispado—. Ningún mortal puede esperar más.

Capítulo 17

Memnón regresó a Aballava el diecisiete de enero, y encontró el fuerte tranquilo.

El nuevo prefecto de los Mauritanos Aurelianos, Marco Sitio Faustino, había llegado algún tiempo antes. Cuando Memnón se presentó en el *praetorium*, descubrió que todas las alfombras de piel de lobo y los cuernos para beber habían desaparecido, y que en su lugar había alfombras sirias y tapices de seda bordada. El nuevo prefecto estaba en el comedor, no en el despacho donde Rogato se había reunido

con Memnón tan a menudo. Era un joven regordete, con el cabello oscuro y un afeitado apurado, e iba elegantemente vestido: su túnica llevaba la única y estrecha franja púrpura del rango ecuestre. Tenía un secretario con él, un hombre anciano con aspecto cansado.

Memnón saludó marcialmente y se presentó, y Faustino lo miró de arriba a abajo con una sonrisa.

—Entonces —dijo—, tú eres uno de quien me hablaron, ¿no?

Memnón se había encontrado con aquel acento antes: sirio, como la Emperatriz, como Marcelo. Al menos, Faustino estaba dispuesto a hacer el esfuerzo de intentar comunicarse en latín.

—¿Señor? —preguntó Memnón, respetuosamente.

—Me dicen, este Memnón es mucho honores, la Emperatriz es su patrona, ¿harás buen uso de él? Yo dije, ¡sí, sí, por supuesto! Te enviaron con Marcelo en la embajada: ¿qué tal fue?

—No lo sé, señor —le contestó Memnón, con cautela—. Marcelo me envió a casa.

—¿Eh? Bien, tener otro decurión, eso es bien. Los hombres están... —Hizo una pausa, y preguntó algo a su secretario en griego.

—Confinados en los barracones cuando no están de servicio —contestó el secretario.

—¡Confinados en los barracones!

—asintió Faustino, con una sonrisa encantadora—. Sabes que Farabert de los frisones está muerto.

—Sí, señor.

Faustino se inclinó hacia delante y habló a Memnón confidencialmente.

—El juró en falso, eso es lo que yo creo. Los dioses castigan los falsos juramentos. Muchos frisones también lo creen. Pero hay mala sensación, hay mucha rabia. Confinados en barracones, sí. Tú debes hacer mejor las cosas.

—Lo intentaré, señor.

—¡Bien, bien! Los otros decuriones dicen, «cuando Memnón vuelva», todo el tiempo lo dicen. ¡Ve a hablar con ellos!

—Lo haré, señor —dijo Memnón,

saludando—. Gracias, señor.

—Puedes retirarte —dijo el secretario, cansado.

Memnón lo saludó también a él antes de marcharse.

Encontró a Donato, a Marcial y al resto de decuriones esperándole fuera del *praetorium*. Todos se retiraron a los cuarteles generales, donde le explicaron lo que había ocurrido en su ausencia.

Cuando se descubrió el cuerpo de Farabert, los ánimos se inflamaron. Los frisones, al principio, habían estado divididos entre los que pensaban que Farabert había sido castigado por los dioses por un juramento falso y los que decían que había sido asesinado por Memnón. Trupo, sin embargo, había sido

el líder de la teoría del asesinato, y cuando se marchó a Eboracum la perspectiva opuesta ganó terreno; cuando volvió y tuvo que admitir que el caso había sido descartado por la corte y había escapado por poco de los azotes, su facción fue aplastada. Los frisones llevaron a cabo las elecciones para determinar quién debería ser su siguiente jefe, y la elección recayó no en Trupo, sino en un primo más lejano de Farabert llamado Burcanio. Este hombre era tan callado que Memnón a duras penas puso cara al nombre.

Ambas unidades habían pasado unas miserables Saturnales confinados en los barracones, y ambas seguían obligadas a pasar la noche y gran parte

del día en ellos. Faustino había llegado el día dos de enero, y había tomado el *praetorium*, aunque gentilmente había permitido a la viuda y a los hijos de Farabert quedarse en sus antiguas habitaciones hasta que consiguieran otro alojamiento. El modesto Burcanio permanecía en una de las habitaciones de los decuriones frisones, esperando que Ahteha se comprara una finca y se mudara. Parecía que tenía una mala relación con la familia de Farabert, y tampoco tenía la arrogancia ni la riqueza del antiguo jefe. Memnón esperaba que aquello fueran buenas noticias.

La opinión de los decuriones aurelianos sobre Faustino era, en general, positiva. Hasta la designación

de Rogato, los mauritanos generalmente habían estado comandados por similares e inexperimentados jóvenes ecuestres. Faustino, según el consenso, era mejor que la mayoría: estaba dispuesto a dejar la gestión de la unidad a sus decuriones, y conformarse sólo con el mérito de sus éxitos. Los malos comandantes eran los que querían manejar las cosas.

—Entonces —dijo Memnón, cuando los demás terminaron su resumen —, tenemos que hablar con los oficiales frisones e intentar que las cosas vuelvan a la normalidad. ¿Os habéis reunido ya con ellos?

Los demás se miraron los unos a los otros, y después negaron con la cabeza. Memnón hizo una mueca,

preguntándose si habrían organizado una reunión si no hubieran estado esperando la vuelta del heredero de Rogato.

—Deberíamos fijar una para mañana, entonces —dijo—. En el *praetorium*, si Faustino está de acuerdo; si no es así, en la capilla de los estandartes.

Faustino no hizo ninguna objeción a alojar la reunión, e incluso se ofreció a proporcionarles vino. Memnón estaba aliviado: el *praetorium* estaba caliente, la capilla amargamente fría, y creía que la reunión iría mejor si todos estaban cómodos.

Por consiguiente, todos entraron en el comedor del *praetorium* la mañana siguiente: diez decuriones que

pertenecían a los mauritanos y una docena de frisones cuyos rangos y responsabilidades estaban menos definidos en términos militares, pero que eran considerados por sus camaradas como nobles y, por tanto, merecedores de un lugar en la conferencia. Burcanio estuvo entre los primeros en llegar: un hombre delgado, de aspecto nervioso, algunos años mayor que Memnón; rubio y con un largo mostacho descendiente. Faustino, que estaba en la puerta, recibiendo a los recién llegados, estrechó su mano y asintió ante el saludo de todos los demás.

Los esclavos de Faustino sirvieron vino y todos se sentaron, los frisones en

un lado de la habitación, y los mauritanos en el otro. Las conversaciones eran murmullos sin entusiasmo. Memnón se dio cuenta, con una punzada de irritación, que todo el mundo estaba esperando a que él comenzara la reunión.

—¡Compañeros soldados! —exclamó... y el instantáneo silencio le molestó—. Muy bien —dijo, sin rodeos—, la fortaleza es un caos. ¿Alguien lo cuestiona?

—¿Es que vamos a escuchar a este asesino? —preguntó Trupo en voz alta.

Memnón lo miró hasta que el frisón le devolvió la mirada.

—Ya resolvimos eso en Eboracum.

Trupo escupió.

—¡Y tú escapaste de la justicia gracias a tus poderosos amigos!

Memnón inhaló profundamente, exasperado.

—¿Qué quieres hacer, llamar al Comisariado para que investigue? ¿Para ver quién de nosotros puede soportar el potro de tortura durante más tiempo? La fortaleza es un caos. Nuestros camaradas llevan confinados en sus barracones un mes, y todo el mundo está preparado para matar a alguien, pero si comenzamos a luchar, el Alto Mando caerá sobre nosotros con azotes y ejecuciones. ¿Es eso lo que quieres?

—Yo no quiero eso —dijo Burcanio, con voz profunda y lenta, mirando a Memnón.

—Bien —dijo Memnón, asintiendo —, porque yo... porque nuestro prefecto Faustino tampoco lo quiere. Tenemos que hacer que las cosas funcionen de nuevo. Necesitamos hacer algún tipo de acuerdo público, quizá un intercambio de juramentos, y después tenemos que llegar a un consenso para que los hombres puedan salir por turnos, y después tenemos que hacer algo para aliviar la tensión.

Burcanio seguía mirándolo.

—La mayor fuente de tensión —dijo Burcanio, en su titubeante latín— es esto que hemos oído, que los mauritanos se quedarán en Aballava, y que a nosotros nos enviarán a otra parte.

Memnón inspiró profundamente y

después levantó ambas manos, con las palmas hacia fuera.

—Juro por mis ancestros, por Juno Caelestis, y por la buena fortuna de los Emperadores, que no sé nada sobre eso! —Bajó las manos—. Si lo prefieres, escribiré a mis amigos en la corte y les pediré que descubran lo que hay de cierto en ello.

Burcanio asintió.

—Sí.

—Bien. Lo haré hoy mismo. Sin embargo, sospecho que mis amigos no podrán descubrir nada, porque no creo que se haya decidido todavía. No creo que el Alto Mando vaya a decidir nada hasta que esté preparado para marcharse, y con el descontento de los

británicos, ¿quién sabe cuándo será eso? Sin embargo, admito que creo que hay una posibilidad de que decidan dejarnos aquí, porque nos han encontrado muy útiles durante la guerra. Ahora bien; yo, personalmente, no tengo objeción en compartir el fuerte. Nuestra unidad se ha movido mucho, y estamos acostumbrados a compartir fortalezas. A pesar de eso, sé que el Alto Mando no va a mantener a estas dos unidades en el mismo fuerte a menos que les demos alguna prueba de que no nos mataremos los unos a los otros, y creo que nosotros les gustamos más de lo que les gustáis vosotros. Por eso me parece que, si los frisones queréis quedaros aquí, tendréis que hacer un esfuerzo para convencer al

Alto Mando de que podéis llevaros bien con nosotros.

La pensativa mirada de Burcanio no se alteró.

—¿Tú estás de acuerdo en compartir el fortín?

—Siempre esperé hacerlo, y sigo dispuesto a ello.

El frisón exhaló lentamente, frunciendo el ceño.

—Ahteha —dijo, con parsimonia— dijo a Farabert que, si dejaba que extranjeros y plebeyos entraran en su casa, no era un hombre. Pero creo que ella no comprendió cómo eran las cosas. Nosotros no somos los dueños de esto. Aballava pertenece a los romanos, no a los frisones. Si envían a más hombres

aquí, están en su derecho. Farabert no fue sensato al ver a Rogato como un enemigo. No había necesidad de ser enemigos: podría haberse hecho amigo de Rogato con facilidad.

Los frisones se agitaron, y Burcanio se giró para mirar a Trupo.

—¡Farabert se lo ganó fácilmente cuando lo intentó! —repitió—. Todos fuimos testigos de ello, antes de la cacería de jabalíes. Rogato estaba feliz, confiado y alegre porque nuestro señor Farabert quería ser su amigo. ¿Por qué no hizo de él un amigo al principio, cuando llegó aquí? En ese caso habríamos evitado todos estos problemas. —Se dirigió a Memnón—. ¿Estás de acuerdo en compartir el

fuerte? ¿Lo juras?

Memnón extendió las manos.

—Sí. Comprende que no tengo poder sobre los generales. Sólo puedo jurarlo por mí mismo, y por los hombres que me siguen. Sin embargo, estoy dispuesto a jurar la paz.

Trupo se puso en pie.

—¡Es una treta! —se quejó furiosamente—. En Eboracum juró que nunca había blandido su cuchillo ante Farabert, ¡sabiendo perfectamente que Farabert no fue asesinado con un cuchillo!

Memnón lo miró directamente.

—Estoy dispuesto a jurar la paz contigo, Trupo, sin artimañas, si tú haces lo mismo.

Se produjo un silencio. El rostro de Trupo estaba tenso e inseguro. Llevaba la capa suelta, y Memnón se fijó por primera vez en que había una línea negra en su garganta: hollín, atrapado bajo la piel donde el cuchillo de Memnón le había cortado.

—¿No irás a por mí? —le preguntó Trupo, al final.

Memnón se dio cuenta de que el hombre creía realmente toda aquella basura sobre volverse invisible y las artes secretas africanas. *¡Me escondí en un árbol!*, quiso gritarle. *¡No hubo nada mágico en ello!* Al mismo tiempo, se sentía tentado de jugar con su estupidez, de ver cuántas patrañas sobre el increíble hechicero estaba dispuesto a

tragarse antes de sufrir arcadas.

En lugar de eso, dijo con seriedad:

—Yo no quiero enemistarme con nadie. Rogato está muerto, como lo está Farabert: dejemos que termine así. Juraré dejarte en paz si tú juras hacer lo mismo conmigo. —Miró al resto de frisones, que estaban observándolo atentamente—. Esta división en el fortín apesta, y al Alto Mando no le importará a qué unidad culpar: pensará que todos olemos mal. Todos tendremos la reputación de soldados que no pueden llevarse bien con sus compañeros, y eso no será bueno para nadie. Si conseguimos arreglar las cosas, sin embargo, eso contentará a los generales y todos nos beneficiaremos.

Burcanio asintió y después sonrió, mostrando una dentadura incompleta.

—Llevaremos a cabo una ceremonia pública para los juramentos —dijo—. Tú jurarás que estás de acuerdo en compartir el fortín. Acordaremos que nuestros hombres salgan de los barracones en días alternos. Hablaremos sobre juegos y marchas, para calmarlos.

—A mí me suena bien —asintió Memnón, profundamente aliviado.

Enero, febrero: llovió, nevó, y llovió aun más. Memnón escribió una carta a Cástor, usando como escriba al secretario, Verino, preguntándole si los mauritanos se quedarían en Britania o si volverían al Danubio. Cástor le contestó

diciendo que el asunto no se había presentado al Emperador, y que por tanto no había nada decidido. Sin embargo, un par de semanas después, recibió una carta de Atenais. En ella decía que había hecho algunas preguntas, y que había descubierto que el legado de la VI Victrix estaba planeando pedir que los mauritanos recibieran un destino permanente en Britania, en el territorio en el que se necesitaban más jinetes exploradores. Se había reunido con el legado, continuaba, y le había preguntado por el fortín de Aballava: él prefería que mauritanos y frisones compartieran el fuerte, pero trasladaría a los frisones a otra parte si la tensión entre las dos

unidades persistía.

Fue una carta muy útil. Memnón se la mostró a Burcanio, que compartió su contenido con la Formación de Frisones: el efecto en su actitud fue inmediato.

Marzo, abril: siguió lloviendo. Pasaron todo el invierno y la primavera en el perpetuo lodo, en maniobras que pretendían reconciliar a los mauritanos con los frisones. Lo único bueno que podía decirse de ello es que parecía estar funcionando, aunque a veces Memnón pensaba que esto se debía sólo a que unía a los hombres contra un enemigo común: sus oficiales.

Lo que los hombres no parecían notar, pensó amargamente, era que esos oficiales tragaban más nieve y lodo que

nadie: supervisar a los hombres en todo momento significaba que tenías que salir al campo con el primero, y volver con el último. Fue el prefecto quien consiguió quedarse en el agradable y cálido *praetorium*, y sólo salió ocasionalmente para otorgar alguna condecoración. Faustino no mejoraba en las distancias cortas. Era agradable con aquellos que pensaba que gozaban de poder o influencia, y que podían serle útiles; a los demás los ignoraba. Dejó la mayor parte del trabajo de organizar los asuntos del *numerus* a su secretario, Sabino, que ni siquiera era esclavo de Faustino. Pertenecía al padre del prefecto, y lo habían enviado para dar a la carrera del joven un empujón al

administrar el *numerus* por él. Los mauritanos pronto se resignaron a seguir sus órdenes, pero los frisones estaban disgustados.

Burcanio era mejor comandante que el prefecto de los mauritanos y su esclavo: el líder frisón compartía las dificultades con sus hombres. A Memnón comenzaba a caerle bien: era un hombre tranquilo y modesto, pero responsable. De hecho, se llevaba bien con la mayoría de los oficiales frisones, y los que no lo apreciaban, lo evitaban, así que todo iba bien. Trupo y sus amigos, con el paso de los meses, pasaron de ser una amenaza en ciernes a un grupo marginal que refunfuñaba en las tabernas y al que nadie se tomaba en

serio. Ayudó que la viuda de Farabert, Ahteha, se mudara por fin del *praetorium* a una finca. Memnón no había sido consciente del constante flujo de veneno que la mujer había vertido hasta que éste terminó. Libre de aquella ceñuda insistencia sobre el honor y el prestigio frisón, éstos se relajaron y asumieron compromisos razonables. Memnón suponía que trabajar juntos bajo aquel clima horrible, había tenido algunos beneficios, después de todo.

En abril recibió una nota de Cástor sorprendentemente breve: se había casado con Atenais, decía; estaba seguro de que Memnón le desearía felicidad.

La primera reacción de Memnón fue desearle que se fuera al infierno.

Cástor le había aconsejado que se olvidara de Atenais porque ésta pertenecía a la Emperatriz, y después se había acostado con ella él mismo. Era cierto que aquello había ocurrido después de que Atenais rechazara a Memnón, pero había pensado, lo había pensado en realidad, que en las últimas reuniones algo había cambiado entre ellos.

Había pensado, para ser sincero, que ella había comenzado a enamorarse de él.

Bueno, aquella era una deshonrosa revelación, ¿no? ¡Era la mujer de su amigo, y él había intentado quitársela! Debería alegrarse de que Cástor y ella se hubieran casado por fin. Atenais

había acudido a Cástor cuando el joven Emperador la atormentaba: ¿era razonable afirmar que Cástor debería haberla rechazado? ¡No había duda de que Memnón no lo habría hecho! Y Cástor la amaba. Era un respetado habitante del mundo en el que ella había crecido: educado, refinado, adinerado, y no un bárbaro casi analfabeto. Era un hombre valiente, íntegro e indudablemente decente. Atenais había escogido bien, y Memnón, como amigo de ambos, debería avergonzarse de su celoso resentimiento.

Se sentía avergonzado por ello. Escribió una carta de felicitación a la feliz pareja, sin una sola palabra sarcástica o negativa. Pero incluso así

se sentía celoso y resentido. Al menos podrían haberlo invitado a la boda.

En mayo, el prefecto Faustino recibió una carta. La primera parte simplemente confirmaba lo que la carta de Atenais les había dicho meses antes: que los mauritanos seguirían destinados en Aballava. La segunda parte, sin embargo, eran nuevas noticias. Faustino convocó una reunión con todos los oficiales del fortín para discutirlas.

—¡Recibimos al Emperador en persona! —les dijo Faustino, alegremente. Su latín había mejorado durante el invierno, aunque continuaba siendo algo errático—. Nuestro señor Severo Augusto quiere recorrer la muralla antes de volver a casa. Se queda

en Uxelodunum para la noche, pero viene al oeste, a Aballava, al día siguiente. ¡Dispensará a los hombres que ya han terminado su servicio, concederá honores a los que fueron valientes en la guerra, y almorzará aquí antes de volver a Uxelodunum!

Memnón consiguió poner una adecuada expresión de devoción en su rostro. Interiormente, lo consumía la impaciencia. El sol brillaba, el espino florecía en los setos y los bosques estaban llenos de campanillas. El primer escuadrón había salido a ejercitar sus caballos en la playa, y Memnón no tenía ninguna duda de que todos habrían desmontado y estarían tomando el sol, charlando, mientras él estaba encerrado

en el *praetorium* con Faustino y Burcanio. ¿Quién, en su sano juicio, querría ser decurión?

—Tenemos que engalanar el fuerte —continuó Faustino—. Organizamos grupos de trabajo, ¿vale? Para limpiar todo y hacerlo hermoso. El emperador estará aquí el tres de junio. Eso será, sí, dentro de ocho días. ¡Debemos trabajar duro!

—¡Sí, señor! —asintió Memnón, haciendo una mueca por dentro. Su intención había sido conceder a los hombres un descanso después de los lodosos ejercicios del invierno. Y también quería tomarse él mismo un descanso.

—Burcanio... —Faustino frunció el

ceño, mirando al capitán—. Quizá compres algunas ropas nuevas, ¿sí? Puedo decirte un buen lugar en Eboracum, si quieres comprar algo de seda.

—Tengo buenas ropas —dijo el comandante frisón con voz grave—. Las reservo para las fiestas. —Burcanio estaba, como todo el fuerte sabía, lejos de ser rico.

—¡Bien, bien! Pero... ¿son romanas?

—Yo no soy romano —señaló Burcanio, razonablemente.

—Ah, sí, pero... ¡esto es para un almuerzo con el Emperador! Por eso creo que quieres algo al estilo romano.

Burcanio le dedicó una mirada

pensativa, y Memnón supo entonces que el frisón no tenía intención de malgastar su tiempo y dinero yendo a Eboracum a comprar seda. Sin embargo, ya que era demasiado educado para decírselo a Faustino, sólo preguntó:

—¿Y Memnón?

Faustino les sonrió amigablemente.

—En el almuerzo estarán los capitanes del fortín, el Emperador, y el servicio del Emperador. Memnón es decurión.

La mirada pensativa de Burcanio se oscureció.

—¿Por qué no debería venir al almuerzo con el Emperador? Le concederán honores, ¿no?

—Creo que recibirá honores, sí,

por lo que hace en la guerra —dijo Faustino, con irritación—. Pero es decurión, y el Emperador tiene muchos hombres importantes a su servicio. No hay espacio para decuriones.

Burcanio frunció el ceño. Memnón le echó una mirada para que se callara, y dijo, alegremente:

—Entonces, ¿qué quieres que se haga en el fortín, señor?

Sabino, el secretario, sacó una extensa lista.

—Prepararemos una bienvenida en las puertas, por supuesto —concluyó éste—. Quince de los hombres más altos e impresionantes de cada unidad deberán formar un pasillo a cada lado de las puertas, y mi señor Sitio Faustino

y Burcanio estarán ante las puertas para recibir al Emperador.

—¿Y los oficiales? —preguntó Burcanio, frunciendo el ceño de nuevo.

—Estarán con sus escuadrones —le explicó Faustino—. En la explanada de desfile.

—Creo que sería mejor que los oficiales de mayor rango estuvieran con nosotros —dijo Burcanio.

Faustino vaciló.

—Quizá uno de cada. Donato por mí, y Rautio por ti.

—¿Y Memnón? —preguntó Burcanio, frunciendo el ceño una vez más.

—Es el menos veterano de los decuriones —señaló Faustino—.

Además, tiene color de muy mal augurio. Creo que el Emperador se ofende si es recibido por hombre negro: es mala suerte. —Dedicó a Memnón una soleada sonrisa—. ¿No te importa?

Sus ojos se encontraron por un momento. Después, Memnón bajó la cabeza.

—No, señor —dijo, gentilmente.

—Bien —dijo Faustino, aliviado—. Bueno, entonces, ¿ya está?

Memnón se retiró y salió a organizar la lista de turnos de limpieza. Burcanio, sin embargo, lo siguió hasta el exterior del *praetorium.*

—Esto es injusto —dijo el frisón, con seriedad—. Faustino te está engañando. Quiere robarte el mérito por

lo que haces, y por eso no quiere que hables con el Emperador.

Memnón se encogió de hombros. Faustino había intentado apropiarse del mérito de cualquier cosa buena de Aballava. A menudo había sido difícil convencer a los frisones de que guardaran la calma al respecto: ellos valoraban la fama.

—Claro que se lleva el mérito por lo que hacemos —le dijo, despreocupadamente—. Pero el Alto Mando lo sabe. No te preocupes por eso.

Burcanio lo miró, dudoso, y Memnón forzó una sonrisa.

—¡No te preocupes! —dijo, de nuevo—. Voy a recibir un montón de

medallas: no necesito recibir al Emperador en las puertas ni almorzar con él. De todos modos, va a ser una comida aburridísima, según parece, con Faustino intentando hacerle la pelota a todo el que se ponga a tiro.

—Tu amigo Cástor, el chambelán, ¿no vendrá?

—Debería estar en el séquito del Emperador —admitió Memnón—, pero no creo que esté presente en el almuerzo. El Emperador no come con sus libertos. Si Cástor está por aquí, lo llevaré a comer a la aldea, a «El Toro», y, créeme, nos divertiremos mucho más que vosotros. ¡No te preocupes!

Después, sin embargo, mientras preparaba las listas para las tareas de

limpieza, descubrió que su corazón estaba lleno de rabia. «Color de mal augurio», ¡qué excusa tan estúpida! ¿No podría haberse molestado el aristocrático idiota en inventarse algo mejor que eso? «Necesito que supervises al resto de hombres», quizá, o «Estarás demasiado ocupado preparándote para recibir tus medallas». «Color de mal augurio», ¡totalmente estúpido! ¿Qué pensaban los romanos de la gente del sur? ¿Que no tenían nada, excepto mala suerte? Pero Faustino, al parecer, creía en aquella superstición: Memnón se había dado cuenta de que el prefecto nunca quería reunirse con él a primera hora de la mañana. ¡Idiota!

El etíope descubrió que estaba

doblando su estilete, y lo soltó apresuradamente antes de romperlo por la mitad. Apesadumbrado, se reconoció a sí mismo que su rabia se debía sólo parcialmente a Faustino: después de todo, aquello ya era una antigua irritación. No, el principal tema delicado era Cástor. A pesar de sus esfuerzos por ser razonable al respecto, Memnón se sentía dolido y enfadado.

Ahora el Emperador se dirigía a Aballava, y Cástor no lo había avisado. No había ninguna excusa para ello: ¡Cástor era su *memorial* ¡Conocía la agenda imperial antes que el propio Emperador, y mucho antes que el oficial que había escrito a Faustino!

A pesar de ello, no podía hacer

nada al respecto. Pasó un dedo por la lista de labores de limpieza especiales, simplificando mentalmente las tareas que Faustino le había pedido: no había necesidad de fregar la mampostería, con cepillarla bastaría; las bisagras de bronce podían pintarse, en lugar de pulirse; la paja fresca, en la mayoría de las zonas, sería tan buena cubierta para el barro como la gravilla...

Se detuvo, preguntándose qué había pasado con el hombre que era antes. Una vez se había preparado para la visita de un gran general ideando una elaborada broma; ahora estaba agobiado, disponiendo las cosas por hacer. ¿Cuándo se había vuelto tan responsable, tan sombrío?

Deseó haber seguido adelante y haber insistido en aquella dispensa. No había querido abandonar a sus amigos mientras su situación era delicada y peligrosa, pero temía que ahora había perdido su oportunidad, que si escribía a Cástor de nuevo no obtendría respuesta.

La vida de un decurión era una vida horrible: tenía todo el trabajo duro de un soldado común, y nada de diversión, y además toda la miseria de informes y listas amontonadas. Incluso había perdido a su secretario: el viejo Verino le había entregado su renuncia en abril. Así que ahora Memnón tenía que hacer todo el trabajo de oficina él mismo, y seguramente tendría que seguir

haciéndolo durante los próximos trece años, o más. Sus amigos de la corte volverían a Roma, y él permanecería allí, en Aballava, sirviendo a Faustino y a los idiotas sucesores de Faustino. A menos que hubiera una rebelión, por supuesto, y todos acabaran muertos. Incluso si sobrevivía hasta su retiro, seguramente para entonces sería tan viejo y estaría tan amargado que ninguna chica bonita de ojos brillantes lo querría.

Se quedó allí sentado, mirando la lista sin verla y pasándose el pulgar sobre los labios con un duro nudo de frustración y resentimiento en el estómago. Después cerró las tablillas y las dejó a un lado.

—Lo que necesito es un poco de diversión —dijo en voz alta, y se fue a la aldea a tomar un trago y a pensar en sus cosas.

El día tres de junio estaba esperando en una de las torres de la muralla, justo a una milla de Aballava. Podía ver el fuerte a su derecha: barrido y brillando de limpio, con la puerta engalanada con rosas. Los hombres que lo habitaban estarían con los últimos preparativos, con el mejor de sus uniformes de gala y, sin duda, estarían preguntándose los unos a los otros si alguien había visto a Memnón.

Se marchó sin decirle a nadie a dónde pretendía ir. Para las primeras cinco o seis bromas que había pensado

habría necesitado ayuda, y por eso las había descartado. No podía pedir ayuda a sus hombres, porque ahora eran sus subordinados, no sus compañeros de tienda, y porque tenía la fuerte sospecha de que si hubiera acudido con ello a sus compañeros decuriones, estos le habrían dicho que era muy mala idea gastar bromas a un emperador. Sospechaba que, efectivamente, tenían razón, pero estaba tan asqueado de ser responsable y trabajador que no le importaba. Lo único que lamentaba era que la única broma que se le había ocurrido no era demasiado divertida.

Memnón se sentó. Era una mañana brillante y soleada, aunque algunos cúmulos de nubes sugerían que podría

llover más tarde. Ya podía discernir una sombra en la calzada que debía ser el Emperador y su séquito.

Mientras observaba, la sombra, gradualmente, se aclaró: un pequeño grupo de guías; una fila doble de infantería escarlata y dorada, portando los estandartes; otra hilera de dorado y oro en la retaguardia, y en el centro, una masa de oro y púrpura que gradualmente se convirtió en una litera cubierta, llevada por una docena de porteadores, y seguida por una colección de carruajes y jinetes.

Dejó que los guías pasaran, y después bajó de la torre, abrió la puerta y salió. Nadie estaba vigilando. Generalmente, las torres vigías a lo

largo de la muralla se mantenían cerradas cuando no se usaban, pero los decuriones tenían acceso a las llaves.

No llevaba su uniforme de gala. Se había puesto una buena túnica, pero era negra, y una larga capa que se había comprado a propósito. Sostenía una corona de oscuro ciprés: si el negro era un color de mal agüero, entonces él era tan siniestro como podía ser. Sin embargo, había dejado cautelosamente todas sus armas en el fuerte: no tenía sentido alarmar demasiado a la Guardia Pretoriana.

Esperó junto a la torre hasta que la infantería pasó, y entonces saltó al centro de la calzada. La litera estaba a unos cincuenta pasos de distancia. Tenía

las cortinas recogidas en los lados, y podía ver a su ocupante: un delgado anciano envuelto en una capa púrpura, con el cabello cano y barba, reclinado de lado mientras leía un pergamino. Los pretorianos a cada lado de la litera descubrieron con un grito al intruso, y hubo un frenesí confuso entre ellos. El anciano levantó la mirada y vio el obstáculo. Los portadores continuaron su paso constante hacia delante, y Memnón observó fascinado que los ojos del Emperador se abrían de par en par y que sus labios se contraían en algo similar al terror.

Ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—¡Severo Augusto! —proclamó a

voz en grito, levantando su corona de ciprés—. ¡Conquistador de Partía, conquistador de Britania! ¡Sé bienvenido!

Severo se irguió en su litera.

—¡Apartaaaaadlo de mí! —gritó, horrorizado.

La litera se detuvo y los guardias pretorianos salieron en tropel. Memnón tiró la corona y levantó ambas manos vacías. Apartaron las lanzas, en respuesta a su gesto, pero las fornidas manos que inmediatamente lo apresaron fueron rudas.

—¡Apartadlo de mí! —chilló el Emperador de nuevo, mientras los guardias lo apartaban a empujones.

Aquello era, en opinión de

Memnón, totalmente desproporcionado.

—¡Conquistador del mundo entero! —gritó en respuesta, asustado y disgustado—. ¿Por qué no te vas a conquistar algún otro sitio?

Ante eso, uno de los guardias le dio una bofetada en la boca, tan fuerte que se vio impulsado hacia atrás contra uno de los hombres que lo sostenían. El hombre lo soltó y cayó, escupiendo sangre. Tuvo el tiempo justo para levantar los brazos y protegerse la cabeza antes de que comenzaran a patearlo.

Se quedó horrorizado ante su violencia, aturdido por el dolor. Intentó hacerse un ovillo y relajar los músculos para rodar con las sacudidas, pero

parecían venir de todas direcciones a la vez. Alguien estaba gritando; esperaba que estuvieran gritando a los soldados que se detuvieran.

Aparentemente, fue así: los golpes cesaron. Memnón se quedó en el suelo, respirando con pequeños jadeos gimoteantes, preguntándose, mareado, si le habían roto las costillas.

—¡Tú! —le ordenó una voz—. ¡Levántate!

Memnón, vacilante, apartó los brazos de su rostro; nadie le metió una bota en la nariz, así que intentó levantarse. Aquello resultó ser un error: una oleada de vértigo lo recorrió y tuvo que ponerse a cuatro patas y vomitar: ¡oh, por los dioses, qué dolor! Alguien

lo agarró por el cuello de la túnica.

Gruñó y se sentó como pudo.

—¿No podríais hablar conmigo así? —preguntó esperanzado, alzando la mirada. El hombre que estaba a su lado era un centurión de la Guardia Pretoriana, un hombre alto y delgado con un rostro feroz bajo la cresta transversal de su casco.

—¿Quién eres, y qué pensabas que estabas haciendo? —demandó saber el centurión, sin soltar el cuello de su túnica.

Memnón tuvo que apartar el rostro para escupir una bocanada de sangre.

—¡Memnón, señor! —dijo, y escupió de nuevo—. ¡Decurión, I escuadrón de Mauritanos Aurelianos,

señor! Estaba intentando gastaros una broma.

—¿Una broma? —contestó el centurión, indignado—. ¡A nuestro señor Severo no le ha parecido demasiado divertida!

—No, señor —murmuró Memnón —. Ya me he dado cuenta.

Un par de pretorianos se rieron nerviosamente. El centurión frunció el ceño.

—¿Dices que eres decurión?

—Sí, señor. De Aballava, el fuerte que hay bajando esta calzada. Hemos estado preparando una bienvenida para nuestro señor el Augusto, y yo había pensado hacerle una broma de bienvenida primero. No pretendía

molestar a nadie, señor. Sólo era una broma. —Tenía la barbilla húmeda; se la secó, y descubrió que su mano se había vuelto roja.

El centurión resopló y soltó su túnica.

—¡Registradlo! —ordenó.

Los hombres pusieron a Memnón de pie y lo registraron. Se dio cuenta de que los últimos de la infantería continuaban pasando junto a él: los hombres de las hileras echaban miradas curiosas al pequeño grupo en el lado. Aquella paliza, de hecho, debía haberlos detenido muy poco tiempo. Se alegraba fervientemente de ello.

—Bueno, decurión —dijo el centurión, cuando los guardias se

aseguraron de que Memnón estaba desarmado—, a nadie le ha gustado tu horrible broma. Te llevaremos a tu fuerte y, si eres quien afirmas ser, te pasarás el resto de la visita del Emperador arrestado. Después lo dejaremos en manos de tu prefecto.

—Sí, señor —murmuró Memnón: no había nada más que pudiera decir.

Cuando Memnón atravesó, tambaleándose, la puerta de Aballava entre dos de los pretorianos, su aparición fue recibida con consternación. Sin embargo, los hombres de las puertas confirmaron que, efectivamente, era un decurión de los Mauritanos Aurelianos, y el centurión pretoriano hizo que lo encerraran en la

estrecha habitación de la garita sur que servía al fuerte como celda, antes de salir a informar del incidente.

Memnón se recostó en el único banco de la oscura y pequeña habitación y se quedó temblando en silencio. Estaba cubierto de golpes y sabía que los hombres que lo habían herido seguramente lo habrían matado si el centurión no los hubiera detenido. Habían recibido la indicación del Emperador, pero no podía imaginarse por qué se había asustado tanto. Severo era, después de todo, norteafricano: debería estar familiarizado con los etíopes.

Un par de horas después, mientras dormitaba, escuchó voces en la puerta, y

el inconfundible sonido de una llave en la cerradura. Se sentó y se protegió los ojos con una mano ante el súbito torrente de luz.

—Estaré bien —dijo Cástor al guardia—, puedes encerrarme con él.

—Sí, señor —dijo el guardia. Era un mauritano del escuadrón de Donato; su nombre era Koceila—. ¿Estás bien, Memnón?

—Más o menos —contestó Memnón—. No me importaría tomar un poco de agua.

—Iré a buscarla —Koceila dudó, con la mano en la puerta—. ¿Qué es lo que hiciste?

Memnón comenzó a reírse, y después se detuvo, porque le dolía la

boca y las mejillas.

—Se suponía que era una broma —le explicó—. ¿Sabes que Faustino dijo que yo no recibiría al Emperador porque tengo un color de mal agüero? Sólo pensé en recibir a nuestro señor en la calzada y darle la bienvenida, con aspecto siniestro. Iba a darle el discurso de bienvenida de Faustino (bueno, con algunos cambios), pero no tuve la oportunidad.

—Tampoco Faustino —dijo Koceila, apartando la mano del pomo y hablando con ansiedad—. El Emperador atravesó las puertas como si las Furias estuvieran tras él, y después se refugió en el *praetorium*. Aun está allí. Ni presentaciones, ni desfiles.

—¡Todo el trabajo que hemos hecho, para nada! —suspiró Memnón. Pensó en ello un momento, y después sonrió sin poder evitarlo, a pesar de los labios doloridos—. Ojalá hubiera visto la cara de Faustino.

Koceila negó con la cabeza.

—¡No mereció la pena, Memnón! Por Juno Caelestis, ¡no se gastan bromas a los Emperadores! —Echó una mirada culpable a Cástor y salió, cerrando la puerta a su espalda. La habitación no estaba totalmente a oscuras, un poco de luz de arriba se filtraba a través de los tablones del suelo, pero no era suficiente para dejarle ver la expresión de Cástor.

—¿Por qué? —le preguntó Cástor,

con un tono de furia controlada en su voz —. ¿Por qué, por todos los dioses sobre la tierra y debajo de ella, hiciste una estupidez así?

Memnón comenzó a apoyarse contra el muro, descubrió que le dolía todo el cuerpo y, para sentirse más cómodo, se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas.

—¡Sólo era una broma, señor! —protestó—. ¿Cómo iba yo a saber que reaccionaria así? Todavía no comprendo por qué lo hizo.

—Al parecer —dijo Cástor, tenso —, nunca había viajado tan al oeste, y eso hizo que pensara sobre su vida y sobre lo que había conseguido en ella. Decidió tomar cualquier cosa que se

encontrara a continuación como un presagio de su futuro.

—Oh. —Memnón recordó de nuevo al hombre de la litera, con los ojos abiertos como platos, y su grito aterrorizado. Pensó en ello un poco más, y después comenzó a reír. No podía evitarlo—. Oh, ¡por los dioses inmortales! —Se cubrió la mano con la boca—. Con la corona de ciprés y todo, ¡oh, dioses!

—Fue una estupidez —exclamó Cástor, furioso—. ¿Sabes lo supersticioso que es? ¿Sabes lo enfermo que ha estado? Una broma como ésa, una estúpida, estúpida, y peligrosa broma como ésa... ¿cómo has podido?

—Bueno, ¡yo no sabía que iba a ser

tan peligrosa! —señaló Memnón, razonablemente—. De haberlo sabido, ¿crees que lo hubiera hecho?

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Cástor.

—Porque estaba harto de ser un decurión responsable y sensato, y porque quería hacer algo realmente loco y salvaje. Ja! Lo asusté, ¿no? Lucio Septimio Severo Augusto, *Parthicus, Britannicus*, el emperador de los romanos, el señor del mundo, se asustó... ¡de mí! ¿Hay algún otro hombre vivo que pueda decir eso?

Cástor estaba inmóvil, mirándolo. Aun estaba demasiado oscuro para ver su expresión, pero Memnón descubrió que podía imaginársela.

—¿Sabes lo que has tirado por la borda? —le preguntó el chambelán—, Ibas a conseguir la ciudadanía, además de una hilera completa de medallas, y ahora no lo harás.

Memnón inhaló despacio. La ciudadanía. La ciudadanía de Roma. Las medallas no eran importantes, pero la ciudadanía... Aun así, ¿de qué le habría servido, sin una dispensa? La vida que quería, la esposa y los niños, y un trocito de tierra, habrían seguido fuera de su alcance, aunque más tentadores por estar mucho más cerca.

—Bueno —dijo, rotundamente—. No creo que me hayas preparado una dispensa sin decírmelo.

—Acordamos que me confirmarías

que la querías después de las Saturnales, y no lo hiciste.

—Tú no contestaste a mi última carta, señor. Ni me pediste que acudiera a tu boda. Ni me enviaste una advertencia sobre este asunto. Casi llegué a pensar que, si te escribía, no me responderías, señor.

Cástor recibió aquello con un silencio.

—Nunca te he pedido tu amistad —dijo Memnón.

El dolor y la rabia que había estado sintiendo los últimos meses subió a la superficie, y el decurión necesito hacer un esfuerzo para mantener un tono de voz bajo. De todos modos, sólo una fracción de lo que sentía estaba dirigido

a Cástor: la mayor parte era una especie de rabia contra el destino que lo mantenía allí, haciendo un trabajo que no le gustaba y que no hacía bien.

—Me alegré cuando me la diste, pero nunca insistí en ello —continuó—. A pesar de ello, te mostraste generoso y afable, y quizá yo comencé a dar algunas cosas por sentado. Sin embargo, si he hecho algo que te ha ofendido, habría sido mucho mejor que me lo dijeras, en lugar de desaparecer y dejarme intentando adivinarlo.

Se produjo otro silencio, y después Cástor dijo, abruptamente:

—Lo siento. —Después de un momento añadió, en voz baja—: No fue nada que hicieras. Fue solo que... a

Atenais le gustas, y yo comprendo por qué. Le salvaste la vida, y desde entonces yo sólo la he decepcionado, una y otra vez. Eso me hacía infeliz, así que, cada vez que tenía que tratar algún asunto que estuviera relacionado contigo, lo postergaba. Pero no pretendía desaparecer.

—Oh, eres un estúpido—dijo Memnón, con incredulidad—. Dices que lo que yo he hecho esta mañana ha sido estúpido, pero esto tuyo sí que es estúpido. Ahora esa chica es tuya, es tu esposa legal, y siempre te ha sido fiel. No creo que nadie pudiera quitártela pero, incluso si pudiera, no lo haría. Yo no robo a mis amigos.

—Quizá sea estúpido —admitió

Cástor. Se acercó al banco y Memnón se movió para dejarle espacio. El chambelán se sentó—. Pero es que me resulta difícil creer que haya tenido tanta suerte, y me sigue preocupando que un día ella recupere la razón.

—Vaya. —¡Así que Cástor estaba celoso! Su adorable chica se sentía atraída por un hombre más joven, y él lo sabía y por eso se preocupaba. Aquello tenía sentido—. Atenais es una mujer hermosa e inteligente, eso está claro —dijo Memnón, con cautela—. Y te ama, eso también lo está, a pesar de que tú lo dudes. ¡Felicidades por tu matrimonio!

Cástor asintió.

—Yo... lo siento —dijo de nuevo. Después, continuó—: Tú habrías sido

invitado a la boda, y lo sabes, si hubiera habido boda. Nos casamos muy discretamente, para atraer tan poca atención como fuera posible. Mi señor ha estado enfermo de nuevo, y si algo me ocurriera, si Antonino me hiciera algo, no me gustaría que fuera también a por ella. —Se detuvo, y después añadió, casi sin respiración—: Está esperando un bebé.

Oh. Aquello, sin duda, explicaba el repentino matrimonio.

—¡Felicidades de nuevo, señor!

—Gracias. —Cástor se detuvo de nuevo, y después le confesó, rápidamente—: La Emperatriz no quería a una esclava preñada en su servicio. Le dijo a Atenais que eligiera entre abortar

o abandonar la casa imperial, y Atenais eligió tener el bebé y casarse conmigo. Yo... ¡me alegré tanto!

—¿Es tu primer hijo, señor?

Se produjo un momento de silencio, y después Cástor dijo, en voz muy baja:

—Mi primera mujer tuvo niños, pero murieron. Uno vivió tres días; los otros... incluso menos. Deseo mucho a este hijo; no fui consciente de cuánto hasta que supe que estaba esperándolo. También será libre: nuestra señora Julia Augusta concedió la libertad a Atenais cuando la despidió. Mi hijo crecerá libre, lejos de la corte, lejos de... del tipo de cosas que he visto durante toda mi vida.

—Seguramente será inteligente —

dijo Memnón—. Debería serlo, con dos padres tan listos.

Se sentaron en silencio durante otro minuto, y después Cástor dijo:

—Ha sido una broma realmente estúpida.

—Bueno, sí —admitió Memnón—. Ahora me doy cuenta.

Capítulo 18

Durante los días que siguieron, la estupidez de la broma se hizo cada vez más patente. El prefecto Sitio Faustino estaba furioso porque uno de sus subordinados había arruinado su oportunidad de impresionar al Emperador. Su primera reacción, al parecer, fue que Memnón fuera degradado y azotado, pero su secretario lo disuadió: los amigos de Memnón en la corte podrían vengarse, o eso podría provocar que los mauritanos se amotinaran. Era cierto que los motines podían ser aplastados, pero provocar

uno durante su primer destino desluciría la carrera del joven oficial.

Faustino, por tanto, intentó hacer la vida de Memnón más miserable, aunque de modos menos dramáticos. Todos los trabajos sucios se destinaban al primer escuadrón; si no había ninguno disponible, siempre encontraba alguna tarea para el decurión. Se les asignaban guardias nocturnas durante noches sucesivas; las reuniones se organizaban a primera hora de la mañana, o con poca antelación; si Memnón aparecía tarde, o no acudía a alguna asamblea, lo reprendían y le asignaban tareas adicionales como castigo. Lo peor de todo era que Sabino le entregó un montón de indescifrables libros de

contabilidad y le dijo que ordenara los libros de la unidad. Enfrentado al maligno enigma de sus páginas, Memnón pensó seriamente en pegarle fuego al cuartel para librarse de ellos; la única razón por la que no lo hizo fue que nadie hubiera creído que había sido un accidente.

Cuando llegó la orden de que los mauritanos llevaran a cabo otra expedición de reconocimiento al norte, la recibió como una buena alternativa a coger su caballo y desertar.

Se les ordenó que cabalgaran hasta el campamento que habían ocupado el verano anterior. Una legión britana estaba preparándose para construir un fortín permanente en aquel sitio, pero no

marcharían al norte hasta que los mauritanos volvieran con su informe.

Los rumores de rebelión entre los maeatae no se habían apagado, a pesar de la embajada de Marcelo, o debido a ella, y el Emperador se había visto obligado a postergar su partida de Britania. Otras legiones que habían sido enviadas al norte para construir fortines habían informado de graves dificultades con las tribus locales. Habían desaparecido suministros de madera y hierro, y también exploradores. Ante las protestas, los maeatae se disculparon y afirmaron que su intención era mantenerse bajo las condiciones del tratado; prometieron, además, que quien obstruyera la construcción de los fuertes

sería castigado; pero eso no ocurrió, no que los romanos supieran.

El *numerus* al completo, doscientos treinta y ocho hombres repartidos en diez escuadrones, salió a finales de julio. Casi tan pronto como cruzaron la muralla, encontraron señales de que los novantae estaban preparándose para la guerra.

Como decurión, Memnón ya no cabalgaba por delante de sus compañeros, pero las señales eran lo suficientemente claras para que ni siquiera tuviera que esperar a que sus exploradores volvieran con el informe. En los campos maduros sólo había mujeres, niños y ancianos; los caballos habían desaparecido y el ganado había

sido llevado a los fortines de las montañas; por todas partes había rastros de hombres que se dirigían a las montañas, pero ninguno que volviera de ellas.

—Señor —dijo Memnón al prefecto, al final de su primer día más allá de la muralla—, deberíamos dirigirnos al sur inmediatamente.

Faustino lo miró con desdén.

—¿Estás asustado, decurión?

—Señor, están reuniéndose —intervino Donato—. Deberíamos volver ahora mismo e informar.

Faustino hizo un gesto despectivo.

—Enviaré un informe, sí. ¡Pero primero debemos completar nuestra misión!

—Señor... —comenzó Memnón.

—¡Esto es cobardía! —exclamó Faustino con desprecio—. ¡Huir sin que ni siquiera hayamos visto a un enemigo!

—No es un enemigo lo que nos preocupa, señor —objetó Donato—. Los novantae pueden congregar doscientos o trescientos guerreros en el campo de batalla; los selgovae incluso más. Nosotros somos una unidad pequeña: si llegáramos a verlos, sería nuestro fin.

—No se atreverían —contestó el prefecto, con seguridad—. No a menos que vean que les tenemos miedo: ¿mostraremos temor y haremos que se muestren audaces? Además, ¡no sabemos si se están reuniendo! Quizá se hayan congregado para algún asunto de

la tribu, o para rezar a sus dioses. No, ¡seguiremos con la misión!

Cabalgaron audazmente por el camino que conducía al norte. Llevar a Ghibli abiertamente por aquel camino, y al trote, hacía que a Memnón se le erizara la piel. Todos sus instintos le gritaban que, si iban a continuar con la misión, debían moverse rápido y evitar las calzadas.

El tercer día llegaron a las tierras de los selgovae, y encontraron el mismo patrón que en las de los novantae. Al atardecer llegaron al viejo campamento y descubrieron que todas las estructuras provisionales que habían sido levantadas el año anterior estaban ahora derribadas: no quedaban más que los

terraplenes.

—¡Podemos informar de esto! —dijo Faustino, triunfalmente—. Esto va contra el tratado. Todo lo de antes solo eran preocupaciones vanas.

—Sí, señor —dijo Memnón—. Señor, deberíamos salir de aquí.

Faustino resopló con desdén y miró el viejo campamento. Incluso sin los refugios era un buen sitio para acampar, ya que estaba junto a un riachuelo que suministraba agua fresca, los terraplenes le daban algo de protección, y estaba nivelado y limpio. Seguramente no encontrarían ningún otro sitio tan bueno antes de la caída de la noche.

—No —dijo el prefecto—. Nos quedamos aquí esta noche, y partiremos

por la mañana.

Memnón abrió la boca, y el prefecto escupió.

—Dicen que eras un hombre valiente, decurión, que atacaste a un jefe britano con todos sus hombres. ¿Son mentiras, o has perdido el coraje después de aquello?

Memnón cerró la boca, mirándolo furioso.

—Señor —dijo Donato—, lo que Memnón pretendía era...

—¿Quién capitanea este *numerus*? —le espetó Faustino.

Se produjo un silencio.

—Tú, señor —dijo Donato.

—Sí. Y yo digo que acampamos aquí esta noche.

Montaron el campamento. Memnón y el resto de decuriones acordaron en secreto apostar el doble de centinelas, y dieron órdenes para que los hombres tuvieran todo el equipo preparado para salir, y de que abandonaran las tiendas si se producía una alarma. Sin embargo, la alarma no se produjo durante la noche, y por la mañana desmontaron las tiendas y las cargaron sobre las mulas de equipaje tranquilamente. Faustino estaba ufano.

Después volvieron sobre sus pasos y descubrieron que había enemigos entre ellos y la muralla.

Los exploradores volvieron galopando con el informe cuando los enemigos estaban aun a millas de

distancia; entre mil y mil quinientos selgovae, calcularon, caballería ligera armada con lanzas, espadas y jabalinas, cabalgando en dirección norte, hacia ellos. Memnón y el resto de decuriones querían ir al oeste y después virar al sur a través de las montañas: Faustino no los escuchó.

—¡Primero deberíamos hablar con ellos! —exclamó el prefecto—. Deberíamos preguntarles por qué han roto el tratado, y deberíamos pedir una garantía de salvoconducto hasta la muralla.

Los diez decuriones lo miraron con incredulidad.

—Señor —dijo Donato, lentamente—, ¡nos han declarado la guerra! ¡No

van a darnos un salvoconducto para volver a casa!

—¡No lo han hecho! —contestó Faustino, con impaciencia—. Han roto el tratado, pero no...

—Señor, derribar el viejo campamento fue una declaración de guerra. ¿Qué esperabas, que te enviaran una embajada?

—Juraron el tratado! ¡Hicieron sacrificios a sus dioses y lo juraron! ¡No vamos a irnos sin ni siquiera hablar con ellos! Iremos a su encuentro, con los estandartes en alto y con una bandera de tregua, y hablaremos con ellos. ¡Los romanos no huyen antes de haber sido atacados!

—Pero, señor...

—¡Ordenad a vuestros escuadrones que formen filas!

Los diez hombres, montados a caballo, miraron a Faustino con horrorizada perplejidad.

—Señor —dijo Memnón—, lo que deberíamos hacer es preparar una emboscada. Después, si quieres, podemos enviar a alguien para que hable con ellos.

—¿Quién capitanea este *numerus*? —preguntó Faustino, como había hecho la noche anterior.

De nuevo se produjo un silencio, pero, esa vez, el prefecto no obtuvo la respuesta esperada.

—Memnón tiene razón, señor —dijo Donato, y los demás asintieron.

Faustino los miró con indignación.

—¡Memnón no es el prefecto! Os lo ordeno, ¡formad filas!

Se produjo un silencio una vez más, roto sólo por el sonido de los caballos de la unidad moviéndose alrededor, o mordisqueando la hierba. Faustino miró a los hombres con el rostro enrojecido.

—Muy bien —dijo, al final—. El primer y segundo escuadrón vendrán conmigo, para hablar con el enemigo bajo una señal de tregua: el resto del *numerus* irá al oeste por las montañas y preparará una emboscada. Pero no olvidaré esto. —Echó una amarga mirada a Memnón—. Y en cuanto a ti... socavas mi autoridad, una y otra vez, y ahora ¡te amotinas! ¡Haré que sufras por

ello!

No si deserto primero, pensó Memnón. Se acercó a Donato rápidamente para decidir dónde colocar la emboscada. La ventaja de estar en el lugar donde habían pasado el verano anterior era que conocían muy bien la zona.

El segundo escuadrón estaba capitaneado por Claudiano, un hombre experimentado de la edad de Memnón; éste contaba con veintisiete hombres, mientras el primer escuadrón tenía veintiséis. Los dos reducidos escuadrones formaron filas y esperaron mientras se preparaba la bandera de tregua: los mauritanos no tenían un objeto así a mano, y se vieron forzados a

improvisar uno con un palo envuelto con ramas de una hierba que encontraron al borde del camino, y una tira de venda atada en el extremo para formar el lazo blanco. Al final, se encaminaron hacia el enemigo, guiados por Sitio Faustino y el portaestandartes de los mauritanos, que llevaba el banderín blanco bajo su estrella dorada. El propio Faustino llevaba la bandera blanca.

Habían cabalgado solo quince minutos cuando apareció la vanguardia del enemigo: un rebelde grupo de hombres tatuados cabalgando sobre pequeños caballos peludos, con escudos redondos pintados de blanco y salpicados con las espirales azules entrelazadas de los selgovae. Faustino

se detuvo y elevó la bandera de tregua, sosteniéndola alta para que el lazo blanco ondeara con la brisa veraniega. Se produjo una pausa momentánea, y después los selgovae gritaron y espolearon a sus caballos, blandiendo sus lanzas.

¡Demasiado tarde para hablar con ellos! Memnón golpeó a Ghibli con la fusta, haciendo que girara, y después lo espoleó para que volviera por el camino al galope.

—¿Qué? —chilló Faustino—. ¡Volved!

Memnón miró sobre su hombro, incapaz de creer lo que veía. El prefecto estaba en mitad del camino con su bandera blanca mientras varios cientos

de bárbaros cargaban contra él aullando un grito de guerra. Una jabalina pasó siseando a la derecha de Memnón y se clavó en la lodosa colina; un grito a su izquierda le dijo que la siguiente había alcanzado su objetivo.

—¡Huye, señor! —gritó, y se inclinó hacia delante para que su caballo fuera más rápido.

Había otros jinetes galopando junto a él: el primer escuadrón, siguiendo a su líder. El decurión no se atrevió a mirar atrás para ver qué había pasado con el segundo escuadrón. Se oyó otro grito a su espalda.

Los selgovae se detuvieron para derribar a Faustino. Eso dispersó su vanguardia y los hizo retrasarse lo

suficiente para que el resto de mauritanos pudieran ganar distancia. Memnón los condujo de vuelta por el camino, más allá del punto donde se habían separado de los demás, y después giraron bruscamente a la izquierda subiendo una cañada. Los caballos subieron una escarpada colina, con las piedras chasqueando bajo sus cascos, y galoparon por un prado. Los animales cubrieron un par de millas en cuestión de minutos y comenzaron a aminorar la velocidad, con el pelaje oscurecido por el sudor. Memnón detuvo a Ghibli para ponerse a la altura del resto de hombres y caballos, intentando contar las cabezas. La mayor parte del primer escuadrón estaba allí y, sí,

parecía que también había muchos del segundo. Habían perdido el estandarte, y lo lamentaba, pero mejor el estandarte que los hombres.

El prado se hizo más estrecho, y las colinas más bajas. La ladera sur, que era más escarpada, estaba cubierta de bosques. Los caballos mauritanos iban a medio galope, respirando fuerte; Ghibli, sin embargo, estaba lleno de energía. Memnón volvió a galopar hasta el frente y guió a sus dos agotados escuadrones alrededor de la colina sur, cerca de la línea de árboles. Los britanos los seguían.

Donato y los ocho escuadrones restantes estaban en el bosque, por supuesto. Atacaron a los britanos del

modo que preferían los hostigadores: por el flanco. Se produjo una lluvia repentina de jabalinas sobre los perseguidores; hombres y caballos cayeron, y sus compañeros pasaron sobre ellos. Los maeatae que estaban más cerca del punto de ataque viraron bruscamente y chocaron contra los demás; los que estaban más lejos se giraron, intentando descubrir qué estaba pasando. Donato y sus hombres ya estaban lejos, galopando para atacar de nuevo la retaguardia.

La carga de los maeatae se rompió en una agitada masa: algunos hombres giraron para enfrentarse al nuevo ataque en la parte de atrás, otros intentaban responder al primer golpe contra su

flanco, y varios pretendían continuar la persecución. El aire se llenó de gritos de furia y dolor. Memnón hizo que Ghibli girara; a su alrededor, los dos escuadrones hicieron lo mismo. Sacó una jabalina de su arnés y gritó:

—¡Primer escuadrón! ¡Es nuestro turno! ¡A por ellos! —Después cabalgó de nuevo hacia el enemigo acompañado de los estruendosos gritos de guerra de los mauritanos.

Los pocos maeatae que aun cabalgaban hacia ellos retrocedieron. Hicieron que sus caballos viraran y galoparon de vuelta hacia el frenético grupo. Memnón lanzó su jabalina a la espalda de un enemigo que huía... y falló; nunca había tenido demasiada

puntería a caballo. Algunos de sus hombres, sin embargo, eran mejores; muchos enemigos cayeron. Sin embargo, el grupo de bárbaros ya había girado y estaban huyendo por donde habían venido. Donato y sus hombres estaban ya lejos de su retaguardia, y no hubo nada en su camino excepto su propia perdición: en su afán por escapar aplastaron a los que quedaban vivos.

Memnón permitió que Ghibli se detuviera. Desmontó y se quedó junto al corcel, acariciando su húmedo cuello mientras el caballo resoplaba, con sus húmedas fosas nasales tragando aire. Donato se acercó a él.

—¡Ahora se lo pensaran dos veces antes de perseguirnos! —alardeó

Donato.

Memnón asintió. Los selgovae volverían cuando sus exploradores les confirmaran el escaso número de romanos al que se enfrentaban realmente, pero entonces serían mucho más prudentes.

Donato miró a su alrededor.

—¿Dónde está el prefecto?

—Muerto. —Donato lo miró con sorpresa, y Memnón, con remordimientos, gritó—: ¡Le dije que huyera! ¡Pero él se quedó allí, agitando aquella maldita bandera blanca! ¡No es culpa mía que fuera estúpido!

Donato lo contempló desde su montura, con el rostro lleno de dudas.

—Al Alto Mando no va a gustarle,

sobre todo si se enteran de que primero nos amotinamos.

—No —suspiró Memnón, y después cogió las riendas del cuello de Ghibli y comenzó a caminar con él de un lado a otro, para calmarlo suavemente —. Pero tendremos que preocuparnos por eso más tarde. Justo ahora tenemos a un pequeño ejército siguiéndonos, las tribus están rebelándose, y estamos tres días al norte de la muralla.

Dos de los hombres de Donato se acercaron, sonriendo; el primero portaba el estandarte de los mauritanos. Estaba cubierto de barro, pero la estrella dorada aun brillaba.

—La tenía uno de esos bastardos —dijo el portador—. La dejó caer.

Donato gritó de alegría, y eso hizo que todos lo miraran. Cogió el estandarte y lo agitó, y todo el mundo lo vitoreó.

—Juno Caelestis! —gritó—. ¡La diosa está con nosotros!

—Eso espero —murmuró Memnón —. De otro modo, no sé cómo vamos a conseguir llegar a casa.

Las pérdidas de los mauritanos fueron leves: cinco hombres del primer escuadrón, siete del segundo, y nueve de los ocho restantes. Las pérdidas de los perseguidores habían sido mucho mayores: ochenta y tres hombres yacían junto a los límites del bosque, la mayoría heridos por sus propios caballos y rematados por los

mauritanos. Cuando se adentraron en las montañas, los enemigos, después de haber perdido a tantos en una sola emboscada, intentaron evitar otra, y los siguieron con mayor lentitud. Se quedaron atrás, y después, según los exploradores, se rindieron y se dirigieron al sur, quizá esperando cortar la huida de la unidad romana.

Aquello fue un alivio para Memnón y para Donato, que estaban desesperados por descubrir qué camino tomar para volver a la muralla. Enviaron exploradores en todas direcciones, intentando determinar dónde se había reunido el enemigo y por dónde estaban cabalgando sus grupos. Aparte de obtener alguna idea sobre qué rutas

evitar, esperaban que aquello fuera útil al Alto Mando, y quizá que compensara la pérdida de su prefecto.

Encontraron las huellas de un gran número de enemigos, todos dirigiéndose al sur. Los mauritanos cabalgaban por este rastro un par de horas, para cubrir sus propias huellas, y después se escabullían ante la primera señal de que había más britanos reunidos delante. Esto les llevó al este, y después al oeste, pero siempre había enemigos entre ellos y la muralla.

El tercer día, Memnón descubrió que los selgovae estaban reuniéndose para atacar un objetivo concreto: el fuerte de Castra Exploratorum. Pensó en los hombres a los que había visitado

aquel invierno, y suspiró: Senorix y sus amigos tendrían que arreglárselas solos. Doscientos diecisiete mauritanos no iban a ser suficientes para rescatarlos.

Donato y Memnón condujeron a la unidad hacia el oeste, trazando un amplio círculo alrededor del fortín de avanzada, abriéndose camino en una tierra hostil. Al menos dos veces temió Memnón que tendrían que abrirse camino luchando... y supo que no podrían hacerlo, que no tenían la fuerza suficiente. Juno Caelestis, sin embargo, parecía seguir a su favor: se escabulleron de una fuerza britana bajo el amparo de la oscuridad, y se libraron de otras dos por medio de un rastro falso. Llegaron a Uxelodunum, en la

muralla, ocho días después de abandonar Aballava, y cinco después de la muerte de Faustino.

Los mauritanos eran los primeros romanos en llegar al sur desde hacía días, y el prefecto de Uxelodunum se abalanzó sobre ellos: ¿era verdad que los maeatae se estaban rebelando?

Memnón y Donato le contaron todo lo que sabían sobre los movimientos del enemigo. El prefecto de Uxelodunum, asombrado y consternado, reunió rápidamente un grupo para que fuera al rescate de Castra Exploratorum.

—¿Y nosotros, señor? —le preguntó Memnón, respetuosamente— ¿Qué quieres que hagamos?

—Volved a casa —contestó el

prefecto—. Estáis destrozados, tanto los hombres como los caballos. De todos modos, ya habéis hecho bastante para conseguir llegar hasta aquí.

Los mauritanos estuvieron de acuerdo, y condujeron a sus agotados caballos hasta Aballava.

Su llegada provocó una gran conmoción: se esperaba que estuvieran más tiempo en el campamento de verano, comprobando los suministros y examinando las fortalezas de los clanes vecinos. Cuando atravesaron las puertas fueron rápidamente rodeados por una multitud de ruidosos frisones. Burcanio salió corriendo del *praetorium*, nervioso y alarmado.

—Estamos en guerra de nuevo —

anunció Donato—. Los maeatae se han rebelado.

Todo el mundo comenzó a gritar.

Burcanio llevó a los decuriones y a sus propios oficiales al *praetorium* para que le contaran la historia completa. Todos estaban dando gritos en el comedor cuando Atenais entró.

Tenía el cabello húmedo, y éste goteaba sobre su túnica de seda; también tenía el rostro ligeramente enrojecido. Su embarazo comenzaba a ser evidente. Memnón la miró, asombrado: su aparición en Aballava, al principio de otra guerra, estaba tan fuera de lugar, que apenas podía asimilarla.

Los gritos cesaron cuando todos se giraron para ver qué estaba mirando.

Atenais se sonrojó.

—Mi esposo, Cástor, me ha enviado fuera de la ciudad, por mi salud —les explicó—. Te envió una carta para decírtelo, pero he sabido que llegó un día después de que os marcharais. —Hizo una pausa, y después preguntó—: ¿Qué ha pasado?

Memnón tomó aire profundamente, y lo dejó escapar de nuevo.

—Los maeatae se han rebelado.

En el pasillo tras Atenais se produjo un alboroto, y Sabino, el secretario, se abrió camino hasta la habitación: demasiado viejo para cabalgar con la misión, había permanecido en el fuerte. Miró a su alrededor frenéticamente y preguntó:

—¿Dónde está mi señor Faustino?

Se produjo un silencio incómodo. Después Memnón se acercó al esclavo, lo tomó del brazo, y lo condujo hasta un sillón.

—Faustino ha muerto —dijo, haciendo que se sentara—. Lo siento.

Sabino gimió y se puso en pie de nuevo.

—¡No! ¿Cómo puede haber muerto? La compañía ha vuelto, los decuriones... —Le echó una mirada airada—. ¡Tú! ¿Qué le has hecho?

Memnón hizo una mueca.

—Fue a negociar con el enemigo. Intentamos decirle que era demasiado peligroso, pero no nos escuchó. Lo siento.

El anciano lo miró con incredulidad.

—¿Por qué habéis vuelto vivos vosotros, si él está muerto?

—Estamos en guerra, Sabino —le dijo Burcanio, con tranquilidad—. En la guerra, los hombres mueren. Incluso los prefectos.

Sabino gimió.

—¡Oh, dioses, dioses! ¿Qué voy a decirle a su padre? —Miró a su alrededor, furioso—. ¡Su familia se enterará de esto! —Y abandonó la habitación.

Memnón suspiró y se frotó la nuca. Miró a los hombres de la habitación y dijo, cansado:

—Tenemos que decidir qué hacer.

Atenais se aclaró la garganta.

—¿Queréis que tome notas? —se ofreció—. ¿O que escriba alguna carta?

Todos los hombres la miraron, sorprendidos, y entonces Memnón se dio cuenta de que sí, ella podía hacerlo. Había servido a la propia Emperatriz: era, sin duda, la secretaria con más experiencia de Aballava.

—¡Sí, por favor! —dijo, entusiasmado—. Ese hombre —señaló la puerta por la que el anciano había salido—, era el secretario del prefecto, y no puedo pedírselo a él.

Atenais envió a una ayudante a que buscara material de escritura, y se acomodó en una esquina de la habitación para tomar notas.

A ninguno de los oficiales mauritanos o frisones les parecía probable que atacaran Aballava, a pesar de todas las señales de britanos dirigiéndose al sur. Estos, obviamente, iban a concentrar su atención en las posiciones romanas al norte de la muralla. Pero los frisones estaban muy preocupados por sus amigos y familiares que vivían en la zona que rodeaba el fuerte: era probable que algunos de los grupos de asaltantes comenzaran a saquear. Decidieron enviar jinetes rápidamente para advertir a sus amigos y para reunidos y llevarlos a lugar seguro.

La preocupación principal de los mauritanos era más limitada: dar de

pastar a sus cansados caballos y dormir una noche entera.

Ambas compañías, sin embargo, estuvieron de acuerdo en la necesidad de enviar rápidamente una carta al Alto Mando, en Eboracum, informando de la situación. Aquello debería haber sido responsabilidad de Donato, pero todo el mundo pareció asumir que Memnón y Burcanio también deberían tener parte en ello. Asignaron tareas al resto de oficiales y estos se marcharon a hacerlas; Memnón, Burcanio y Donato se quedaron en el comedor del *praetorium*, junto a Atenais, cuyas notas habían resultado muy útiles para la asignación de las tareas.

Ya era tarde, aunque debido a las

largas horas de verano aun había luz. Burcanio echó una avergonzada mirada a Atenais.

—Siento hacerte trabajar, ya que eres nuestra invitada—le dijo—. ¿Quieres retirarte a descansar, señora? Te alojarás aquí; es mejor que te quedes dentro del fuerte hasta que sepamos si la aldea es segura.

Atenais negó con la cabeza.

—Me alegro de poder ayudarte con las cartas, señor Burcanio.

El frisón parecía incluso más avergonzado.

—Pero acabas de volver de un largo viaje, y vas a tener un bebé...

—Aun estoy lo suficientemente bien para escribir un par de cartas —le

contestó Atenais—. Señor Burcanio, éste es el trabajo para el que me han instruido. No me resulta agotador.

Parecía realmente ansiosa por ayudar. Memnón le sonrió.

—Si estás dispuesta a ayudarnos, señora, yo me alegro, incluso si nadie más lo hace. No se me dan bien los informes, y estos dos no son mucho mejores. Oye, Burcanio, ¿podrías pedir que nos trajeran algo de comer? No he probado bocado desde esta mañana, y debemos haber cabalgado cuarenta millas.

Burcanio parecía insatisfecho.

—Sabes que todos los esclavos pertenecían a Faustino —dijo—. Iré a las cocinas yo mismo.

Burcanio fue a las cocinas y volvió con pan, queso, vino y un plato de compota de albaricoque. Los cuatro se reunieron y comieron; los dos mauritanos vorazmente, Atenais y el frisón con mayor delicadeza, mientras preparaban el informe que iban a enviar a Eboracum.

—Pero, ¿qué vamos a decir? —preguntó Donato, después de resumir lo que había pasado—. El Alto Mando no va a tomarse bien lo de Faustino. Su tío es amigo del prefecto pretoriano. Y puedes apostar a que Sabino descubrirá que nos negamos a obedecer su orden, y que después huimos y lo dejamos en la calzada.

—Podríais presentarlo como si

hubiera sido un héroe —sugirió Atenais.

Los tres hombres la miraron como si se hubiera vuelto loca.

—¡Todos lo hacen! —les explicó, impaciente—. Me refiero a los generales. Cubren sus errores de púrpura para parecer mejores de lo que son. Hacer que vuestro prefecto pareciese bueno sería fácil. Qué tal algo como: «Ante la evidencia de que los maeatae estaban preparándose para la guerra, los decuriones estaban ansiosos por regresar, pero Sitio Faustino, con resolución, decidió terminar primero la misión que le habían asignado». Y después: «El noble prefecto no estaba dispuesto a avergonzar el nombre romano huyendo de los traicioneros

bárbaros sin decir una palabra. Por tanto, después de enviar a la mejor parte de sus fuerzas a las montañas para preparar una emboscada, tomó a dos escuadrones de confianza y los dirigió por la calzada para reprender a los britanos por abandonar el tratado...».

—¡Fuimos nosotros los que quisimos preparar una emboscada! —objetó Donato—. ¡Faustino habría hecho que toda la compañía fuera con él!

—No tenéis por qué decir eso —dijo Atenais—. Tenéis que dar a su familia una versión de lo que ocurrió que pueda gustarles, pero que también os deje a vosotros en buen lugar.

—¿Cómo vamos hacer que suene bien que le dejáramos en mitad de la

calzada, gritando, mientras huíamos? —le preguntó Memnón, incrédulo.

—«Los bárbaros se llenaron de júbilo cuando vieron a un enemigo de alto rango y, desafiando flagrantemente la sagrada señal de tregua, se apresuraron para atacar a su grupo. Fueron directamente a por el valiente prefecto, cuyo estatus reconocieron por su capa roja, y lo abatieron, aunque una docena de sus leales seguidores murieron intentando protegerlo...»

—Ja! —exclamó Memnón, con admiración.

—Escribe ese informe, señora —asintió Donato, entusiasmado—. Nosotros se lo mostraremos a Sabino cuando hayas terminado, y quizá lo

acepte.

Atenais redactó el informe, incluyendo no solo el relato de la muerte de Faustino, sino también, menos dramáticamente, la información que los mauritanos habían recogido en su camino. Cuando terminó y lo leyó en voz alta, Faustino no sólo parecía un héroe, sino que, además, la compañía resultaba emprendedora, leal y fuerte. Preparó dos pulcras copias, una para enviarla a Eboracum y otra para guardarla en el fortín para futuras referencias. Donato se llevó una de ellas para mostrársela a Sabino.

Atenais se estiró y flexionó sus dedos, y después escondió un bostezo tras una mano.

—Estás cansada —dijo Memnón, excusándose—. Uhm... ¿Cuándo llegaste aquí?

Resultó que había llegado a Aballava apenas un par de horas antes que los mauritanos; tenía un carruaje con un cochero esperando en la aldea del fortín, y dos esclavos para ayudarla. Burcanio había sido muy cortés al recibirla, y le había ofrecido que usara las termas del *praetorium*. También había enviado a alguien para que le buscara una casa de alquiler en la aldea.

—Estás... ¿estás planeando quedarte aquí un tiempo? —le preguntó Memnón, asombrado. ¿Dónde estaba Cástor?

Atenais le dirigió una mirada

desabrida.

—Eboracum es muy malo para la salud en esta época del año. Hace calor, la ciudad está abarrotada, y varias personas de nuestra calle han contraído fiebres. Como mi marido te habrá dicho, estamos esperando un hijo. Cástor está muy emocionado con ello, y pensó que estaría más segura en el campo. —Se detuvo y después, mirando a Memnón a los ojos, añadió—: El confía en ti, así que me envió aquí.

Donato regreso de su reunión con Sabino con cara de asombro.

—¡Estalló en lágrimas! —le dijo a Atenais—. ¡Incluso me estrechó la mano!

La chica sonrió, satisfecha.

—Bien. Señor Burcanio, ha sido un día muy duro. Si tu hombre ha podido encontrarme una casa, me gustaría instalarme y descansar un poco.

Burcanio dudó... y después hizo una reverencia.

—Señora, como te he dicho, sería mejor que te quedaras aquí hasta que sepamos si la aldea es segura. Enviaré un mensaje a la aldea para que mi hermana venga a quedarse contigo, si te parece bien.

Atenais aceptó su oferta gentilmente. Memnón se ofreció a mostrarle la habitación de invitados.

La habitación era una de las que Faustino había amueblado: tenía un sofá de madera de arce, una pequeña mesa de

bronce y una suave alfombra. La cama no estaba hecha. Atenais se sentó en el cuero desnudo y envió a su doncella a buscar una colcha.

—¿Por qué estás aquí realmente? —le pregunto Memnón en voz baja.

La dama lo miró, con los ojos muy grandes sobre su rostro cansado.

—Por mi seguridad. Cuando Caracalla descubrió que me había casado y que había dejado el servicio imperial, hizo algunas preguntas sobre mí, pensando en retomar aquello a lo que su madre había puesto fin. Su esbirro, Euodo, apareció en mi puerta amenazándome con contárselo todo a su señor.

Memnón contuvo el aliento.

—Afortunadamente, Euodo llegó a la conclusión de que aquello sería una humillación para Caracalla. El sabe demasiado sobre las maldades que ha hecho su señor, y Caracalla no lo ha perdonado por el fracaso de su conspiración para desacreditar a Geta. Euodo estuvo de acuerdo en mantener silencio a cambio de algunas promesas mías y de Cástor.

—¿Qué promesas? —susurró Memnón.

Ella le dedicó una sonrisa cansada.

—La promesa de que intercederemos por él ante Julia Domna y Geta Augusto cuando nuestro señor, el Emperador, muera. Está convencido de que Cástor es un prosélito de Geta; no

puede concebir ninguna otra razón para que frustrara aquella conspiración en su contra. En cualquier caso, parecía que estábamos a salvo, pero Cástor pensó que sería mejor que dejara Eboracum para mantenerme fuera del alcance de Caracalla.

—Lo siento —le dijo Memnón, sintiéndose impotente.

—No. —Atenais negó con la cabeza, y después apartó la mirada—. No. Si te soy sincera... —Se detuvo, y Memnón se dio cuenta de que estaba conteniendo las lágrimas.

—Yo... —comenzó.

—¡No tienes que sentirlo! —consiguió decir la dama, al final—. Me he sentido desdichada desde que

abandoné la casa imperial. Amo a mi marido, pero yo solía ser su compañera, su colega, y ahora... ¡ahora soy sólo soy su ociosa y quejica mujer! No sabía qué hacer. Cástor compró una casa para nosotros, y es pequeña, fría, y ninguna de las mujeres de la calle habla conmigo, porque soy extranjera, y me he aburrido tanto, me he sentido tan mal, que he llegado a desear... —Se detuvo y tragó saliva—. De todos modos —continuó, con mayor control sobre su voz—, no sientas que haya tenido que marcharme de Eboracum. Me alegro de estar lejos de aquella horrible y pequeña casa, y me sentiré incluso más feliz si me das algo que hacer. —Lo miró con sinceridad—. Soy buena, tú lo sabes.

Me instruí en la Cabeza de África, y era la mejor entre mis compañeras. Mejor también que casi todos los chicos, aunque ellos nunca lo admitieran.

—¿Qué es la Cabeza de África?

—Oh. Es la academia romana donde instruyen a la gente de la casa para administrar el imperio. El nombre viene de una estarna que hay a la entrada. La mayoría de sus alumnos son chicos, pero cada año aceptan a un par de chicas, para los casos en los que sería inadecuado emplear a un hombre. Enseñan taquigrafía, contabilidad, leyes... Ese tipo de cosas.

Memnón recordó el montón de libros de cuentas que le esperaban en el cuartel general.

—Si de verdad estás dispuesta a ayudarnos —dijo, con cautela—, nos alegraríamos mucho. Nosotros somos extranjeros ignorantes, señora, como te he dicho antes. Creo que ya me has salvado el pellejo con ese informe que has redactado.

Atenais le sonrió, con el rostro súbitamente radiante.

—Gracias. Oh... te he traído algo. No mío, sino de mi señora.

—¿De la Emperatriz? —le preguntó, sorprendido e inquieto.

La dama se acercó a su cartera y sacó una pequeña tablilla de plomo.

—Toma.

Memnón frunció el ceño, leyendo las palabras cuidadosamente grabadas

en el plomo, y descubrió que concedían a Gaio Julio Memnón, decurión del *numerus* de Mauritanos Aurelianos, la ciudadanía de Roma. Sorprendido, miró el rostro sonriente de Atenais.

—Le dije que era injusto castigarte tres veces por la misma ofensa, sin darte ninguna recompensa. Ella estuvo de acuerdo conmigo.

Memnón había deseado aquello durante tanto tiempo... y ahora que lo tenía en las manos, de repente, le pareció que su principal valor era que ella lo había conseguido para él, que ella lo había traído para dárselo, y se alegraba de que hubiera encontrado algo para hacerlo feliz.

—Yo no... —comenzó, sin poder

evitarlo.

—Tuve que indicarle que ya habías sido castigado —le explicó Atenais—. Aquella desdichada broma tuya la ofendió, pero, por lo que he oído, te dieron una paliza en aquel momento, y después te negaron las condecoraciones que habías ganado y te denegaron esto: tres castigos. Mi patrona estuvo de acuerdo en que era excesivo. Espero que te gusten tus nuevos nombres. «Julio» es para honrar a la Emperatriz, por supuesto, y «Gaio» sólo porque era lo más sencillo.

—Me gusta mucho. —Quería abrazarla, besar aquella sonrisa, y tuvo que recordarse a la fuerza que era la esposa de otro hombre: la esposa de un

amigo. Cástor la había enviado hasta allí porque en Memnón; confiaba en su voluntad y en su habilidad para proteger a Atenais, pero también confiaba en su honor. No podía traicionar aquella confianza.

—Bien —dijo la chica, alegremente—. Bien.

Su doncella regresó con la colcha para la cama, así que Memnón le deseó una buena noche y se marchó, sosteniendo la tablilla de plomo. Volvió a su habitación, en la parte delantera de los barracones centrales. Estaba oscuro; encendió la lámpara y apoyó la tablilla cuidadosamente contra la base de la estatuilla de Juno Caelestis que había heredado de Saturnino. La leyó de

nuevo: Gaio Julio Memnón, ciudadano de Roma.

En una esquina de la habitación tenía una botella de vino. La cogió y, cuidadosamente, vertió una libación en el suelo, frente a la estatua.

—Juno Caelestis —susurró—, gracias, protectora de los mauritanos, gracias por traernos de vuelta a casa! Y, por favor, Madre de los Dioses, patrona del matrimonio, hazme digno de tu protección, fortalece mi corazón. —Vertió otra libación y rezó en el idioma de su infancia—. Oh, padre, madre, y tú, hermanita mía; oh, abuelos y abuelas, todos vosotros, mis ancestros: mantenedme fiel al camino que me enseñasteis, ahora que soy romano.

Permitidme que tenga hijos de vuestra sangre con honor: dadme a otra mujer a la que amar.

Capítulo 19

La rebelión había pillado a los romanos desprevenidos. A pesar de los rumores, el Alto Mando había esperado que, si los maeatae se rebelaban, esperarían hasta que la cosecha hubiera terminado. El violento levantamiento del supuestamente conquistado norte hizo que las tropas reforzaran frenéticamente la muralla y que corrieran para atrapar a los grupos de asalto que la habían cruzado. Y mientras lo hacían, agosto pasó y los maeatae terminaron la cosecha, asegurando que sus tribus tendrían provisiones para un año más.

El Emperador estaba furioso. Cástor escribió a Atenais que había citado a Homero:

Que ninguno de los que caigan en nuestras manos se libre de tener nefanda muerte, ni siquiera el que la madre lleve en el vientre, ¡ni ése escape!

Se ordenó a las tropas romanas a que fueran al norte y mataran a todo el que encontraran.

Para cuando llegó la orden, sin embargo, era septiembre. La cosecha había terminado, y los maeatae se habían retirado al norte por las montañas: una vez más, solo encontraban al enemigo en las emboscadas. El Emperador ordenó a los caledonios que cerraran sus fronteras, pero éstos se negaron, y

también fueron declarados rebeldes y sentenciados al mismo destino que sus aliados del sur.

Para Memnón, el resto del verano se desarrolló como una pesadilla. Veía a la mujer a la que amaba todos los días, pero no podía tocarla. Atenais se mudó a una casa en la aldea, pero acudía al *praetorium* todas las mañanas para trabajar. Escribía informes, llevaba las cuentas, ordenaba los libros y le aconsejaba sobre leyes, política y finanzas. Compró un ábaco y le enseñó a usarlo.

—¿Ves? Esta columna son decenas, y ésta, unidades, y, si multiplicamos, tenemos que mover estas cuentas hasta aquí...

Sus delgados dedos se movían sobre los marcadores de arcilla con seguridad y confianza.

Una chica lista, pensó Memnón con admiración. Valiente, leal... y de otro, para siempre de otro.

Entonces sus pensamientos volvían a la otra mujer a la que había amado en Britania, y se preguntaba dónde estaría entonces, y durante cuánto tiempo estaría segura. Cada mañana esperaba recibir la orden de cabalgar al norte y comenzar a matar.

Sin embargo, el verano pasó sin la aparición de aquella orden. La muerte de Faustino significaba que no tenían ningún capitán que recibiera la orden y, debido a la emergencia, el Alto Mando

había tenido poco tiempo y atención para designarles otro.

En los primeros días de guerra cabalgó hasta Uxelodunum, aparentemente para coordinar el movimiento de las tropas pero, en realidad, para preguntar por su amigo Senorix. El prefecto de Uxelodunum había conseguido llegar al fuerte de Castra Exploratorum antes de que fuera aplastado, y había escoltado a los supervivientes hasta la muralla. Memnón estaba ansioso por saber si el explorador britano estaba a salvo.

Senorix, sin embargo, no estaba entre los supervivientes. Nadie parecía saber si lo habían matado, o si había desertado; Memnón sospechaba, con

inquietud, lo segundo. Deseó de nuevo haber podido conseguir la dispensa antes de que la guerra estallara de nuevo. No, no, no quería tomar parte en ninguna masacre. Soñaba con Sulicena gritando sobre el cuerpo de su hijo, y llegó a desear no haber abandonado África.

A mediados de septiembre, sin embargo, llegó una noticia verdaderamente sorprendente: había sido designado prefecto de los Mauritanos Aurelianos.

Ni siquiera se había imaginado que estuvieran considerando su candidatura: había pensado que su broma había acabado con aquella posibilidad. Pero, aparentemente, no había sido así:

apareció un mensajero con una capa roja y una carta entregando a Julio Memnón la capitanía de los mauritanos. Atenais se lo explicó: en Eboracum no habían llegado a darse cuenta de que, el decurión auxiliar favorecido por la Emperatriz y el etíope que se presentó ante el Emperador como un funesto presagio, fueran el mismo hombre.

El favor de la Emperatriz lo había hecho firme candidato a la prefectura; el prefecto anterior estaba muerto, y el Alto Mando quería a un experimentado soldado para que asumiera la prefectura durante la crisis. Ahora tenía la ciudadanía y un año de experiencia como decurión, así que había conseguido el puesto. Decir, «No,

gracias: no quiero tener nada que ver con esta guerra» no era una opción.

Sus compañeros estaban encantados. Cuando escucharon la noticia se congregaron fuera de su habitación, aplaudiendo y gritando, y cuando se armó de valor para salir y aceptar sus felicitaciones, lo alzaron sobre sus hombros y lo llevaron al *praetorium*, triunfales. De nuevo tenían a uno de los suyos guiándolos: ¡el heredero de Rogato, el héroe que los había mantenido a salvo durante la guerra y que los protegería en tiempos de paz!

Los frisones también se alegraron de ello. Burcanio estaba evidentemente complacido, y le estrechó la mano

afectuosamente. Todo el mundo, de hecho, estaba tan alegre con su ascenso que no sabía cómo decir que lo aterrorizaba, que preferiría volver a ser un simple explorador. Si el trabajo de oficina de decurión le había resultado difícil, ¿cómo iba a arreglárselas como prefecto?

Más tarde, decidió que Atenais era la única razón por la que se mantenía cuerdo: cuando ella le explicaba el trabajo, sentía que podía entenderlo. Ella también lo consolaba sobre la situación general: «Mira, la estación de campaña terminara antes de que la guerra haya podido comenzar realmente. Quizá en primavera nuestro señor, Severo, se haya tranquilizado y decida

negociar, ¡y entonces no habrá ninguna masacre!». Memnón le estaba profundamente agradecido. Su presencia era un tormento para él, pero temía terriblemente no poder arreglárselas cuando se marchara.

A veces, cuando se despertaba de una pesadilla, se consolaba imaginándose que no se marchaba: que se quedaba con él. Se la imaginaba en la cama, a su lado, abrazándolo con aquellos delgados brazos y rodeándolo con sus hermosas y largas piernas; se la imaginaba compartiendo el *praetorium* con él, llevando a cabo el papeleo mientras él se ocupaba de los hombres; se imaginaba llenando la casa con sus hijos. A la luz del día, se sentía

avergonzado: era la esposa de Cástor, esperaba un hijo suyo, y ya no era un tema adecuado para sus fantasías. A pesar de su confesión en la noche de su llegada, su matrimonio parecía feliz; al menos, Cástor y ella se escribían el uno al otro constantemente, largas cartas, que llegaban o eran enviadas con los mensajeros oficiales cada pocos días. Atenais no había vuelto a hablarle de la insatisfacción que le había narrado aquella noche. Su actitud con él era amistosa, pero distante: se había dado cuenta de que ella ponía cuidado en no tocarle nunca, ni siquiera de un modo tan inofensivo como un apretón de manos. Sospechaba que la dama escondía los mismos sentimientos que él, y que estaba

igualmente determinada a no traicionar al hombre que la había enviado allí.

—¡No te preocupes! —le dijo Atenais, sonriendo, cuando, vacilante, sacó el tema de qué iba a hacer sin ella —. Te buscaré un secretario antes de irme.

Sin embargo, no parecía estar buscando uno. La verdad era que estaba muy atareada con el papeleo y con sus preparativos para la llegada del bebé.

Memnón se mudó al *praetorium*. Tenía sentimientos opuestos al respecto: había ansiado la comodidad de la enorme casa desde la primera vez que la vio, pero se sentía fuera de lugar en ella. Sin embargo, había acordado con Burcanio que, compartir amigablemente

la casa, enviaba un mensaje deseable a sus hombres y al Alto Mando. Además, Burcanio se sentía aliviado, porque tenían a los dos siervos que Memnón había heredado de Rogato, y porque así compartía los gastos con él. Los criados de Faustino ya se habían marchado cuando Memnón llegó, y Burcanio no tenía dinero para reemplazarlos.

A pesar de ello, tuvieron poco tiempo para reanudar las tareas domésticas: un par de días después del ascenso de Memnón, ambas compañías recibieron la orden de ir al norte a cazar maeatae.

La mayor parte del ejército romano llevaba haciendo aquello un mes y, para alivio de Memnón, habían encontrado

muy pocos bárbaros. Los mauritanos exploraron las montañas, ayudando a la legión británica II Augusta en su trabajo de saqueo, fuego y destrucción, pero no estaban obligados a violar y asesinar. Ni quisiera había demasiado que saquear: herramientas de cultivo en graneros, de vez en cuando alguna piel, ganado perdido, unos juguetes infantiles en una casa abandonada que visitaron. Los quemaron, por supuesto, y Memnón se imaginó a los niños al volver a casa, llorando sobre las brasas. Pero mejor los juguetes que ellos.

A principios de octubre el tiempo empeoró, y las tropas fueron enviadas a los cuarteles de invierno. Memnón comenzó a albergar la esperanza de no

tener que matar a nadie más aquel año; pero, a últimos de noviembre, los mauritanos recibieron la orden de realizar un reconocimiento del territorio de los novantae y los selgovae.

El clima era horrible, frío, húmedo y oscuro, pero ya lo habían soportado antes, y estaban resignados. Memnón mantuvo a sus hombres moviéndose rápido, siguiendo una trayectoria serpenteante a través de las montañas y cambiando a sus exploradores frecuentemente para mantenerlos alerta. Durante tres días no vieron ninguna señal del enemigo: todos los caseríos abandonados permanecían desiertos, y en las montañas ni siquiera había ganado. Memnón comenzó a relajarse,

seguro de que los maeatae seguían escondidos en el norte, con los caledonios.

Sin embargo, cuatro días después de abandonar Aballava, los exploradores de avanzada encontraron las huellas de un enorme grupo de jinetes que se dirigían al suroeste: parecía que al menos parte del enemigo se había movido al sur de nuevo. Memnón no tenía intención de enfrentarse a ellos y condujo a sus hombres con rapidez al noroeste.

Aquella ruta los llevó a un retirado fortín de montaña. Había sido abandonado aquel año, pero, cuando se aproximaron, el denso humo que salía de las cocinas les mostró que había sido

reocupado, y por un gran número de gente. Memnón maldijo y ordenó al *numerus* que lo rodeara por el norte rápidamente: parecía que algunos de los maeatae se habían trasladado a los cuarteles de invierno, y los mauritanos acababan de descubrir su ubicación. Los britanos seguramente los perseguirían.

Los exploradores pronto se lo confirmaron: estaban siendo perseguidos por un gran número de jinetes. Memnón comenzó el temido y familiar juego de amagar, esquivar y retirarse. Dividió y volvió a unir a su compañía para confundir el rastro; los condujo por terrenos escarpados y riachuelos para atenuarlo. De todos modos, ningún britano desviado de su camino que los

viera desde lejos los tomaría por soldados romanos: doscientos hombres cansados y llenos de barro cubiertos por capas lanudas, y cabalgando sobre caballos peludos les parecerían una tropa britana. Hizo que guardaran los estandartes; llevaba su nueva capa en una bolsa casi desde que se la entregaron. Mantuvo a sus hombres moviéndose, noche y día, permitiéndoles descansar sólo en periodos de cuatro horas, seguro de que sus caballos estarían en mejores condiciones que los de los britanos, que debían haber estado soportando comida inadecuada y pastos pobres desde que comenzó la rebelión. Cabalgaron haciendo un círculo: primero al este, a continuación al

noroeste y después al sur. Funcionó: terminaron dejando al enemigo al norte y con el camino de vuelta a la muralla, esperaban, despejado y libre.

Acababa de montar, una oscura mañana cuatro días después de que empezara la persecución, cuando uno de sus exploradores volvió para informar de que el enemigo había enviado un grupo con una bandera de tregua al sur de su fuerza principal: querían hablar.

Pensó en ello, y después le dijo a Donato que continuara con la mayoría de los hombres, y que él cabalgaría para ver lo que querían los maeatae. Donato casi se negó, pero finalmente admitió que los britanos, generalmente, respetaban las treguas que pedían ellos

mismos, y que hablar les proporcionaría información útil y, seguramente, algo de tiempo.

Memnón llevó al primer escuadrón por un boscoso valle para inspeccionar al grupo de negociación. Como los exploradores habían informado, un grupo de unos doce jinetes cabalgaba abiertamente por la cima de la montaña, conducidos por un hombre con la túnica blanca de los sacerdotes nativos que portaba la bandera de tregua. No parecía que hubiera tropas adicionales esperando en una emboscada. Memnón los examinó durante algún tiempo desde la protección de los árboles, y después sacó su capa roja de prefecto de su alforja y se la puso. Entonces salió del

valle a su encuentro.

Ellos lo vieron aproximarse. Comenzaron a bajar la montaña en su dirección, el sacerdote primero, sosteniendo la bandera blanca en alto. El hombre que iba tras el sacerdote llevaba tatuajes selgovae y un torque de oro: debía ser un jefe, de algún tipo. Después Memnón se tensó: Argentocoxus cabalgaba justo después del jefe de los selgovae, y Senorix estaba en la retaguardia del grupo. El explorador britano estaba desarmado, y cabalgaba con un hombre a cada lado, pero no estaba atado. Memnón no estaba seguro de si era un prisionero, o no.

Los dos grupos se detuvieron en el centro de la ladera; los britanos hicieron

los gestos habituales para alejar al mal. Memnón les sonrió.

—¡Venimos en son de paz! —anunció el sacerdote, agitando la bandera—. ¡Convoco a los dioses de la tierra, y del cielo, y los que están bajo la tierra, para que sean testigos de esta tregua! Oh, Brígida, Reina del Cielo, ¡atestigua que venimos a hablar con tu siervo protegido en son de paz!

Memnón inclinó la cabeza educadamente.

—Tregua aceptada. ¡Saludos! Argentocoxus, siento que nos encontremos de nuevo como enemigos. Senorix, me alegro de saber que sigues vivo.

Senorix inclinó la cabeza,

sonriendo.

—Yo también me alegro de verte, Memnón. Les dije que debías ser tú quien estuviera a cargo cuando nos hiciste perder el rastro, hace dos días. Felicidades por la capa.

—No me gusta más de lo que me gustaba el fajín —le contestó Memnón—, pero me gusta mi cálida y agradable casa, y estoy ansioso por volver a ella. ¿De qué es de lo que queréis hablar?

—Dile nuestras condiciones de paz —le ordenó el jefe de los selgovae impacientemente, en britano.

—No te molestes —le dijo Memnón, en britano. Su dominio del idioma había mejorado durante el año, aunque no era demasiado fluido—. El

Imperio no las escuchará.

—Éste es Ciniath, hijo de Ce —dijo Argentocoxus tranquilamente, asintiendo al jefe—. Líder de los selgovae, mi aliado... y el marido de mi hermana, Sulicena.

—Ah. Ah. —Memnón miró al selgovae, que le devolvió la mirada con manifiesta hostilidad. Un hombre alto, notó, delgado, y no mal parecido. Pensó con pesar en el denso humo sobre el fortín de montaña: ¿estaba allí Sulicena?

Inclinó la cabeza a Ciniath, hijo de Ce.

—Felicidades, señor. Tu esposa es una mujer hermosa y honrada. Le habría propuesto matrimonio yo mismo, pero sabía que ella amaba a su gente

demasiado para aceptarme.

—Te amaba, Hijo de la Noche —dijo Ciniath, enfadado—, y tú acabarás con su vida.

—Sólo si eres lo suficientemente estúpido como para dejarla donde está después de que yo vuelva a casa —le contestó Memnón, cortante—. Pero si eres tan estúpido, no te la mereces.

—Tenemos muchos enfermos —dijo Ciniath, enrojeciendo por la ira bajo sus tatuajes—. Muchos niños enfermos. Si volvemos a la montaña, morirán.

—¿Y qué quieres que haga? —le preguntó Memnón—. ¿Que mienta a mis superiores? Incluso si lo hiciera, no funcionaría: todo el *numerus* ha visto

que el fuerte está ocupado. ¡Pide ayuda a tu cuñado, no a mí!

Argentocoxus frunció el ceño.

—Una vez juraste que no me harías ningún daño, ni a mí, ni a mi clan —señaló—. Senorix nos ha contado que fuiste amistoso con nuestra gente, y que no quieres matar a nuestras mujeres y niños.

—Eso es cierto —asintió Memnón—. Pero por mi parte, no por la del Imperio. Tenemos órdenes de matar a todos los hombres al norte de la muralla. —Sonrió al caledonio sin humor—. No me eches en cara mi juramento: tú mismo te mostraste dispuesto a permitir a otros que llevaran a cabo un asesinato que tú, por honor, no podías cometer.

El caledonio lo ignoró.

—Pero, ¿qué será de tus órdenes si el Emperador muere? He oído que profetizaste su muerte... que te encontraste con él en el oeste, y le ofreciste una señal de la Dama de la Noche.

Memnón tomó aire profundamente y sintió un frío que le recorrió el cuerpo: ¿había sido su propia estupidez la que había alimentado a los maeatae? ¿O era incluso posible que el demonio lo hubiera dirigido en ese momento?

—Fue una broma que salió mal —dijo—. Y no recibió nada de mis manos. Yo le ofrecí una corona de ciprés, pero él no la aceptó. —Al recordarlo, aquel detalle cobró un significado que había

estado totalmente ausente hasta aquel momento.

El sacerdote se agitó ligeramente, como si para él también fuera importante.

—¡Pobre de él, que no lo hizo! —dijo, en britano.

—¡Fue una broma! —protestó Memnón, de repente muy enfadado—. Y te contaré un secreto: cualquiera que profetice la muerte de otro hombre va a acertar al final, porque todos los hombres mueren. Sin embargo, si esperáis que nuestro señor Septimio Severo Augusto os salve la vida muriendo antes de que termine el próximo verano, es que sois idiotas. Incluso si ganarais seriáis idiotas, ¡pero

si perdéis, seréis idiotas muertos!

—Ahórrate las palabras —dijo Senorix, cansado—. Llevo diciéndoles eso mismo todo el año, pero no creen en nada excepto en lo que quieren creer. Pensaban que lo único que tenían que hacer era demostrar que podían luchar, y que Roma se rendiría y retiraría las guarniciones. ¿Hay algún modo de conseguir la paz?

—No lo sé —dijo Memnón, insatisfecho—. Si lo hubiera, os lo diría.

Se produjo un silencio.

—Nosotros queremos la paz —dijo Ciniath, que ahora sonó cansado y desesperado.

—¡Y yo también, hombre! —exclamó Memnón con impaciencia—.

Pero no puedo conseguirla para ninguno de nosotros. Rezad a los dioses por que el Emperador se calme, o se vaya a casa, o muera antes de la primavera, porque, de otro modo, lo único que conseguiréis del Imperio será muerte.

Se produjo otro silencio.

Memnón inclinó la cabeza educadamente a Ciniath.

—Será mejor que saques a tu gente de ese fortín. Cuando haya informado, enviarán a las legiones. Seguramente tenéis doce días. Diré a mis superiores que queréis la paz, pero puedo decirte ya que no van a concedérosla. —Miro a Senorix—. ¿Quieres que les diga que te han hecho prisionero?

Senorix miró a los hombres que lo

flanqueaban, y Memnón comprendió, sin una palabra, que el explorador britano había desertado voluntariamente, pero que no se fiaban de él, y que era a la vez prisionero y consejero.

—Diles que he desertado —dijo Senorix, con rotundidad.

—No —contestó Memnón, tranquilamente—. No mencionaré que te he visto.

El britano asintió, con resignación.

—¿Qué harás si te ordenan que nos masacréis? —preguntó.

—Espero que eso no ocurra. —Hizo que Ghibli diera la vuelta y comenzó a bajar la colina—. ¡Lo siento! —gritó sobre su hombro—. ¡Espero que tengamos más suerte la primavera que

viene!

Nadie los siguió al volver. A Memnón le dolía el corazón al imaginarse a Sulicena y a su hijo abandonando el fuerte e introduciéndose en la fría y húmeda miseria de las montañas; al imaginarse a las tropas romanas avanzando en territorio caledonio con la primavera. Hombres muertos, mujeres llorosas, cuerpos colgando de los árboles; más amigos muertos, un mundo de dolor.

Puso a Ghibli al trote y cabalgó en silencio, demasiado cansado y abatido para decir nada a nadie.

Llegaron a la muralla al día siguiente. Todos los caballos estaban agotados, y un tercio de ellos estaban

quedándose cojos; muchos de los hombres estaban enfermos por el cansancio y la exposición al frío. Memnón los llevó de vuelta a la seguridad de Aballava, y después entró al *praetorium*, se quito las botas mojadas, y se tumbó en el cálido y agradable suelo del comedor. Burcanio entró con una copa de vino caliente.

—¿Encontrasteis algún fortín? —le preguntó el capitán frisón, sentándose en el suelo y tendiéndole la copa.

Memnón hizo una mueca.

—Sí —admitió. Sorbió el vino, tumbado boca abajo, sintiendo su calidez deslizándose sobre su lengua y por su tensa garganta.

—Atenais no podrá escribir tu

informe —le dijo Burcanio.

Memnón levantó la cabeza bruscamente, y el frisón sonrió.

—Tuvo al niño ayer —dijo—. Es un chico, y está sano. La matrona dice que fue un buen parto, y que ella está bien.

—¡Por Juno Caelestis! —exclamó Memnón. Casi se había olvidado del bebé de Atenais, a pesar del inexorable avance de su embarazo. ¡Así que había tenido al hijo de Cástor! Su marido, seguramente, querría que volviera a casa tan pronto como fuera seguro que el bebé viajara: a pesar de las razones del chambelán para mantener a su esposa fuera de la corte, seguramente querría ver a su hijo. El oscuro mundo le

parecía, de repente, incluso más lóbrego.

Sintiéndose culpable, apartó el pensamiento de que los miedos de Cástor estuvieran justificados, y de que, si el augurio resultaba cierto, el chambelán pudiera morir pronto; de que su propia felicidad, así como la supervivencia de los britanos, dependiera de la muerte del Emperador. Atenais, se recordó, no era la única mujer hermosa del mundo. Había otras chicas, y otras posibilidades de felicidad: se suponía que debería estar buscándolas. Quizá todas le parecían tontas y sosas al lado de Atenais, pero debería buscar un poco mejor. Un hombre que envidia a sus amigos y que

los desea muertos... no era el tipo de hombre que él quería ser.

Debería sentirse feliz. Dar a luz era peligroso: Atenais podría haber perdido al bebé, o podría haber muerto. Pero estaba viva, y era madre de un chico sano: debería estar dando gracias a los dioses, y no quejándose.

—Tendré que ofrecer algo a la diosa —dijo a Burcanio—. Para agradecerle que hayamos vuelto sanos y salvos, y que nuestra amiga haya dado a luz sin complicaciones.

Iría a ver al niño tan pronto como fuera posible, se dijo a sí mismo. Un bebé era un potente talismán: sólo un hombre realmente malvado podría mirarlo y desear la muerte de su padre.

El niño no era mayor que su antebrazo, y no pesaba más que un par de medidas de harina. Tenía los ojos del opaco azul de todos los recién nacidos y el rostro arrugado y rojo; su redondo cráneo estaba apenas cubierto por un suave cabello rubio. Atenais parecía encontrarlo totalmente sorprendente.

—¡Es una marmota! —exclamó Memnón, simulando sorpresa.

Ella lo miró con indignación, y Memnón sonrió.

—Ah, no, ahora lo veo mejor. ¡Solo es que se parece a su padre!

—Oh, ¡cómo eres! —Acunó al bebé suavemente—. Es hermoso. ¿No eres hermoso, corderito mío?

—Es un chico muy sano, en

cualquier caso. Vaya. Tu marido debe estar pletórico.

Atenais sonrió.

—Ya le he escrito para contarle que tiene un hijo. Decidió qué nombre quería hace años: Ingenuo.

Nacido libre. Memnón recordó a Cástor contándole anhelante que su hijo nacería libre, y parte de su resentimiento desapareció.

—Septimio Ingenuo —dijo, pensativo—. Buen nombre. ¿Cuándo va a ver a la pequeña marmota, entonces?

Parte de su animación abandonó el rostro de Atenais.

—No lo sé.

Cástor no tenía prisa. Sus cartas seguían llegando al fuerte cada pocos

días: deleitado por su hijo, preocupado por su esposa... pero no decía nada sobre cuándo la llevaría de vuelta a la capital. Parecía que Severo estaba enfermo de nuevo, que sufría grandes dolores en los pies por la gota, y mareos y dolores de estómago. Caracalla y Geta estaban aprovechándose de la indisposición de su padre para obtener el control de la maquinaria del estado, mientras su madre observaba, descontenta, sin poder para influenciarlos. Los generales y sus hombres continuaban planeando la guerra de la siguiente estación, pero sus esfuerzos comenzaban a flaquear. La enfermedad del Emperador, y la lucha entre sus dos hijos, parecía mucho más

importante para el estado romano que una guerra contra los despreciables bárbaros.

Noviembre dio paso a diciembre; las Saturnales se acercaban. Atenais escribió a su marido, intentando convencerlo de que la visitara para el festival, pero él le respondió que no se atrevía a dejar la corte. Su ausencia se notaría, dijo.

—Creo que Caracalla debe estar haciéndose más fuerte —dijo a Memnón, mostrándole la carta—. Cástor teme atraer la atención en su dirección.

Los mauritanos y los frisones celebraron juntos el festival, con hogueras, banquetes y música. También salieron de caza, pero Memnón no

participó.

Llegó enero, con una intensa nevada. Memnón temía que los mauritanos fueran enviados a otra expedición, pero no llegó ninguna orden: la corte estaba paralizada por la enfermedad del Emperador.

Estaba en el cálido comedor del *praetorium*, discutiendo con Donato sobre si sería posible domar a algunos caballos britanos al estilo mauritano, cuando uno de los viejos sirvientes llamó a la puerta y después la abrió para dar paso a Cástor.

Memnón lo miró, estupefacto. El chambelán llevaba una gruesa capa de viaje llena de nieve derritiéndose; tenía la nariz roja, los labios azules, y estaba

tiritando.

—¡Por los dioses y las diosas!—exclamó Memnón.

—Tengo... algunos días —dijo Cástor, con voz ronca—. Quiero ver a Atenais y a mi hijo. ¿Dónde están?

—En la aldea —le informó Memnón—. En su casa. ¿Quieres ir allí directamente, o te detendrás aquí para calentarte un poco primero?

Cástor quiso ir directamente. Memnón lo acompañó para indicarle la casa. Sin embargo, declinó la oferta de pasar al interior.

—Disfruta del reencuentro con tu esposa —le dijo—. Ve a conocer a tu hijo. Me gustaría que vinierais a cenar al *praetorium* mañana, los dos.

Entonces podremos hablar.

Sin embargo, cuando Cástor entró, Memnón se quedó fuera, bajo la nieve, durante varios minutos, imaginando los abrazos y los besos. Después, avergonzado y furioso por su debilidad, volvió al fuerte.

En la cena, al día siguiente, Cástor dejó claro que no tenía intención de llevarse a su mujer y a su hijo a casa. El Emperador estaba muy enfermo, les dijo en un susurro asustado: no tenía compromisos durante los siguientes doce días, por orden de sus médicos.

—lodo está del revés, nada es como debería ser... así que pensé que, si desaparecía un par de días, nadie se preguntaría a dónde habría ido. Tenía

que venir; tenía que ver a mi hijo, al menos una vez.

—Es un chico excelente —le dijo Memnón, y Cástor sonrió y se lo agradeció.

Se marchó al día siguiente, sobre una mula que había alquilado en un establo de Eboracum. Memnón se ofreció a cabalgar con él durante la primera parte de su viaje.

El hecho de que llevara una mula era significativo. Memnón nunca antes había visto a Cástor cabalgar a horcajadas; el liberto siempre había usado un carruaje. Para contratar un carruaje, sin embargo, tenía que contratar a un cochero, y éste hubiera sabido a dónde había ido su pasajero.

Por supuesto, Atenais no había llevado en secreto quién era. El Comisariado descubriría fácilmente dónde estaba si quería hacerlo, con cochero contratado o sin él. Pero, presumiblemente, el Comisariado aun servía a Severo, en lugar de a sus hijos. Cástor estaba intentando evitar la atención no oficial, en lugar de la oficial.

—¿La mantendrás a salvo? —le preguntó Cástor, después de un largo silencio.

Memnón se había ofrecido a escoltarlo desde Aballava precisamente para garantizarle aquello.

—Lo haré —dijo, solemnemente—. Lo juro por mis ancestros. —Cabalgaron

un poco mas, y después le preguntó, en voz muy baja—: ¿Crees que tu señor morirá?

Cástor cerró los ojos, apesadumbrado.

—Podría recuperarse. Siempre ha sido un hombre fuerte; podría recuperarse. —Miró a Memnón con sobriedad—. Pero es mejor que estemos preparados para lo peor.

Memnón asintió, aunque no pudo decir nada. No podía decir nada, entre la pena y la indignación por la difícil situación de su amigo, y la feroz, aunque vergonzosa, esperanza de que la muerte del Emperador terminara con la guerra britana. Intentó no pensar en la posibilidad de que la muerte de Severo

permitiera a Caracalla convertir a Atenais en viuda. A pesar de sus fantasías nocturnas, Memnón no deseaba la muerte de Cástor.

—Moriré antes de permitir que nadie dañe a tu esposa o a tu hijo —le prometió.

Cástor inhaló profundamente.

—Gracias.

Cabalgaron unos minutos en silencio. El sol había salido y brillaba sobre la nieve, deslumbrante. A su izquierda, el baluarte de la muralla se erguía dorado, rodeado de sombras negras. Memnón se preguntó si los selgovae con los que se había encontrado estarían acampados en la nieve, o si habrían vuelto a su fortaleza.

Se imaginó a las madres de los pequeños temblando por el frío, y les deseó seguridad y calor.

Era malvado, además de sacrílego, desear que el Emperador muriera.

—Si muero —dijo Cástor, de repente—, tienes mi bendición para casarte con ella, siempre que protejas a mi hijo.

Memnón tenía una respuesta preparada para aquella sugerencia. No podía eliminar aquella vergonzosa parte suya que esperaba que Cástor muriera; pero podía negarla totalmente, y así lo haría.

—Ja! —exclamó, y espoleó a Ghibli.

El corcel resopló, echando hacia

atrás sus orejas y mirando a la mula de Cástor, que enseñó los clientes. Memnón bajó de su montura.

—Si llega ese momento, señor —dijo, cogiendo la brida de la mula—, he de reconocer que sí, me gusta mucho tu esposa. —Miró los ojos del hombre con honestidad—. Me gustó la primera vez que la vi, y todavía más cuando llegué a conocerla mejor. Pero eso no tiene nada que ver con mi promesa de protegerla, a ella y a su bebé. Voy a hacerlo porque tú eres mi amigo, y porque ella es mi amiga, y porque es lo que he jurado hacer. Confiaste en mí para que cuidara de ella y la mantuviera a salvo, y lo he hecho, ¿no? No tienes que sobornarme con un matrimonio para que siga

haciéndolo, ni a mí, ni a ella, ¿de acuerdo? —Se obligó a sonreír—. Hay muchas mujeres bonitas que estarían encantadas de casarse con un prefecto. No soy un hombre que sólo pueda conseguir a una mujer robándosela a otro.

Cástor se mostró sorprendido.

—Yo... ¡nunca he pensado que lo fueras! —protestó—. Sólo pensaba que, contigo, estaría segura.

—Estará tan segura como pueda mantenerla —contestó Memnón, ferozmente—. Atenais, y tu hijo Ingenuo. Y en cuanto al matrimonio... no la presionaré, de ningún modo. —Levantó ambas manos con las palmas hacia arriba—. Juro que ni siquiera se lo

pediré nunca! ¡Si traiciono mi juramento, que mis ancestros renieguen de mí y los dioses me destruyan!

Bajó las manos, lóbregamente satisfecho. Deseaba a Atenais, pero la quería honesta y honorablemente, y no coaccionada por la necesidad. No quería que la muerte de Cástor los uniera por la vergüenza y la culpa. Se mantendría leal a sus amigos, y rezaría porque Cástor viviera. Había, como acababa de decir, otras chicas, y si no las quería ahora, no tenía duda de que una joven fogosa le haría cambiar de idea.

—Agradezco al destino que nos haya unido —dijo Cástor con vehemencia, y le tendió la mano.

Memnón la tomó y la presionó entre las suyas.

—Rezo a los dioses para que me permitan verte de nuevo con buena salud. —Sonrió—. ¡Alégrate! Quizá tu señor se retire para descansar bajo el sol, y tú puedas retirarte, también, para criar a tus hijos.

Cástor sonrió de nuevo.

—¡Eso espero! ¡Que los dioses te mantengan sano!

Recibieron una carta de Cástor el día veinticinco, informando de que había llegado a casa a salvo y de que su señor, el Emperador, continuaba enfermo. A ésta le siguió un comunicado oficial, que por primera vez admitía públicamente que el Emperador estaba enfermo, y

pedía a la gente del Imperio que rezara a los dioses por su recuperación.

El Imperio rezó. En Aballava, los frisones y los mauritanos ofrecieron tres vaquillas blancas para la recuperación del emperador Lucio Septimio Severo. Después, la gente de toda Britania comió ternera para cenar en honor al Emperador... pero fue en vano.

Septimio Cástor, liberto de Augusto, envía saludos a su adorada esposa Atenais.

Querida mía, debo comunicarte, con gran pesar, que nuestro señor Septimio Severo Augusto ha abandonado este triste mundo y ha tomado su lugar entre los dioses. Permaneció consciente hasta el final; sus

últimas palabras fueron: «Si queda algo por hacer, vamos, ¡que sea ahora!»

Antes de morir habló a sus hijos y les pidió que se reconciliaran. Después, les aconsejó que «enriquezcan a los soldados, y desprecien a todos los demás», consejo que me temo que seguirán mientras desoyen su petición de reconciliación.

Su funeral está siendo preparado en estos momentos. Se espera que sus hijos tengan un papel destacado en las ceremonias. Aunque Geta aun tiene mucho apoyo entre las legiones, está claro que la posición de Antonino es primordial e incuestionable, y me temo que podrá hacer lo que desee, excepto el asesinato inmediato de su hermano, que

ahora siempre está rodeado por soldados. Si Antonino se acuerda de mí, me temo que estoy perdido.

Amor mío, tú has sido un tesoro para mí, uno más dichoso por estar tan por encima de mis expectativas. Si llega a pasar lo peor, puedo presumir de haberte amado y de haber servido al Imperio durante toda mi vida con integridad y sinceridad. Me alegro de haber dejado un hijo que lleve mi nombre y mi sangre a las generaciones venideras: ése es el mayor regalo que me has dado. Si tengo suerte, y mi enemigo me pasa por alto, iré a buscarte tan pronto como sea seguro.

¡Que los dioses te mantengan sana, a ti y a nuestro hijo, hasta entonces!

Adiós.

Esa fue la última carta que Atenais recibió de su marido. La llevó al *praetorium* para mostrársela a Memnón, y habló con nerviosismo sobre lo que Cástor podría hacer, y sobre cómo podría ayudarla la Emperatriz, y sobre a dónde podrían ir ella, su marido y su pequeño. Después comenzó a llorar. Memnón le dio un poco de vino y asintió a todas sus afirmaciones esperanzadas, sintiéndose impotente.

Las noticias oficiales llegaron tres días después: Septimio Severo había muerto, y sus hijos, Aurelio Antonino y Septimio Geta, lo sucederían. Todos los soldados recibieron un generoso donativo en honor al ascenso de los

nuevos emperadores. El mensajero que entregó la noticia también llevaba una carta para Atenais. Era de la Emperatriz.

Julia Augusta saluda a su liberta, Atenais.

Con gran pesadumbre, debo informarte de la muerte de tu marido, Septimio Cástor. Mi hijo, Antonino Augusto, dio la orden de su ejecución anoche. Intente interceder, pero cuando descubrí lo que estaba pasando ya era demasiado tarde.

Los que fueron testigos afirman que tu esposo murió con valentía. Fue arrestado durante la noche y ejecutado al amanecer, junto a otros, incluyendo al tutor de mis hijos, Euodo, para quien Cástor también había pedido mi

protección. Los soldados que los escoltaron dicen que Euodo lloró y suplicó por su vida, pero que Cástor sólo sonreía. Cuando el ejecutor le preguntó por qué estaba sonriendo, él contestó: «Porque nunca veré reinar a Caracalla».

Los prisioneros fueron decapitados con una espada; cree al menos que la muerte de tu esposo fue rápida. Hice que recogieran su cuerpo y que fuera enterrado adecuadamente, aunque creí prudente no ordenar un memorial, por miedo a que fuera profanado.

Créeme, este crimen me apena profundamente, y rezo para que no sea un presagio de los años por venir.

La fortuna de tu marido ha sido

confiscada por el estado, pero antes de su triste final me confió algunos bienes, y me pidió que te los enviara si pasaba lo peor. Eso haré, añadiendo tanto como pueda, para honrar a ese buen hombre y proveer a su familia. Espera el oro tan pronto como pueda enviártelo discretamente.

Mi niña querida, te concedí la libertad y me alegro de haberlo hecho. No vuelvas a la corte; mantente lejos de Eboracum hasta que hayamos vuelto a Roma. Rezo porque los poderes divinos suavicen el corazón de mis hijos, y que los hagan regresar al camino de la justicia y la virtud. Adiós.

No hubo ofrendas después de aquello. Atenais se encerró en su

habitación y lloró amargamente.

Memnón sabía que había aconsejado a los selgovae que rezaran por la muerte del Emperador, y se sentía culpable por ello, aunque sin duda les proporcionó la paz que habían esperado. Caracalla no tenía interés en la guerra de su padre. Envió mensajeros al territorio de los selgovae inmediatamente, ofreciéndoles el abandono de las tierras al norte de la muralla a cambio de un acuerdo por el que los líderes tribales castigarían a cualquier hombre que cometiera asaltos al sur de la misma. Los maeatae aceptaron la oferta con presteza. Enviaron a sus embajadores a Antonino para jurar el nuevo tratado, y el nuevo

Emperador ordenó a sus hombres que se dirigieran a Roma tan pronto como el tiempo permitiera el viaje.

Los Mauritanos Aurelianos recibieron la orden oficial de permanecer en Britania, compartiendo el fuerte de Aballava con la Formación de Frisones.

La noticia oficial de su destino en Aballava llegó a finales de marzo. Memnón llevó la orden a la aldea del fuerte tan pronto como la recibió, y dubitativamente llamó a la puerta de la casa de Atenais. Un esclavo, Carpo, le abrió la puerta y le dejó entrar inmediatamente.

Atenais estaba en el pequeño comedor, copiando un pergamino, con

Ingenuo en una manta en el suelo, a su lado. El bebé tenía ya cuatro meses y había aprendido a darse la vuelta. Ingenuo sonrió a Memnón y balbuceó: era un visitante al que estaba bien acostumbrado. Memnón se acercó y lo cogió en brazos. Dejó la carta en la mesa junto a Atenais y elevó al bebé en el aire.

—¿Qué es esto? —le preguntó Atenais, dejando a un lado el estilete. Estaba algo despeinada y tenía el rostro ensombrecido por la falta de sueño y la tristeza. Memnón la encontraba imposiblemente hermosa.

—Una carta oficial —le explicó—. Pensé que deberías verla.

Jugó con el bebé mientras la dama

leía la carta.

—¡Oh! —exclamó, cuando terminó —. Bueno... son buenas noticias, ¿no? Al menos, para los frisones; no sé si tú...

—Son buenas noticias —dijo Memnón, con firmeza. Se sentó en el sofá junto a Atenais y balanceó al bebé en sus rodillas—. No habría podido mirar a Burcanio a la cara si el Alto Mando hubiera decidido hacer que se marchara, después de todo lo que ha hecho para conseguir que sus hombres se llevaran bien con los nuestros. —Hizo una mueca para el bebé, y éste se rió.

—Tú también has hecho mucho —le dijo la chica, mirándolo afectuosamente.

—Prefiero hacer amigos a enemigos —asintió.

Atenais se rió, y Memnón la miró inquisitivamente.

—Ninguno de los frisones se atrevería a decir eso —le explicó—. Tú te has salido con la tuya. Ellos siempre tienen que demostrar su valor, pero nunca nadie ha dudado del tuyo.

Memnón se encogió de hombros. Ingenuo le cogió el dedo índice y se lo llevó a su boca sin dientes, y el etíope comenzó a jugar con el niño, apartando el dedo y dejando que el niño tirara de nuevo de él.

—Me dan miedo muchas cosas.

—¿Como qué?

—Los leones —dijo rápidamente

—. Las batallas. Los bárbaros enormes con lanzas de tres metros. Y, oh, Juno Caelestis, ¡sí! La contabilidad, ¡que todos los dioses me mantengan apartado de ella!

La chica se rió.

—¡Es muy fácil para ti reírte! Solo tienes que mirar las cosas y ellas se rinden, zalameras y lloriqueando, «Oh, por favor, ¡ponme en orden, señora!». Ante mí, ¡saltan y muerden!

Atenais se rió de nuevo.

—¡No, no! ¡Ya estás aprendiendo a domarlas!

También te tengo miedo a ti, pensó para sí mismo. Cuando lo miró horrorizada, le golpeó el alma; cuando lo miró a los ojos y le dijo que era un

héroe, lo bendijo. ¿Cómo podría no tener miedo de una mujer que tenía tal poder sobre él? No se atrevió a decírselo a ella... y era tanto por miedo a Atenais, como por su fidelidad al juramento que hizo a Cástor.

—¿Quieres quedarte en Britania? —le preguntó, después de un momento.

Memnón asintió.

—Creo que las tropas que están aquí, en Britania, son las más afortunadas. Nos quedamos aquí, para proteger la muralla y mantener la nueva paz. Las tropas en el Danubio... a ésas son a las que llamarán si hay una guerra civil, a ellas y a los albanos y pretorianos. Me alegro de estar lejos. —Frunció el ceño—. ¿Y tú? Tienes familia

en Roma, ¿verdad? ¿Tu padre?

—Voy a mantenerme lejos de Roma —dijo, y se estremeció.

—Britania no está tan mal, excepto por el clima.

—Me gusta estar aquí —admitió Atenais. Se miró las manos, en su regazo, y después levantó la mirada de nuevo—. Supongo que, en realidad, quiero decir que me gusta estar aquí, en Aballava.

—Ah, bueno. Es que te gusta la contabilidad. ¡Y no comprendo por que!

Ella sonrió.

—Me gusta el trabajo, sí. Nunca había estado a cargo de una oficina; siempre he estado bajo las órdenes de otra persona. En Eboracum me sentía

muy desgraciada.

Memnón se quedó en silencio un momento.

—Dijiste que te sentías sola. En aquella casa.

—También me sentía desgraciada antes. Cuando me eligieron para trabajar para Julia Augusta me sentí feliz y orgullosa, y después, yo... Bueno, entre los miembros del servicio imperial todo eran intrigas y maniobras para ascender: no puedes imaginártelo. Y después estaba Caracalla. Aquello fue horrible.

»Cástor era diferente. El nunca jugaba a aquellos juegos. Era tan bueno, tan amable, tan valiente. —Se secó el rostro—. Pero en realidad nunca quise casarme con él. Las esposas son

aburridas. Yo quería que las cosas se quedaran como estaban, que nosotros dos siguiéramos trabajando juntos. Pero me quedé embarazada. —Miró al bebé sobre la rodilla de Memnón, y le acarició suavemente la cabeza—. No lamento haber elegido a Cástor y al bebé en lugar de a la Emperatriz y a la casa imperial. Me alegro de haber dado un hijo a Cástor: deseaba tener uno con todo su corazón. Pero... —Se detuvo.

Memnón estaba inmóvil, sin atreverse a respirar: sentía que estaba acechando a alguna bestia fabulosa, a alguna criatura que nunca antes se había visto en el mundo. Si conseguía que no se alarmara, ésta se acercaría a él.

Se produjo un largo silencio.

Memnón sintió los ojos de Atenais sobre él, y se concentró juiciosamente en el bebé.

—Fue la mujer caledonia quien me hizo darme cuenta —continuó, en voz baja—. No estaba celosa, no creo que lo estuviera. Pero me habló de ti como si fueras un gran guerrero, como si fueras un héroe, y lo primero que pensé fue, «Oh, está equivocada; ¡sólo es un auxiliar!» Después descubrí que no, que era yo quien estaba equivocada, que ella había visto algo ante lo que yo había estado ciega. Cástor también lo había visto: sabía muy bien que no eras normal, bajo ningún patrón. Mi señora también lo sabía: ella pensaba que era cuestión de tiempo que te convirtieras en

prefecto. Yo, sin embargo. .. yo pensaba que todo el honor y el valor venía de la corte imperial. Pero no era así: me di cuenta entonces, y he visto incluso más desde ese momento. La corte no produce lealtad, honor, ni devoción: se alimenta de ellas. Después pensé que te habías enamorado de mí, y que nunca te había tomado en serio... y me sentí avergonzada.

Memnón apartó los ojos del bebé y, silenciosamente, la miró.

Atenais le devolvió la mirada, resuelta.

—Amaba a Cástor. Era un hombre muy bueno, y me quería, y llevaba en mi vientre un hijo suyo. Tuve que casarme con él, y le habría sido fiel.

—No te estoy culpando.

—Sin embargo, era a ti a quien quería —susurró—. Me di cuenta de ello después de las Saturnales, en Eboracum. Pero, en aquel momento, me di cuenta de que era demasiado tarde.

Memnón no se lo había pedido: había mantenido su juramento. Por algún milagro de Juno Caelestis, o por el favor de sus ancestros, no había tenido que pedírselo: ella estaba pidiéndoselo a él.

—Ahora no es demasiado tarde —le dijo Memnón, en voz muy baja.

Atenais apartó la mirada.

—Cástor me dijo que, si quería casarme contigo después de su muerte, tendría su bendición. Había estado pensando en ello durante los últimos

meses... pensando en mi felicidad, y en mi seguridad. El era así.

—¿Quieres hacerlo? —le susurró Memnón, en respuesta.

La dama se quedó en silencio un largo momento, mirándolo de nuevo: la misma desnuda conexión entre sus almas. Después, inhaló profundamente y susurró:

—Sí.

El habitual epílogo histórico

La chispa que da vida a este libro es histórica. En el capítulo 22 de la vida de Severo en la *Historia Augusta*, hay un relato sobre un etíope que se presentó ante el Emperador con un presagio de muerte durante la visita de éste al límite oeste de la muralla de Adriano. Si bien la *Historia Augusta* no es exactamente la más fiable de las fuentes históricas (es una recopilación de sensacionalistas biografías históricas, algunas francamente ficticias), en este caso, este

registro ha recibido cierto apoyo de unas inscripciones encontradas en el fuerte de Aballava, ahora Burgh-by-Sands, que muestran que, durante el siglo III, un «*numerus* de Mauritanos Aurelianos» estuvo destinado allí. Podría haber habido soldados negros entre sus filas. Estaba intrigada: hasta donde yo sabía, aquel auxiliar sin nombre era la primera persona negra en Britania de la que se tenía conocimiento. Pensé que se merecía una historia.

El relato que os he presentado ha sido, por supuesto, ficción, no historia. La historia real (sobre todo la antigua) es complicada: está tan llena de vacíos, de pruebas cuestionables y de interpretaciones contradictorias que a

veces es totalmente incoherente. Para usarla como trasfondo para mi historia tuve que simplificarla: de otro modo, sencillamente, no habría encajado. Por otra parte, investigo mis libros con mucho cuidado. Me molesta que los críticos me acusen de anacronismo: aunque acepto que mi interpretación de las evidencias podría estar equivocada, al menos me familiarizo con esas evidencias, y me resulta mortificante ser corregida por gente que no muestra ningún indicio siquiera de haber oído hablar de ello. ¿Puedo, por tanto, pedir a cualquiera que quiera acusarme de anacronismo que cite pruebas de que me he equivocado?

Mi relato de la campaña escocesa

de Severo está basado en las tres fuentes principales: la historia de Dion Casio, la historia de Herodiano y la ya mencionada y poco fiable *Historia Augusta*. Además, he consultado muchas fuentes secundarias en un intento de dar sentido al periodo y a los sucesos que se desarrollaron en él. No tengo espacio para mencionarlas todas, pero estoy en deuda especialmente con la biografía de Anthony Birley, *Septimio Severo: el emperador africano*. Además, me gustaría rendir tributo al libro de Anne Hyland, *Equus: el caballo en el mundo romano*, que me fue tremendamente útil por su práctico relato de la caballería romana; a "*Familia Caesaris*, de P.R.C. Weaver; y a *Romanos y negros*, de

Lloyd A. Thompson. El sitio web www.roman-britain.org es una fuente maravillosa; ¡contiene multitud detalles sobre todos los puestos romanos en Britania! Finalmente, debo expresar mi gratitud a la Ermine Street Guard, concretamente a Derek Forrest, que me solventó varias preguntas sobre las circunstancias y derechos legales de los soldados auxiliares que me tenían perpleja. Los miembros de la Ermine Street Guard son verdaderos aficionados: adoran ese tipo de cosas. Me hicieron sentir normal.

El mundo romano podría haber temido una guerra civil fraticida a la muerte de Severo, pero está no tuvo lugar. Dion Casio, el historiador jefe del

periodo y contemporáneo de los sucesos que relata, narra la historia en el Libro LXXVIII de su *Historia Romana*:

«Después de esto, Antonino asumió el poder supremo, porque, aunque de palabra reinaba junto a su hermano, de hecho reinó solo desde el principio. Cuando volvió a Roma, se deshizo de él [Geta]. Ya que muchos soldados y atletas protegían a Geta día y noche [...] Antonino indujo a su madre a que los convocara, solos, a su habitación, para que se reconciliaran [...] pero cuando entraron, algunos centuriones elegidos por Antonino se abalanzaron sobre Geta y lo derribaron, aunque corrió hacia su madre, gimiendo, "Madre, madre que me diste la vida, ¡ayúdame! Me asesinan".

Y ella, engañada, vio a su hijo morir de un modo tan nefasto en sus propios brazos [...] empapada en su sangre, además de la de una herida que ella había recibido en la mano. Ni siquiera se le permitió llorarlo [...]

»Antonino tomó posesión de las legiones [...] al entrar al campamento, dijo: «Alegraros, oh, compañeros soldados, porque ahora puedo haceros favores». De los libertos y soldados que habían estado con Geta dio muerte a veinte mil, tanto hombres como mujeres, en cualquier lugar donde estuvieran; también mató a algún hombre importante, Papiniano, entre otros».

Sin embargo, una vez que obtuvo un poder sin rival, Antonino mostró poco

interés por gobernar. Dejó la mayor parte del trabajo a su madre, que tuvo dificultades para pagar las extravagantes subidas de sueldo con las que el emperador había sobornado al ejército. Su edicto más famoso (que garantizaba la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio) fue promulgado, seguramente, para ampliar su base impositiva: por lo demás, fue un sanguinario y cruel dictador. Fue asesinado seis años después por su prefecto pretoriano, Macrino, y su madre, en una estoica repulsa al mundo, se dejó morir de inanición.

Título original: Dark North

Primera edición: octubre de 2011
B15O12S11S

editor@edicionespamies.com
ISBN: 978-84-96952-89-8
Depósito legal: M-35160-2011
